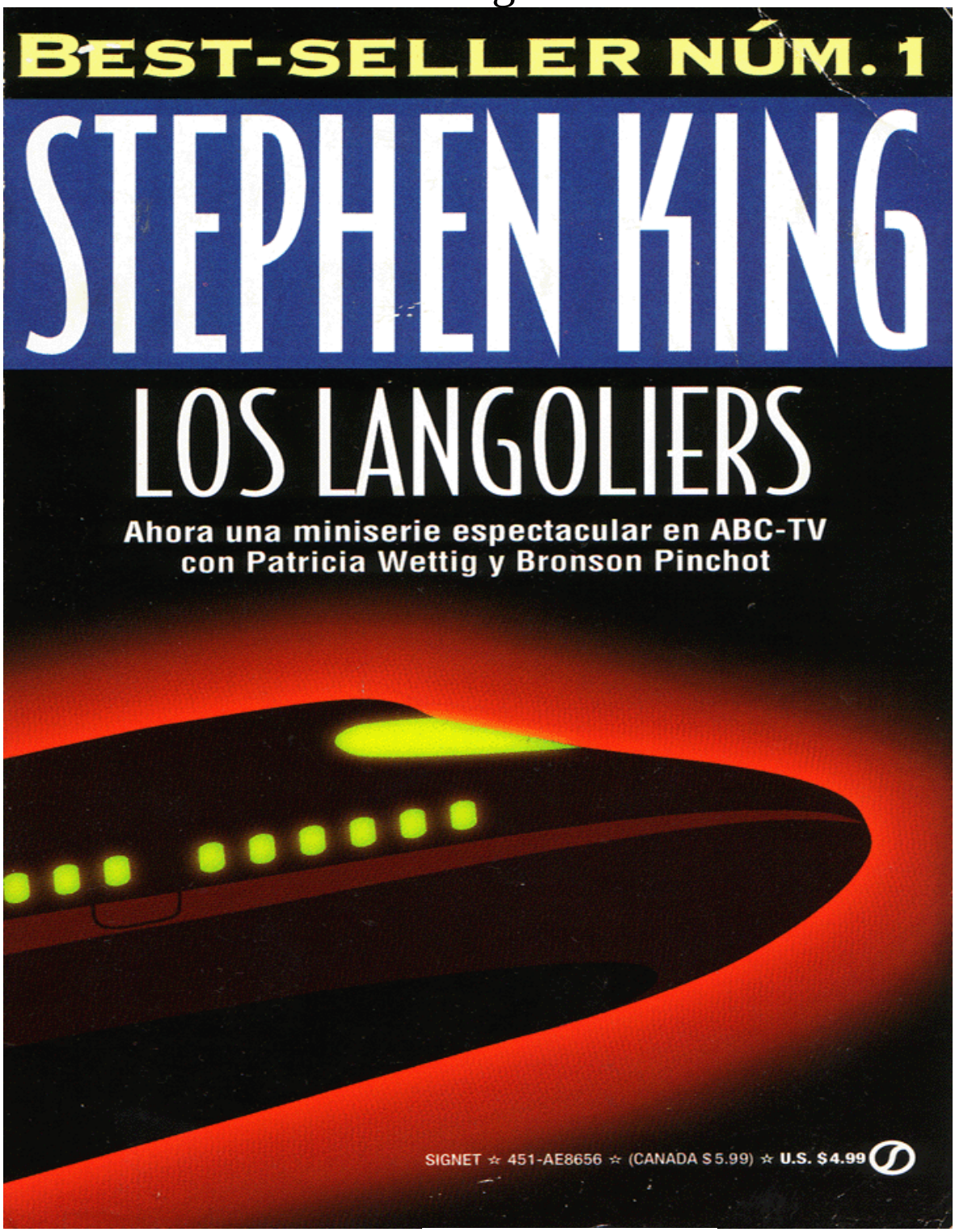
STEPNEN KING
Los Langoliers



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Ésta es para Joe,
otro aviador ansioso

Librodot

UNO

Malas noticias para el capitán Engle. La pequeña niña ciega. El perfume de la dama. La pandilla Dalton llega a Tombstone. La extraña situación del vuelo 29.

1

Brian Engle dejó que se deslizara el American Pride L1011 hasta la Puerta 22, y apagó la señal de ABROCHARSE EL CINTURÓN a las 22:14 exactamente. Emitió un largo suspiro siseante a través de los dientes y se desabrochó el arnés del hombro.

No podía recordar la última vez que había sentido tanto alivio -y tanto cansancio- al final de un vuelo. Tenía un horrible dolor de cabeza martillante, y ya había establecido planes inflexibles para esa noche. Ni una sola copa en el salón de pilotos, nada de cena, ni siquiera un baño cuando regresara a Westwood. Su propósito era tumbarse en la cama y dormir durante catorce horas.

El vuelo 7 de American Pride -Servicio Insignia de Tokio a Los Ángeles- primero se había retrasado por fuertes vientos contrarios, y después por el típico congestionamiento en el aeropuerto de Los Ángeles... el cual era sin duda, pensó Engle, el peor aeropuerto de Estados Unidos, si no se tomaba en cuenta a Logan en Boston. Para empeorar la situación, durante la última etapa del vuelo se había desarrollado un problema de presión. Menor al principio, se había agravado gradualmente hasta volverse atemorizante. Casi había llegado al punto en que pudo haber ocurrido un estallido y una descompresión explosiva... y por algún acto de misericordia no había pasado a más. Algunas veces, esos problemas, de repente y en forma misteriosa, se estabilizan solos, y eso fue lo que sucedió en esta ocasión: Los pasajeros que ahora desembarcaban por detrás de la cabina de control no tenían la más remota idea de lo cerca que habían estado de convertirse en paté de personas en el vuelo de esta noche desde Tokio, pero Brian lo sabía... y eso le había causado un retumbante dolor de cabeza.

-Esta perra se va directamente a diagnóstico -le dijo a su copiloto-. Ya saben que está llegando y cuál es el problema, ¿verdad?

El copiloto asintió con un movimiento de cabeza.

-No -les agrada, pero lo saben.

-Me importa un carajo si les- agrada o no, Danny. Estuvimos cerca esta noche.

Danny Keene coincidió con la afirmación. Sabía que era cierta.

Brian suspiró y se frotó con la mano la parte posterior del cuello. La cabeza le dolía como una muela con caries.

-Tal vez me estoy volviendo demasiado viejo para este negocio.

Ésa era, desde luego, la clase de observación que hacían casi todos los pilotos de vez en cuando, en particular al final de un turno difícil, y Brian sabía perfecta-mente bien que no era demasiado viejo para el trabajo -a los cuarenta y tres años,- apenas iniciaba la flor de la edad para los pilotos de aerolíneas. No - obstante, esta noche casi estaba convencido. Dios, se sentía tan cansado.

Se escuchó un llamado en la puerta del compartimiento; Steve Searles, el navegante, se dio vuelta en el asiento y la abrió sin ponerse de pie. Quien llamaba era un hombre con el blazer verde del uniforme de American Pride. Parecía un agente de puerta; pero Brian sabía que no lo era. Se trataba de John (o tal vez James) Deegan, sub-director de operaciones de American Pride en el aeropuerto de Los Ángeles.

-¿Capitán Engle?

-¿Sí? -en su interior, se organizó un conjunto de defensas y se- intensificó el dolor de

cabeza. Su primer pensamiento, el cual no era producto de la lógica sino de la tensión y el cansancio, fue que iba a tratar de achacarle la responsabilidad por la nave defectuosa. Paranoide, por supuesto, pero su marco mental era paranoide.

-Me temo que tengo malas noticias para usted, capitán.

-¿Es acerca de la fuga? -la voz de Brian fue demasiado áspera, y unos cuantos de los pasajeros que des-embarcaban miraron a su alrededor, pero ya era demasiado tarde para corregirla.

Deegan sacudió la cabeza.

-Se trata de su esposa, capitán Engle.

Durante un momento, Brian no tuvo la noción más remota de qué - era a lo que aludía el hombre, y sólo pudo permanecer ahí sentado con la boca abierta, con una sensación de exquisita estupidez. Entonces, cayó la moneda. Se refería a Anne, por supuesto.

-Es mi exesposa. Nos divorciamos hace dieciocho meses. ¿Qué pasa con ella?

-Ocurrió un accidente -dijo Deegan-. Tal vez sea mejor que venga a la oficina.

Brian lo miró con curiosidad. Después de las últimas tres horas largas y tensas, todo esto parecía extrañamente irreal. Resistió el impulso de decirle a Deegan que si era una especie de la mierda de Cámara Escondida podía irse al carajo. Pero, desde luego, no lo era. Los altos jefes de las aerolíneas no participaban en bromas o juegos, y mucho menos a costa de pilotos que habían estado muy cerca de sufrir un desagradable contratiempo en el aire.

¿Qué le pasó a Anne? -Brian se oyó preguntando de nuevo, esta vez con una voz más suave. Estaba consciente de que su copiloto lo miraba con simpatía cautelosa-. ¿Está bien?

Deegan bajó la mirada a sus relucientes zapatos y Brian supo que las noticias eran - bastante malas en efecto, - que Anne no estaba nada bien. Lo supo, pero le era imposible creerlo. Anne sólo tenía treinta y cuatro años, era saludable y cuidadosa en sus hábitos. En más de una ocasión haba pensado que ella era la única persona cuerda que conducía en la ciudad de Boston... tal vez en todo el estado de Massachusetts.

Ahora se percató de que preguntaba algo más, y real-mente fue así -como si algún extraño hubiese penetrado en su cerebro y usara su boca como altavoz:

-¿Ha muerto?

John o James Deegan miró a su alrededor, como en busca de apoyo, pero a un lado de la puerta de acceso sólo estaba una auxiliar de vuelo, deseando a los pasajeros que descendían una agradable velada en Los Ángeles, mientras lanzaba vistazos ansiosos hacia la cabina, probablemente preocupado con la misma idea que había cruzado por la mente de Brian -que por alguna razón se culpaba a la tripulación de la lenta fuga que había convertido en una pesadilla las últimas horas de vuelo. Deegan estaba solo. Miró a Brian de nuevo y asintió.

-Sí... me temo que sí. ¿Quiere venir conmigo, capitán Engle?

2

Quince minutos después de medianoche, Brian Engle se acomodó en el asiento 5A del vuelo 29 de American Pride -Servicio Insignia de Los Ángeles a Boston. En un cuarto de hora, más o menos, estaría en el aire ese vuelo, el cual los- viajeros transcontinentales conocían como -el de "los ojos rojos". Recordó haber pensado antes que si el aeropuerto de Los Ángeles no era el aeropuerto comercial más peligroso de Estados Unidos, entonces lo era Logan. Por medio de la más desagradable de las coincidencias, ahora tendría la oportunidad de experimentar ambos lugares en un lapso de ocho horas; en Los Ángeles, como piloto, en Logan, como pasajero que no pagaba.

El dolor de cabeza, ahora bastante peor que cuando el vuelo 7, avanzó otra muesca. Un incendio, pensó. Un maldito incendio. ¿Qué sucedió con los detectores de humo, por amor de Dios? ¡Era un edificio nuevo!

Le vino a la mente que casi no había pensado en Anne durante los últimos cuatro o cinco meses. En el primer año desde el divorcio, parecía que ella siempre había estado presente en sus pensamientos -qué estaría haciendo, qué llevaba puesto y, por supuesto; con quién se veía-. Cuando por fin se inició la recuperación, la obtuvo con mucha rapidez... como si le hubiesen inyectado un antibiótico revitalizante del espíritu. Había leído lo suficiente acerca del divorcio para saber que el agente revitalizante generalmente no era un antibiótico sino otra mujer. Un clavo saca otro clavo, en pocas palabras.

Para Brian, no había habido otra mujer al menos, no todavía. Unas cuantas citas y un cauteloso encuentre sexual (había llegado a creer que en la era del SIDA todos los encuentros sexuales fuera del matrimonio eran cautelosos), pero no otra mujer. Se había recuperado... sencillamente.

Brian observó la llegada de sus compañeros de viaje. Una mujer joven con cabello rubio caminaba con una niña pequeña con gafas oscuras. La mano de la niña se apoyaba en el codo de la rubia. La mujer murmuró unas palabras a su pupila, la niña volteó inmediatamente hacia el sonido de la voz y Brian comprendió que era ciega fue algo en el movimiento de la cabeza. Curioso, pensó, cómo los pequeños gestos pueden expresar tanto.

Anne, pensó. ¿No deberías estar pensando en Anne?

Pero su mente agotada seguía tratando de apartarse del tema de Anne -Anne, quien había sido su esposa; Anne, la única mujer a quien había golpeado impulsado por la rabia; Anne, quien ahora estaba muerta.

Suponía que podía emprender una gira de conferencias; hablaría a grupos de hombres divorciados. Demonios, también de mujeres divorciadas, en ese caso. Su tema sería el divorcio y el arte del olvido.

Poco después del cuarto aniversario es el momento óptimo para el divorcio, les diría. Vean mi caso. Pasé el siguiente año en el purgatorio, preguntándome hasta qué grado había sido mi culpa y hasta cuál la de ella, dudando sobre lo atinado o equivocado de presionarla constantemente con la cuestión de los niños, ése fue el gran conflicto entre nosotros, nada dramático como las drogas o el adulterio, nada más el antiguo conflicto de niños-contra-carrera- y entonces me pareció que tenía un elevador exprés dentro de la cabeza, y Anne en su interior, y se fue para abajo.

Sí. Se fue para abajo. Y durante los últimos meses en realidad no había pensado en Anne en absoluto... ni siquiera en la fecha en que se debía enviar el cheque mensual de pensión. Era una cantidad muy razonable, muy civilizada; Anne había estado ganando por su cuenta ochenta mil al año, antes de impuestos. El abogado de Brian lo pagaba, y no era más que otra partida en la relación mensual que recibía, una pequeña partida de dos mil dólares, oculta entre el recibo de la luz y el pago de la hipoteca del condominio.

Observó a un adolescente larguirucho con un estuche de violín bajo el brazo y un yannulke[1] en la cabeza, que avanzaba por el pasillo. El chico se veía nervioso e ilusionado, los ojos llenos con el futuro. Brian lo envidió.

Durante el último año de matrimonio, la amargura y el enojo habían sido constantes entre los dos, y finalmente, cerca de cuatro meses antes del rompimiento, había sucedido; su mano había dicho vete antes de que el cerebro pudiese detenerla. No le agradaba recordar ese -incidente. Anne había bebido demasiado en una fiesta y había estallado contra él en cuanto llegaron a casa.

Déjame en paz con eso, Brian. Déjame en paz. No hablemos más de niños. Si quieres un análisis de esperma, consulta a un médico. Mi trabajo es la publicidad, no la fabricación de bebés. Estoy harta de tu mierda de macho...

Fue entonces cuando la abofeteó, con fuerza, sobre la boca. El golpe había cortado con brutal destreza la última palabra. Habían permanecido mirándose el uno al otro en d apartamento en que ella moriría más tarde, ambos más conmocionados y atemorizados de lo

[1] Capelo que usan los judíos.

que admitirían en su vida (aunque era posible que ahora; sentado en el asiento 5A, y en tanto observaba el ascenso de los pasajeros del vuelo 29, lo estuviese admitiendo, lo aceptase finalmente). Anne se había tocado la boca, la cual empezaba a sangrar. Extendió los dedos hacia él.

Me pegaste, dijo. En su voz no había enojo sino asombro: Brian pensó que ésta pudiera ser la primera vez que alguien hubiese puesto una mano enojada encima de cualquier parte del cuerpo de Anne Quinlan Engle:

Sí, había dicho él. Puedes estar segura. Y lo haré de nuevo si no te callas. No me vas a seguir fustigando con tu lengua, cariño. Más vale que le pongas un candado. Te lo digo por-tu propio bien. Ya terminaron esos días. Si quieres tener algo para patear por la casa, cómprate un perro.

El matrimonio había cojeado por otros pocos meses, pero, en realidad, finalizó en el momento en que la palma de Brian hizo el enérgico contacto con un lado de la boca de Anne. Lo había provocado -Dios era testigo de que lo había provocado- pero aun así hubiese dado cualquier cosa por eliminar ese miserable segundo.

Mientras -llegaban poco a poco los últimos pasajeros, descubrió que estaba pensando, casi obsesivamente, en el perfume de Anne. Podía recordar la fragancia con precisión, pero no el nombre. ¿Cuál había sido? ¿Lissome? ¿Lithesome? ¿Lithium, por amor de Dios? Le bailaba delante de los ojos. Era enloquecedor.

-La extraño, pensó abatido. Ahora que se ha ido para siempre la extraño. ¿No es sorprendente?

-¿Lawnboy? ¿Algo estúpido como eso?

-Oh, olvídalo, le dijo a su mente fatigada.

- Ponle un tapón.

Está bien, accedió su mente. No hay problema; es fácil olvidarlo.

-Lo puedo - olvidar en el instante que quiera.

-¿Tal vez era Lifebuoy? No..., eso es jabón. Lo siento. ¿Lovebite? ¿Lovelorn?

Brian se abrochó el cinturón, se recargó hacia atrás, cerró los ojos y percibió un perfume al cual no podía ponerle nombre.

Fue entonces cuándo le habló la auxiliar de vuelo.

Era inevitable: Brian Engle sostenía la teoría de que se les enseñaba -en un curso de postgrado muy confidencial, llamado tal vez "Cómo molestar al viajero"- a que esperaran a que el pasajero cerrara los ojos antes de ofrecerle algún servicio no muy esencial. Y, por supuesto, debían esperar hasta que estuviesen razonablemente seguras de que el pasajero estaba dormido antes de despertarlo para preguntarle si quería un cobertor o una almohada.

-Perdón... -habló la auxiliar de vuelo, luego se detuvo. Brian vio que sus ojos se dirigían de los galones en los hombros de su chaqueta negra a los de la gorra, con sus garabatos sin sentido de huevos revueltos, en el asiento vacío junto a él.

La auxiliar de vuelo lo pensó mejor y empezó de nuevo.

-Disculpe, capitán, ¿le gustaría tomar café o jugo de naranja?

A Brian le divirtió levemente observar que la había confundido un poco. La chica señaló hacia la mesa en el frente del compartimiento, justo debajo de la pequeña pantalla rectangular de cine. Sobre la mesa había dos cubetas con hielo. De cada una sobresalía el esbelto cuello -verde de una botella de vino.

-Desde luego, también tengo champaña.

Engle consideró (Love Boy no es, se acerca, pero no saca premio). El champaña, pero sólo brevemente.

-Nada, gracias -dijo Y no quiero servicio durante el vuelo. Creo que dormiré hasta Boston. ¿Cómo luce el tiempo?

-Nubes a 20.000 pies desde Great Plains hasta Boston, pero no hay problema. Volaremos a treinta y seis mil.

Oh, y tuvimos reportes de aurora boreal sobre el desierto de Mojave. Tal vez quiera

permanecer despierto para verla.

Brian levantó las cejas.

-¿Está usted bromeando? ¿Aurora boreal sobre California? ¿Y en esta época del año?

-Eso fue lo que se nos dijo.

Alguna persona ha estado tomando demasiadas drogas baratas -comentó Brian, y la chica rió-. Creo que prefiero dormitar; gracias.

-Muy bien, capitán -la auxiliar de vuelo titubeó un momento más-. Usted es el capitán que acaba de perder a su esposa, ¿verdad?

El dolor de cabeza pulsaba y gruñía, pero se obligó a sonreír. Esta mujer -quien, en realidad, no era más que una jovencita- no tenía mala intención.

-Era mi ex esposa, pero, de todos modos, sí. Yo soy.

-Siento mucho su pérdida.

-Gracias.

-¿He volado antes con usted, señor?

La sonrisa reapareció por unos instantes.

-No lo creo. He estado en internacionales durante los últimos cuatro años -y porque le pareció necesario en cierta forma, le ofreció la mano-. Brian Engle. La chica la tomó.

-Melanie Trevor.

Engle volvió a sonreír, se recargó y cerró los ojos una vez más. Se sumió en un letargo, pero sin dormirse -sabía que lo despertarían los anuncios previos al vuelo, seguidos por el rodamiento del despegue. Ya habría tiempo suficiente para dormir cuando estuviesen en el aire.

El vuelo 29, como la mayoría dé los vuelos nocturnos, despegó con prontitud -Brian reflexionó que esto último ocupaba un lugar destacado en su magra lista de atractivos. El avión era un 767, lleno en poco más de la mitad. En primera clase había otra media docena de pasajeros. Ninguno le pareció ebrio o pendenciero. Eso era bueno. Tal vez realmente dormiría todo el viaje a Boston.

Con toda paciencia, Brian observó a Melanie Trevor mientras señalaba las puertas de salida, demostraba cómo usar la pequeña copa dorada en caso de pérdida de presión (un procedimiento -que Brian había estado repasando en la mente, y con cierta urgencia, no hacía mucho) y cómo inflar el chaleco salvavidas que estaba bajo el asiento. Cuando el avión estuvo en el aire, ella se acercó a su asiento y le preguntó de nuevo si deseaba beber algo. Brian sacudió la cabeza, le dio las gracias y oprimió el botón que reclinaba el asiento. Cerró los ojos y se quedó dormido casi de inmediato.

Nunca volvió a ver a Melanie Trevor.

3

Cerca de tres horas después de que despegó el vuelo 29, una niña pequeña, llamada Dinah Bellman, se despertó y preguntó a su tía Vicky si podría beber un poco de agua.

Tía Vicky no respondió, por lo que Dinah preguntó nuevamente. Cuando no obtuvo respuesta, a pesar de la repetición, extendió la mano para tocar el hombro de su tía, pero ya estaba segura de que su mano no tocaría nada excepto el respaldo de un asiento vacío, y eso fue lo que sucedió. El doctor Feldman le había dicho que los niños que eran ciegos de nacimiento con frecuencia desarrollaban una sensibilidad muy aguda -casi una especie de radar- ante la presencia o ausencia de personas en su área inmediata, pero Dinah, en realidad, no había necesitado la información. Sabía que era verdad. Aunque no siempre, esto funcionaba la mayoría de las veces... sobre todo si la persona en cuestión era su Persona Vidente.

- Bueno, fue al -baño y no tardará en volver, pensó Dinah, pero aun así, sintió que la

embargaba una inquietud vaga y extraña. No había despertado 'de repente; había sido un proceso lento, como el de un buceador que patalea hacia la superficie de un lago. Si tía Vicky, quien tenía el asiento junto a la ventanilla, la hubiera rozado para salir al pasillo en los dos o tres últimos minutos, Dinah la habría sentido.

Entonces se fue antes, se dijo a sí misma. Probablemente tenía que hacer del dos en verdad no tiene importancia, Dinah. O tal vez se detuvo a hablar con otra persona al regreso.

Excepto que Dinah no podía oír que nadie hablara en la cabina principal del gran avión; sólo el constante y suave zumbido de los motores del jet. Aumentó su sensación de inquietud.

La voz de la señorita Lee, su terapeuta (si bien Dinah siempre pensaba en ella como su maestra ciega), habló en su cabeza: No debes tener miedo a tener miedo, Dinah... todos los niños tienen miedo de vez en cuando, especialmente en situaciones que son nuevas para ellos. Y eso se duplica en los niños ciegos. Créeme, lo sé. Y Dinah le creía, porque, como Dinah misma, la señorita Lee era ciega de nacimiento. No rechaces el temor... pero tampoco cedas a él. Siéntate tranquila y trata de analizar la situación. Te sorprenderá la frecuencia con que funciona.

Especialmente en situaciones que son nuevas para ellos.

Bien, eso encajaba, sin duda; era la primera vez que Dinah volaba en algo, ya no digamos de costa a costa en un enorme jet transcontinental.

Trata de analizar la situación.

Bueno, se había despertado en un lugar extraño para descubrir que se había ido su Persona Vidente. Desde luego que era atemorizante, incluso si sabías que la ausencia sólo sería temporal después de todo, no era posible que tu Persona Vidente decidiera darse un salto al Taco Bel! más cercano porque sentía antojo "de comer algo cuando estaba encerrada en un avión que volaba a 37 000 pies. En cuanto al extraño silencio en la cabina... bien, era el vuelo nocturno. Es probable que estén dormidos los demás pasajeros.

¿Todos ellos?, preguntó dudosa la parte preocupada de su mente. ¿TODOS ellos están dormidos? ¿Puede ser eso?

En eso le llegó la respuesta: la película. Los que estaban despiertos, veían la película. Por supuesto.

Una sensación de alivio casi palpable se extendió por toda ella. Tía Vicky le había dicho que la película era When Harry Met Sally, con Billy Crystal y Meg Ryan... y añadió que planeaba verla... es decir, si podía permanecer despierta.

Dinah deslizó suavemente la mano sobre el asiento de su tía, buscando los audífonos, pero no estaban ahí. En cambio, sus dedos tocaron un libro en edición de bolsillo. Una de las novelas románticas que le gustaba leer a su tía, sin duda relatos de los días en que los hombres eran hombres y las mujeres no lo eran, según las describía.

Los dedos de Dinah prosiguieron un poco más y palparon otro objeto -piel suave, de grano fino-. Un momento después sintió una cremallera y casi en seguida palpó la correa.

Era el bolso de tía Vicky.

La inquietud de Dinah reapareció. Los audífonos no estaban en el asiento de tía Vicky, pero sí su bolso. En el estaban todos los cheques de viajero, excepto uno de-a veinte oculto en el propio bolso de Dinah -lo sabía porque había escuchado a mamá y a tía Vicky hablando sobre ellos antes de que salieran de la casa en Pasadena.

¿Iría tía Vicky al baño y dejaría el bolso en el asiento? ¿Haría eso cuando su compañera de viaje no sólo tenía diez años, no sólo estaba dormida, sino que además era ciega?

Dinah no lo creía.

No rechaces el temor... pero tampoco cedas a él. Siéntate tranquila y trata de analizar la situación.

Pero no le agradaba ese asiento vacío ni le agradaba el silencio en el avión. Le parecía lógico que la mayoría de las personas estuviesen dormidas, y que las despiertas hicieran el menor ruido posible en consideración al resto, pero aun así no le agradaba. Un animal, uno con dientes y garras extremadamente afilados, se despertó y empezó a gruñir dentro de su

cabeza. Conocía el nombre de ese animal; era el pánico, y si no lo controlaba de inmediato, podría hacer algo que avergonzaría tanto a ella como a tía Vicky.

Cuando pueda ver, cuando me arreglen los ojos los doctores de Boston, no tendré que pasar por situaciones tan estúpidas como ésta.

Esto era cierto indudablemente, pero ahora no le ayudaba en lo más mínimo.

De pronto, Dinah recordó que después de haberse sentado, la tía Vicky le había tomado la mano, le había doblado hacia abajo todos los dedos, menos el índice, y luego había guiado ese dedo a un lado del asiento. Ahí estaban los controles sólo unos cuantos, sencillo, fácil de recordar. Había dos pequeños discos que se podían usar una vez puestos los audífonos uno conectaba con los diferentes canales de audio; el otro controlaba el volumen. El pequeño interruptor rectangular controlaba la luz sobre el asiento. Tú no lo necesitas, dijo tía Vicky con una sonrisa en la voz. Por lo menos, todavía no. El último era un botón cuadrado -cuando se oprimía, acudía una auxiliar de vuelo.

Ahora el dedo de Dinah tocaba este botón y se deslizaba sobre la superficie ligeramente convexa.

¿Realmente quieres hacerlo?, se preguntó a sí misma, y la respuesta llegó en seguida. Sí, sí quiero.

Oprimió el botón y oyó la suave campanilla. Luego, esperó.

Nadie acudió al llamado.

Sólo se oía el susurro- aparentemente eterno de los motores del jet. Nadie hablaba. Nadie reía. (Parece que la película no es tan graciosa como creía tía Vicky, pensó Dinah.) Nadie tosía. El asiento junto a ella, el asiento de la tía Vicky, seguía vacío, y ninguna auxiliar de vuelo se inclinó sobre ella envuelta en una confortante nube de perfume y champú y débiles aromas de maquillaje para preguntarle si quería algo -un bocadillo, o tal vez ese vaso de agua.

Sólo el constante zumbido suave de los motores del jet.

El animal pánico chillaba más fuerte que nunca. Para combatirlo, Dinah se concentró en enfocar ese dispositivo de radar, convirtiéndolo en una especie de bastón invisible en el que se pudiese apoyar desde su asiento en el centro de la cabina principal. Era buena para eso; en ocasiones, cuando se concentraba con mucha intensidad, casi creía que podía ver a través de los ojos de otros. Si pensaba en eso con suficiente empeño, si lo quería con suficiente empeño. Una vez había comentado esta sensación con la señorita Lee, y su respuesta había sido singularmente brusca. La visión compartida es una fantasía frecuente en los ciegos, había dicho. En los niños ciegos, particularmente. Nunca cometas el error de confiar en esa sensación, Dinah, o te expones a encontrarte en un aparato de tracción después de caerte por un tramo de escaleras, o caminar delante de un automóvil.

Por lo tanto, había dejado de lado sus esfuerzos por la "visión compartida", como la había llamado la señorita Lee, y en las pocas ocasiones en que la invadía de nuevo la sensación de que estaba viendo el mundo, sombreado, vacilante, pero ahí, a través de los ojos de su madre o de la tía Vicky, trataba de librarse de ella... como una persona que teme estar perdiendo la razón trata de bloquear el murmullo de voces fantasmales. Pero ahora tenía miedo y se esforzó por percibir a otros, sentir a otros, y no los encontró.

Ahora el terror era enorme, muy alto el aullido del animal pánico. Sintió que se formaba un grito en su garganta y apretó los dientes contra él; si lo dejaba escapar, no saldría como un grito, o un lamento; saldría de su boca como una bolsa de fuego de clamor.

No gritaré, se dijo a sí misma con firmeza. No gritaré ni avergonzaré a tía Vicky. No gritaré ni despertaré a todos los que están dormidos ni alarmaré a todos los que están despiertos para que todos vengan y digan miren a la pequeña niña asustada, miren a la pequeña ciega asustada.

Pero ahora ese sentido de radar -esa parte de ella que evaluaba toda clase de información sensorial, la cual a veces parecía ver a través de los ojos de los demás (sin importar lo que dijera la señorita Lee) contribuía a su temor en vez de aliviarlo.

Ese sentido le decía que no había nadie dentro de su círculo de efectividad.

Nadie en absoluto.

4

Brian Engle tenía una pesadilla muy desagradable. En ella, estaba piloteando de nuevo el vuelo 7 de Tokio a Los Ángeles, pero esta vez la fuga era mucho peor. En la cabina reinaba una sensación palpable de fatalidad; Steve Searles lloraba mientras comía un bollo danés.

Si estás tan angustiado, ¿cómo es posible que comas?, preguntó Brian. La cabina se había empezado a llenar con un agudo silbido como de tetera -el sonido de la fuga de presión, estimó. Eso era tonto, por supuesto -las fugas casi siempre eran silenciosas hasta que ocurría el estallido- pero suponía que todo era posible en los sueños.

Porque me encantan estas cosas y nunca volveré a comer otro, dijo Steve, sollozando más fuerte que antes.

En eso, súbitamente, cesó el sonido agudo y silbante.

Apareció una auxiliar de vuelo sonriente y despreocupada -de hecho, era Melanie Trevor- para decirle que se había localizado y tapado la fuga. Brian se levantó y la siguió por el avión hasta la cabina principal, donde Anne Quinlan Engle, su exesposa, estaba de pie en un pequeño nicho del cual se habían retirado los asientos. Escrita sobre la ventana junto a ella, había una frase enigmática y un tanto amenazadora: ESTRELLAS FUGACES ÚNICAMENTE.

Estaba escrita en rojo, el color del peligro.

Anne estaba vestida con el uniforme verde oscuro de las auxiliares de vuelo de American Pride, lo cual era extraño -ella era ejecutiva de publicidad en una agencia de Boston y siempre había visto por encima de su aristocrático hombro a las sobrecargos con quienes volaba su marido. Tenía la mano presionada contra una grieta en el fuselaje.

¿Ves, cariño?, dijo orgullosamente. Todo está arreglado. Ni siquiera importa que me hayas pegado. Ya te perdoné.

¡No hagas eso, Anne!, gritó Brian, pero ya era demasiado tarde. En el dorso de la mano de Anne apareció un pliegue que duplicaba la forma de la grieta en el fuselaje. Se volvió más hondo cuando la diferencia de presión absorbió inflexible su mano hacia el exterior. Primero desapareció el dedo medio, después el anular, luego el índice y el meñique. Cuando toda su mano atravesó la grieta en el aeroplano se oyó un fuerte sonido semejante a un taponazo, como el de un corcho de champaña extraído por un mesero demasiado impaciente.

No obstante, Anne seguía sonriendo.

Es L'Envoi, cariño, dijo mientras 'empezaba a desaparecer su brazo. El cabello se le escapaba del broche que lo sujetaba ya volaba alrededor de su rostro en una nube brumosa. Es el que he usado siempre, ¿no te acuerdas?

Se acordaba... ahora se acordaba. Pero ya no tenía importancia.

-¡Anne, regresa!,- gritó.

Anne seguía sonriendo mientras el vacío fuera del avión absorbía su brazo. No duele nada, Brian -créeme.

La manga del blazer verde de American Pride empezó a revolotear y Brian vio que su carne se evadía a través de la grieta como una viscosa lama blanca. Parecía pegamento Elmer.

¿L'Envoi, recuerdas?, preguntó Anne cuando todo su cuerpo fue aspirado a través de la grieta, y ahora Brian pudo oírlo de nuevo ese sonido que el poeta James Dickey llamó una vez "el inmenso silbido bestial del espacio". Fue aumentando gradualmente mientras se oscurecía el sueño y, al mismo tiempo, empezó a extenderse hasta convertirse no en el grito del viento sino en el de una voz humana.

Brian abrió los ojos de golpe. El poder del sueño lo mantuvo desorientado por un momento, pero sólo un momento -era un profesional en un oficio de alto riesgo, de gran

responsabilidad, un empleo en el cual la reacción instantánea era uno de los prerrequisitos indispensables. Estaba en el vuelo 29, no en el vuelo 7, no de Tokio a Los Ángeles, sino de Los Ángeles a Boston, donde Anne ya estaba muerta -y no había sido víctima de una fuga de presión, sino de un incendio en su condominio en la avenida Atlantic cerca de la bahía. Pero el sonido persistía.

Era una niña pequeña que gritaba desesperada.

5

-¿Quiere hablarme alguien, por favor? -preguntó Dinah Bellman con voz clara y baja-. Lo siento, pero mi tía se ha ido y soy ciega.

Nadie le respondió. Cuarenta filas y dos divisiones adelante, el capitán Brian Engle soñaba que su navegante estaba llorando y comiendo un bollo danés.

Sólo imperaba el continuo zumbido de los motores del jet.

El pánico ensombreció su mente de nuevo y Dinah hizo lo único que se le ocurrió para alejarlo: se desabrochó el cinturón, se puso de pie y se acercó al pasillo.

-¿Hola? -llamó en voz más alta-. ¡Hola, alguien!

Tampoco hubo respuesta. Las lágrimas brotaron de los ojos de Dinah. No obstante, se controló y empezó a caminar lentamente hacia delante por el pasillo de babor. Pero cuenta, le advirtió frenética una parte de su mente. Lleva la cuenta de cuántas hileras pasas o te perderás y nunca encontrarás el camino de regreso.

Se detuvo en la hilera de asientos de babor delante de la fila en la cual habían estado sentadas la tía Vicky y ella, y se inclinó, los brazos estirados, los dedos extendidos. La reanimaba el pensar que tocaría el rostro dormido del hombre que se sentaba ahí. Sabía que ahí estaba un hombre porque la tía Vicky había hablado con él un minuto o dos antes de que despegara el avión. Cuando él respondió, su voz provino del asiento directamente frente al de Dinah. Eso lo sabía; el marcar la ubicación de las voces era parte de su vida, un hecho normal de la existencia, como la respiración. Cuando lo tocaran sus dedos extendidos, saltaría el hombre dormido, pero ya no le importaba nada a Dinah.

Excepto que el asiento estaba vacío.

Completamente vacío.

Dinah se enderezó de nuevo, las mejillas húmedas, la cabeza martillante por el temor. No era posible que estuvieran juntos en el baño, ¿o sí? Por supuesto que no.

Tal vez había dos baños. Un avión tan grande como éste debe tener dos baños.

Excepto que eso tampoco importaba.

La tía Vicky no hubiese dejado su bolso por ningún motivo. Dinah estaba segura de eso.

Empezó a avanzar lentamente, deteniéndose en cada fila de asientos, y palpó los dos más cercanos a ella, primero en el lado de babor y después en el lado de estribor.

En uno sintió otro bolso, en otro lo que parecía un portafolios; en un tercero, una pluma y un block de papel. En otros dos, palpó audífonos. En un auricular del segundo juego tocó algo pegajoso. Se frotó los dedos, hizo una mueca y se los limpió en el lienzo que cubría el área para descanso de la cabeza en el asiento. Eso era cerumen. Estaba segura. Tenía esa inconfundible textura repugnante.

Dinah Bellman prosiguió su lento camino por el pasillo, ya sin preocuparse por ser considerada en sus investigaciones. No importaba. No picaba ningún ojo, ni pellizcaba ninguna mejilla ni tiraba de ningún cabello.

Cada asiento- que investigaba estaba vacío.

-Esto no puede ser, pensó aterrorizada. ¡No puede ser, sencillamente! ¡Cuando subimos, estaban a nuestro alrededor! ¡Los oí! ¡Los sentí! ¡Los olí! ¿Dónde se han ido todos?

No lo sabía, pero se habían ido; cada vez estaba más segura de eso.

En algún punto, mientras ella dormía, su tía y todos los demás en el vuelo 29 habían

desaparecido.

¡No! La parte racional de su mente clamó con la voz de la señorita Lee. ¡No, eso es imposible, Dinah! Si todos se fueron, ¿quién está piloteando el avión?

Empezó a avanzar con más rapidez, las manos asían los bordes de los asientos, los ojos ciegos plenamente abiertos detrás de las gafas oscuras, ondeando el dobladillo de su vestido rosa. Ya había perdido la cuenta, pero ante su mayor angustia por el continuado silencio, ya no tenía la menor importancia.

Se detuvo de nuevo y movió las manos a tientas sobre el asiento a su derecha. Esta vez tocó cabello... pero la ubicación no era la normal. El cabello estaba en el asiento -¿cómo podía ser esto?

Sus manos se cerraron alrededor... y lo levantó. La apresó una comprensión súbita y terrible.

Es cabello, pero no está el hombre a quien pertenece. Es un cuero cabelludo. Tengo en las manos el cuero cabelludo de un hombre muerto.

Fue entonces cuando Dinah Bellman abrió la boca y empezó a dar voz a los chillidos que sacaron de su sueño a Brian Engle.

6

Albert Kaussner bebía whisky Branding Iron recargado en la barra. A su derecha estaban los hermanos Earp, Wyatt y Virgil, y Doc Holliday a su izquierda. Apenas empezaba a levantar el vaso para ofrecer un brindis cuando un hombre con una pata de palo entró corriendo a saltos a la cantina de Sergio Leone.

-¡Es la pandilla Dalton! -gritó-. ¡Los Dalton acaban de llegara Dodge!

Wyatt se volvió a mirarlo tranquilamente. Su rostro era estrecho, bronceado y atractivo. Se parecía mucho a Hugh O'Brian

-Esto es Tombstone, Muffin -dijo-. Contrólate, carajo, se te va a salir la mierda.

-¡Bueno, están llegando, dondequiera que estemos!

-exclamó Muffin-. ¡Y parecen looocos, Wyatt! ¡Parecen loocos de remate!

Y como para probarlo, se empezaron a escuchar tiros en la calle el fuerte tronido de los .44 del ejército (robados probablemente) mezclado con las explosiones fustigantes más sonoras de rifles Garand.

-Apriétate los pantalones, Muffy, se te van a caer -dijo Doc Holliday, y se echó el sombrero hacia atrás. Albert no se sorprendió en demasía cuando vio que Doc se parecía a Robert De Niro. Siempre había creído que si alguien era el indicado para representar el papel de un dentista tísico, De Niro era el ideal.

-¿Qué dicen, muchachos? -preguntó Virgil Earp, mirando a su alrededor. Virgil no se parecía mucho a nadie.

-Vamos -dijo Wyatt-. Ya he tenido suficiente de estos malditos Clanton para toda la vida.

-Son los Dalton, Wyatt -señaló Albert con toda calma.

-¡No me importa si es John Dillinger o Pretty Boy Floyd! -exclamó Wyatt-. ¿Estás con nosotros o no, Ace?

-Estoy con ustedes -afirmó Albert Kaussner, con el tono suave pero amenazante del asesino nato. Dejó caer la mano a la culata de la Buntline Special de cañón largo y se llevó la otra a la cabeza durante un momento para comprobar que estaba bien puesto su yarmulke. Lo estaba.

-Bien, muchachos -dijo Doc-. Vamos a perforarles los traseros a esos Dalton.

Salieron juntos, de cuatro en fondo, a través de las puertas batientes, justo cuando la

campana de la Iglesia Bautista de Tombstone empezaba a doblar el mediodía.

Los Dalton venían a todo galope por la calle Main, disparando contra las ventanas de espejo y las fachadas simuladas. Convirtieron en fuente el barril frente al establecimiento de reparación de pistolas Mercantile y Reliable de Dulce.

Ike Dalton fue el primero que vio a los cuatro hombresde pie en la polvosa calle, las levitas echadas hacia atrás para liberar las culatas de las pistolas. Ike tiró violenta-mente de las riendas de su caballo y el animal se alzó en las patas traseras, relinchando, la espuma salpicando el freno en gruesos grumos. Ike Dalton se parecía mucho a Rutger Hauer.

-Miren lo que tenemos aquí -dijo en tono despectivo-. Wyatt Earp y su hermano maricón, Virgil

Emmett Dalton (quien se veía como Donald Sutherland después de un mes de malas noches) se colocó al lado de Ike.

-Y el afeminado de su amigo el dentista -gruñó-. ¿Quién más quiere...?

En eso, vio a Albert y palideció. La ligera mofa titubeó en sus labios.

Paw Dalton se situó junto a sus dos hijos. Paw se asemejaba mucho a Slim Pickens.

-Cristo -susurró Paw-. ¡Es Ace Kaussner!

Ahora Frank James dirigió su montura hasta colocarla en línea junto a Paw. Su rostro tenía el color del pergamino sucio.

-¡Diablos, muchachos! -gritó Frank-. ¡No me importa hacer trizas un pueblo o dos -en un día aburrido, pero nadie me dijo que nos encontraríamos con el Judío de Arizona.

Albert "Ace" Kaussner, conocido desde Sedalia hasta Steamboat Springs como el Judío de Arizona, dio un paso hacia adelante. Su mano aleteaba sobre la culata de su Buntline. Escupió un chorro de tabaco hacia un lado, sin quitar los helados ojos grises de los rufianes montados a seis metros frente a él.

-Adelante, chicos, diviértanse -dijo el Judío de Arizona-. Según mis cuentas, todavía no está lleno el infierno.

Las manos de la pandilla Dalton golpearon la piel de las fundas de las pistolas cuando el reloj de la torre de la Iglesia Bautista de Tombstone daba el último repique del mediodía en el aire caliente del desierto. Ace lanzó la mano hacia su pistola, desenfundando más veloz que un rayo, y cuando empezaba a empujar el martillo con la palma de la mano izquierda para enviar una lluvia de muerte calibre .45 sobre la pandilla Dalton, empezó a gritar una niña pequeña en el exterior del hotel Longhorn.

Que alguien calle los chillidos de esa mocosa, pensó Ace. ¿Qué me importa, de todos modos? Tengo esto bajo control. No en vano me llaman el hebreo más rápido al oeste del Mississippi.

Pero los gritos siguieron y desgarraron el aire, oscureciéndolo con su llegada, y todo empezó a disolverse.

Durante un momento, Albert no estuvo en ninguna parte perdido en una oscuridad a través de la cual los fragmentos de su sueño se agitaban y giraban en un remolino. Lo único constante era ese grito terrible; sonaba como el aullido de una tetera sobrecargada.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en su asiento en el frente de la cabina principal del vuelo 29. Por el pasillo, desde la parte posterior del avión, venía una niña de diez o doce años, con un vestido rosa y un par de absurdas gafas negras.

¿Quién es, una estrella de cine o algo así?, pensó, pero de todos modos estaba sumamente asustado. Se había interrumpido su sueño favorito en forma muy desagradable.

-¡Hey! -gritó, pero en tono suave, como para no despertar a los demás pasajeros-. ¡Hey, niña! ¿Qué te pasa?

La pequeña niña volvió de inmediato la cabeza hacia el sonido de la voz. Su cuerpo giró un momento más tarde y chocó con uno de los asientos situados en el centro de la cabina en filas de cuatro. Pegó contra él con los muslos, rebotó y por detrás tropezó con la codera de un asiento de babor. Cayó en él con las piernas hacia arriba.

-¿Dónde están todos? -gritaba-. ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

-¡Oiga, sobrecargo! -llamo Albert, sobresaltado, y se desabrochó el cinturón. Se puso de pie, salió al pasillo, se volvió hacia la pequeña niña que gritaba... y se detuvo.

Ahora estaba completamente de frente hacia la parte trasera del avión y lo que vio lo dejó frío e inmóvil.

El primer pensamiento que le cruzó la mente fue: Creo que después de todo no tengo que preocuparme por despertar a los demás pasajeros.

A Albert le pareció que estaba vacía toda la cabina principal del 767.

7

Brian Engle casi había llegado a la división que separaba las secciones de primera clase y la ejecutiva, cuando se dio cuenta de que la primera clase estaba totalmente vacía. Tal vez los demás habían dejado sus asientos para ver a qué obedecía toda esa gritería.

Desde luego, sabía que ése no era el caso; los años dedicados al transporte de pasajeros le habían dado un amplio conocimiento acerca de la psicología de grupo. Cuando se jodía un pasajero los que se movían eran muy pocos, si acaso. La mayor parte de los viajeros por aire, cuando entraban al pájaro, se sentaban y se abrochaban los cinturones, renunciaban a la opción de tomar acciones individuales. Una vez que habían cumplido con estos detalles sencillos, todas las tareas de solución de problemas se convertían en responsabilidad de la tripulación. El personal de las aerolíneas los llamaba gansos, pero en realidad eran borregos... una actitud que resultaba excelente para las tripulaciones de los vuelos. Eso facilitaba el manejo de los nerviosos.

Pero, puesto que era la única cosa que tenía un sentido aunque fuese remoto, Brian ignoró lo que sabía y continuó. Retazos de su propio sueño seguían envueltos a su alrededor, y una parte de su mente estaba convencida de que era Anne quien gritaba, de que la encontraría a la mitad de la cabina principal, la mano pegada contra una grieta en el cuerpo del avión, una grieta localizada bajo un letrero que decía ESTRELLAS FUGACES ÚNICAMENTE.

En la sección ejecutiva nada más había un pasajero, un hombre de edad, con un traje de tres piezas. La cabeza calva relucía con un suave brillo bajo el resplandor de la lámpara para leer. Tenía las manos, hinchadas por la artritis, plácidamente cruzadas sobre la hebilla del cinturón. Estaba sumido en un profundo sueño y daba sonoros ronquidos, ajeno a lo que ocurría.

Brian alcanzó la cabina principal y ahí detuvo su avance con la incredulidad atónita más absoluta. Vio a un chico adolescente de pie cerca de una niña que había caído en un asiento en el lado de babor, más o menos a la cuarta parte de la extensión de la cabina. Sin embargo, el chico no la miraba; tenía la vista fija en la sección posterior del avión, la quijada casi colgando hasta el cuello redondo de su camiseta de Hard Rock Café.

La primera reacción de Brian fue muy similar a la de Albert Kaussner: ¡Dios mío, todo el avión está vacío!

Entonces vio que en el lado de estribor del avión se levantaba una mujer y caminaba al pasillo para ver qué era lo que sucedía. Tenía la apariencia aturdida, abotagada, de alguien a quien se ha despertado de golpe. En un punto intermedio, en el pasillo central, un hombre joven con un suéter cerrado estiraba el cuello hacia la niña y miraba con ojos aburridos, pero curiosos. Otro hombre, éste de cerca se sesenta años, se levantó de un asiento cercano a Brian y se quedó de pie, indeciso. Estaba vestido con una camisa de franela roja y se veía completamente desconcertado. Tenía el cabello encrespado alrededor de la cabeza en desordenados rizos de científico loco.

-¿Quién grita? le preguntó a Brian-. ¿Está en problemas el avión, señor? ¿No cree que nos vayamos a estrellar, verdad?

La niña dejó de gritar. Luchó por levantarse del asiento en que había caído, y casi se

desploma en la otra dirección. El chico la agarró justo a tiempo; se estaba moviendo con una lentitud aturdida.

¿Dónde se fueron?, pensó Brian. Dios mío, ¿adónde se fueron todos?

Pero sus pies se movían hacia el adolescente y la niña. Al avanzar, pasó junto a otro pasajero que todavía estaba dormido, una jovencita de diecisiete años más o menos. Tenía la boca abierta en una mueca poco atractiva y respiraba con inhalaciones largas y secas.

Brian llegó hasta el lugar donde estaban el adolescente y la niña con el vestido rosa,

-¿Dónde están, amigo? -preguntó Albert Kaussner. Tenía el brazo alrededor de los hombros de la niña sollozante, pero no la miraba; sus ojos se deslizaban inflexibles de un lado a otro de la cabina casi desierta-. ¿Aterrizamos en alguna parte mientras estaba dormido y se bajaron?

-¡Mi tía ha desaparecido! -sollozó la niña-. ¡Mi tía Vicky! ¡Pensé que el avión estaba vacío! ¡Creí que era la única! ¿Dónde está mi tía, por favor? ¡Quiero a mi tía!

Brian se arrodilló junto a ella por un momento, así que quedaron al mismo nivel aproximadamente. Observó las gafas para el sol y recordó haberla visto pasar con una mujer rubia.

-Cálmate -dijo-. Estás bien, jovencita. ¿Cómo te llamas?

-Dinah -sollozó-. No encuentro a mi tía. Estoy ciega y no la puedo ver. Me desperté y el asiento estaba vacío...

-¿Qué está pasando? -preguntó el joven con el suéter cerrado. Hablaba por encima de la cabeza de Brian, ignorando tanto a éste como a Dinah, y se dirigía al chico con la camiseta de Hard Rock y al hombre mayor con camisa de franela-. ¿Dónde están los demás?

-Estás bien, Dinah -repitió Brian-. Hay otras personas aquí. ¿Las puedes oír?

-S-sí. Las oigo: Pero, ¿dónde está tía Vicky? ¿Y a quién mataron?

-¿Mataron? -inquirió una mujer con brusquedad. Era la del lado de estribor. Brian la miró brevemente y notó que era joven, de cabello oscuro, bonita-. ¿Han matado a alguien? ¿Nos han secuestrado?

-No han matado a nadie -dijo Brian. Por lo menos tuvo algo que decir. Sentía la mente extraña: como un bote que se ha soltado de las amarras-. Cálmate, cariño.

-¡Palpé su cabello! -insistió Dinah-. ¡Alguien le cortó el CABELLO!

Eso era demasiado insólito para ponerle atención encima de todo lo demás y Brian lo pasó por alto. De pronto, el anterior pensamiento de Dinah hizo blanco en él con una intensidad glacial ¿quién jodidos estaba piloteando el avión?

Se puso de pie y se volvió al hombre mayor de la camisa roja.

-Tengo que ir a la parte delantera indicó Quédese con la niña.

-Está bien -dijo el hombre de la camisa roja-. Pero ¿qué sucede?

Se les unió un hombre de alrededor de treinta y cinco años que llevaba pantalones de mezclilla planchados y camisa oxford. Al contrario de los demás, se veía completamente tranquilo. Sacó un par de anteojos con armazón de concha del bolsillo, los sacudió de uno de los aros y se los puso.

-Parece que nos faltan unos cuantos pasajeros, ¿no es así? -dijo. Su acento británico era casi tan formal como su camisa-. ¿Y la tripulación? ¿Alguien lo sabe?

-Eso es lo que voy a averiguar -dijo Brian, y avanzó de nuevo hacia adelante.

Al llegar a la proa de la cabina principal, se dio vuelta y contó con rapidez. Dos pasajeros más se habían unido al grupo que rodeaba a la niña de las gafas oscuras. Una era la chica adolescente que había estado tan profunda-mente dormida; se balanceaba sobre los pies como si estuviese ebria o drogada. El otro era un caballero anciano con una desgastada chaqueta sport. Ocho personas en total. Se sumó él mismo y al sujeto en la clase ejecutiva, quien, por lo menos hasta ahora, seguía dormido.

Diez personas.

Por el amor de Dios, ¿dónde está el resto?

Pero no era el momento para preocuparse -había problemas mayores a la mano. Brian se

apresuró hacia adelante, dando apenas un vistazo al sujeto calvo que dormitaba en la clase ejecutiva.

8

El área de servicio, comprimida detrás de la pantalla de cine y entre las dos proas de primera clase, estaba vacía. Lo mismo la cocina, pero ahí Brian vio algo extremada-mente inquietante: el carrito de bebidas estaba estacionado en diagonal con -el baño de estribor. Sobre la repisa inferior había varios vasos usados.

Se estaban preparando para servir las bebidas, pensó. Cuando sucedió eso -lo que fuera "eso"- acababan de sacar el carrito. Los vasos usados son los que recogieron antes del rodamiento. Lo que fuera que sucedió, debe haber ocurrido en la media hora posterior al despegue, tal vez un poco más -¿no había reportes acerca de turbulencias sobre el desierto? Creo qué si. Y esa extraña mierda sobre la aurora boreal...

Durante un momento, Brian casi se inclinó a pensar que esto último era parte de su sueño -sin duda era bastante insólito- pero una mayor reflexión lo convenció de que realmente lo había mencionado Melanie Trevor, la auxiliar de vuelo.

No importa eso; ¿que sucedió? En nombre de Dios, ¿qué?

Lo ignoraba pero sí sabía que la vista del carrito de bebidas abandonado despertaba una enorme sensación de terror y temor supersticioso en sus entrañas. Por unos instantes pensó que eso era lo que debieron haber sentido las primeras personas que abordaron el Mary Celeste al encontrarse con un barco abandonado en su totalidad, donde la vela estaba tendida con esmero, la mesa del capitán dispuesta para la cena, todas las cuerdas cuidadosamente enrolladas y la pipa de algún marinero todavía consumía las últimas briznas de tabaco en la cubierta de proa...

Con un tremendo esfuerzo, Brian alejó esos pensamientos paralizantes y se dirigió a la puerta entre el área de servicio y la cabina de control. Llamó. Como lo había temido, no hubo respuesta. Y aun cuando sabía que era inútil cerró el puño y golpeó la puerta.

Nada.

Trató de abrir con la perilla. No se movió. Eso era un procedimiento de operación normal en la era de los viajes con escalas no programadas en La Habana, Líbano y Teherán. Sólo los pilotos podían abrir. Brian podía pilotear el avión... pero no desde afuera.

-¡Hey! -gritó-. ¡Hey, compañeros! ¡Abran la puerta!

Excepto que conocía la realidad. Habían desaparecido las auxiliares de vuelo; habían desaparecido casi todos los pasajeros; Brian Engle estaba dispuesto a apostar que también había desaparecido la tripulación de dos hombres en la cabina de control del 767.

Estimó que el vuelo 29 se dirigía al este con el piloto automático.

DOS

Oscuridad y montañas. El hallazgo del tesoro. La nariz de "suéter cerrado". Los perros no ladran. No se permite el pánico. Cambio del lugar de destino.

1

Brian le había pedido al hombre mayor con camisa roja que cuidara de Dinah, pero tan pronto como ésta escuchó a la mujer del lado de estribor -la que tenía una voz joven y agradable- se precipitó y aferró a. ella con una intensidad atemorizada, y buscó su mano con una especie de tímida determinación. Después de varios años con la señorita Lee, Dinah identificaba la voz de una profesora en cuanto la oía. La mujer del cabello oscuro tomó con amabilidad la mano de la niña.

-¿Dijiste que te llamas Dinah, cariño?

-Sí -respondió Dinah-. Soy ciega, pero después de que me operen en Boston podré ver de nuevo. Probablemente podré ver. Los doctores dicen que existe setenta por ciento de posibilidades de que recupere cierta visión, y cuarenta por ciento de que la obtenga por completo. ¿Cómo te llamas?

-Laurel Stevenson -contestó la mujer del cabello negro. Continuaba estudiando la cabina principal con los ojos y su rostro parecía incapaz de cambiar su expresión inicial: incredulidad perpleja.

-¿Laurel es una flor, verdad? -preguntó Dinah. Hablaba con vivacidad febril.

-Uh, uh -respondió Laurel.

-Perdón -interrumpió el hombre con los anteojos de armazón de concha y acento británico-. Voy al frente a unirme con nuestro amigo.

-Voy con usted -dijo el hombre mayor de la camisa roja.

- ¡Quiero saber qué es lo que está pasando aquí! -exclamó abruptamente el hombre del suéter cerrado. Una profunda palidez inundaba su rostro, excepto por dos manchas de color, tan brillantes como colorete, en las mejillas-. En este mismo instante quiero saber qué es lo que está pasando.

-No me sorprende lo más mínimo -comentó el británico, y empezó a caminar hacia el frente. El hombre de la camisa roja lo siguió desanimado. La chica adolescente con apariencia de estar drogada intentó unírseles durante un tramo, y después se detuvo en la separación entre la cabina principal y la sección ejecutiva, como si se sintiese insegura de dónde estaba.

El caballero anciano con la chaqueta sport desgastada se acercó a una ventanilla de babor, se inclinó y miró a través.

-¿Qué es lo que ve? preguntó Laurel Stevenson.

-Oscuridad y montañas -dijo el hombre de la chaqueta sport.

¿Las Rocosas? -inquirió Albert.

El hombre de la chaqueta sport raída asintió:

-Creo que sí, joven.

Albert decidió ir adelante. Tenía diecisiete años, una gran inteligencia, y esta noche también a él se le había ocurrido la Pregunta del Gran Misterio: ¿Quién estaba piloteando el avión?

En eso decidió que no importaba... al menos por el momento. El vuelo transcurría con bastante tranquilidad, así que era de presumir que alguien lo controlaba, e incluso si ese alguien resultaba ser algo -el piloto automático, en otras palabras- no había nada que él pudiera hacer al respecto. Como Albert Kaussner, era un violinista talentoso -no un prodigio del todo en camino para estudiar en el Colegio de Música Berklee. Como Ace Kaussner, era (en sus sueños, al menos) el hebreo más rápido al oeste del Mississippi, un cazador de recompensas que descansaba los sábados, cuidaba de no poner los zapatos sobre la cama y siempre mantenía un ojo avizor para la gran oportunidad, y el otro para un buen café kosher en algún lugar a lo largo del polvoso sendero. Ace era, suponía, la forma de protegerse a sí mismo del excesivo amor de unos padres que no le habían permitido jugar en la liga infantil de béisbol porque podría lastimarse las talentosas manos, y quienes creían, con toda sinceridad, que el menor ruido en la nariz era señal del principio de una neumonía. Era un violinista pistolero -una combinación interesante -pero no tenía la menor idea de cómo pilotear un avión. Y la niña había dicho algo que lo intrigó y le congeló la sangre al mismo tiempo. ¡Palpé su cabello!, había dicho. ¡Alguien le cortó el CABELLO! Se separó de Dinah

y Laurel (el hombre de la chaqueta sport raída se había ido al lado de estribor del avión para mirar por una de las ventanillas, y el hombre del suéter cerrado iba hacia el frente a unirse con los otros, los ojos entrecerrados con una expresión de agresividad) y decidió seguir el mismo camino que había recorrido Dinah por el pasillo de babor.

¡Alguien le cortó el CABELLO!, había dicho, y unas pocas filas adelante Albert encontró lo que había atemorizado a la niña.

2

-Estoy rogando, señor -dijo el británico-, que sea suya la gorra de piloto que observé en uno de los asientos de primera clase.

Brian estaba de pie frente a la puerta cerrada., la cabeza baja, sumido en vehemente reflexión. Cuando habló el británico detrás de él, sacudió la cabeza sorprendido y giró rápidamente.

-No fue mi, intención sobresaltarlo -manifestó el británico en tono apacible-. Soy Nick Hopewell -extendió la mano.

Brian la estrechó. Al hacerlo, al desempeñar su parte en el antiguo ritual, se le ocurrió que esto tenía que ser un sueño. Un sueño que había desencadenado el aterrador vuelo desde Tokio y la noticia de la muerte de Anne.

Un segmento de su mente sabía que no era así, al igual que otro segmento de su mente se había dado cuenta de que el grito de la niña no tenía ninguna relación de primera clase desierta, pero se aferró a esta idea como se había aferrado a la otra. ¿Por qué no, si ayudaba? Todo lo demás era tan descabellado, tan descabellado que el mero intento de pensar en ello provocaba que su mente se sintiera enferma y febril. Además, en realidad, no había tiempo para pensar, sencillamente no había tiempo, y descubrió que eso también era una especie de alivio.

-Brian Engle -dijo-. Encantado de conocerlo, aun cuando las circunstancias son... -encogió los hombros indeciso. ¿Cuáles eran las circunstancias, exactamente? No pudo pensar en un adjetivo idóneo para describirlas.

. -Un tanto estrafalarias, ¿no es así? -convino Hopewell-. Supongo que es mejor no pensar en ellas por el momento. ¿Responde la tripulación?

-No -contestó Brian, y abruptamente golpeó el puño contra la puerta con frustración.

-Calma, calma -intentó tranquilizarlo Hopewell-. Dígame acerca de la gorra, señor Engle. No tiene idea de la satisfacción y alivio que me causaría el dirigirme a usted como capitán Engle.

Brian sonrió involuntariamente.

-Soy el capitán Engle -enfatizó-, pero dadas las circunstancias, creo que me puede decir Brian.

Nick Hopewell tomó la mano izquierda de Brian y la besó con fervor.

-Creo que prefiero llamarlo Salvador -dijo-. ¿No le molesta demasiado?

Brian echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Nick se unió a él. Ambos estaban de pie frente a la puerta cerrada en un avión casi vacío, riéndose desaforados, cuando llegaron el hombre de la camisa roja y el hombre del suéter cerrado, quienes se quedaron mirándolos como si se hubiesen vuelto locos.

3

Albert Kaussner sostuvo el cabello en la mano derecha durante varios momentos, estudiándolo reflexivamente. Se veía negro y lustroso bajo las luces superiores, un pellejo bastante desagradable, y no le sorprendía que hubiese horrorizado a la niña. Si no hubiese podido verlo, también Albert se habría atemorizado.

Devolvió la peluca al asiento, miró el bolso en el asiento contiguo, después miró más de cerca lo que estaba junto al bolso. Era una sortija de oro de matrimonio. La recogió, la examinó y la dejó donde la encontró. Empezó a caminar lentamente hacia la parte trasera del avión. En menos de un minuto, Albert estaba tan sorprendido que había olvidado por completo la interrogante de quién piloteaba el avión o cómo diablos iban a descender si conducía el piloto automático.

Los pasajeros del vuelo 29 habían desaparecido, pero habían dejado tras ellos un tesoro fabuloso, desconcertante en algunos casos. Albert encontró alhajas en casi todos los asientos: sortijas de matrimonio, principalmente, pero también había diamantes, esmeraldas y rubíes. Había aretes, la mayoría de bisutería barata, pero algunos se veían bastante costosos a los ojos de Albert. Su madre tenía unas cuantas piezas finas, y varios de estos chismes hacían que sus mejores alhajas parecieran haber sido adquiridas en ventas con fines de beneficencia. Había fistoles, collares, mancuernillas, brazaletes de identificación y relojes, relojes, relojes. Desde Timex hasta Rolex, parecía que por lo menos había doscientos, sobre los asientos, en el piso entre los asientos, en los pasillos. Centelleaban bajo las luces.

Encontró, cuando menos, sesenta pares de anteojos. Con armazones de metal, de concha, de oro. Había gafas conservadoras, gafas punk y gafas con pedrería en los arillos. Había Ray Ban, Polaroid y Foster Grant.

Había hebillas de cinturones e insignias militares y pilas de monedas sueltas. No había billetes, pero en monedas de veinticinco, diez, cinco y un centavo, había fácilmente cuatrocientos dólares. Había billeteras no tantas como bolsos pero aun así una buena docena, desde piel fina hasta plástico-. Había navajas de bolsillo. Por lo menos una docena de calculadoras manuales.

Y también cosas más extrañas. Recogió un cilindro de plástico color carne, lo examinó durante casi treinta segundos antes de decidir que era un consolador y lo soltó casi de inmediato. Había una pequeña cuchara de oro en una fina cadena del mismo metal. Había brillantes partículas metálicas aquí y allá en los asientos y en el piso, de plata en su mayor parte, pero algunas también de oro. Tomó un par de ellas para verificar el juicio de su propia mente errante: algunas eran coronas dentales, pero la mayoría eran obturaciones de dientes humanos. Y, en una de las filas posteriores recogió dos diminutas barras de acero. Las estudió durante varios minutos antes de darse cuenta de que eran clavos quirúrgicos y que no pertenecían al piso de un avión casi desierto, sino a la rodilla u hombro de alguno de los pasajeros.

Descubrió un pasajero más, un hombre joven con barba, quien estaba extendido sobre dos asientos en la última fila, roncaba ruidosamente y despedía un fuerte olor a cervecería.

Pasó por dos asientos más y encontró un dispositivo que parecía un marcapasos.

Albert se detuvo en la parte posterior del avión y miró toda la extensión del cilindro largo y vacío del fuselaje. ¿Qué jodidos está pasando aquí?, preguntó con voz baja y temblorosa.

4

-¡Exijo saber qué es lo que está pasando! -dijo en voz alta el hombre del suéter cerrado. Entró al área de servicio en la proa de primera clase como un invasor corporativo que está buscando la adquisición hostil de otra compañía.

-¿De momento? Estamos a punto de romper la cerradura de esta puerta -dijo Nick Hopewell, con los ojos brillantes fijos en Suéter Cerrado-. Parece que la tripulación abdicó junto con todos los demás, pero, a pesar de todo, tuvimos suerte. Aquí mi nueva amistad es un

piloto que por casualidad se encontraba entre los pasajeros y...

-Están ocurriendo otras casualidades -intervino Suéter Cerrado- y pueden estar seguros de que me propongo averiguar cuáles son -pasó por delante de Nick sin mirarlo siquiera y acercó el rostro al de Brian, tan agresivo como un jugador que rebate una decisión del árbitro-. ¿Usted trabaja para American Pride, amigo?

-Sí -dijo Brian-, ¿pero por qué no dejamos eso pendiente por ahora, señor? Es importante que...

-¡Yo le diré lo que es importante! -gritó Suéter Cerrado. Un fino rocío de saliva se posó sobre las mejillas de Brian y tuvo que reprimir un impulso súbito y sorprendentemente intenso de apretar las manos alrededor del cuello de este imbécil y ver hasta dónde podría girarle la cabeza antes de que se rompiera algo en el interior-. ¡Tengo una junta en el Prudential Center con representantes de banqueros internacionales a las nueve de esta mañana! ¡A las nueve en punto! ¡De buena fe reservé un asiento en este transporte y no tengo intención de llegar tarde a mi cita! ¡Quiero saber tres cosas: quién autorizó una escala no programada para este avión mientras yo estaba dormido, dónde se hizo esa escala y la razón para hacerla!

-¿Alguna vez vio Viaje a las estrellas? preguntó de pronto Nick Hopewell.

El rostro de Suéter Cerrado, 'sofocado por el enojo, giró rápidamente. Su expresión decía que era evidente que el inglés era un demente.

-¿De qué diablos está hablando?

-Maravilloso programa norteamericano -dijo Nick-. Ciencia ficción. La exploración de extraños mundos nuevos, como el que existe, por lo visto, dentro de su cabeza. Y si no cierra la boca de inmediato, maldito idiota, tendré mucho gusto en demostrarle la famosa inducción adormecedora de Vulcano del señor Spock.

-¡A mí no me puede hablar así! -gruñó Suéter Cerrado-. ¿Sabe usted quién soy?

-Desde luego -respondió Nick-. Usted es un pobre imbécil malintencionado que confundió el pase de abordaje de esta aerolínea con una credencial que lo acredita como el Gran Pez Gordo de la Creación. También está profundamente atemorizado. No tiene nada de malo, pero nos está estorbando.

El rostro de Suéter Cerrado se veía tan congestionado que Brian empezó a temer que le explotara la cabeza. Una vez había visto una película donde sucedía eso. No deseaba verlo en la vida real.

-¡No tiene derecho a hablarme así! ¡Usted ni siquiera es ciudadano norteamericano!

Nick Hopewell se movió con tanta rapidez que Brian apenas percibió lo que estaba sucediendo. En un momento, el hombre con el suéter cerrado gritaba con el rostro pegado al de Nick, mientras éste se mantenía tranquilo junto a Brian, las manos en las caderas de sus pantalones planchados. Un momento después, la nariz de Suéter Cerrado estaba firmemente atrapada entre dos dedos de la mano derecha de Nick.

Suéter Cerrado trató de soltarse. Los dedos de Nick aumentaron la presión... y en eso, giró la mano levemente, como el movimiento de un hombre que aprieta un tornillo o le da cuerda a un reloj. Suéter Cerrado emitió un alarido.

-Se la puedo romper -dijo Nick con voz tranquila. Es lo más fácil del mundo, créame.

Suéter Cerrado intentó librarse con una sacudida hacia atrás. Sus manos golpearon el brazo de Nick sin ningún resultado. Nick torció los dedos de nuevo y Suéter Cerrado soltó otro alarido.

-Creo que no me oyó. Se la puedo romper: ¿Entiende? Indique si me entendió.

Torció la nariz de Suéter Cerrado por tercera vez. En esta ocasión, Suéter Cerrado casi rugió de dolor.

-Oh, guau -dijo la chica con apariencia de drogada detrás de ellos-. Una llave de nariz.

-No tengo tiempo para discutir sus citas de negocios -expresó Nick en tono suave-. Tampoco tengo tiempo para ocuparme de histeria disfrazada de agresión. Estamos en una situación desagradable y complicada. Es evidente que usted, señor, no va a contribuir a la solución y no tengo la intención de permitir que se convierta en parte del problema. Por lo

tanto, lo voy a enviar de regreso a la cabina principal. Este caballero de camisa roja...

-Don Gaffney -apuntó el caballero de la camisa roja. Se veía tan profundamente sorprendido como se sentí Brian.

-Gracias -dijo Nick. Todavía sostenía la nariz de Suéter Cerrado en esa pasmosa tenaza, y Brian pudo ver un hilo de sangre que cubría uno de los orificios comprimidos de la nariz del hombre.

Nick lo acercó más a él y le habló en tono cálido y confidencial.

-El señor Gaffney lo acompañará. Una vez que llegue a la cabina principal, mi fastidioso amigo, ocupará un asiento con el cinturón de seguridad bien abrochado en la cintura. Más tarde, cuando el capitán se haya asegurado de que no estamos en peligro de estrellarnos contra una montaña, un edificio u otro avión, podremos discutir nuestra situación actual con mayor detalle. Sin embargo, por ahora, no es necesaria su intervención. ¿Entiende lo que he dicho?

Suéter Cerrado emitió un aullido de dolor y rabia. -Si me entendió, haga el favor de levantar el pulgar.

Suéter Cerrado levantó un pulgar. Brian observó que la uña estaba cuidadosamente manicurada.

-Bien -dijo Nick-. Otra cosa más. Cuando le suelte la nariz, es posible que sienta deseos de venganza. Esa disposición es comprensible. Pero sería un terrible error darle salida a ese sentimiento. Quiero que recuerde que lo que le he hecho a su nariz se lo puedo hacer con la misma facilidad a sus testículos. De hecho, podría darles tantas vueltas que para cuando los suelte usted estaría en condiciones de volar por la cabina como el avión de un niño. Espero que se marche con el señor...

Miró con expresión interrogante al hombre de la camisa roja.

-Gaffney -repitió el hombre de la camisa roja.

-Gaffney, correcto. Perdón. Espero que se marche con el señor Gaffney. No pondrá ningún reparo. No se dará el lujo de refutarme. Es más, si pronuncia una sola palabra se encontrará investigando dominios de dolor inexplorados hasta ahora. Levante el pulgar si entendió esto.

Suéter Cerrado movió el pulgar con tanto entusiasmo que por un momento pareció un hombre en la carretera, con diarrea, que pide que lo recoja algún automóvil.

-¡Muy bien!... -dijo Nick y soltó la nariz de Suéter Cerrado.

Suéter Cerrado dio un paso hacia atrás, mirando a Nick Hopewell con ojos enojados y confusos -parecía un gato al que se le acaba de arrojar un balde de agua fría. En sí, el enojo hubiese dejado impasible a Brian. Era la confusión lo que lo hacía sentirse un poco apenado por Suéter Cerrado. Él mismo se sentía bastante perplejo.

Suéter Cerrado se llevó una mano a la nariz, verificando que todavía estaba en su lugar. De cada orificio corría una estrecha cinta de sangre, no más ancha que la fajilla de una cajetilla de cigarrillos. Las puntas de los dedos se mancharon con sangre y los miró incrédulo. Abrió la boca queriendo decir algo.

-Yo no lo haría amigo -sentenció Don Gaffney-. Este sujeto habla en serio. Mejor venga conmigo. Tomó el brazo de Suéter Cerrado. Por un momento, este último resistió el suave tirón de Gaffney. Abrió la boca de nuevo.

-Mala idea -le dijo la chica que parecía drogada.

Suéter Cerrado cerró la boca y permitió que Gaffney lo condujera de regreso a la parte posterior de primera clase. Miró una vez por encima del hombro, los ojos muy abiertos y desconcertados, y después se tocó nuevamente la nariz.

Nick, mientras tanto, había perdido todo interés en el hombre. Atisbaba por una de las ventanillas.

-Parece que estamos sobre las Rocosas -indicó- y, por lo que veo, a una altitud bastante segura.

Brian también se asomó por un momento. Eran las Rocosas, en efecto, cerca del centro de la cordillera, por lo que parecía. Calculó la altitud en cerca de 35 000 pies. Más o menos la que había mencionado Melanie Trevor. Estaban a salvo... al menos, por ahora.

-Venga -dijo-. Ayúdeme a derribar la puerta. Nick se unió a él frente a la puerta.

-¿Me permite dirigir esta parte de la operación, Brian? Tengo cierta experiencia.

-Está a su disposición -Brian se preguntaba cómo habría adquirido Nick Hopewell esa experiencia en torcer narices y derribar puertas. Pensó que probablemente sería una larga historia.

-Sería conveniente que supiéramos lo fuerte que es la cerradura -dijo Nick-. Si golpeamos demasiado duro corremos el riesgo de caer disparados en la cabina. No quisiera dar contra algo que no soporte el golpe.

-No lo sé -manifestó Brian con franqueza-. Sin embargo, no creo que sea extremadamente fuerte.

-Está bien -añadió Nick-. Dese vuelta y véame de frente... el hombro derecho apuntando hacia la puerta, a mi izquierda.

Brian obedeció.

-Yo contaré. A la cuenta de tres, arremetemos juntos con los hombros, Cuando empujemos, doble las piernas; es más fácil que hagamos saltar la cerradura si pegamos en la parte inferior de la puerta. No utilice toda su fuerza.

La mitad, más o menos. Si no es suficiente, podemos intentarlo otra vez. ¿Me entendió?

-Entendí.

La chica, quien ahora se veía un poco más despierta y más al tanto de la situación, dijo:

-No creo que dejen una llave bajo el tapete o algo así, ¿verdad?

Nick la miró sorprendido y después volvió los ojos hacia Brian.

¿Por casualidad dejan una llave en algún lugar? Brian sacudió la cabeza.

-Me temo que no. Es una precaución antiterrorismo.

-Por supuesto -dijo Nick-. Por supuesto que lo es miró a la chica y le guiñó un ojo-. Pero eso se llama usar la cabeza, de todos modos.

La chica le sonrió incierta.

Nick regresó su atención a Brian.

-¿Listo, entonces?

-Listo.

-Bien. Uno... dos... tres.

Ambos se impulsaron contra la puerta, agachándose en perfecta sincronía justo antes de pegarla, y la puerta se abrió con una absurda facilidad. Había un pequeño reborde -al cual le faltaban por lo menos siete centímetros para considerarse un umbral- entre el área de servicio y la cabina de control. Brian lo golpeó con el borde de su zapato y, si Nick no lo agarra del hombro, hubiese caído de lado en la cabina. El hombre era tan rápido como un gato.

-Ahora bien -dijo más para sí mismo que a Brian-. Veamos con qué nos enfrentamos aquí, ¿de acuerdo?

5

La cabina de control estaba vacía. Al verla, los brazos y el cuello de Brian le hormiguearon como carne de gallina. Estaba muy bien saber que un 767 podía volar miles de millas en piloto automático, usando la información programada en el sistema inercial de navegación -Dios sabía que él mismo había volado bastantes millas en esa forma pero era muy distinto ver los asientos vacíos. Eso fue lo que lo dejó frío. Durante toda su carrera, nunca había visto una cabina vacía en pleno vuelo.

Ahora estaba viendo una. Los controles del piloto se movían por sí mismos, haciendo

las correcciones infinitesimales necesarias para mantener el avión en el curso trazado hasta Boston. El tablero era verde. Las dos pequeñas alas en el indicador de altitud del avión estaban estables sobre el horizonte artificial, Más allá de las dos ventanillas sobresalientes, un billón de estrellas titilaba en el cielo de las primeras horas de la mañana.

-Oh, guau -dijo la chica adolescente en voz baja.

-Vaya -exclamó Nick al mismo tiempo-. Mira ahí, compañero.

Nick señalaba una taza de café medio vacía en la consola de servicio junto al brazo izquierdo del asiento del piloto. A un lado del café estaba un bollo danés al que le faltaban dos mordidas. De inmediato, este escenario trajo de regreso el sueño de Brian y se estremeció violentamente.

-Lo que haya sido, sucedió con celeridad -aseveró Brian-. Y mire ahí. Y ahí.

Primero señaló el asiento de la silla del piloto y después al piso bajo el asiento del copiloto. Dos relojes de pulsera relucían bajo las luces de los controles, un Rolex a prueba de presión y un Pulsar digital.

-Si quieren relojes, pueden elegir el que les guste -dijo una voz detrás de ellos-. Hay toneladas ahí atrás.

Brian miró sobre el hombro y vio a Albert Kaussner, luciendo pulcro y muy joven con el pequeño capelo negro y la camiseta de Hard Rock Café. Junto a él estaba el caballero anciano de la chaqueta sport raída.

-¿Los hay en verdad? -preguntó Nick. Por primera vez pareció haber perdido el aplomo.

-Relojes, alhajas y anteojos -dijo Albert-. Bolsos también. Pero lo más misterioso es que... hay artículos que estoy seguro provienen del interior de las personas. Cosas como clavos quirúrgicos y marcapasos.

Nick miró a Brian Engle. El inglés había palidecido perceptiblemente.

-En términos generales, había llegado a la misma conclusión que nuestro amigo descortés y locuaz -confesó-. Que el avión había aterrizado en algún lugar, por alguna razón, mientras estaba dormido. Que en alguna forma habían desembarcado a la mayoría de los pasajeros y a la tripulación.

-Me habría despertado en el momento en que se hubiese iniciado el descenso -dijo Brian-. Es un hábito -descubrió que no podía apartar los ojos de los asientos vacíos, la taza de café medio llena y el bollo danés a medio comer.

-Normalmente, yo diría lo mismo -coincidió Nick-, así que decidí que mi bebida contenía algún narcótico.

Ignoro cómo se gana la vida este sujeto, pensó Brian, pero con seguridad no vende autos usados.

Nadie puso nada en mi bebida -dijo Brian-, porque no tomé nada.

-Yo tampoco -agregó Albert.

-En cualquier caso, no pudo ocurrir un aterrizaje y un despegue mientras estábamos dormidos -objetó Brian-. Es posible que vuele un avión en piloto automático, y el Concorde puede aterrizar en piloto automático, pero para el despegue se necesita un ser humano

-No aterrizamos, entonces -dijo Nick.

-No.

-En ese caso, ¿dónde están, Brian?

-No lo sé -respondió éste. Se acercó a la silla del piloto y se sentó.

6

El vuelo 29 estaba volando a 36.000 pies, tal como había mencionado Melanie Trevor, en dirección 090. En una hora o dos eso cambiaría, cuando el avión virara el curso en un ángulo más al norte. Brian tomó el plan de vuelo del navegante, miró el indicador de

velocidad del aire e hizo una serie de cálculos rápidos. Después se puso los audífonos.

-Centro Denver, éste es el vuelo 29 de American Pride, fuera.

Movió rápidamente el interruptor... y no escuchó nada. Nada en absoluto. Ni estática; ni charlas; ni al control de tierra; ni otros aviones. Verificó la posición del receptor: 7700, correcta. Después cambió de nuevo el interruptor a transmisión.

-Centro Denver, adelante por favor, éste es el vuelo 29 de American Pride, repito, American Pride Heavy, y tengo un problema, Denver, tengo un problema.

Cambió el interruptor a recepción. Escuchó.

Entonces Brian hizo algo que provocó que el temor acelerara el corazón de Albert "Ace" Kaussner:, golpeó el cuadrante de control justo debajo del equipo de radio con el canto de la mano. El Boeing 767 era un avión de pasajeros de la más moderna alta tecnología. No era forma de tratar que operara el equipo de un avión como ése. Lo que había hecho el piloto era lo que se hace cuando la vieja radio Philco que se compró por un dólar en una subasta para obras de caridad no suena cuando llegas a casa.

Brian intentó de nuevo comunicarse con el Centro de Denver. Y no obtuvo respuesta. Ninguna respuesta.

7

Hasta ese momento, Brian había experimentado una sensación de confusión y terrible desconcierto. Ahora empezaba a sentirse aterrorizado -realmente aterrorizado- también. Hasta ahora, no había tenido tiempo para atemorizarse. Deseaba que aún fuera así... pero no lo era. Cambió la radio a la banda de emergencia y probó de nuevo. No hubo respuesta. Esto era el equivalente a marcar el 911 en Manhattan y conectar con una grabación que decía que todos se habían ido por el fin de semana. Cuando se pedía ayuda por la banda de emergencia siempre se obtenía una respuesta inmediata.

Hasta ahora, por lo menos, pensó Brian.

Sintonizó con UNICOM, donde los pilotos privados obtenían asesoría para aterrizar en aeropuertos pequeños. Ninguna respuesta. Escuchó... y no oyó nada en absoluto. Esto no podía ser. Los pilotos privados charlaban como grajos en una línea telefónica. La chica del Piper quería informes sobre el clima. El sujeto del Cessna se caería muerto en el asiento si no conseguía que alguien llamara

a su esposa para decirle que llevaba tres invitados más para la cena: Los fulanos del Lear querían que la chica de la oficina de Arvada les dijera a sus pasajeros del avión fletado que tenían un retraso de quince minutos y que lo tomaran con calma, que llegarían a tiempo al juego de béisbol en Chicago.

Pero nada de eso estaba ahí. Parecía que todos los grajos habían volado, y las líneas telefónicas se habían quedado mudas.

Regresó el interruptor a la banda de emergencia de la Agencia Federal de Aviación.

-¡Denver, responda! ¡Responda de inmediato! ¡Éste es el vuelo 29 de AP, respondan, maldita sea!

Nick le tocó el hombro.

-Calma, compañero.

¡Los perros no ladran! -dijo Brian frenético. ¡Eso es imposible, pero está sucediendo! ¡Cristo, qué pasó! ¡Estamos en una jodida guerra nuclear?

-Calma -repitió Nick-. Tranquilícese, Brian y dígame a qué se refiere con eso de que los perros no ladran.

-¡Me refiero al Control de Denver! -clamó Brian-. ¡Ese perro! ¡Me refiero a la banda de emergencia de la Agencia Federal de Aviación! ¡Ese perro! ¡UNICOM, ese perro también!

Nunca he...

Movió otro interruptor.

-Esta -dijo-, es la banda de onda corta media. Deberían estar saltando unos sobre otros como ranas en una vereda caliente, pero no puedo captar una maldita mierda.

Accionó otro interruptor, luego miró a Nick y a Albert Kaussner, quienes se habían acercado a él.

-No hay radiofaro de vor[2] en Denver -dijo. -¿Lo que significa?

-Significa que no tengo radio, no tengo radiofaro de navegación en Denver y mi tablero me dice que todo está en óptimas condiciones. Lo cual es pura mierda. Tiene que ser.

Una idea terrible empezó a emerger en su mente, como un cadáver hinchado que sale a la superficie de un río.

-Hey, chico... mira por la ventanilla. En el lado izquierdo del avión. Dime lo que ves.

Albert Kaussner se asomó. Estuvo mirando durante un buen rato.

-Nada -dijo-. Nada en absoluto. Sólo el final de las Rocosas y el inicio de las praderas.

-¿No hay luces?

-No.

Brian se levantó sobre piernas que sentía débiles y acuosas. Estuvo mirando hacia abajo mucho rato. Por fin, Nick Hopewell dijo en voz alta:

-Denver ha desaparecido ¿no es así?

Por las gráficas del ingeniero de vuelo y el equipo de navegación a bordo, Brian sabía que ahora deberían estar volando a menos de cincuenta millas al sur de Denver... pero debajo de ellos sólo vio el oscuro paisaje sin rasgos distintivos que marcaba el principio de las Grandes Praderas.

-Sí -asintió-. Denver ha desaparecido.

8

Hubo un momento de silencio total en la cabina y, en eso, Nick Hopewell se volvió hacia el resto de los espectadores, los cuales consistían en Albert, el hombre de la chaqueta sport raída y la joven. Nick dio unas palmadas enérgicas, como un maestro de jardín de niños. Cuando habló, también se le oyó como uno.

-¡Bien, amigos! Vuelvan a sus asientos. Creo que necesitamos un poco de silencio aquí.

-Hemos estado callados -objetó la chica, y con bastante razón.

-Creo que lo que quiere el caballero no es silencio en realidad, sino un poco de privacía -dijo el hombre de la chaqueta sport raída. Habló en un tono de voz controlado, pero sus ojos, suaves y preocupados, estaban fijos en Brian.

-Eso es exactamente lo que quise decir -confirmó Nick-. ¿Por favor?

¿Estará bien? -preguntó en voz baja el hombre de la chaqueta sport raída refiriéndose a Brian-. Se ve muy perturbado.

Nick respondió en el mismo tono confidencial.

-Sí. Estará bien, eso corre por mi cuenta.

-Vámonos, chicos -dijo el hombre de la chaqueta sport raída. Colocó un brazo sobre los hombros de la chica, el otro sobre los de Albert-. Regresemos a nuestros asientos. El piloto tiene que hacer su trabajo.

No necesitaban haber bajado las voces ni siquiera por unos instantes en lo que concernía a Brian. Podía haber sido un pez que se alimenta en un arroyo mientras pasa por encima una pequeña parvada de aves. El sonido puede llegarle al pez, pero no le adjudica el más mínimo significado. Brian estaba ocupado maniobrando con las bandas de radio y cambiando de un

[2] vor: Very High Frequency Omnirange (Alta Frecuencia Omnidireccional).

punto de contacto direccional a otro. Era inútil. Ni Denver; ni Colorado Springs; ni Omaha. Todos habían desaparecido.

Podía sentir el sudor que escurría como lágrimas por sus mejillas, podía sentir la camisa pegada a la espalda.

Debo oler como un cerdo, pensó, o un...

En eso, le llegó la inspiración. Se conectó a la banda de la aviación militar, aun cuando las reglas lo prohibían de manera expresa. El Comando Aéreo Estratégico prácticamente era el dueño de Omaha. No estaría fuera del aire. Podrían ordenarle que se saliera de su frecuencia, tal vez lo amenazarían con reportarlo a la Agencia Federal de Aviación, pero Brian aceptaría gustoso todo eso: Pudiera ser que fuera el primero en decirles que, aparentemente, la ciudad de Denver se había ido de vacaciones.

-Control de la Fuerza Aérea, Control de la Fuerza Aérea, éste es el vuelo 29 de American Pride y tenemos un problema, un problema serio. ¿Me escuchan? Fuera.

Tampoco ahí ladró ningún perro.

Fue entonces cuando Brian sintió que algo -algo como una sacudida eléctrica- empezaba a ceder en lo profundo del interior de su mente. Fue entonces cuando experimentó que toda su estructura de pensamiento organizado empezaba a deslizarse lentamente hacia algún abismo oscuro.

9

Nick Hopewell colocó una mano sobre él, en lo alto de los hombros, cerca del cuello. Brian saltó en el asiento y casi gritó. Volvió la cabeza y encontró el rostro de Nick a menos de siete centímetros del suyo.

Ahora me agarrará la nariz y empezará a torcerla, pensó Brian.

Nick no le agarró la nariz. Habló con una intensidad apacible, los ojos fijos impávidos en los de Brian.

-Percibo una mirada en sus ojos, amigo... pero no necesité ver sus ojos para saber que estaba ahí. Lo escuché en su voz y lo vi en la forma en que está sentado. Ahora escúcheme, y escúcheme bien: no se permite el pánico.

Brian lo miró fijamente, congelado por esos ojos azules.

-¿Me entiende?

Brian habló con un gran esfuerzo.

- Si un sujeto es presa fácil del pánico no le permiten que haga lo que yo hago para ganarme la vida, Nick.

-Lo sé -dijo Nick-, pero ésta es una situación insólita. Sin embargo tiene que recordar que en este avión hay una docena o más de personas y su deber es el mismo de siempre: llevarlas a tierra en una sola pieza.

- ¡No necesita decirme cuál es mi deber! -respondió Brian con brusquedad.

-Me temo que sí -dijo Nick-, pero ya se ve cien por ciento mejor, y lo digo con gran alivio.

Brian, aparte de verse mejor, empezaba, a sentirse mejor. Nick había clavado un alfiler en el lugar más sensible -su sentido de responsabilidad. Justo donde se propuso picarme, pensó.

-¿Cómo se gana la vida, Nick? -preguntó un poco tembloroso.

Nick echó la cabeza hacia atrás y se rió.

-Agregado subalterno, en la embajada británica, viejo.

-Eso no se lo cree nadie.

Nick encogió los hombros.

-Bueno... eso es lo que dicen mis papeles, y considero que es bastante adecuado. Si

dijeran otra cosa, supongo que sería Mecánico de Su Majestad. Compongo cosas que necesitan arreglo. En este momento, me refiero a usted.

-Gracias -dijo Brian un poco molesto-, pero ya estoy en buen estado.

-Muy bien. ¿Qué piensa hacer entonces? ¿Puede volar sin esos chismes de señales de tierra? ¿Podrá eludir otros aviones?

-Puedo navegar perfectamente con el equipo a bordo -indicó Brian-. En cuanto a otros aviones... -señaló la pantalla de radar-. Ese bastardo dice que no hay otros aviones.

-De todos modos, podría haberlos -dijo Nick con voz tranquila-. Es posible que se hayan trastornado las condiciones de la radio y el radar, al menos, por ahora. Usted mencionó una guerra nuclear, Brian. Creo que si hubiese ocurrido un intercambio nuclear, lo habríamos sabido. Pero eso no descarta algún otro tipo de accidente. ¿Le es conocido el fenómeno llamado pulso electromagnético?

Brian pensó por unos instantes en Melanie Trevor. Oh, y tuvimos reportes de aurora boreal sobre el desierto de Mojave. Tal vez quisiera permanecer despierto para verla.

¿Podría ser eso? ¿Un fenómeno meteorológico imprevisible?

Suponía que era posible. Pero en ese caso, ¿por qué no se oía estática en la radio? ¿Por qué no había interferencia de ondas en la pantalla del radar? ¿Por qué sólo este vacío total? Y no creía que la aurora boreal fuera responsable de la desaparición de ciento cincuenta a doscientos pasajeros.

-¿Bien? -preguntó Nick.

-Es usted un mecánico un tanto peculiar, Nick -dijo Brian al fin-, pero no creo que sea pulso electromagnético. Todo el equipo de a bordo, incluyendo el mecanismo direccional, parece estar funcionando perfectamente -señaló la lectura de la brújula digital-. Si hubiésemos experimentado un pulso electromagnético, se habrían afectado todos los instrumentos. Pero se mantienen estables.

-De acuerdo. ¿Se propone continuar hasta Boston? ¿Se propone...?

Y con esas palabras se esfumaron los restos del pánico en Brian. En efecto, pensó. Ahora soy el capitán de esta nave... y al final, todo se reduce a eso. Debió habérmelo recordado en primer lugar, amigo, y ambos nos hubiésemos ahorrado muchas molestias.

-¿Logan al amanecer, sin tener una idea de lo que está pasando en el país bajo nosotros, o en el resto del mundo? De ningún modo.

-¿Cuál será nuestro destino entonces? ¿O necesita tiempo para ponderar el punto?

Brian no lo necesitaba. Y ahora empezaron a cobrar forma todos los detalles que requerían atención.

-Lo sé -dijo. Y creo que es hora de hablar con los pasajeros. Los pocos que nos quedan, de cualquier modo.

Tomó el micrófono, y fue entonces cuando el hombre calvo que había estado durmiendo en la sección ejecutiva asomó la cabeza en la cabina de control.

¿Alguno de ustedes, caballeros, sería tan amable de decirme qué sucedió con todo el personal de servicio de este avión? -preguntó quejumbroso-. Tuve una siesta muy placentera... pero ahora me gustaría cenar.

10

Dinah Bellman se sentía mucho mejor. Era agradable tener a otras personas a su alrededor, sentir su presencia confortante. Estaba sentada en un pequeño grupo con Albert Kaussner, Laurel Stevenson y el hombre de la chaqueta sport raída, quien se presentó a sí mismo como Robert Jenkins. Era, dijo, autor de más de cuarenta novelas de misterio e iba en camino a Boston para hablar en una convención de adeptos a ese género literario.

-Ahora -dijo-, me encuentro envuelto en un misterio bastante más extravagante que

cualquiera que yo me hubiese atrevido a escribir.

Los cuatro estaban sentados en la sección central, cerca de la proa de la cabina principal. El hombre del suéter cerrado ocupaba un asiento en el pasillo de estribor, varias filas más adelante, con un pañuelo sobre la nariz (la cual había dejado de sangrar desde hacía varios minutos) y rabiando en solitario esplendor. Don Gaffney se sentaba cerca de él, en una continua e inquieta vigilancia. Gaffney sólo había hablado una vez, para preguntarle a Suéter Cerrado cómo se llamaba. Suéter Cerrado no respondió, limitándose a mirar a Gaffney con siniestra intensidad por encima del arrugado ramillete de su pañuelo.

Gaffney no volvió a preguntar.

-¿Tiene alguien la más ligera idea de qué está pasando aquí? -casi suplicó Laurel-. Se supone que mañana empezarían mis primeras vacaciones reales en diez años, y ahora sucede esto.

Por casualidad, Albert estaba mirando directamente a la señorita Stevenson mientras ésta hablaba. Cuando comentó que eran sus primeras vacaciones en diez años, vio que de pronto sus ojos se desviaban a la derecha. y pestañeaban con celeridad tres o cuatro veces, como si en uno de ellos le hubiese caído una partícula de polvo. En su mente surgió una idea tan firme que era una certeza: la dama mentía. La dama había mentido por alguna razón. La miró con más atención y no vio nada realmente extraordinario -una mujer con una especie de atractivo desteñido, una mujer que muy pronto dejaría atrás sus años veinte para entrar en la edad madura (y para Albert los treinta años eran, sin duda, el inicio de la edad madura), una mujer que en corto tiempo se volvería incolora e invisible. Pero ahora tenía color; sus mejillas flameaban. No sabía el significado de la mentira, pero pudo ver que por el momento había revivido su atractivo y casi lucía hermosa.

He aquí una dama que debería mentir con más frecuencia, pensó Albert. En eso, antes de que él o cualquier otro pudiera responderle a Laurel, la voz de Brian llegó a través de las bocinas en la parte superior.

-Damas y caballeros, les habla el capitán.

-Para mierda de capitán -gruñó Suéter Cerrado.

-¡Cállese! -ordenó Gaffney desde el otro lado del pasillo.

Suéter Cerrado lo miró sobresaltado y se apaciguó.

-Como se habrán dado cuenta, sin duda, nos encontramos en una situación por demás extraña -continuó Brian-. No es necesario que se las explique; con sólo mirar a su alrededor entenderán nuestro predicamento.

-Yo no entiendo nada -murmuró Albert.

-También he descubierto unas cuantas cosas más. No les harán mucha gracia, me temo, pero ya que estamos juntos en esto quiero ser lo más franco posible. No tengo comunicación de cabina a tierra. Y hace cinco minutos, más o menos, debimos haber podido ver las luces de Den

ver con toda claridad desde el avión. No pudimos. La única conclusión a la que estoy dispuesto a llegar es que a alguien se le olvidó pagar el recibo de la electricidad. Y hasta que sepamos un poco más, creo que es la única conclusión a que debemos llegar todos nosotros.

Se detuvo por un momento. Laurel sostenía la mano de Dinah. Albert produjo un silbido bajo y temeroso. Robert Jenkins, el escritor de novelas de misterio, contemplaba distraído el espacio, con las manos descansando sobre los muslos.

-Todas éstas son las malas noticias -prosiguió Brian-. Las buenas son las siguientes: el avión no está dañado, tenemos suficiente combustible y estoy capacitado para volar esta marca y este modelo. También para aterrizarlo. Creo que todos estaremos de acuerdo en que aterrizar a salvo es nuestra primera prioridad. No hay nada que podamos hacer hasta que logremos eso, y quiero que estén seguros de que se hará.

"Lo último que quiero informarles es que ahora nuestro destino será Bangor, Maine."

Suéter Cerrado se incorporó con una sacudida. -¿Qué? aulló.

-Nuestro equipo de navegación está en óptimas condiciones, pero no puedo decir lo

mismo de los haces radiofónicos -VOR-, los cuales usamos también. Dadas las circunstancias, he decidido no entrar al espacio aéreo de Logan. No he podido comunicarme por radio con nadie, en aire o en tierra. Parece que funciona el equipo de radio de la nave, pero no creo que deba confiar en las apariencias en la actual coyuntura. El aeropuerto internacional de Bangor cuenta con las siguientes ventajas: para el acercamiento corto se recorre más tierra que agua; el tráfico aéreo en nuestra hora estimada de llegada, alrededor de las 8:30 a.m., será mucho más ligero, asumiendo que haya alguno; y el aeropuerto de Bangor, el cual en un tiempo fue la base de la Fuerza Aérea Dow, tiene la pista comercial más larga en la costa este de los Estados Unidos. Nuestros amigos británicos y franceses aterrizan ahí el Concorde cuando no pueden hacerlo en Nueva York.

Suéter Cerrado bramó:

- ¡Tengo una importante junta de negocios en el Pru esta mañana, a las nueve en punto Y LE PROHIBO QUE NOS LLEVE A UN AEROPUERTO DE MIERDA EN MAINE!

Dinah se sobresaltó y se encogió temerosa ante el sonido de la voz de Suéter Cerrado, y oprimió la mejilla contra un lado del pecho de Laurel Stevenson. No estaba llorando -todavía no, al menos-, pero Laurel sintió que empezaba a sacudirse el pecho de la niña.

- ¿ME OYE? -aullaba Suéter Cerrado-. ¡TENGO QUE ESTAR EN BOSTON PARA DISCUTIR UNA TRANSACCIÓN DE BONOS EXTRAORDINARIAMENTE GRANDE, Y ME PROPONGO LLEGARA TIEMPO A ESA JUNTA! -se desabrochó el cinturón y empezó a ponerse de pie. Sus mejillas estaban rojas, la frente blanca como la cera. Sus ojos carecían de expresión, lo cual Laurel consideró atemorizante en extremo-. ¡ME ENTIEN...!

-Por favor dijo Laurel-. Por favor, señor, está asustando a la niña.

Suéter Cerrado volvió la cabeza y la inquietante mirada vacía cayó en ella. Laurel pudo haber esperado.

-¿ASUSTANDO A LA NIÑA? NOS ESTAMOS DESVIANDO A UN DESVENCIJADO AEROPUERTO DE MIERDA EN MEDIO DE NINGUNA PARTE Y TODO LO QUE LE PREOCUPA ES...?

-Siéntese y cállese o le doy un puñetazo -advirtió Gaffney, levantándose. Tenía por lo menos veinte años más que Suéter Cerrado, pero era más pesado y mucho más ancho de pecho. Se había arremangado la camisa de franela roja hasta los codos y cuando apretó los puños le resaltaron los músculos en los antebrazos. Parecía un leñador que empezaba a suavizarse en la jubilación.

El labio superior de Suéter Cerrado se retrajo de los dientes. Esta mueca, parecida a la de un perro, asustó a Laurel, porque no creía que el hombre con el suéter cerrado se diera cuenta de que tenía contorsionado el rostro. Ella fue la primera en preguntarse si no estaría demente ese hombre.

-No creo que pueda solo, anciano -dijo.

-No estará solo -era el hombre calvo de la clase ejecutiva-. Yo mismo le daré un golpe si no se calla.

Albert Kaussner hizo acopio de todo su valor y dijo:

Yo también, cretino -la frase fue un gran alivio. Se sintió como uno de los sujetos del Álamo que pisaban sobre la raya que había trazado en la tierra el coronel Travis.

Suéter Cerrado miró a su alrededor. El labio subió y cayó de nuevo en esa extraña mueca canina.

Ya veo. Ya veo. Todos están en mi contra. Muy bien -se sentó y los miró truculento-. Pero si supieran algo del mercado de los bonos sudamericanos... -no terminó. En el brazo del asiento junto a él había una servilleta de papel. La tomó, la miró y empezó a darle tirones.

-No tiene por qué ser de esta manera -dijo Gaffney-. No nací pendenciero, amigo, ni lo soy por inclinación -trataba de que su voz sonara amigable, pensó Laurel, pero se notaba el recelo, tal vez enojo también-. Debe relajarse y tomarlo con calma. ¡Véalo por el lado bueno! Es probable que la aerolínea le devuelva el importe completo del boleto de este viaje.

Suéter Cerrado desvió los ojos brevemente en dirección a Don Gaffney, después miró

de nuevo la servilleta de papel. Dejó de tironearla y empezó a rasgarla en tiras largas.

-¿Hay alguien que sepa cómo funciona ese pequeño horno en la cocina? -preguntó Calvo, como si no hubiera pasado nada-. Quiero mi cena.

Nadie le respondió.

-No lo creo -dijo el hombre calvo con tristeza-. Ésta es la era de la especialización. Una época vergonzosa para estar vivo -con este pronunciamiento filosófico, Calvo se retiró una vez más a la clase ejecutiva.

Laurel miró hacia abajo y vio que, debajo de los aros de las gafas oscuras con el vistoso armazón de plástico rojo, las lágrimas humedecían las mejillas de Dinah Bellman. Laurel olvidó parte de su propio temor y perplejidad, al menos temporalmente, y estrechó a la pequeña niña.

-No llores, cariño... el hombre estaba preocupado. Ya está mejor.

Si se le puede llamar mejor a permanecer ahí sentado con la mirada hipnotizada mientras se desgarra una servilleta de papel en tiras diminutas; pensó.

-Estoy asustada -susurró Dinah-. Ese hombre nos ve a todos como monstruos.

-No, no lo creo -negó Laurel, sorprendida y desconcertada-. ¿Por qué piensas eso?

-No lo sé -dijo Dinah. Le agradaba esta mujer, le había agradado desde el instante en que oyó su voz, pero no tenía la intención de decirle que sólo por un momento los había visto a todos, incluyéndose ella misma, mirando al hombre de la voz alta. Ella había estado dentro del hombre de la voz alta, su nombre era Tooms o Tunney, o algo semejante, y él veía a todos como un puñado de duendes malvados y egoístas.

Si le decía algo así a la señorita Lee, sin duda pensaría que estaba loca. ¿Por qué habría de pensar de otro modo esta mujer, a quien Dinah acababa de conocer?

Así que Dinah no dijo nada.

Laurel besó la mejilla de la niña. La piel se sintió cálida bajo sus labios.

-No te asustes, cariño. Llevamos un vuelo tan tranquilo... ¿lo puedes sentir?... y en uñas cuantas horas estaremos a salvo en tierra de nuevo.

Eso está bien. Sin embargo, quiero a mi tía Vicky. ¿Dónde piensas que esté?

-No lo sé, cariño -dijo Laurel-. Ojalá lo supiera.

Dinah pensó otra vez en los rostros que había visto el hombre que gritaba: rostros malvados, rostros crueles. Pensó en su propio rostro como él lo percibía, un rostro de cerdito con los ojos ocultos detrás de enormes gafas negras. El valor la abandonó y empezó a llorar con roncos sollozos dolorosos que le llegaron al corazón a Laurel. Abrazó a la niña, porque fue lo único que se le ocurrió para consolarla, y pronto ella también estaba llorando. Lloraron juntas por casi cinco minutos y luego Dinah se fue calmando paulatinamente. Laurel miró al joven delgado, cuyo nombre era Albert o Alvin, no pudo recordar cuál, y vio que también sus ojos estaban húmedos. El percibió la mirada y volteó rápidamente a ver sus manos.

Dinah dio un último sollozo entrecortado y luego permaneció con la cabeza recargada contra el pecho de Laurel.

-Creo que llorar no ayuda. ¿Verdad?

-No, creo que no -convino Laurel-. ¿Por qué no tratas de dormir, Dinah?

Dinah suspiró -un sonido débil, triste.

-No creo que pueda. Estaba dormida.

Dímelo a mí, pensó Laurel. Y el vuelo 29 prosiguió hacia el este a 36 000 pies, volando a más de quinientas millas por hora sobre la oscura sección media de los Estados Unidos.

Tres

El método deductivo. Accidentes y estadísticas. Posibilidades especulativas. Presión

en las trincheras. El problema de Bethany. Se inicia el descenso.

1

-La niña dijo algo interesante hace una hora más o menos -dijo Robert Jenkins de pronto.

Entretanto, la pequeña niña en cuestión se había quedado dormida a pesar de sus anteriores dudas sobre si podría hacerlo. Albert Kaussner también había estado dando cabezadas, acaso con la esperanza de volver una vez más a las míticas calles de Tombstone. Había bajado su estuche de violín del compartimiento alto del avión y lo sostenía sobre las piernas.

- ¡Eh! -exclamó y se enderezó en el asiento.

-Lo siento -dijo Jenkins-. ¿Estabas dormitando?

- No -contestó Albert-. Completamente despierto -volvió hacia Jenkins dos órbitas grandes e inyectadas con sangre para demostrarlo. Bajo cada una, resaltaba una sombra más oscura. Jenkins pensó que tenía una ligera semejanza con un mapache al cual se has sorprendido en una incursión por los botes de basura-. ¿Qué fue lo que dijo?

-Le dijo a la señorita Stevenson que no creía que pudiese volver a dormirse porque había estado dormida. Antes.

Albert miró hacia Dinah por un momento.

-Bien, ahora duerme como un lirón -dijo.

-Ya lo veo, pero ése no es el punto, querido muchacho. Ése no es el punto.

Albert consideró aclararle al señor Jenkins que a Ace Kaussner, el hebreo más rápido al oeste del Mississippi y el único tejano que sobrevivió a la batalla del Álamo, no le agradaba que se le dijera querido muchacho, y decidió dejarlo pasar... al menos por el momento.

-¿Cuál es el punto, entonces?

-Yo también estaba dormido. Como un tronco, incluso antes de que el capitán... me refiero a nuestro capitán original... apagara la señal de NO FUMAR. Siempre me sucede lo mismo. En trenes, autobuses, aviones.., me duermo como un bebé en el momento en que encienden los motores. ¿Qué hay respecto a ti, querido muchacho?

-¿Respecto a qué?

-¿Estabas dormido? ¿Lo estabas, no es verdad? -Bueno, sí.

-Todos dormíamos. Las personas que desaparecieron estaban despiertas.

Albert reflexionó sobre esto.

-Bien... puede ser.

-Tonterías -dijo Jenkins en tono casi jovial-. Me gano la vida escribiendo novelas de misterio. Se podría decir que la deducción es mi pan de cada día. ¿No crees que si alguien hubiese estado despierto cuando se eliminó a toda esa gente, esa persona hubiese gritado hasta desgañitarse y nos habría despertado a todos los demás?

-Me imagino que sí -convino Albert pensativo-. Con excepción, tal vez, del individuo que está en el fondo. No creo que ni una sirena de ataque aéreo logre despertar a ese tipo.

-De acuerdo; se toma en cuenta tu excepción. Pero nadie gritó, ¿no es verdad? Y nadie se ha ofrecido a contarnos qué fue lo que sucedió. Por eso deduzco que sólo se sustrajo a los viajeros despiertos. Junto con la tripulación, desde luego.

-Sí. Es posible.

-Te ves preocupado, querido muchacho. Tu expresión me dice que, a pesar de sus encantos, la idea no te parece muy factible. ¿Puedo preguntar la razón? ¿Pasé algo por alto? -el rostro de Jenkins aseveraba que no creía que eso fuese posible, pero que su madre le había enseñado a ser cortés.

-No lo sé -respondió Albert con honestidad-. ¿Cuántos quedamos? ¿Once?

-Sí. Contando al sujeto en el fondo... el que está en estado de coma... somos once.

-Si está en lo cierto, ¿no deberíamos ser más? -¿Por qué?

Pero Albert guardó silencio, invadido por una súbita y vívida imagen de su infancia. Sus padres, quienes no eran ortodoxos, pero tampoco agnósticos, lo habían educado en una zona teológica gris. Tanto él como sus hermanos habían crecido en observancia de la mayor parte de los preceptos de las tradiciones (o leyes o lo que fueran), habían tenido sus Bar Mitzvah, y se les había educado para que supieran quiénes eran, de dónde provenían, y lo que se suponía que significaba todo eso. Y de sus visitas al templo cuando niño, la historia que Albert recordaba con más claridad era la historia de la plaga final con que se había castigado al faraón -el horripilante tributo impuesto por el oscuro ángel de la mañana enviado por Dios.

En los ojos de su mente, veía ahora que el ángel se movía, pero no sobre Egipto, sino a través del vuelo 29, agrupando a la mayoría de los pasajeros contra su terrible pecho... no porque hubiesen descuidado el embadurnar los dinteles (o tal vez el respaldo de los asientos) con la sangre de un cordero, sino porque...

¿Por qué? ¿Por qué?

Albert lo ignoraba, pero se estremeció de todos modos. Y deseó que nunca se le hubiese ocurrido esa escalofriante historia. Deja que desaparezcan mis pasajeros asiduos, pensó. Pero no tenía ninguna gracia.

-¿Albert? -la voz del señor Jenkins parecía venir desde muy lejos-. Albert, ¿estás bien?

-Sí. Sólo estaba pensando -se aclaró la garganta-. Si se dispensó, digamos, a todos los pasajeros dormidos, por lo menos seríamos sesenta los restantes. Tal vez más. Me refiero a que éste es el vuelo de los ojos rojos.

-Querido muchacho, ¿alguna vez...?

-¿Podría decirme Albert, señor Jenkins? Ése es mi nombre.

Jenkins palmeó el hombro de Albert.

-Lo siento. En verdad. No quise, adoptar una actitud protectora. Estoy inquieto, y cuando me siento intranquilo, tengo una tendencia a retraerme... como una tortuga que esconde la cabeza en el caparazón. Sólo que yo me retraigo a la ficción. Creo que estaba representando a Philo Vance. Es un detective, un gran detective, creado por el difunto S.S. Van Dine. Supongo que nunca lo has leído. Casi nadie lo hace en estos días, lo cual es una lástima. En cualquier caso, te pido que me disculpes.

-Está bien -dijo Albert, un tanto incómodo.

-Eres Albert y Albert serás de ahora en adelante prometió Robert Jenkins-. Empezaba a preguntarte si habías volado antes en los ojos rojos.

-No, y además ésta es la primera vez que vuelo a través del país.

-Bien, yo sí. Muchas veces. En unas cuantas ocasiones, he resistido mi tendencia natural y he permanecido despierto por un rato. Sobre todo cuando era mucho más joven y los vuelos eran más ruidosos. Después de haber dicho esto, me señalo a mí mismo una edad escandalosa al admitir que mi primer viaje de costa a costa fue en un avión de hélice de TWA, que hizo dos escalas... para reabastecerse de combustible.

-Mi observación es que durante la primera hora, más o menos, son muy pocas las personas que se quedan dormidas en esos vuelos... y después, casi todos se duermen. Durante esa primera hora, la gente se ocupa en mirar el paisaje, hablar con sus cónyuges o compañeros de viaje, tomarse una copa o dos...

-Una especie de instalación, quiere usted decir -sugirió Albert. Lo que decía el señor Jenkins le sonaba perfectamente razonable, si bien él había dedicado muy poco tiempo a su instalación; había estado tan entusiasmado con la perspectiva del viaje y la nueva vida que le esperaba, que casi no había pegado los ojos durante el último par de noches. Como resultado, se había quedado dormido tan pronto como despegó de la tierra el 767.

-Nos preparamos nuestros pequeños nidos -convino Jenkins-. ¿Por casualidad observaste el carrito de bebidas que estaba fuera de la cabina de control, queri... Albert?

-Vi que estaba ahí -confirmó Albert.

Los ojos de Jenkins brillaron.

-Sí, en efecto... o lo veías o te caías sobre él. ¿Pero lo observaste con detenimiento?

-Creo que no, si usted vio algo que yo no noté.

-La que observa es la mente, no la vista, Albert, La mente deductiva entrenada. No soy Sherlock Holmes, pero advertí que lo acababan de sacar del pequeño armario donde lo guardan y que los vasos usados en el servicio previo al vuelo todavía estaban apilados en la repisa inferior. A partir. de esto, deduzco lo siguiente: el avión despegó normalmente, alcanzó la altitud de crucero y, por fortuna, fue conectado el dispositivo del piloto automático. Después, el capitán apagó la señal de abrocharse los cinturones. Todo esto se llevó treinta minutos de vuelo, si interpreto correctamente las señales... o sea, la 1:00 a.m., hora del Pacífico. Al apagarse la señal de los cinturones, la sobrecargo se levantó y empezó su primera tarea, cócteles para cerca de ciento cincuenta personas a 24 000 pies y elevándose más todavía. El piloto, mientras tanto, programó el piloto automático para que el avión se nivelara a 36 000 pies y que volara al este en dirección tal y cual. Unos cuantos pasajeros, once de nosotros, de hecho, nos habíamos quedado dormidos. Del resto, tal vez algunos estaban dormitando (pero sin la suficiente profundidad para salvarlos de lo que haya sucedido) y los demás estaban completamente despiertos.

-Dedicados a preparar sus nidos -dijo Albert.

-¡Exactamente! ¡Preparaban sus nidos! -Jenkins hizo una pausa y después añadió, no sin cierto melodrama-. ¡Y luego sucedió!

-¿Qué sucedió, señor Jenkins? -preguntó Albert-. ¿Tiene alguna idea .al respecto?

Pasó un buen rato antes de que respondiera Jenkins, y cuando finalmente lo hizo gran parte de la jovialidad había desaparecido de su voz. Al escucharlo, Albert se dio cuenta por primera vez de que, bajo la fachada un tanto teatral, Robert Jenkins estaba tan atemorizado como Albert mismo. Descubrió que eso no le preocupaba; el temor volvía más humano al anciano escritor de novelas de misterio con su desgastada chaqueta sport.

-El misterio del cuarto cerrado es el relato de deducción en su aspecto más puro -dijo Jenkins-. Yo mismo he escrito unos cuantos... más de unos cuantos para ser honesto... pero nunca esperé participar en uno.

Albert lo miró y no se le ocurrió ninguna respuesta. Le vino a la memoria una novela de Sherlock Holmes llamada The Speckled Band. En esa novela, una serpiente venenosa había penetrado en el famoso cuarto cerrado a través de un dueto de ventilación. El inmortal Sherlock ni siquiera había tenido que despertar todas sus células cerebrales para resolver ese misterio.

Pero incluso si los compartimientos superiores para equipaje del vuelo 29 se hubiesen llenado con serpientes venenosas -rellenado con ellas- ¿dónde estaban los cadáveres? ¿Dónde estaban los cadáveres? El temor empezó a invadirlo de nuevo, parecía fluir desde sus piernas hasta los órganos vitales. Reflexionó que nunca en su vida se había sentido tan distante del famoso pistolero Ace Kaussner.

-Si sólo se tratara del avión -continuó Jenkins en tono bajo-, supongo que podría reconstruir un escenario... después de todo así es como me he ganado el pan de cada día durante los últimos veinticinco años, más o menos. ¿Te gustaría escuchar ese escenario?

-Claro -dijo Albert.

-Muy bien. Supongamos que alguna organización oscura del gobierno, como la Agencia, ha decidido llevar a cabo un experimento, y nosotros somos los sujetos de prueba. El propósito de ese experimento, dadas las circunstancias, sería documentar los efectos de la tensión mental y emocional severa en un número de norteamericanos promedio. Ellos, los científicos que dirigen el experimento, cargan el sistema de oxígeno del aeroplano con alguna clase de droga hipnótica inodora...

-¿Existen tales cosas? -preguntó Albert, fascinado.

-Por supuesto -dijo Jenkins-. Diazalina es una de ellas. Metoprominol, otra. Recuerdo cuando los lectores que se consideraban a sí mismos como de "mentalidad seria", se reían de las novelas de Fu Manchú de Sax Rohmer. Las calificaban como melodramas fantasiosos en

el grado más vergonzoso -Jenkins sacudió la cabeza lentamente-. Ahora, gracias a la investigación biológica y a la paranoia de agencias de alfabeto como la CIA y la DIA[3], estamos viviendo en un mundo que podría ser la peor pesadilla de Sax Rohmer.

-La diazalina, la cual es en realidad un gas que afecta los nervios, sería la más idónea. Se supone que actúa con mucha rapidez. Una vez que se libera en el ambiente, se duermen todos los pasajeros, excepto el piloto, quien está respirando aire no contaminado a través de una mascarilla.

-Pero... -empezó Albert.

Jenkins sonrió y levantó una mano.

-Ya sé cuál es tu objeción, Albert, y tengo una explicación para ella. ¿Me permites?

Albert asintió.

-El piloto aterriza el avión, en una pista aérea secreta en Nevada, digamos. Hombres siniestros con trajes blancos como los de La Amenaza de Andrómeda, desembarcan a los pasajeros que estaban despiertos cuando se liberó el gas, y a las sobrecargos, desde luego. Los pasajeros que estaban dormidos, tú y yo entre ellos, mi joven amigo, siguen durmiendo sencillamente, sólo que con un sueño un poco más profundo. El piloto, entonces, regresa el vuelo 29 a la altitud y dirección correctas.

Conecta el piloto automático. Cuando el avión llega a las Rocosas, empiezan a disiparse los efectos del gas. La diazalina es una droga limpia, una que no deja efectos posteriores apreciables. Ninguna resaca, en otras palabras. Por el intercomunicador, el piloto oye los gritos de la niña ciega que busca a su tía. Sabe que despertará a los demás. El experimento está a punto de iniciarse. Así que se levanta, sale de la cabina de control y cierra la puerta tras el.

-¿Cómo pudo cerrarla? No hay perilla en el exterior. Jenkins movió la mano en un gesto que indicaba la poca importancia de ese detalle.

-La cosa más sencilla del mundo, Albert Utiliza una tira de cinta adhesiva, con el lado engomado hacia afuera. Una vez que el pasador cae en el interior, queda cerrada la puerta.

Una sonrisa de admiración empezó a extenderse por el rostro de Albert... y de pronto se congeló.

En ese caso, el piloto sería uno de nosotros -dijo.

-Sí y no. En mi escenario, Albert, el piloto es el piloto. El piloto que, por coincidencia, está a bordo, supuestamente como pasajero con destino a Boston. El piloto que estaba sentado en primera clase, a menos de diez metros de la cabina de control cuando empezaron los problemas.

-El capitán Engle -señaló Albert en voz baja y horrorizada.

Jenkins respondió en el tono complacido pero suficiente de un profesor de geometría que acaba de anotar QED[4] debajo de la comprobación de un teorema particularmente difícil:

-Capitán Engle -confirmó.

Ninguno de los dos observó que Suéter Cerrado los miraba con ojos relucientes y febriles. Ahora Suéter Cerrado sacó la revista del avión de la bolsa del asiento frente a él, le quitó la cubierta y empezó a rasgarla en tiras lentas y largas. Las dejaba que revolotearan hasta el.

2

[3] DIA: Defense Intelligence Agency (Agencia de Inteligencia de la Defensa).

[4] Quod erat demonstrandum: Que es lo que había que probar piso, donde se unían a los jirones de la servilleta de papel alrededor de sus mocasines cafés. Sus labios se movían silenciosamente.

Si Albert hubiese sido un estudioso del Nuevo Testamento, habría entendido cómo se debe haber sentido Pablo, el más tenaz perseguidor de los primeros cristianos, cuando recuperó la vista en el camino a Damasco. Miró fijamente a Robert Jenkins con renovado entusiasmo, ya desvanecido de su cerebro todo vestigio de somnolencia.

Desde luego, cuando se analizaba la situación -o cuando una persona como el señor Jenkins, quien evidentemente poseía un gran talento, chaqueta sport raída o no chaqueta sport raída, la analizaba en tu favor- las implicaciones eran demasiado grandes y demasiado obvias para no percibirlas. Casi todo el reparto y la tripulación del vuelo 29 de American Pride había desaparecido entre el desierto de Mojave y la Gran Línea Divisoria... pero uno de los pocos sobrevivientes daba la casualidad de que era -¡sorpresa, sorpresa!- otro piloto de American Pride, quien estaba según sus propias palabras, "capacitado para volar esta marca y este modelo... también para aterrizarlo."

Jenkins había estado observando con atención a Albert, y ahora sonreía. La sonrisa no contenía mucho humor.

-Es un escenario tentador -dijo-, ¿no es verdad?

En cuanto aterricemos tenemos que capturarlo -dijo Albert, restregando febrilmente una mano con un lado de la cara-. Usted, yo, el señor Gaffney y el sujeto británico. Se nota que es duro. Pero... ¿qué tal si también el británico está mezclado en esto? ¿Sabe que podría ser el guardaespaldas del capitán Engle? En caso de que alguien descifrara cómo sucedió todo.

Jenkins abrió la boca para contestarle, pero Albert se apresuró antes de que pudiera hacerlo.

-Tendremos que capturarlos a los dos. En alguna forma -dirigió una estrecha sonrisa al señor Jenkins... una sonrisa de Ace Kaussner. Fría, tensa, peligrosa. La sonrisa de un hombre que es más rápido que el rayo, y lo sabe-. No seré el tipo más inteligente del mundo, señor Jenkins, pero no soy rata de laboratorio de nadie.

-Lo único malo es que no se sostiene -dijo Jenkins con suavidad.

Albert pestañeó.

-¿Qué?

-El escenario que le acabo de describir. No se sostiene. Pero... usted dijo...

-Dije que si sólo se tratara del avión podría reconstruir un escenario. Y lo hice. Uno muy bueno. Si fuese el plan para un libro, apuesto que lo podría vender mi representante. Pero, por desgracia, no se trata del avión únicamente. Es posible que Denver haya estado ahí abajo, pero en ese caso, tenía apagadas todas las luces. He estado coordinando la ruta de vuelo con mi reloj y te puedo decir que no sólo es Denver. Omaha, Des Moines... no hay señal de ellas en la oscuridad, muchacho. De hecho, no he visto ninguna luz. Ni granjas ni almacenes de granos y plantas de embarque ni autopistas interestatales. Esas cosas se distinguen en la noche, sabes... con la nueva iluminación de alta intensidad se localizan muy bien, incluso cuando se está a seis millas de distancia en las alturas. La tierra está en la oscuridad más absoluta. Ahora bien, me es fácil creer que pudiese existir una agencia del gobierno tan falta de ética como para drogamos a todos con el propósito de observar nuestra reacción. Hipotéticamente, al menos. Lo que me resulta difícil de creer es que incluso la Agencia pudiese haber persuadido a todos los que se encuentran bajo nuestra ruta de vuelo para que apagaran sus luces a fin de reforzar la ilusión de que estamos completamente solos.

-Bueno... tal vez todo sea una farsa -sugirió Albert-. Es posible que todavía estemos en tierra y todo lo que vemos por las ventanillas sea una proyección. Una vez vi una película con algo parecido.

Jenkins sacudió la cabeza, lentamente, con pesar.

-Estoy seguro de que fue un filme muy interesante, pero no creo que funcione en la vida real. A menos que nuestra agencia secreta hipotética haya perfeccionado alguna clase de proyección en tercera dimensión en una pantalla ultra extensa, no lo creo. Lo que está pasando no se limita al interior del avión, Albert, y ahí es donde se desbarata la deducción.

¡Pero el piloto! -exclamó Albert, agitado-. ¿Cómo es que dio la casualidad de que

estuviera aquí, en el lugar y la hora precisos?

-¿Eres aficionado al béisbol, Albert?

-¿Eh? No. En ocasiones veo a los Dodgers por la televisión, pero no, en realidad.

-Bien, déjame contarte la que puede ser la estadística más asombrosa que se haya registrado en un juego que abunda en estadísticas. En 1957, Ted Williams alcanzó base en dieciséis turnos consecutivos al bat. Esa racha abarcó seis partidos de béisbol. En 1941, Joe DiMaggio bateó de jit en cincuenta y seis juegos seguidos, pero las probabilidades en contra de DiMaggio palidecieron junto a las probabilidades contra el logro de Williams, las cuales se habían colocado en la cercanía de dos mil millones a una. Los fanáticos del béisbol afirman que nunca se igualará la racha de DiMaggio. Yo no estoy de acuerdo. Pero estoy dispuesto a apostar que, si siguen jugando béisbol dentro de mil años, las dieciséis llegadas seguidas a base de Williams seguirán en pie.

-¿Todo lo cual significa?

-Significa que yo creo que la presencia del capitán Engle a bordo esta noche, no es ni más ni menos que un accidente, como las dieciséis bases consecutivas de Ted Williams. Y, si consideramos las circunstancias, diría que, en efecto, fue un accidente muy afortunado. Si la vida fuese como una novela de misterio, Albert, donde no se permite la coincidencia y casi siempre vencen las probabilidades, el mundo estaría mejor organizado. Sin embargo, he descubierto que en la vida real la coincidencia no es la excepción sino la regla.

Entonces, ¿qué está sucediendo? -susurró Albert.

Jenkins emitió un suspiro largo e intranquilo.

Me temo que no soy la persona más indicada para responder a esa pregunta. Lástima que no estén a bordo Larry Niven o John Varley.

¿Quiénes son esos sujetos?

-Escritores de ciencia ficción -respondió Jenkins.

3

-Supongo que no acostumbra leer ciencia ficción, ¿o sí? -preguntó de repente Nick Hopewell. Brian se volvió a mirarlo. Nick había permanecido sentado en silencio en el asiento del navegante desde que Brian había tomado el control del vuelo 29, de lo cual hacía ya casi dos horas. Había escuchado en mutismo total mientras Brian continuaba tratando de comunicarse con alguien con quien fuese- en tierra o en el aire.

-Me encantaba cuando era niño -dijo Brian-. ¿Y a usted?

Nick sonrió.

-Hasta los dieciocho años más o menos, creía firmemente que la Santísima Trinidad estaba formada por Robert Heinlein, John Christopher y John Wyndham. He estado sentado aquí, repasando todas esas historias en mi cabeza, compañero. Y no dejo de pensar en esas cosas exóticas como deformaciones de tiempo y espacio, e invasiones de seres extraterrestres.

Brian asintió. Se sentía aliviado; era un consuelo saber que no era el único al que se le ocurrían ideas descabelladas.

-¿En realidad no tenemos alguna forma de saber si queda algo allá abajo, verdad?

-No -dijo Brian-. No tenemos.

Sobre Illinois, nubes esparcidas a baja altura habían oscurecido la masa de la tierra debajo del avión. Brian estaba seguro de que todavía era la tierra -las Rocosas se habían visto reafirmantemente familiares, incluso desde 36 000 pies de altura- pero aparte de eso, no estaba seguro de nada. Y el manto de nubes muy bien podía continuar hasta Bangor. Con el control de tráfico aéreo inutilizado, no tenía forma de saberlo. Brian había estado jugando con una serie de escenarios, y el más desagradable de todos era éste: que saldrían de las nubes y descubrirían que había desaparecido toda señal de vida incluyendo el aeropuerto donde

esperaba aterrizar. ¿Dónde bajaría este pájaro entonces?

-La espera siempre me ha parecido la parte más dura -dijo Nick.

¿La parte más dura de qué?, se preguntó Brian, pero no lo expresó en voz alta.

¿Supongamos que descendemos a 5 000 pies o algo así? -propuso Nick de repente-. Sólo para dar un vistazo. Tal vez nos tranquilice la vista de unos cuantos pueblos y autopistas interestatales.

Brian ya había considerado esta idea. La había considerado con un gran anhelo.

-Es tentador -convino-, pero no puedo hacerlo. -¿Por qué no?

-Los pasajeros siguen siendo mi principal responsabilidad, Nick. Es muy probable que se atemorizaran, incluso si les explicara por adelantado lo que voy a hacer. Estoy pensando en particular en el bocazas de nuestro amigo con la cita urgente en el Pru. Al que usted le torció la nariz.

-Lo puedo manejar -respondió Nick-. Lo mismo que a cualquier otro que se ponga violento.

-Estoy seguro de que puede -dijo Brian-, pero no veo la necesidad de atemorizarlos sin que sea preciso. Y, a la larga, lo descubriremos. No podemos permanecer aquí arriba para siempre.

-Muy cierto, compañero -aceptó Nick en tono seco.

-Lo haría de cualquier modo si tuviese la certeza de que saldría bajo la cobertura de las nubes a 4 000 o 5 000 pies, pero no puedo estar seguro sin el control de tráfico aéreo u otros aviones con los cuales comunicarme. Ni siquiera conozco con certidumbre las condiciones del tiempo allá abajo, y no me refiero a las condiciones normales. Se puede reír de mí, si quiere...

-No me río, compañero. Ni siquiera tengo ganas de reírme. Créame.

-Bien, supongamos que hemos atravesado a otra dimensión del tiempo, como en una historia de ciencia ficción. ¿Si descendemos a través de las nubes y le damos un rápido vistazo a una manada de brontosaurios pastando en el campo de un granjero John, antes de que nos destroce un ciclón o quedemos fritos en una tormenta eléctrica?

-¿Cree realmente en esa posibilidad? -preguntó Nick. Brian lo miró con atención para ver si la pregunta era sarcástica. No lo parecía, pero era difícil afirmarlo. Los británicos eran famosos por su peculiar sentido del humor, ¿no era así?

Brian empezó a decirle que una vez había visto algo parecido en un viejo episodio de Dimensión Desconocida, y después decidió que no contribuiría en nada a su credibilidad.

- Es muy poco probable, supongo, pero creo que me capta la idea... sencillamente ignoramos a lo que nos estamos enfrentando. Podríamos estrellarnos con una nueva montaña en lo que antes era la parte septentrional de Nueva York. O con otro avión. Diablos... incluso podría ser un transbordador espacial. Después de todo, si es una deformación del tiempo, lo mismo podemos estar en el futuro que en el pasado.

Nick miró a través de la ventanilla.

-Parece que tenemos el cielo a nuestra disposición.

-A esta altura, es verdad. Allá abajo, ¿quién sabe? y el "quién sabe" es una situación muy peligrosa para un piloto. Me propongo sobrevolar Bangor cuando lleguemos ahí, si todavía se mantienen las nubes. Proseguiré hasta el Atlántico y volaremos bajo el techo de regreso, Si iniciamos el descenso sobre el agua tendremos más probabilidades.

-Así que, por ahora, nos limitamos a proseguir.

- Correcto.-Y a esperar.

-Correcto otra vez.

-Bien, usted es el capitán -suspiró Nick. Brian sonrió.

- Con ésta ya son tres.

4

En lo profundo de las zanjas talladas en el fondo de los océanos Pacífico e Indico, hay peces que viven y mueren sin ver o sentir nunca el sol. Estas fabulosas criaturas cruzan las profundidades como globos fantasmales, iluminados desde el interior por su propio resplandor. Aun cuando se ven delicados, son, en realidad, una maravilla de diseño biológico, con capacidad para resistir presiones que aplastarían a un hombre, dejándolo tan plano como un cristal en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, esta gran fortaleza también es su mayor debilidad. Prisioneros en sus propios cuerpos extraños, están encerrados para siempre en las oscuras profundidades. Si se les captura y se les lleva a la superficie, hacia el sol, sencillamente explotan. La presión externa no es la que los destruye, sino su ausencia.

Craig Toomy había crecido en una zanja oscura propia, había vivido en una atmósfera de alta presión. Su padre había sido un ejecutivo del Bank of America, alejado de casa por largos lapsos, una caricatura del supertriunfador tipo A. Impulsó a su único hijo con la misma ferocidad y rigidez con que se impulsaba a sí mismo. Los cuentos que le relataba a Craig en sus primeros años aterrorizaban al niño. Y eso no era sorprendente, ya que el terror era la emoción que Roger Toomy quería despertar en el pecho del chico. Los cuentos, en su mayor parte, tenían como tema una raza de seres monstruosos llamados los langoliers.

La tarea de estos seres, su misión en la vida (en el mundo de Roger Toomy, todo tenía una tarea, todo debía realizar un trabajo serio), era atormentar a los niños perezosos que perdían el tiempo. A los siete años, Craig ya era un supertriunfador dedicado tipo A, igual que papá. Ya había tomado una decisión: nunca lo atraparían a él los langoliers.

Una libreta de calificaciones que no tenía únicamente A, no se consideraba como un logro aceptable. Una A daba pie a un sermón cargado con advertencias fatales de lo que sería la vida cavando zanjas o vaciando botes de basura, y una B resultaba en castigo -el más común era el confinamiento en su habitación por una semana. Durante esa semana, sólo se le permitía salir a Craig para asistir a la escuela y a la hora de las comidas. No se le concedía tiempo libre por buen comportamiento. Por otra parte, los logros extraordinarios -la ocasión en que Craig ganó el decatlón entre tres escuelas, por ejemplo, no justificaban la alabanza correspondiente-. Cuando Craig le mostró a su padre la medalla que se le había otorgado en esa ocasión -en una reunión general de todos los estudiantes- su padre le dio un vistazo, gruñó una vez y siguió la lectura del diario. Craig tenía nueve años cuando murió su padre de un ataque cardiaco. En realidad, sintió un cierto alivio cuando desapareció la réplica del Bank of America del general Patton.

Su madre era una alcohólica cuya adicción se había controlado sólo por el temor al hombre con quien se había casado. Una vez que Roger Toomy estuvo seguro bajo tierra, donde ya no podía buscar sus botellas y romperlas, o abofetearla y decirle que se controlara, por amor de Dios, Catherine Toomy empezó con tenacidad el trabajo de su vida. Por turnos consecutivos inundaba a su hijo con afecto y lo congelaba en el rechazo, dependiendo de la cantidad de ginebra que circulara en su corriente sanguínea en la ocasión. Con frecuencia, su comportamiento era extraño y, a veces, estrafalario. El día que Craig cumplió diez años, le colocó una cerilla de madera de cocina entre dos de los dedos del pie, la encendió y le cantó "Feliz cumpleaños", mientras la cerilla ardía lentamente, acercándose la llama a su carne. Advirtió al niño que si trataba de sacudírsela o apagarla, de inmediato lo llevaría al ASILO PARA HUÉRFANOS. Cuando Catherine Toomy estaba ebria, era habitual la amenaza del ASILO PARA HUÉRFANOS. "Debería hacerlo, de todos modos", le dijo mientras encendía la cerilla que sobresalía de los dedos del pie de su hijo lloroso como una brillante velita de cumpleaños. "Eres igual a tu padre. El no sabía cómo divertirse, y tú tampoco. Eres muy aburrido, Craiggy-wiggy." Terminó la canción y apagó la cerilla antes de que chamuscara la piel de los dedos segundo y tercero del pie de Craig, pero él nunca olvidó la llama amarilla, el palito de madera que se enroscaba y oscurecía, y el creciente calor mientras su madre canturreaba "Feliz cumpleaños, querido Craiggy-wiggy, feliz cumpleaños para tii" con su voz monótona y desafinada de ebria.

Presión.

Presión en las zanjas.

Craig Toomy continuó obteniendo A en todo, y continuó pasando una buena parte del tiempo en su habitación. El lugar que había servido para confinarlo se convirtió en refugio. Estudiaba ahí, mayormente, pero algunas veces cuando la situación tenía un mal aspecto, cuando se sentía contra la pared- tomaba un pedazo de una libreta de apuntes tras otro y lo rasgaba en tiras angostas. Las dejaba que revolotearan alrededor de sus pies en una pila creciente, mientras sus ojos miraban sin expresión al espacio. Pero estos periodos en blanco no eran frecuentes. No en ese entonces.

En la graduación de preparatoria se le concedió el _ honor de pronunciar el discurso de despedida. Su madre no asistió. Estaba ebria. En la Escuela de Graduados en Administración de la UCLA obtuvo el noveno lugar en la clase. Su madre no asistió. Estaba muerta. En la oscura zanja que existía en el centro de su propio corazón, Craig estaba seguro de que los langoliers se la habían llevado finalmente.

Craig entró a trabajar en la Desert Sun Banking Corporation de California, como parte del programa de entrenamiento ejecutivo. Lo hizo muy bien; lo cual no era sorprendente; después de todo, a Craig se le había formado para que obtuviera A, para que medrara bajo las presiones de las profundidades insondables. Y algunas veces, después de algún pequeño contratiempo en el trabajo (y en esos días, sólo cinco años antes, todos los contratiempos habían sido menores), regresaba a su apartamento en Westwood, a menos de' un kilómetro del condominio que ocuparía Brian Engle después del divorcio, y rompía pequeñas tiras de papel durante horas seguidas. Gradualmente, los episodios de rasgado de papel se fueron volviendo más frecuentes.

Durante esos cinco años, Craig recorrió la pista corporativa como un galgo que persigue un conejo mecánico. En los corrillos alrededor del enfriador de agua se especulaba que muy bien se podría convertir en el vicepresidente más joven en los gloriosos cuarenta años de historia del Desert Sun. Pero algunos peces están programados para ascender hasta cierto punto nada más; si transgreden esos límites prefabricados explotan.

Ocho meses antes, a Craig Toomy se le había puesto a cargo de su primer proyecto de importancia -el equivalente corporativo a una tesis de maestría-. Este proyecto era creación del departamento de bonos. Los bonos -bonos extranjeros y bonos basura (a menudo eran iguales)- eran la especialidad de Craig. Este proyecto proponía la compra de un número limitado de bonos cuestionables de América del Sur -llamados, algunas veces, Bonos de Deuda Mala- con un programa cuidadosamente establecido. La teoría detrás de esta compra era bastante sólida, dado el limitado seguro de que se disponía sobre ella y las ventajas mucho más importantes en exención de impuestos sobre ingresos brutos que reportaban utilidad (el Tío Sam se desvivía prácticamente por evitar que se viniera abajo como un castillo de naipes la compleja estructura de la deuda sudamericana). Pero el requisito indispensable era que la operación se hiciese con sumo cuidado.

Craig Toomy había presentado un temerario plan que levantó una buena cantidad de cejas. Se centraba en una cuantiosa compra de varios bonos argentinos, los cuales, por lo general, se consideraban como los peores de todos. Craig había argumentado vigorosa y convincentemente en favor de su plan, presentando hechos, cifras y proyecciones que demostraban su aseveración de que los bonos argentinos eran bastante más sólidos de lo que parecían. En una jugada audaz, sostenía, Desert Sun podría llegar a ser el más importante -y el más rico- comprador de deuda en el occidente norteamericano. El dinero que ganarían, decía, sería mucho menos importante que la credibilidad que establecerían a largo plazo.

Después de extensas discusiones -algunas de ellas acaloradas- se le dio a Craig luz verde para que manejara el proyecto. Después de la junta, Tom Holby, un vicepresidente de rango superior, llevó aparte a Craig para ofrecerle sus felicitaciones... y unas palabras de advertencia. "Si esto resulta en la forma que esperas al final del año fiscal, vas a ser el favorito de todos. De lo contrario, te encontrarás en una posición muy precaria. Te sugeriría que los

siguientes meses los aprovecharas para construir un refugio para la tormenta."

"No necesitaré un refugio para la tormenta -dijo Craig en tono confiado-. Después de esto, lo que necesitaré será un planeador. Ésta va a ser la compra de bonos del siglo, como encontrar diamantes en una venta de cosas usadas. Espere y verá."

Esa noche se había ido temprano a casa, y tan pronto como cerró la puerta de su apartamento y aseguró la triple cerradura, desapareció de su rostro la sonrisa confiada. Lo que la sustituyó fue una inquietante mirada vacía. Había comprado las revistas de noticias en el camino a casa. Las llevó a la cocina, las acomodó cuidadosamente frente a él sobre la mesa y empezó a desgarrarlas en tiras largas y estrechas. Durante seis horas no hizo más que esto. Rasgó hasta que el Newsweek, el Time y el U.S. News & World

Repon quedaron hechos jirones en el piso a todo su alrededor. Las tiras cubrían sus mocasines Gucci. Parecía el único sobreviviente de una explosión en una fábrica de cintas de cotizaciones.

Los bobos que había propuesto que se compraran –los bonos argentinos en particular- eran un riesgo mucho mayor del que había expuesto. Había empujado la propuesta por medio de la exageración de algunos hechos, la supresión de otros... e incluso inventando otros sin ninguna base. Bastantes de estos últimos, en realidad. Después se había ido a casa, había rasgado tiras de papel durante horas y se había preguntado la razón de sus actos. Desconocía lo concerniente a los peces que habitan en las profundidades, que viven su vida y llegan a la muerte sin ver siquiera el sol. Desconocía que había tantos peces como hombres cuya bete noire no era la presión, sino la falta de ella. Sólo sabía que había sentido una compulsión intolerable por comprar esos bonos, por pegarse un blanco en su propia frente.

Ahora debía reunirse con los representantes de bonos de cinco importantes corporaciones bancarias en el Prudential Center de Boston. Habría una gran comparación de notas, gran especulación acerca del futuro del mercado de la deuda mundial, gran discusión sobre las compras de los últimos dieciséis meses, y el resultado de esas compras. Y antes de que terminara el primero de los. tres días de la conferencia, todos sabrían lo que Craig Toomy había sabido durante los últimos noventa días: los bonos que había adquirido valían ahora menos de seis centavos por dólar. Y después de esto, los altos funcionarios del Desert Sun descubrirían el resto de la verdad: que había comprado tres veces la cantidad que se le había autorizado. También había invertido hasta el último centavo de sus ahorros personales.... aunque a ellos eso no les importaba.

¿Quién sabe cómo se puede sentir un pez de esas profundidades si se le captura y se le lleva rápidamente hacia la superficie, hacia la luz de un sol cuya existencia nunca sospechó? ¿No seria posible que sus momentos finales al menos estuviesen llenos de éxtasis en vez de horror? ¿Sólo sentiría la aplastante realidad de toda esa presión cuando finalmente descienda sobre él? ¿Pensará -es decir, hasta donde se pueda suponer que los peces piensan- en una especie de frenesí jubiloso, ¡por fin estoy libre de ese peso!, en los segundos previos a la explosión? Es probable que no. Los peces de esas profundidades oscuras no sienten en absoluto, al menos no en una forma que nos sea factible reconocer, y, por supuesto, no piensan... pero las personas sí.

Mientras abordaba el vuelo 29 de American Pride hacia Boston, en vez de sentirse apesadumbrado, Craig Toomy había estado dominado por un inmenso alivio y una especie de felicidad febril y horrorizada. Iba a explotar y descubrió que no le importaba lo más mínimo. De hecho, se dio cuenta de que se alegraba de antemano. Podía sentir que la presión se desprendía de todos los contornos de su piel al emerger él a la superficie. Por primera vez en semanas no había rasgado papeles. Se había quedado dormido incluso antes de que el vuelo 29 saliera de la puerta de abordaje, y su sueño había sido tan tranquilo como el de un bebé hasta que empezaron los aullidos de la mocosa ciega.

Y ahora le decían que todo había cambiado, y eso sencillamente no se podía permitir. No se debía permitir. Había estado atrapado en la red, había sentido el vértigo del ascenso y el estirón en la piel como si tratara de compensar la descompresión. Ahora no se podía cambiar

de idea y dejarlo caer de nuevo en la profundidad.

¿Bangor?

¿Bangor, Maine?

Oh, no. Desde luego que no.

Craig Toomy percibía de forma imprecisa que había desaparecido la mayor parte de los pasajeros del vuelo 29, pero no le interesaba. Ellos no eran lo importante. No formaban parte de lo que a su padre siempre le gustaba llamar LA GRAN IMAGEN. La reunión en . el Pru era parte de LA GRAN IMAGEN.

Esta idea descabellada de desviarse a Bangor, Maine... ¿quién, exactamente, había tramado este ardid?

Había sido idea del piloto, desde luego. Idea de Engle. El supuesto capitán.

Engle, bien... Engle podía ser parte de LA GRAN IMAGEN. De hecho, podría ser un AGENTE DEL ENEMIGO. Craig lo había sospechado en lo más íntimo desde el momento en que Engle empezó a hablar por el intercomunicador, pero en este caso no necesitaba depender de su corazón, ¿o sí? No ciertamente. Había estado escuchando la conversación entre el chico flacucho y el hombre con la chaqueta sport de una venta de sobrantes de un incendio. El gusto del hombre en cuanto a ropa era terrible, pero lo que decía tenía una lógica perfecta para Craig Toomy... al menos, hasta un punto.

En ese caso, el piloto sería uno de nosotros, había dicho el chico.

Sí y no, había respondido el sujeto con la chaqueta sport de una venta de sobrantes de un incendio. En mi escenario, el piloto es el piloto. El piloto que, por coincidencia, está a bordo, supuestamente como pasajero con destino a Boston. El piloto que estaba sentado en primera clase, a menos de diez metros de la cabina de control.

Engle, en otras palabras.

Y el otro tipo, el que había torcido la nariz de Craig, evidentemente estaba con él en esto, como una especie de mariscal del aire para proteger a Engle de cualquiera que lo descubriera.

No había seguido escuchando mucho tiempo la conversación entre el chico y el hombre con la chaqueta sport de una venta de sobrantes de un incendio, porque más o menos en ese momento dejó de tener sentido lo que decía el hombre con la chaqueta sport de una venta de sobrantes de un incendio y empezó a balbucear una pila de mierda acerca de que habían desaparecido Denver, Des Moines y Omaha. La idea de que tres grandes ciudades de Estados Unidos pudieran desaparecer así como así era estúpida... pero eso no significaba que fuera estúpido todo lo que decía el viejo.

Era un experimento, desde luego. Esa idea no era tonta en lo más mínimo, pero que el viejo pensara que todos ellos eran sujetos de prueba no era más que otra estupidez.

Yo, pensó Craig. Soy yo. Yo soy el sujeto de prueba.

Toda su vida, Craig se había sentido como un sujeto de prueba en un experimento como éste. Es una cuestión, caballeros, de relación: presión entre éxito. La relación correcta produce un factor X ¿Cuál es el factor x? Eso es lo que mostrará nuestro sujeto de prueba, el señor Craig

Toomy.

Pero entonces Craig Toomy había hecho algo que no esperaban, algo que no se había atrevido a hacer ninguno de sus gatos y ratas y conejillos de Indias: les había dicho que se marchaba.

¡Pero no puedes hacer eso! ¡Explotarás!

¿Explotaré? ¡Estupendo!

Y ahora veía todo muy claro, tan claro. Estas otras personas eran espectadores inocentes o extras, a quienes se había contratado para darle una verosimilitud muy necesaria a este estúpido pequeño drama. Todo se había tramado con un objetivo en mente: mantener a Craig Toomy lejos de Boston, impedir que' Craig Toomy se saliera del experimento.

Pero yo les enseñaré, pensó Craig. Arrancó otra página de la revista del avión y la miró.

Exhibía a un hombre feliz, un hombre quien era obvio que nunca había oído hablar de los langoliers, quien era obvio que ignoraba que acechaban por todas partes, detrás de cada arbusto y cada árbol, en cada sombra, justo sobre el horizonte. El hombre feliz conducía por un camino campestre tras el volante de su Avis rentado. El anuncio decía que cuando mostraras la Tarjeta de Pasajero Asiduo de American Pride en la oficina de Avis, te darían ese auto rentado sin mayor trámite, y quizá también una atractiva anfitriona para conducirlo. Empezó a rasgar una tira de papel de un lado del brillante anuncio. El largo y lento sonido rasgante era, al mismo tiempo, espantoso y exquisitamente calmante.

Les demostraré que cuando digo que me voy a salir, lo digo en serio.

Dejó caer la tira al piso y empezó con la siguiente. Era importante rasgar poco a poco. Era importante que cada tira fuera tan angosta como fuese posible, pero no las podías cortar demasiado angostas o se te zafaban y rompían antes de que llegaras al final de la página. Rasgar correctamente cada una demandaba una vista aguda y manos firmes. Y yo las tengo. Más te vale creerlo. Más te vale creerlo, en verdad.

Riiip.

Tal vez tendré que matar al piloto.

Sus manos se detuvieron a la mitad de la página. Miró a la ventanilla y vio su propio rostro, pálido y largo, sobrepuesto en la oscuridad.

Tal vez también tenga que matar al inglés.

Craig Toomy nunca había matado a nadie en su vida. ¿Podría hacerlo? Con alivio creciente, decidió que sí. No mientras estuviesen en el aire, desde luego; el inglés era muy rápido, muy fuerte, y aquí no había armas convenientes. ¿Pero una vez que aterrizaran?

Sí. Lo haré si tengo que hacerlo.

Después de todo, la conferencia en el Pru estaba programada para que durara tres días. Ahora parecía que era inevitable que llegara con retraso, pero al menos podría explicarlo: había sido drogado y tomado como rehén por una agencia del gobierno. Los dejaría atónitos. Podía ver sus rostros sorprendidos mientras permanecía frente a ellos, los trescientos banqueros de' todo el país que se habían reunido para discutir bonos y deudas, banqueros que, en cambio, tendrían que escuchar la sucia verdad acerca de lo que tramaba el gobierno. Amigos míos, fui secuestrado por...

Riiip.

... y sólo pude escaparme cuando...

Riip.

Si me veo obligado, los puedo matar a ambos. De hecho, los puedo matar a todos.

Las manos de Craig Toomy empezaron a moverse de nuevo. Rasgó el resto de la tira, la dejó caer al piso y empezó con la siguiente. Había muchas páginas en la revista, había innumerables tiras en cada página y eso significaba que tenía mucho trabajo por delante antes de que aterrizara el avión. Pero no estaba preocupado. Craig Toomy era un sujeto capaz de todo.

5

Laurel Stevenson no se volvió a dormir, pero se sumió en un ligero adormecimiento. Sus pensamientos -los cuales se convirtieron en algo cercano a un sueño en ese estado sin trabas mentales- se enfocaron en el motivo real de su viaje a Boston.

Se supone que mañana empezarían mis primeras vacaciones reales en diez años, había dicho, pero era mentira. Contenía un pequeño grano de verdad, pero dudaba de que se le hubiese creído cuando lo dijo; se le había educado para que no dijera mentiras, y su técnica no era muy eficaz. Aunque suponía que a ninguna de las personas que quedaban en. el vuelo 29 les importaba si era verdad o mentira. No en esta situación. El hecho de que fuera a Boston a

conocer -y casi seguramente a dormir con- un hombre a quien nunca había visto, palidecía junto al hecho de que se estuviera dirigiendo al este en un avión del cual habían desaparecido la mayor parte de los pasajeros y toda la tripulación.

Querida Laurel:

Espero con ansia el momento de conocerte. Ni siquiera tendrás que verificar mi foto cuando salgas del corredor. Tendré tantas mariposas en el estómago que todo lo que necesitas es buscar a un sujeto que esté flotando cerca del techo...

Su nombre era Darren Crosby.

No necesitaría mirar su fotografía; eso era cierto. Había memorizado su rostro, al igual que había memorizado la mayor parte de sus cartas. La pregunta era por qué. Y para esa pregunta no tenía respuesta. Ni siquiera un indicio. No era más que otra prueba de la veracidad de la observación de J. R. R. Tolkien: debes ser cuidadosa cada vez que sales por la puerta, porque lo que tienes al frente es realmente un camino, y el camino siempre lleva hacia adelante. Si no eres cuidadosa, corres el peligro de encontrarte... bien... arrastrada, simplemente, una extraña en una tierra extraña, sin una pista de cómo llegaste ahí.

Laurel les había dicho a todos sus conocidos donde iba, pero a nadie le había dicho por qué iba, o qué estaba haciendo. Era graduada de la Universidad de California, con grado de maestría en biblioteconomía. Aunque no era una modelo, estaba bien formada y su aspecto resultaba agradable. Tenía un pequeño círculo de amigos, quienes se hubiesen quedado pasmados ante sus intenciones: se dirigía a Boston, planeaba quedarse con un hombre a quien sólo conocía por correspondencia, un hombre con quien había iniciado una relación por medio de la extensa columna personal de una revista llamada Amigos y Amantes.

De hecho, ella misma estaba pasmada.

Darren Crosby medía un metro ochenta y dos centímetros, pesaba ochenta y un kilos, y tenía ojos azul oscuro. Prefería el escocés (aunque no en exceso), tenía un gato llamado Stanley, era un heterosexual consagrado, un perfecto caballero (al menos, así lo afirmaba) y pensaba que Laurel era el nombre más hermoso que había oído. Las fotografías que le había enviado mostraban a un hombre con un rostro agradable, franco, inteligente. Laurel se imaginaba que era el tipo de hombre que se vería siniestro si no se afeitaba dos veces al día. Y, en realidad, eso era todo lo que sabía de él.

Durante media docena de años, Laurel había sostenido correspondencia con media docena de hombres -era un pasatiempo, suponía- pero nunca había esperado dar el siguiente paso... este paso. Pensaba que el sentido del humor irónico y de autodesaprobación de Darren era parte de la atracción, pero estaba tristemente consciente de que las razones reales no se derivaban de él, sino de ella misma. ¿Y la atracción real no era su propia incapacidad para comprender ese intenso deseo de romper con sus características personales? ¿Volar hacia lo desconocido, en espera de que cayera el tipo adecuado de rayo?

¿Qué estás haciendo?, se preguntó de nuevo.

El avión entró en una ligera turbulencia y regresó otra vez al aire calmado. Laurel despertó de su adormecimiento y miró a su alrededor. Vio que la chica adolescente ocupaba el asiento al otro lado del suyo. Estaba mirando por la ventanilla.

-¿Qué ves? -preguntó Laurel-. ¿Alguna cosa?

-Bueno, ya salió el sol -dijo la chica-, pero eso es todo.

¿Qué hay acerca de la tierra? -Laurel no quería levantarse y mirar ella misma. La cabeza de Dinah todavía descansaba en ella y Laurel no quería despertarla.

-No la puedo ver. Estamos rodeados por nubes -la chica miró a su alrededor. Los ojos se le habían aclarado y un poco de color, no mucho, pero un poco, había vuelto a su rostro-. Mi nombre es Bethany Simms. ¿Cuál es el tuyo?

Librodot

-Laurel Stevenson.

-¿Crees que estaremos bien?

-Creo que sí -apuntó Laurel, y después añadió con renuencia-: Así lo espero.

-Me aterra lo que pueda haber debajo de esas nubes -dijo Bethany-, pero ya estaba asustada de todos modos. Acerca de Boston. Mi madre decidió de repente que sería una gran idea que pasara un par de semanas con mi tía Shawna, aun cuando la escuela empieza otra vez en diez días. Creo que la idea era que me bajara del avión, como el corderito de Mary, y luego tía Shawna me tiraría de la cuerda.

-¿Cuál cuerda?

-No pases el Siga, no cobres doscientos dólares, pasa directamente al centro de rehabilitación y empieza a desintoxicarte -dijo Bethany. Se pasó las manos por el corto cabello oscuro-. Las cosas ya eran tan extrañas que todo esto sólo parece un poco más de lo mismo -miró a Laurel con atención, y después añadió con perfecta seriedad-: Esto está sucediendo realmente, ¿verdad? Quiero decir que ya me he pellizcado. Varias veces. Y. nada cambia.

-Es real.

-No parece real -dijo Bethany-. Parece una de esas estúpidas películas de desastres. Aeropuerto 1990, o algo así. He estado mirando a mi alrededor en busca de un par de viejos actores, como Wilford Brimley y Olivia de Havilland. Se supone que se conocen durante la tormenta de mierda y se enamoran, ¿lo sabías?

-No creo que estén en el avión -señaló Laurel imperturbable. Se miraron a los ojos y, por un momento, casi se ríen juntas. De haber sucedido se hubiesen hecho amigas... pero no fue así. No del todo.

¿Qué me cuentas acerca de ti, Lauren? ¿Tienes un problema de película de desastre?

- Me temo que no -respondió Laurel... y entonces empezó a reírse. Porque el pensamiento que se había disparado a través de su mente en neón rojo era ¡mentirosa!

Bethany se puso una mano sobre la boca y sofocó una risilla.

- ¡Jesús! -dijo después de un minuto-. Quiero decir que esto es el colmo de la maraña, ¿sabes?

Laurel asintió.

-Lo sé -hizo una pausa y luego preguntó-. ¿Necesitas rehabilitación, Bethany?

-No estoy segura -se volvió hacia la ventanilla de nuevo. La sonrisa había desaparecido y la voz era hosca-. Es posible que sí. Antes pensaba que sólo lo hacía en las fiestas, pero ahora ya no sé. Creo que perdí el control. Pero ser embarcada de esta forma... Me siento como un cerdo en la rampa de un matadero.

-Lo siento -dijo Laurel, pero también lo sentía por ella misma. La niña ciega ya la había adoptado; no necesitaba una segunda pupila. Ahora que estaba totalmente despierta descubrió que se sentía atemorizada, muy atemorizada. No quería estar detrás del vertedero de basura de esa chica si es que se proponía descargar una gran pila de angustia de película de desastre. El pensamiento la hizo sonreír de nuevo; no pudo evitarlo, sencillamente. Era el colmo de la maraña. Sin duda lo era. -Yo también lo siento -añadió Bethany-, pero creo que no es el momento para preocuparse, ¿verdad?

-Tal vez no -convino Laurel.

-¿No es cierto que en las películas de Aeropuerto el piloto nunca desaparecía?

-No que yo me acuerde.

-Son casi las seis. Nos faltan dos horas y media.

-En efecto.

-Si tan sólo el mundo sigue ahí -dijo Bethany-, ya será un buen inicio -miró fijamente a Laurel otra vez-. Supongo que no tienes hierba, ¿o sí?

-Me temo que no.

Bethany encogió los hombros y ofreció a Laurel una sonrisa cansada, la cual llevaba aparejado un extraño atractivo.

-Bueno -dijo-, me llevas un tanto de ventaja... sólo estoy asustada.

6

Algún tiempo más tarde, Brian Engle verificó la dirección, la velocidad del aire, las cifras de navegación y las gráficas. Por último, consultó su reloj. Eran las ocho y dos minutos.

-Bueno -dijo a Nick, sin mirar alrededor-. Creo que casi es la hora. Nos hacemos mierda o nos salvamos.

Se inclinó hacia adelante y encendió la señal de ABROCHARSE LOS CINTURONES. La campanilla emitió su repique bajo y placentero. Después accionó la palanca del intercomunicador y tomó el micrófono.

-Hola, damas y caballeros. Les habla el capitán Engle. Estamos sobre el océano Atlántico, a treinta millas aproximadamente de la costa de Maine, y muy pronto iniciaré el descenso inicial en el área de Bangor. En circunstancias normales no encendería la señal de abrocharse los cinturones con tanta anticipación, pero las circunstancias no son las normales, y mi madre siempre decía que la prudencia es la mejor parte del valor. Con ese espíritu, quiero que se aseguren de que sus cinturones queden bien abrochados y firmes. Las condiciones debajo de nosotros no parecen especialmente amenazadoras pero puesto que no tengo comunicación por radio, el clima va a ser un paquete de sorpresas para todos nosotros. Tenía la esperanza de que se disiparan las nubes, y he visto unos pocos huecos pequeños sobre Vermont, pero me temo que se han cerrado de nuevo. Por mi experiencia como piloto les puedo decir que las nubes que ven debajo de nosotros no sugieren mal clima. Creo que el clima en Bangor puede estar nublado, con cierta lluvia ligera. Ahora estoy iniciando el descenso. Por favor, conserven la calma; mi tablero está en verde y todos los procedimientos en la cubierta de vuelo permanecen rutinarios.

Brian no se molestó en programar el piloto automático para el descenso; él mismo empezó el proceso. Maniobró el avión en un giro largo y lento, y el asiento bajo él se inclinó ligeramente hacia adelante mientras el 767 empezaba el lento deslizamiento descendente hacia las nubes a 4 000 pies.

-Fueron muy confortantes sus palabras -dijo Nick-. Debió haber sido político, compañero.

-Dudo que en este momento se sientan muy cómodos -objetó Brian-.. Yo no lo estoy.

De hecho, estaba más atemorizado de lo que nunca había estado ante los controles de un avión. La fuga de presión en el vuelo 7 desde Tokio parecía una falla menor en comparación con esta situación. El corazón le latía en el pecho con un ritmo lento e intenso, como un tambor fúnebre. Tragó saliva y escuchó un clic en su garganta. El vuelo 29 pasó los 30 000 pies, todavía en descenso. Las nubes blancas, amorfas, se veían más cerca ahora. Se extendían de horizonte a horizonte como un extraño piso de salón de baile

-Tengo un miedo del carajo, compañero -dijo Hopewell con una voz peculiar y ronca-. Vi a hombres que morían en las Malvinas, ahí me dieron un tiro en la pierna, tengo una rodilla de teflón para demostrarlo, y estuve a un pelo de salir volando con un camión lleno de explosivos en Beirut... eso fue en 1982... Pero nunca había estado tan asustado como ahora. Una parte de mí me impulsa a agarrarlo y obligarlo a que nos lleve arriba de nuevo. Tan arriba como pudiera llegar este pájaro.

-No serviría para nada -respondió Brian. Su propia voz ya no sonaba firme; en ella podía oír los latidos de su corazón, haciéndola vibrar hacia lo alto y lo bajo en variaciones instantáneas-. Recuerde lo que le dije antes... no podemos permanecer aquí arriba para siempre.

-Lo sé. Pero temo a lo que esté bajo esas nubes. O lo que no esté.

-Bien, lo averiguaremos juntos.

-No hay forma de evitarlo, ¿verdad, compañero? -Ni la más mínima.

El 767 pasó los 25 000 pies, todavía descendiendo.

7

Todos los pasajeros estaban en la cabina principal; incluso el hombre calvo, quien se había aferrado obstinadamente a su asiento en la clase ejecutiva la mayor parte del vuelo, se había unido a los demás. Y todos estaban despiertos, excepto el hombre de la barba en el fondo del avión. Lo podían oír roncando plácidamente, y Albert sintió un momento de celos amargos, un deseo de que él pudiese despertar cuando ya estuvieran a salvo en tierra, como era probable que sucediera con el hombre de la barba, y decir lo que era seguro que dijera el hombre de la barba: ¿Dónde diablos estamos?

El único sonido aparte de los ronquidos era el suave riiip... riiip... riiip del desmembramiento que hacía Craig Toomy de la revista del avión. Estaba sentado con los zapatos hundidos en una gran pila de tiras de papel.

-¿Le importaría dejar de hacer eso? -preguntó Don Gaffney. Su voz era tensa y deformada-. Me está volviendo loco, compadre.

Craig volvió la cabeza. Estudió a Don Gaffney con un par de ojos muy abiertos, planos, vacíos. Giró la cabeza de nuevo. Sostuvo en alto la página en la que estaba trabajando, la cual resultó ser la mitad este del mapa de rutas de American. Pride.

Riiip.

Gaffney abrió la boca para decir algo, y luego apretó los labios.

Laurel tenía un brazo sobre los hombros de Dinah. Dinah sostenía la mano libre de Laurel con las suyas.

Albert estaba junto a Robert Jenkins, delante de Gaffney. En la siguiente fila estaba la chica con el cabello oscuro corto. Miraba por la ventanilla, el cuerpo tan rígidamente erguido que podría estar alambrado. Y delante de ella, se sentaba Calvo de la clase ejecutiva.

-¡Bueno, al menos podremos conseguir algo para comer! -dijo en voz alta.

Nadie respondió. La cabina principal parecía estar inmersa en una rígida concha de tensión. Albert Kaussner sentía que cada cabello de su cuerpo se erguía alerta. Buscó la capa protectora de Ace Kaussner, ese duque del desierto, el barón de la Buntline, y no pudo encontrarlo. Ace se había ido de vacaciones.

Las nubes estaban mucho más cerca. Habían perdido la apariencia plana; Laurel ahora podía ver las curvas lanudas y las tenues almenas llenas con las sombras de las primeras horas de la mañana. Se preguntaba si Darren Crosby todavía estaría ahí, esperándola pacientemente, en la puerta de llegadas' del aeropuerto de Logan, en el acceso de American Pride. No le sorprendió mucho darse cuenta de que no le importaba gran cosa que estuviera o no. Su mirada volvió a las nubes y se olvidó de todo lo concerniente a Darren Crosby, a quien le gustaba el escocés (aunque no en &ceso) y afirmaba ser un perfecto caballero.

Se imaginaba una mano, una enorme mano verde, que de pronto emergía a través de esas nubes y agarraba el 767 como un niño enojado podía tomar un juguete. Imaginaba la mano apretando, veía el combustible del avión que explotaba en lengüetadas naranjas de llamas entre los enormes nudillos, y cerró los ojos por un momento.

¡No baje!, quería gritar. ¡Por favor, no baje!

¿Pero qué alternativa les quedaba? ¿Qué alternativa?

-Estoy muy asustada -dijo Bethany Simms con una voz borrosa, débil. Se cambió a uno de los asientos en la sección del centro, se abrochó el cinturón y oprimió con fuerza las manos contra la cintura-. Creo que me voy a desmayar.

Craig Toomy la miró y luego empezó a rasgar una nueva tira del mapa de rutas. Después de un momento, Albert se desabrochó el cinturón, se levantó para ir a sentarse al

lado de Bethany y abrocharse de nuevo. Tan pronto como lo hubo hecho, Bethany le tomó las manos. Su piel estaba tan fría como el mármol.

-Todo va a salir bien -expresó Albert, luchando porque se le oyera sereno y sin temor, esforzándose porque se le oyera como el hebreo más rápido al oeste del Mississippi. En cambio, se le oyó como Albert Kaussner, un estudiante de violín de diecisiete años a punto de orinarse en los pantalones.

-Espero... -empezaba Bethany, y en eso el avión comenzó a rebotar., Bethany gritó.

-¿Qué pasa? le preguntó Dinah a Laurel con voz débil y nerviosa-. ¿Se descompuso algo en el avión? ¿Nos vamos a estrellar?

-Yo no...

La voz de. Brian se escuchó por las bocinas.

-Esta es una ligera turbulencia normal, amigos -dijo-. Hagan el favor de conservar la calma. Es posible que nos llevemos sacudidas más fuertes cuando entremos en las nubes. La mayoría de ustedes ya ha pasado antes por esto, así que tranquilícense.

Riiip.

Don Gaffney miró de nuevo hacia el hombre del suéter cerrado y sintió un súbito impulso, casi abrumador, de arrancar la revista de las manos de ese extraño hijo de puta y empezar a golpearlo con ella.

Las nubes estaban muy cerca ahora. Robert Jenkins podía ver la figura negra del 767 que atravesaba las blancas superficies justo debajo del avión. Pronto el avión besaría su propia sombra y desaparecería. Nunca había tenido una premonición en su vida, pero sintió una segura y completa. Cuando atravesemos esas nubes, vamos a ver algo que ningún ser humano ha visto antes. Será algo absolutamente increíble... sin embargo nos veremos obligados a creerlo. No tendremos otra opción.

Las manos se cerraron en apretados puños sobre los brazos del asiento. Una gota de sudor le cayó en un ojo. En vez de levantar una mano para enjugarse el ojo, Jenkins trató de librarse de ella pestañeando. Sus manos parecían estar salvadas a los brazos del asiento.

-¿Saldrá todo bien? -preguntó Dinah frenética. Tenía las manos trabadas sobre las de Laurel. Eran pequeñas, pero apretaban con una fuerza casi dolorosa-. ¿Realmente va a salir bien todo?

Laurel miró por la ventanilla. Ahora el 767 rozaba las puntas de las nubes y las primeras briznas de dulce de algodón pasaron flotando junto a la ventanilla. El avión entró en otra serie de sacudidas y tuvo que cerrar la garganta para evitar un quejido. Por primera vez en su vida se sentía físicamente enferma con el terror.

-Así lo espero, cariño -respondió-. Así lo espero, pero en realidad no lo sé.

8

-¿Qué ve en el radar, Brian? -preguntó Nick-. ¿Algo anormal? ¿Alguna cosa?

-No -dijo Brian-. Dice que el mundo está ahí abajo, y eso es todo. Estamos...

-Espere -dijo Ni* Su voz tenía un sonido estrecho, estrangulado, como si la garganta se hubiese cerrado a un mero pinchazo-. Vuelva a subir. Vamos a repasarlo de nuevo. Esperemos a que se disipen las nubes...

-No tenemos suficiente tiempo ni suficiente combustible -los ojos de Brian estaban fijos en los instrumentos. El avión empezó a rebotar otra vez. Brian hizo las correcciones automáticamente-. Sosténgase. Vamos a entrar.

Brian empujó el timón hacia adelante. La aguja del altímetro empezó a moverse con más rapidez bajo el círculo de cristal. Y el vuelo 29 se deslizó en las nubes. Por un momento sobresalió la cola, cortando a través de la superficie de algodón como la aleta de un tiburón. Unos instantes más tarde había desaparecido, y el cielo estaba vacío... como si nunca hubiese

estado ahí un avión.

Cuatro

En las nubes. Bienvenidos a Bangor. Una ronda de aplausos. El tobogán y la cinta transportadora. El sonido de los teléfonos que no llaman. Craig Toomy toma una desviación. La advertencia de la niña ciega.

1

La cabina principal pasó de la brillante luz del sol a la penumbra del atardecer, y el avión empezó a rebotar con más fuerza. Después de sumirse en una bolsa particularmente notoria, Albert sintió una presión contra el hombro derecho. Miró qué era y vio la cabeza de Bethany apoyada ahí, como una madura calabaza de octubre. La chica se había desmayado.

El avión saltó de nuevo y se escuchó un fuerte ruido seco en la sección de primera clase. Esta vez fue Dinah quien soltó un chillido agudo, y Gaffney exclamó:

-¿Qué fue eso? ¡Por amor de Dios! ¿Qué fue eso?

-El carrito de las bebidas -dijo Bob Jenkins con voz baja y seca. Trató de hablar más alto para que lo pudiesen oír todos, pero descubrió que le era imposible-. ¿Recuerdan que el carrito de servicio se quedó fuera de su lugar? Supongo que debe haber rodado...

El avión dio un vertiginoso brinco de montaña rusa, descendió con una sacudida vibrante y el carrito de las bebidas se volcó con gran estrépito. Vidrios rotos. Dinah gritó otra vez.

-Todo está bien -dijo Laurel frenética-. No me aprietes tanto, Dinah, cariño, no pasa...

-¡Por favor, no quiero morirme! ¡No quiero morir!

-¡Turbulencias normales, amigos -la voz de Brian se oía tranquila a través de las bocinas... pero Bob Jenkins pensó que en esa voz se escuchaba un terror controlado a duras penas-. Mantengan la...

Otra sacudida estremecedora, encrespante. Otro estruendo al caerse los vasos y las botellas miniatura del carrito volcado.

-... calma -terminó Brian.

Al otro lado del pasillo, a la izquierda de Don Gaffney: riip.

Gaffney se volvió en esa dirección.

-Deje eso ahora mismo y vaya a joder a su madre, o le meto hasta la garganta lo que queda se esa revista. Craig lo miró sin expresión.

-Inténtelo, viejo cretino.

El avión rebotó de nuevo hacia arriba y hacia abajo. Albert se inclinó por delante de Bethany hacia la ventanilla. Cuando lo hizo, los pechos de la chica se oprimieron suavemente contra su brazo, y por primera vez en los últimos cinco años esa sensación no desechó todo lo demás de su mente. Miró por la ventanilla en busca desesperada de un hueco en las nubes, tratando de producir ese hueco por medio de su vehemente deseo.

No había más que sombras gris oscuro.

2

-¿Qué tan bajo está el techo, compañero? -preguntó Nick. Ahora que ya estaban dentro de las nubes, parecía más calmado.

-No lo sé -dijo Brian-. Pero sí le puedo decir que está más bajo de lo que esperaba.

-¿Qué pasa si se queda sin espacio?

-Si los instrumentos están desalineados, aunque sea en un grado mínimo, nos iremos al océano -dijo contundente-. Sin embargo, dudo que lo estén. Si no vemos resultados cuando descienda a quinientos pies, ascenderé de nuevo y volaremos a Portland.

-Tal vez debería dirigirse allá de una vez.

Brian negó con la cabeza.

El clima casi siempre está peor ahí.

-¿Qué hay cerca de la isla Presque? ¿No hay ahí una base del Mando Aéreo Estratégico de largo alcance?

Brian sólo tuvo un momento para pensar que este sujeto en realidad sabía mucho más de lo que debía.

-Está fuera de nuestro alcance. Nos estrellaríamos en los bosques.

-Entonces Boston también está fuera de alcance. -En efecto.

-Esto está empezando a tomar el cariz de una mala decisión, compañero.

El avión chocó contra otra corriente invisible de turbulencia y el 767 se estremeció como un perro con un mal resfriado. Brian escuchaba los gritos débiles en la cabina principal mientras hacía las correcciones necesarias y deseaba poder decirles que esto no tenía importancia, que el 767 estaba diseñado para tolerar turbulencias veinte veces más fuertes. El techo era el problema real.

Aún no tocamos fondo -dijo-. El altímetro en 2.200 pies.

-Pero nos estamos quedando sin espacio.

-Estamos... -Brian se calló de repente. Una ola de alivio lo cubrió como una mano refrescante-. Lo logramos. Casi estamos fuera.

Delante de la nariz negra del 767, las nubes se disipaban rápidamente. Por primera vez desde que habían sobrevolado Vermont, Brian percibió una tenue abertura en el manto gris blancuzco. A través de ella vio el color plomizo del océano Atlántico.

Por el micrófono de la cabina, Brian dijo:

-Damas y caballeros, hemos alcanzado el techo. Tan pronto como lo atravesemos, espero que se suavice esta turbulencia. En unos minutos escucharán un golpe en la parte de abajo. Es el tren de aterrizaje que desciende y se traba en posición. Estoy continuando el descenso en el área de Bangor.

Apagó el micrófono y se volvió brevemente hacia el hombre en el asiento del navegante.

-Deséeme suerte, Nick.

-Oh, desde luego, compañero... lo haré.

3

Laurel miró por la ventanilla con la respiración atrapada en la garganta. Ahora las nubes se desenmarañaban la gran velocidad. Vio el océano en una serie de breves pestañeos: olas, crestas de espuma, después un gran trozo de roca que sobresalía del agua como el colmillo de un monstruo muerto. Captó un brillo naranja que podía ser una boya.

Pasaron sobre una isla pequeña, cubierta con árboles, e inclinada y con el cuello estirado pudo ver claramente el litoral. Delgados jirones de nubes humeantes oscurecieron la vista durante cuarenta y cinco segundos interminables. Cuando se disiparon, el 767 estaba sobre tierra de nuevo. Pasaron sobre un campo; una extensión de bosque; lo que parecía un estanque.

¿Pero dónde están las casas? ¿Dónde están las carreteras y los automóviles y los edificios y los cables de alta tensión?

En eso, un grito estalló en su garganta.

-¿Qué pasa? -casi gritó Dinah-. ¿Qué pasa, Laurel? ¿Sucede algo malo?

-¡Nada! -exclamó triunfante. En la tierra pudo ver un estrecho camino que conducía a una pequeña aldea junto al mar. Desde lo alto, se veía como una ciudad de juguete, con diminutos autos de juguete estacionados a lo largo de la calle principal. Vio la torre de una iglesia, la cantera de grava del pueblo, un campo de béisbol de Liga Infantil. ¡No sucede nada malo! ¡Todo está ahí! ¡Todo sigue ahí!

Detrás de ella, habló Robert Jenkins. Su voz era calmada, uniforme y profundamente desalentada. -Señora -dijo-, me temo que está equivocada.

4

Un largo jet blanco de pasajeros cruzó con lentitud sobre la tierra, treinta y cinco millas al este del aeropuerto internacional de Bangor. En la cola llevaba pintado 767 en grandes números orgullosos. A lo largo del fuselaje estaban escritas las palabras AMERICAN PRIDE en letras que se esfumaban hacia atrás para dar la impresión de velocidad. En ambos lados de la nariz estaba el sello distintivo de la aerolínea: una gran águila roja. Las alas extendidas estaban salpicadas con estrellas azules; las garras flexionadas y la cabeza ligeramente inclinada. Igual que el avión que decoraba, parecía que el águila descendía en un aterrizaje.

El avión no proyectaba ninguna sombra en la tierra mientras volaba hacia el conjunto de la ciudad más adelante; no había lluvia, pero la mañana era gris y sin sol. Se abrió el vientre del avión. Bajó el tren de aterrizaje y se extendió. Las ruedas se encajaron en su lugar bajo el cuerpo de la nave y en el área de la cabina de control.

El vuelo 29 de American Pride se deslizó por la ruta de descenso hacia Bangor. Se ladeó un poco a la izquierda; el capitán Engle ahora podía corregir el curso visualmente, y lo hizo.

-¡Lo veo! -gritó Nick-. ¡Veo el aeropuerto! ¡Dios mío, qué hermoso paisaje!

-Si lo ve, no está en el asiento -dijo Brian. Habló sin volver la cabeza. No había tiempo para desviar la vista-. Abróchese el cinturón y cállese..

Pero la sola pista larga era un hermoso paisaje.

Brian centró la nariz del avión en la pista y continuó el deslizamiento descendente, pasando de 1 000 a 800. Un bosque de pinos que parecía interminable pasó debajo de las alas del vuelo 29. Al fin, se despejó para dar paso a una extensión de edificios -los ojos inquietos de Brian registraron automáticamente la acostumbrada mescolanza de moteles, estaciones de gasolina y restaurantes de comida rápida- y en seguida pasaron sobre el río Penobscot y penetraron en el espacio aéreo de Bangor. Brian verificó de nuevo el tablero, observó que tenía luces verdes en los alerones y después intentó comunicarse con el aeropuerto... aun cuando sabía que era inútil.

-Torre de Bangor, éste es el vuelo 29 -dijo-. Estoy declarando una emergencia. Repito, estoy declarando una emergencia. Si hay tráfico en las pistas, despéjenlas. Voy a aterrizar.

Miró el indicador de la velocidad del aire justo a tiempo para ver que disminuía a 140, la velocidad que, en teoría, lo obligaba a aterrizar. Debajo de él, unos cuantos árboles abrieron paso a un campo de golf. Tuvo un fugaz vislumbre de un letrero verde de Holiday Inn y después las luces que indicaban el final de la pista -un 33 pintado en ella con grandes números blancos- se apresuraban hacia él.

Las luces no eran rojas ni verdes.

Estaban muertas, sencillamente.

No había tiempo para pensar en eso. No había tiempo para pensar en lo que pasaría si de repente aparecía en la pista delante de ellos un Learjet o un pequeño y gordo brincacharcos

Doyka. No había tiempo para nada, excepto para aterrizar el aparato.

Cruzaron sobre una corta franja de hierbas y grava, y después se extendió la pista de concreto a treinta pies bajo el avión. Pasaron sobre el primer conjunto de rayas blancas y, en seguida, justo debajo de ellos, empezaron las huellas de patinazos -producidas probablemente por los jets de la Guardia Aérea Nacional hasta esta distancia.

Brian enfiló con todo cuidado el 767 en la pista. El segundo conjunto de rayas resplandeció a una mínima distancia en el suelo... y un momento más tarde, el tren de aterrizaje principal dio un pequeño topetazo al tocar tierra. Ahora el vuelo 29 circulaba como un rayo a lo largo de la pista 33, a ciento veinte millas por hora, con la nariz ligeramente en alto y las alas inclinadas en un suave ángulo. Brian aplicó los alerones completos y puso las turbinas en reversa. Cuando descendió la nariz, hubo otra trepidación, más leve que la primera.

Ya el avión iba disminuyendo de ciento veinte a cien, de cien a ochenta, de ochenta a cuarenta, de cuarenta a una velocidad a la que podría correr un hombre.

Estaba hecho. Habían bajado.

-Aterrizaje de rutina -dijo Brian-. Nada del otro mundo -luego dejó escapar una larga respiración conmocionada y detuvo completamente el avión a cuatrocientos metros de la pista de rodaje más próxima. Una bandada de estremecimientos invadió de pronto su delgado cuerpo. Cuando se llevó la mano al rostro, enjugó un gran puñado de transpiración cálida. La miró y soltó una leve risa.

Una mano cayó sobre su hombro.

-¿Está usted bien, Brian?

-Sí -afirmó y tomó el micrófono del intercomunicador-. Damas y caballeros -dijo-, bienvenidos a Bangor.

Desde la parte posterior, Brian escuchó un coro de vivas que lo hizo reír.

Nick Hopewell no se reía. Estaba inclinado sobre el asiento de Brian y se asomaba por la ventanilla de la cabina de control. Nada se movía en la red de pistas; nada se movía en las pistas de rodaje. Ni camiones ni vehículos de seguridad zumbaban de un lado a otro sobre el pavimento. Podía ver unos cuantos vehículos, identificó un transporte del ejército -un C12-, estacionado en una pista de rodaje, y un Delta 727 estacionado junto a uno de los gusanos, pero estaban inmóviles como estatuas.

-Gracias por la bienvenida, amigo -dijo Nick en tono bajo-. Mi profundo agradecimiento se deriva del hecho que parece que usted será el único que nos extienda una. Este lugar está completamente desierto.

5

A pesar del continuado silencio en la radio, Brian se resistía a aceptar el juicio de Nick... pero cuando rodó el avión hasta un punto entre dos gusanos para pasajeros de la terminal, le resultó imposible creer lo contrario. No era únicamente la ausencia de gente; ni la inexistencia de un vehículo de seguridad que se apresurara a investigar la llegada inesperada de este 767; era un aire de falta total de vida, como si el aeropuerto internacional de Bangor llevase mil años desierto, o cien mil. Debajo de una de las alas del jet Delta estaba parado un transporte de equipaje tirado por un jeep con unas cuantas maletas esparcidas en la plataforma. Mientras. Brian llevaba el vuelo 29 tan cerca de la terminal como se atrevió y lo estacionaba, sus ojos se dirigían constantemente a ese transporte. La docena o más de maletas se veían tan antiguas como artefactos exhumados del emplazamiento de alguna fabulosa ciudad arcaica. Me gustaría saber si el sujeto que descubrió la tumba del rey Tut se sintió como yo ahora, pensó.

Dejó que se apagaran los motores y permaneció sentado por un momento. Ahora no había sonido, sólo el débil susurro de una unidad auxiliar de energía -una de cuatro- en la parte posterior del avión. La mano de Brian se acercó a un interruptor marcado CORRIENTE

INTERNA, y llegó a tocarlo antes de retirar la mano. De repente, no quiso apagarlo del todo. No había razón para no hacerlo, pero era muy fuerte la voz del instinto.

Además -pensó-, no creo que aquí haya nadie que pueda fastidiarme por el desperdicio de combustible... lo poco que quede para desperdiciar.

Luego se desabrochó el arnés de seguridad y se puso de pie.

-¿Ahora qué, Brian? -preguntó Nick. También se había levantado y Brian observó por primera vez que Nick le sacaba por lo menos diez centímetros de estatura. Pensó: Yo he estado a cargo. Desde que sucedió ese extraño incidente -desde que descubrimos que había pasado, para ser más exacto- he estado a cargo. Pero creo que eso va a cambiar muy pronto.

Se dio cuenta de que no le importaba. Maniobrar el avión a través de las nubes había requerido de cada gramo de valor que poseía, pero no esperaba ningún reconocimiento por conservar la serenidad y realizar su trabajo; el valor era una de las cualidades por las que se le pagaba. Recordó que, en una ocasión, un piloto le había comentado: "Nos pagan cien mil dólares o más al año, Brian, y en realidad lo hacen por una sola razón. Saben que en la carrera de casi todos los pilotos se presentan treinta o cuarenta segundos en los cuales ellos pueden establecer una diferencia significativa. Nos pagan para que no nos congelemos cuando ocurran esos segundos."

Era muy conveniente que tu cerebro te indicara que tenías que aterrizar, con nubes o sin nubes, que no había otra opción; tus terminales nerviosas se limitaban a repetir la vieja advertencia, telegrafiando el viejo terror de alto voltaje a lo desconocido. Incluso Nick, pese a lo que fuera o a lo que 'se dedicara en tierra, quiso alejarse de las nubes cuando se alcanzó el punto de fricción. Había necesitado a Brian para que hiciera lo que era necesario. El y todos los demás habían requerido de Brian para que él fuera sus agallas. Ahora ya estaban en tierra y no había monstruos bajo las nubes; sólo este extraño silencio y un transporte de equipaje bajo el ala de un Delta 727.

Así que si quieres tomar el mando y ser el capitán, amigo retorcedor de narices, cuentas con mi bendición. Incluso puedes usar mi gorra si quieres. Pero no será hasta que bajemos del avión. Hasta que tú y el resto de los borregos estén en tierra, tú eres responsabilidad mía.

Pero Nick le había hecho una pregunta y Brian suponía que merecía una respuesta.

-Ahora bajamos del avión y vemos qué es lo que pasa -dijo, rozando al inglés al pasar.

Nick le puso una mano restrictiva en el hombro.

-¿Cree usted...?

Brian sintió un destello de enojo inexplicable. Se sacudió la mano de Nick.

-Creo que debemos desocupar el avión -aseveró-. No hay nadie que nos extienda un gusano o nos traiga unas escaleras, así que tendremos que usar el tobogán de emergencia. Después de eso, usted será quien piense. Compañero.

Se abrió paso a la sección de primera clase... y casi se cae sobre el carrito de servicio, el cual yacía sobre un costado. Había una buena cantidad de vidrios rotos y un hedor a alcohol que hacía llorar los ojos. Brian evitó pisar todo el destrozo. Nick lo alcanzó al final del compartimiento de primera clase.

-Brian, si dije algo que lo ofendió, lo siento. Hizo un magnifico trabajo.

-No me ofendió -replicó Brian-. Sucede que en las últimas diez horas he tenido que enfrentarme a una fuga de presión sobre el océano Pacífico, me enteré de que mi ex esposa murió en un estúpido incendio en su apartamento en Boston y que los Estados Unidos han sido cancelados. Estoy hecho polvo.

Atravesó la clase ejecutiva hasta la cabina principal. Durante un momento reinó un silencio absoluto; todos estaban ahí sentados, mirándolo desde sus rostros blancos con muda incomprensión.

Entonces, Albert Kaussner empezó a aplaudir.

Después de unos instantes, se le unió Bob Jenkins... y Don Gaffney... y Laurel Stevenson. El hombre calvo miró a su alrededor y también participó en la ovación.

-¿Qué es? -le preguntó Dinah a Laurel-. ¿Qué está pasando?

-Es el capitán-dijo Laurel. Le fue imposible reprimir las lágrimas-. Es el capitán que nos aterrizó a salvo. Dinah también aplaudió entonces.

Brian los miraba confundido. Detrás de él, Nick se unió al aplauso general. Se desabrocharon los cinturones y permanecieron de pie frente a sus asientos, sin interrumpir la ovación. Los únicos tres que no se incorporaron fueron Bethany, quien se había desmayado; el hombre con la barba, quien seguía roncando en la última fila, y Craig Toomy, quien recorrió a todos con esa extraña mirada lunar y comenzó a rasgar una nueva tira de la revista de la aerolínea.

6

Brian sintió que se le encendía el rostro -esto era demasiado estúpido. Levantó las manos, pero, no obstante, prosiguieron por un momento más.

-Damas y caballeros, por favor... por favor... les aseguro que fue un aterrizaje de rutina.

-Shucks ma'am t'warn'. nothin' dijo Bob Jenkins

en una aceptable imitación de Gary Cooper, y Albert estalló en carcajadas. Junto a él, Bethany abrió los ojos y miró confundida a su alrededor.

-Estamos en tierra, y vivos, ¿verdad? -inquirió-. ¡Dios mío! ¡Estupendo! ¡Creí que nos haríamos añicos!

-Por favor -dijo Brian. Levantó más alto los brazos y se sintió extrañamente como. Richard Nixon al aceptar la nominación de su partido para otros cuatro años. Tuvo que reprimir súbitos estremecimientos de risa. No podía hacerlo; los pasajeros no lo entenderían. Querían un héroe y lo habían elegido a él. Más le valía aceptar la posición... y utilizarla. Después de todo, todavía tenía que bajarlos del avión-. ¡Me quieren prestar su atención, por favor!

Uno a uno cesaron los aplausos y lo miraron con ojos esperanzados -todos menos Craig, quien lanzó a un lado la revista con un repentino gesto decidido. Se desabrochó el cinturón, se levantó y salió al pasillo, haciendo a un lado de una patada un montón de tiras de papel. Empezó a hurgar en el compartimiento sobre el asiento, con el ceño fruncido en concentración.

Ya han mirado por las ventanillas, así que saben tanto como yo -dijo Brian-. La mayoría de los pasajeros y toda la tripulación de este vuelo desaparecieron mientras estábamos dormidos. Esto en sí, ya es bastante descabellado, pero ahora parece que nos enfrentamos a una proposición aún más descabellada. Aparentemente, también han desaparecido muchas otras personas... pero la lógica sugiere que debe haber más gente en alguna parte. Si nosotros sobrevivimos a lo que haya sido, también habrán sobrevivido otros.

Bob Jenkins, el escritor de novelas de misterio, susurró algo en voz baja. Albert lo oyó, pero no pudo distinguir las palabras. Se dio vuelta en dirección a Jenkins justo cuando el escritor murmuraba de nuevo las dos palabras. Ahora sí las entendió Albert. Eran, lógica equivocada.

-Creo que la mejor forma de manejar esta situación es dar un paso a la vez. El primero será salir del avión.

-Yo compré un boleto para Boston -dijo Craig Toomy con voz calmada y racional-. Y quiero ir a Boston.

Nick avanzó desde detrás del hombro de Brian. Craig lo miró y sus ojos se estrecharon. Por un momento se le vio como un gato casero malhumorado. Nick levantó una mano con los dedos doblados contra la palma, y movió dos de los nudillos en un ademán que indicaba una nariz retorcida. Craig Toomy, a quien una vez se le había obligado a permanecer de pie con una cerilla encendida entre los dedos del pie, mientras su madre cantaba "Feliz cumpleaños", captó el mensaje de inmediato. Su percepción siempre había sido rápida. Y podía esperar.

-Tendremos que usar el tobogán de emergencia -dijo Brian-, por lo que quiero revisar el

procedimiento con ustedes. Escuchen cuidadosamente, formen después una sola fila y síganme al frente de la nave.

7

Cuatro minutos más tarde, la entrada delantera del vuelo 29 de American Pride giró hacia el interior. Por la abertura se escaparon fragmentos de conversación en murmullos y parecieron morir de inmediato en el aire frío y quieto. Se oyó un sonido silbante y de pronto floreció un gran macizo de material naranja en la puerta. Por un momento, pareció un extraño girasol híbrido. Al caer, creció y tomó forma, inflándose la superficie en un rechoncho tobogán envarillado. Cuando el extremo del tobogán golpeó el pavimento, hubo un ¡pop! suave, y ahí quedó recargado, semejante a un gigantesco colchón de aire naranja.

Brian y Nick encabezaban la corta fila en la hilera de babor de primera clase.

-Hay algo raro en el aire ahí fuera -dijo Nick en voz baja.

¿Qué quiere decir? -preguntó Brian. Disminuyó más aún el tono-. ¿Envenenado?

-No... al menos, no lo creo. Pero no tiene olor, ni gusto.

-Está chiflado -señaló Brian intranquilo.

-No, no lo estoy -respondió Nick-. Esto es un aeropuerto, compañero, no un maldito campo de heno, ¿puede oler aceite o combustible? Yo no puedo.

Brian inhaló. Y no había nada. Si el aire estaba envenenado, no creía que lo estuviese, pero de ser así, la toxina era de acción lenta. Sus pulmones parecían procesarla sin ningún problema. Pero Nick tenía razón. No tenía olor. Y esa otra cualidad más elusiva que el inglés había llamado gusto... tampoco estaba ahí. Fuera de la puerta abierta, el aire tenía un sabor neutral. Sabía a aire enlatado..

-¿Pasa algo malo? -preguntó nerviosa Bethany Simms-. En realidad, no estoy segura de si quiero saber si pasa algo malo, pero...

-No pasa nada -dijo Brian. Contó cabezas, llegó a diez, y se volvió hacia Nick-. Ese sujeto en la parte de atrás sigue dormido. ¿Cree que debemos despertarlo?

Nick lo pensó durante un momento y después sacudió la cabeza.

-Mejor no. ¿No tenemos bastantes problemas por ahora, sin vernos además obligados a actuar como enfermeras de un pelmazo con resaca?

Brian sonrió. Pensaba exactamente lo mismo.

-Sí, creo que sí. Bien... baje usted primero, Nick. Sostenga el pie del tobogán. Yo ayudaré a los demás.

-Tal vez fuera mejor que usted bajara primero. En caso de que mi amigo el bocazas decida seguir jodiendo acerca de la escala no programada.

Brian miró hacia el hombre del suéter cerrado. Estaba de pie al final de la línea, con un delgado portafolios con monograma en una mano, mirando en blanco hacia el techo. Su rostro tenía la expresión de un maniquí de tienda departamental.

-No tendré problemas con él -dijo-, porque me tiene sin cuidado lo que haga. Me da lo mismo que salga o se quede.

Nick sonrió.

Para mí, es suficiente. Empecemos el gran éxodo.

-¿Sin zapatos?

Nick sostenía en alto un par de mocasines negros de cabritilla.

-Vale... salga de una vez -Brian se volvió a Bethany-. Fíjese bien, señorita... usted sigue.

-Oh, Dios... odio esta clase de mierda.

No obstante, Bethany se colocó al lado de Brian y observó aprensiva mientras Nick Hopewell se dirigía al tobogán. El saltó, levantando ambas piernas al mismo tiempo, con lo que se vio como un hombre que se lanza desde un trampolín con la intención de caer sentado en el agua. Aterrizó sobre el trasero y se deslizó hasta el extremo. Fue un acto impecable:

apenas se movió el pie del tobogán. Golpeó el pavimento con los pies en calcetines, se levantó, se dio vuelta e hizo una burlona reverencia con los brazos extendidos en la espalda.

-¡Pan comido! -exclamó en voz alta-. El siguiente cliente.

-Esa es usted, señorita -dijo Brian-. ¿Su nombre es Bethany?

-Sí -respondió nerviosa-. No creo que pueda hacerlo. Reprobé gimnasia los tres semestres, y al final me permitieron que tomara otra vez ecología doméstica en lugar de gimnasia.

-Lo hará bien -le aseguró Brian. Reflexionó que la gente estaba dispuesta a deslizarse con mucha menor coerción y más entusiasmo cuando había una amenaza evidente, un agujero en el fuselaje o un incendio en uno de los motores de babor-. ¿Se quitó los zapatos?

Bethany se había quitado los zapatos -un par de viejas zapatillas rosa-, pero trató, de retirarse de la puerta y del tobogán naranja brillante de todos modos.

-Tal vez si pudiera tomarme una copa antes...

-El señor Hopewell está sosteniendo el tobogán y no tendrá ningún problema -la apremió Brian, pero empezaba a temer que tendría que empujarla. Si no saltaba pronto lo haría, aun contra su voluntad. No se podía permitir que se colocaran en el final de la línea hasta que reunieran el valor; eso era un No rotundo cuando se trataba del tobogán de escape. Si se permitía, todos querrían colocarse en el último lugar.

-Adelante, Bethany -intervino Albert de repente. Había tomado el estuche de su violín del compartimiento superior y lo sostenía bajo el brazo-. Esa cosa aterroriza a muerte, y si tú saltas yo tendré que saltar también.

Bethany lo miró sorprendida.

-¿Por qué?

El rostro de Albert estaba rojo encendido.

-Porque eres una chica -dijo sencillamente-. Ya sé que soy una rata sexista, pero así es.

Bethany lo miró un momento más, después se rió y se volvió hacia el tobogán. Brian había decidido empujarla en caso de que mirara a su alrededor o retrocediera de nuevo, pero no lo hizo.

-Caramba, desearía tener un poco de hierba -dijo, y saltó.

Había visto la maniobra de caer en posición sentada de Nicky y sabía cómo hacerlo, pero al último momento perdió el valor y trató de meter los pies bajo su cuerpo. Como resultado, resbaló hacia un lado de la superficie rebotante del tobogán. Brian estuvo seguro de que se caería, pero Bethany percibió el peligro y logró rodar hacia el centro. Bajó disparada la pendiente sobre el costado derecho, una mano sobre la cabeza, la blusa arrugada casi hasta la nuca. Nick la agarró y ella se puso de pie.

-Oh, caramba -dijo sin aliento-. Es como volver a ser niña.

-¿Está bien? -preguntó Nick.

-Sí, creo que se me mojaron un poco las pantaletas pero estoy bien.

Nick le sonrió y se dio vuelta hacia el tobogán. Albert miró a Brian con expresión de disculpa y le extendió el estuche del violín.

-¿Le importaría sostenérmelo? Temo que se rompa si me caigo del tobogán. Mis padres me matarían. Es un Gretch.

Brian lo tomó. Su rostro se veía calmado y serio, pero sonreía en el interior.

-¿Podría verlo? Hace como mil años acostumbraba tocar uno de éstos.

-Claro -dijo Albert.

El interés de Brian tuvo un efecto tranquilizante en el chico... lo cual había sido exactamente su intención. Soltó las tres cerraduras y abrió el estuche. El violín era en efecto un Gretch, y no de una categoría inferior en esa prestigiosa línea. Brian especuló que se podía comprar un automóvil compacto por la cantidad de dinero que había costado.

-Maravilloso -comentó, y punteó cuatro notas rápidas a lo largo del mástil: Mi perro tiene pulgas. El sonido fue dulce y melodioso. Brian cerró y aseguró el estuche-. Te lo cuidaré. Lo prometo.

Librodot

-Gracias -Albert se detuvo en la puerta, inhaló profundamente y exhaló de nuevo-. Gerónimo -dijo con voz tenue y débil, y saltó. Al hacerlo, colocó las manos bajo las axilas... la protección de sus manos en cualquier situación donde hubiese posibilidad de daño físico estaba tan arraigada en él que se había convertido en un reflejo. Saltó sentado al tobogán y se deslizó suavemente hasta el pie.

-Bien hecho -dijo Nick.

-No fue nada -respondió Ace Kaussner, con acento lento y pesado, se puso de pie y, en eso, por poco se tropieza con sus propios pies.

- ¡Albert! -le gritó Brian-. ¡Cáchalo! -se inclinó, colocó el estuche del violín en el centro del tobogán y lo dejó ir. Albert lo atrapó con facilidad a poco más de un metro del extremo, se lo puso bajo el brazo y se apartó hacia atrás.

Jenkins cerró los ojos cuando saltó y resbaló oblicuo sobre una nalga descarnada. Nick se movió con agilidad al lado izquierdo del tobogán y detuvo al escritor justo antes de que cayera, salvándolo de una desagradable voltereta en el concreto.

-Gracias, joven.

-No hay por qué, compañero.

Siguió Gaffney; después el hombre calvo. En seguida, Laurel y Dinah estaban de pie en la escotilla.

Estoy asustada -dijo Dinah con voz delgada e indecisa.

-No te pasará nada, cariño -afirmó Brian-. Ni siquiera tienes que saltar -colocó sus manos sobre los hombros de Dinah y le dio vuelta de modo que quedara frente a él, con la espalda hacia el tobogán-. Dame las manos y yo te bajaré al tobogán.

Pero Dinah puso las manos en la espalda.

-Tú no. Quiero que lo haga Laurel.

Brian miró a la mujer joven con el cabello oscuro.

-¡Querría hacerlo?

-Sí -respondió-. Si me dice lo que tengo que hacer.

-Dinah ya lo sabe. Bájela al tobogán por las manos. Cuando esté acostada sobre el estómago con los pies apuntando hacia el piso, podrá resbalar hasta abajo.

Las manos de Dinah estaban frías en las de Laurel.

Estoy asustada -repitió.

-Nena, es igual que resbalarte por un tobogán en un jardín de juegos -dijo Brian-. El hombre del acento inglés está esperando al pie para detenerte. Tiene las manos en alto, como un receptor en un juego de béisbol

-un poco tarde, reflexionó que Dinah no sabía cómo era eso.

Dinah lo encaró como si la conducta de Brian fuese bastante tonta.

-No es eso lo que me asusta. Me asusta el lugar. Huele raro.

Laurel, quien no detectaba olor alguno, excepto su propio sudor nervioso, miró impotente a Brian.

-Cariño -persistió Brian, colocándose sobre una rodilla frente a la niña ciega-, tenemos que salir del avión. ¿Lo entiendes, verdad?

Los lentes de las gafas oscuras se volvieron hacia él. -¿Por qué? ¿Por qué tenemos que salir del avión? Aquí no hay nadie.

Brian y Laurel intercambiaron una mirada.

-Bueno -dijo Brian-, no lo sabremos con certeza hasta que lo verifiquemos, ¿no te parece?

-Yo ya lo sé -insistió Dinah-. No hay nada que oler ni nada que oír. Pero... pero...

-¿Pero qué, Dinah? -preguntó Laurel.

Dinah titubeó. Quería que entendieran que la forma en que debía salir del avión no era lo que le molestaba realmente. Ya antes había resbalado por toboganes y confiaba en Laurel. Laurel no le soltaría las manos si era peligroso. Algo estaba mal aquí, mal, y eso era a lo que le tenía miedo -a lo que era maligno-. No era el silencio, no era la ausencia de personas. Tal

vez se relacionara con eso, pero había algo más.

Algo malo.

Pero los adultos nunca les creían a los niños, especialmente a los niños ciegos, y menos aún a las niñas ciegas. Quería decirles que no podían quedarse aquí, que no era seguro quedarse aquí, que debían poner en marcha el avión e irse de aquí. ¿Pero qué dirían? ¿Está bien, claro, Dinah tiene razón, regrese todo el mundo al avión? De ningún modo.

Ya lo verán. Verán que está vacío y entonces regresaremos al avión e iremos a otro sitio. A otro sitio donde no se sienta algo maligno. Todavía hay tiempo.

Creo.

-No importa -le dijo a Laurel. Su tono era bajo y resignado-. Bájame.

Laurel la colocó con cuidado en el tobogán. Un momento más tarde, Dinah la miraba directamente -sólo que no me está mirando, pensó Laurel, no puede ver en realidad- con los pies desnudos extendidos en el tobogán naranja.

-¿Todo bien, Dinah? -preguntó Laurel.

-No -negó Dinah-. Nada está bien aquí -y antes de que Laurel pudiese soltarla, Dinah liberó sus manos de las de Laurel y se dejó ir. Resbaló hasta la base y Nick la recibió.

La siguiente fue Laurel, quien saltó con habilidad al tobogán mientras se sujetaba pudorosamente la falda al deslizarse hasta el extremo. Sólo faltaban Brian, el ebrio que dormía en la parte posterior del avión y ese animal amante de la diversión de rasgar papeles, el señor Suéter Cerrado.

No tendré problemas con él, había dicho Brian, porque me tiene sin cuidado lo que haga. Ahora descubría que no era cierto del todo. Ese hombre no estaba en sus cabales. Brian sospechaba que incluso la niña lo sabía, y la niña era ciega. ¿Qué sucedería si lo dejaban atrás y el sujeto decidía dedicarse a la destrucción? ¿Y si en el curso de esa destrucción decidía hacer trizas la cabina de control?

¿Y qué? No vas a ir a ninguna parte. Los tanques están casi vacíos.

Aun así, no le gustaba la idea, y no sólo porque el 767 fuese una pieza de equipo de varios millones de dólares. Tal vez sentía un eco vago de lo que había visto en el rostro de Dinah cuando miró hacia arriba desde el tobogán. La situación parecía estar mal aquí, peor de lo que se veía... y eso era atemorizante, porque no sabía cómo podría ser peor. Sin embargo, el avión estaba en buenas condiciones. Aun con los tanques de combustible casi vacíos, era un mundo que conocía y entendía.

-Su turno, amigo -dijo con toda la gentileza que pudo.

-Sabe que lo voy a reportar por esto, ¿verdad? -preguntó Craig Toomy con una voz extrañamente amable-. ¿Sabe que planeo demandar a la línea aérea por treinta millones y que me propongo nombrarlo como primer acusado?

-Está en su derecho, señor...

-Toomy. Craig Toomy.

-Señor Toomy -aceptó Brian. Titubeó-. ¿Señor" Toomy, está consciente de lo que nos ha sucedido?

Craig miró hacia afuera desde la puerta durante un momento... vio el pavimento desierto y las amplias ventanas de la terminal, ligeramente polarizadas, en el segundo nivel, donde no había amigos y parientes felices que esperaran abrazar a los pasajeros que llegaban, donde no había viajeros impacientes que aguardaran la llamada de su vuelo.

Desde luego que lo sabía. Eran los langoliers. Los langoliers habían venido a llevarse a todas las personas tontas y perezosas, como siempre había dicho su padre que lo harían.

Con la misma voz amable, Craig dijo:

-En el Departamento de Bonos de Desert Sun Banking Corporation se me conoce como el Incansable. ¿Sabía eso? -hizo una pausa, aparentemente en espera de que Brian le diese una respuesta. Craig continuó, al ver que no era así-. Desde luego que no lo sabía. Como tampoco sabe lo importante que es la junta en el Prudential Center de Boston. Ni le interesa. Pero déjeme decirle algo, capitán: el destino económico de varias naciones dependerá de los

Librodot

resultados de esa junta... esa junta de la cual estaré ausente cuando se pase lista.

-Señor Toomy, todo eso es muy interesante, pero ahora no tengo tiempo...

¡Tiempo! -vociferó de repente Craig-. ¿Qué diablos sabe usted del tiempo? ¡Pregúnteme a mí! ¡Yo sé lo que es el tiempo! ¡Conozco todo acerca del tiempo! ¡El tiempo es breve, señor! ¡El jodido tiempo es muy corto!

Al diablo con él, voy a empujar a este demente hijo de puta, pensó Brian, pero antes de que pudiera hacerlo,

Craig Toomy se dio vuelta y saltó. Lo hizo en una perfecta posición sentado, sosteniendo el portafolios contra el pecho, y Brian, en alguna asociación disparatada, recordó un viejo anuncio de Hertz en la Tv, en el cual O. J. Simpson volaba de un aeropuerto a otro con traje y corbata.

-¡El tiempo es endemoniadamente corto! -gritó Craig mientras descendía, el portafolios contra el pecho como un escudo, los pantalones levantados para revelar los calcetines altos de nailon negro, propios para el éxito.

Brian murmuró:

-Jesús, jodido bicho raro -se detuvo en la cabecera del tobogán, miró una vez más el confortante mundo conocido de su avión... y saltó.

8

Diez personas permanecían en dos pequeños grupos bajo la gigantesca ala del 767 con el águila roja y azul en la nariz. En un grupo estaban Brian, Nick, el hombre calvo, Bethany Simms, Albert Kaussner, Robert Jenkins, Dinah, Laurel y Don Gaffney. Ligeramente aparte, Craig Toomy, también conocido como el Incansable, formaba su propio grupo. Craig se inclinó y sacudió las arrugas de sus pantalones con concentración quisquillosa, usando la mano izquierda. La derecha sujetaba con tesón el asa de su portafolios. Después se irguió y se limitó a mirar a su alrededor con ojos muy abiertos y desinteresados.

-¿Ahora qué, capitán? -preguntó Nick con energía.

-Usted dígame. Díganos.

Nick lo miró durante un momento, una ceja ligeramente levantada, como si preguntara a Brian si lo decía en serio. Brian inclinó la cabeza menos de dos centímetros. Fue suficiente.

Bien, estimo que entrar a la terminal sería un buen inicio- dijo Nick-. ¿Cuál será la forma más rápida para llegar ahí? ¿Alguna idea?

Brian señaló con la cabeza una línea de trenes de equipaje estacionados bajo el alero de la terminal principal

-Creo que, a falta de un gusano, un transportador de equipaje sería la forma más rápida.

-De acuerdo, emprendamos la caminata, damas y caballeros.

Fue una caminata corta, pero Laurel, quien caminaba de la mano de Dinah, pensó que era la más extraña que había dado en su vida. Podía verlos a todos como si estuviese en un plano superior, menos de una docena de puntos que rodaban lentamente a través de una extensa planicie de concreto. No había brisa. No cantaban los pájaros. Ningún motor aceleraba en la distancia y ninguna voz humana rompía el anormal silencio. Incluso sus pisadas le parecían raras. Llevaba un par de zapatos con tacones altos, pero en vez del enérgico chasquido a que estaba acostumbrada, tenía la impresión de que sólo escuchaba un pequeño ruido sordo y apagado.

Parecía, pensó. Ésa es la palabra clave. Debido a que la situación es tan extraña, todo empieza a parecer extraño. Es el concreto, eso es todo. Los tacones altos suenan diferente en el concreto.

Pero en ocasiones anteriores había caminado con tacones altos sobre concreto. No recordaba haber escuchado nunca un sonido como éste. Era... débil, en cierta forma. Sin fuerza.

Llegaron a los trenes de equipaje estacionados. Nick se abrió paso entre ellos, encabezando la fila y se detuvo ante un transportador parado que emergía de un agujero forrado con tiras colgantes de hule. El transportador formaba un amplio círculo en la banda sinfín donde normalmente se colocaban los maleteros para descargar la plataforma y después volvía a entrar a la terminal a través de otro agujero con tiras de hule colgantes.

-¿Para qué son esas piezas de hule? -preguntó Bethany, nerviosa.

-Me imagino que para detener la corriente en tiempo de frío -dijo Nick-. Voy a meter la cabeza para dar un vistazo. No hay cuidado; sólo será un momento -y antes de que alguien le respondiera, se había subido al transportador y caminaba inclinado hacia uno de los agujeros en el edificio. Cuando llegó, se puso de rodillas y metió la cabeza en medio de las tiras de hule.

Vamos a oír un silbido y después un golpe sordo, pensó Albert, sin ninguna reflexión, y cuando se eche para atrás, ya no tendrá la cabeza.

No hubo silbido ni golpe seco. Cuando Nick se retiró del agujero, la cabeza seguía firmemente adherida al cuello y su rostro tenía una expresión pensativa.

-No hay peligro -dijo, y Albert consideró que el tono jovial sonaba artificial-. Pasen amigos. Cuando un cadáver se encuentra con un cadáver y todo eso.

Bethany se quedó inmóvil.

¿Hay cadáveres? ¿Señor, hay personas muertas ahí dentro?

-No vi ninguna, señorita -dijo Nick, y ahora había renunciado a cualquier pretensión de ligereza-. Estaba citando mal al viejo Bobby Bums en un intento por ser gracioso. Temo que logré ser de mal gusto en vez de humorista. El hecho es que no vi a nadie absolutamente. Pero eso es más o menos lo que esperábamos, ¿no es cierto?

Lo era... pero aun así, fue descorazonador para todos. También para Nick, a juzgar por su tono.

Uno tras otro subieron al transportador y lo siguieron agachados a través de las tiras de hule colgantes.

Dinah se detuvo justo ante el agujero de entrada y volvió la cabeza hacia Laurel.

-Realmente hay algo maligno aquí -repitió y siguió hasta el otro lado.

9

Uno a uno emergieron en la terminal principal del aeropuerto internacional de Bangor, equipajes exóticos que gateaban a lo largo de una banda sinfín parada. Albert ayudó a bajar a Dinah, y ahí se detuvieron todos, mirando a su alrededor en atónito silencio.

Se había desvanecido el asombro conmocionado de despertar en un avión del cual habían desaparecido mágicamente los pasajeros; ahora la confusión ocupaba el lugar del asombro. Ninguno de ellos había estado nunca en una terminal de aeropuerto que estuviese absolutamente vacía. Las casetas para renta de autos estaban desiertas. Las pantallas de LLEGADAS/SALIDAS estaban oscuras y muertas. No había nadie en la serie de mostradores asignados a Delta, United, Northwest Air-Link o Mid-Coast Airways. El enorme tanque en el centro del piso con la pancarta de COMPRE LANGOSTAS DE MAINE, extendida sobre él, estaba lleno de agua, pero no había langostas. Las luces fluorescentes superiores estaban apagadas, y los pequeños rayos de luz que penetraban por las puertas del enorme salón terminaban a la mitad del piso, dejando al pequeño grupo del vuelo 29 apretados unos contra otros en un desagradable nido de sombras.

-Bueno -dijo Nick, quien trataba de sonar enérgico

y sólo lograba un tono de intranquilidad-. ¿Qué les parece si probamos los teléfonos?

Mientras él se dirigía a la hilera de teléfonos, Albert se acercó al mostrador de Budget Rent a Car. En los casilleros de la pared del fondo vio carpetas para BRIGGS,

HANDLEFORD, MARCHANT, FENWICK y PESTLEMAN. Sin duda, dentro de cada una había un contrato de renta, junto con un mapa del área central de Maine, y en cada mapa habría una flecha con la leyenda USTED ESTÁ AQUÍ, señalando la ciudad de Bangor.

¿Pero dónde estamos en realidad?, se preguntó Albert. ¿Y dónde están Briggs, Handleford, Marchant, Fenwick y Pestleman? ¿Han sido transportados a otra dimensión? Tal vez es la Muerte Agradecida. Tal vez la Muerte está jugando en alguna parte del sur del estado y todo el mundo se fue al espectáculo.

Se dio un sonido seco y raspante justo a sus espaldas. Albert dio un salto y giró rápidamente, sosteniendo el estuche del violín como una porra. Bethany estaba parada cerca de él, y en ese instante llevaba una cerilla a la punta de su cigarrillo. Levantó las cejas.

-¿Te asusté?

-Un poco -dijo Albert, al tiempo que bajaba el estuche y le ofrecía una pequeña sonrisa desconcertada.

-Lo siento -Bethany apagó la cerilla, la dejó caer al piso y aspiró profundamente el cigarrillo-. Vaya, esto ya es un consuelo. No me atreví a encenderlo en al avión. Temía que pudiera estallar algo.

Bob Jenkins se acercó a ellos.

-Yo dejé de fumar hace diez años.

-Sin sermones, por favor -dijo Bethany-. Creo que si salimos de esto vivos y cuerdos, estoy lista para un mes de sermones. Sólidos. Completos.

Jenkins levantó las cejas, pero no pidió una explicación.

-En realidad -manifestó-, le iba a preguntar si podía darme uno. Me parece una excelente oportunidad para renovar las relaciones con los viejos hábitos.

Bethany sonrió y le ofreció un Marlboro. Jenkins lo tomó y ella se lo encendió. Inhaló, y después tosió una ráfaga de señales de humo.

-Sí que ha estado lejos -observó Bethany, impasible. Jenkins coincidió.

-Pero muy pronto me acostumbraré de nuevo. Me temo que ése es el verdadero horror del hábito. ¿Se han fijado en el reloj?

-No -dijo Albert.

Jenkins señaló a la pared encima de las puertas de los sanitarios de hombres y mujeres. El reloj instalado ahí se había detenido en las 4:07 horas.

-Encaja -afirmó-. Sabemos que llevábamos un buen rato en el aire cuando..: llamémoslo El Evento, ante la carencia de un término mejor... cuando ocurrió El Evento. Las 4:07 del tiempo del Este, es la 1:07 a.m., tiempo del Pacífico. Por lo tanto, ahora sabemos cuándo sucedió.

-Vaya, eso es estupendo -dijo Bethany.

-Sí -dijo Jenkins, ya sea sin darse cuenta o porque prefirió ignorar el ligero tono de sarcasmo en la voz de la chica-. Pero hay algo raro en esto. Quisiera que hubiera sol. Entonces podría estar seguro.

- ¿Qué quiere decir? -preguntó Albert.

- Los relojes, los eléctricos, por lo menos, no funcionan. No hay corriente. Pero si saliera el sol podría tener una idea aproximada de la hora que es, por el largo y la dirección de nuestras sombras. Mi reloj dice que faltan quince minutos para las nueve, pero no me fío de él. Siento que es más tarde. No tengo prueba de que lo sea ni lo puedo explicar, pero así es.

Albert reflexionó sobre esto. Miró a su alrededor y después a Jenkins.

-¿Sabe algo? -dijo-, es verdad. Se siente como si fuese hora del almuerzo. ¿No es descabellado?

-No es descabellado -replicó Bethany-, es el desfase del jet.

-No estoy de acuerdo -señaló Jenkins-. Viajamos de oeste a este, jovencita. Cualquier desfase temporal que sienten los viajeros de oeste-este es el contrario. Sienten que es más temprano de lo que es.

-Quiero preguntarle acerca de algo que mencionó en el avión -dijo Albert-. Cuando .el

capitán comentó que debía haber otras personas aquí, usted dijo "lógica equivocada". De hecho, lo dijo dos veces. Pero a mí me parece sensato. Todos estábamos dormidos, y aquí estamos. Y si esta cosa pasó a las... -Albert miró hacia el reloj- ...a las 4:07, hora de Bangor, casi toda la población debe haber estado dormida.

-En efecto -convino Jenkins suavemente-. ¿Pero dónde están?

Albert estaba perplejo.

-Bueno...

Se oyó un pequeño chasquido cuando Nick colgó de golpe uno de los teléfonos públicos. Era el último de una larga fila; ya había probado todos:

- Fracaso total -dijo-. Todos están muertos. Tanto los de monedas como los conexión directa. A la ausencia de perros que ladren, le puede agregar la ausencia de teléfonos que funcionen, Brian.

-¿Qué hacemos ahora, entonces? -preguntó Laurel. Escuchó el tono desamparado de su propia voz y la hizo sentirse muy pequeña, muy perdida. Junto a ella, Dinah daba vueltas en círculos reducidos. Parecía un platillo de radar humano.

-Vayamos arriba -propuso Calvo-. Ahí debe estar el restaurante.

Todos lo miraron. Gaffney bufó.

-Caramba, sí que tiene ideas fijas, oiga usted.

El hombre calvo lo miró por debajo de una ceja levantada.

-Primero, me llamo Rudy Warwick, no oiga usted -replicó-. Segundo, las personas piensan mejor con el estómago lleno -se encogió de hombros-. Es una ley de la naturaleza.

-Creo que el señor Warwick tiene razón -dijo Jenkins-. A todos nos convendría comer algo... y si subimos podríamos encontrar otras pistas que señalen lo que ha sucedido. De hecho, creo que debemos hacerlo.

Nick se encogió de hombros. De repente se le vio cansado y confundido.

¿Por qué no? -dijo-. Me estoy empezando a sentir como un maldito Robinson Sangriento Crusoe.

Se dirigieron hacia la escalera eléctrica, la cual también estaba muerta, en un pequeño grupo desordenado. Albert, Bethany y Bob Jenkins caminaban juntos, en la parte posterior.

-¿Usted sabe algo, no es así? -preguntó Albert abruptamente-. ¿Qué es?

-Es posible que sepa algo -lo corrigió Jenkins-. También es posible que no. Por el momento, guardaré silencio... excepto por una sugerencia.

-¿Cuál?

-No es para ti, sino para la jovencita -se volvió hacia Bethany-. Ahorre cerillos. Esa es mi sugerencia.

-¿Qué? -Bethany lo miró con el ceño fruncido.

-Ya me oyó.

-Sí, creo que sí, pero no entiendo qué es lo que quiere decir. Es probable que allá arriba haya un puesto de diarios, señor Jenkins. Habrá cientos de cerillas. También cigarrillos y encendedores desechables.

-De acuerdo -dijo Jenkins-. Aun así le aconsejo que ahorre las cerillas.

Otra vez está representando a Philo Christie o quienquiera que sea, pensó Albert.

Estaba a punto de mencionar esto y pedirle a Jenkins que hiciera el favor de recordar que ésta no era una de sus novelas, cuando Brian Engle se detuvo tan de repente al pie de las escaleras que Laurel tuvo que tirar con fuerza de la mano de Dinah para impedir que la niña ciega se tropezara con él.

-Fíjese en lo que hace -le pidió Laurel-. En caso de que no lo haya notado, la niña no puede ver.

Brian la ignoró. Estaba revisando el pequeño grupo de refugiados.

-¿Dónde está el señor Toomy?

-¿Quién? -inquirió el hombre calvo, Warwick. -El sujeto que tenía la cita urgente en Boston.

Librodot

-¿A quién le importa? -preguntó Gaffney-. De buena nos libramos.

Pero Brian estaba intranquilo. No le gustaba la idea de que Toomy se hubiese alejado y marchado por su cuenta. No sabía por qué, pero la idea no le gustaba lo más mínimo. Miró a Nick. Nick encogió los hombros y sacudió la cabeza.

-No lo vi irse, compañero. Estaba tonteando con los teléfonos. Lo siento.

-¡Toomy! -gritó Brian-. ¡Craig Toomy! ¿Dónde está?

No hubo respuesta. Sólo ese extraño silencio opresivo. Y Laurel observó algo más, algo que le provocó un frío interior. Brian había ahuecado las manos junto a la boca y había gritado hacia la parte alta de la escalera. En un lugar con un techo tan elevado como éste, debería haber, por lo menos, algún eco.

Pero no hubo ninguno. Ningún eco en absoluto.

10

En tanto los demás estaban ocupados abajo -los dos adolescentes y el vejancón de pie junto a uno de los mostradores de renta de autos, los otros observando al gorila británico mientras probaba los teléfonos- Craig Toomy, silencioso como un ratón, se había deslizado por la escalera parada. Sabía exactamente a dónde quería ir; sabia exactamente qué buscaría en cuanto llegara.

Caminó con enérgicas zancadas a lo largo de la sala de espera con el portafolios oscilando junto a la rodilla derecha, ignorando tanto las sillas desocupadas como el bar vacío, llamado El Barón Rojo. En el extremo opuesto del salón había un letrero que colgaba sobre la entrada a un amplio y oscuro corredor. Decía:

ENTRADA 5 LLEGADAS INTERNACIONALES
TIENDAS LIBRES DE IMPUESTOS
ADUANA DE E.U.
SEGURIDAD DEL AEROPUERTO

Casi había llegado al inicio del corredor cuando miró hacia una de las amplias ventanas y vio de nuevo el pavimento... e interrumpió el vigoroso ritmo. Se acercó lentamente al cristal y miró hacia afuera.

No había nada que ver, excepto el concreto vacío y el inmóvil cielo blanco; no obstante, sus ojos empezaron a abrirse desorbitados y sintió que el temor comenzaba a invadirle el corazón.

Ya vienen, le dijo de pronto una voz muerta. Era la voz de su padre y hablaba desde un pequeño mausoleo fantasmal oculto en un sombrío rincón del corazón de Craig Toomy.

-No -susurró, y la palabra tejió una pequeña flor de neblina en la ventana frente a sus labios-. No viene nadie.

-Has sido malo. Peor, has sido perezoso.

- ¡No!

- Sí. Tenías una cita y faltaste a ella. Huiste. Huiste a Bangor, Maine, entre todos los lugares tontos.

-No fue mi culpa -murmuró. Apretaba el asa del portafolios con una fuerza casi dolorosa-. Se me llevó contra mi voluntad. ¡Me... me secuestraron!

No hubo respuesta de la voz interior. Sólo oleadas de desaprobación. Y una vez más Craig intuyó la presión bajo la que estaba, la terrible presión interminable, el peso de la profundidad. No era necesario que la voz interior le dijera que no había excusas; Craig lo

sabía. Lo sabía desde hacía mucho tiempo.

ELLOS estuvieron aquí... y volverán. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sabía. Los langoliers regresarían. Regresarían por él. Los podía sentir. Nunca los había visto, pero sabía lo horribles que eran. ¿Y sólo él poseía este conocimiento? Pensaba que no.

Pensaba que era probable que la niña ciega también supiera algo acerca de los langoliers.

Pero eso no importaba. Lo primordial era llegar a Boston -llegar a Boston antes de que los langoliers salieran de su terrible guarida de perdición y se presentaran en Bangor para comérselo vivo, mientras daba de gritos. Tenía que llegar a la junta en el Pru, tenía que hacerles saber lo que había hecho, y entonces quedaría...

Libre.

Sería libre.

Craig se retiró de la ventana, lejos del vacío y la quietud, y entró al corredor debajo del letrero. Pasó por delante de las tiendas desiertas sin darles ni un vistazo. Después llegó a la puerta que buscaba. Tenía fija una pequeña placa rectangular, justo encima de una mirilla de ojo de buey. SEGURIDAD DEL AEROPUERTO, decía.

Tenía que entrar ahí. En una forma u otra, tenía que entrar ahí.

Toda esta... esta locura.. no tiene que pertenecerme. No tengo por qué soportarla. Ya no más.

Craig extendió la mano y tocó la perilla de la oficina de seguridad del aeropuerto. La mirada vacía en sus ojos había sido sustituida por una expresión de clara determinación.

He estado bajo tensión durante mucho tiempo, mucho tiempo. ¿Desde que tenía siete años? No... creo que empezó antes. El hecho es que he estado bajo estrés hasta donde me alcanza la memoria. El último embate de locura no es más que una variación. Probablemente sea lo que dijo el hombre de la chaqueta sport raída: una prueba. Un experimento que está llevando a cabo alguna agencia secreta del gobierno o una potencia extranjera siniestra. Pero yo no estoy dispuesto a participar en más pruebas. No me importa si quien está a cargo es mi padre o mi madre o el rector de la Escuela de Graduadosen Administración o el consejo de directores de la Desert Sun Banking Corporation. Mi niego a participar. Elijo el escape. Elijo llegar a Boston y terminar lo que me proponía cuando propuse la compra de bonos argentinos en primer lugar. Si no...

Pero sabía lo que sucedería si no lo hacía.

Perdería la razón.

Craig probó la perilla. No se movió bajo su mano, pero al darle un pequeño empujón frustrado se abrió la puerta. O no habían asegurado la cerradura o se había abierto cuando se interrumpió la electricidad y dejaron de funcionar los sistemas de seguridad. A Craig no le interesaban las alternativas. Lo importante era que no tendría necesidad de ensuciarse la ropa tratando de arrastrarse por un dueto de aire acondicionado o algo así. Aún tenía todo la intención de presentarse a la junta antes de que terminara el día y, cuando llegara, no quería que su ropa se viese embadurnada con polvo y grasa. ,Una de las verdades más simples e irrefutables de la vida era ésta: los individuos con trajes sucios no eran dignos de credibilidad.

Empujó la puerta y entró.11

Brian y Nick llegaron primero a lo alto de la escalera y los otros se reunieron alrededor de ellos. Era la sala de espera central del aeropuerto internacional de Bangor, un gran cuadrado con sillas de plástico de línea curva (algunas con televisiones operadas con monedas atornilladas a los brazos) y dominado por una pared de ventanas polarizadas de piso a techo. A su izquierda inmediata, estaba el puesto de periódicos del aeropuerto y el punto de control que atendía la Puerta 1; a su derecha, y a todo lo largo del salón, estaba el bar El Barón Rojo y el restaurante La Nube Nueve. Más allá del restaurante estaban el corredor que conducía a la oficina de seguridad del aeropuerto y el anexo de llegadas internacionales.

Librodot

-Vengan... -empezó Nick, y Dinah dijo: "Esperen".

Su voz era intensa y apremiante y todos se volvieron hacia ella con curiosidad.

Dinah soltó la mano de Laurel y levantó las suyas. Colocó los pulgares detrás de las orejas y extendió los dedos como abanicos. Ahí permaneció sin más, quieta como un poste, en esa singular y un tanto extraña postura de escucha.

-¿Qué...? -empezó Brian, y Dinah interrumpió: "¡Sshh! ", en un sibilante abrupto e irrefutable.

Giró ligeramente a la izquierda, se detuvo, después giró en la otra dirección hasta que cayó sobre ella la luz blanca que entraba por las ventanas, convirtiendo su ya pálido rostro en algo que era fantasmal y misterioso. Se quitó las gafas oscuras. Bajo éstas, los ojos eran grandes, castaños y no del todo vacíos.

-Ahí -dijo en voz baja, soñadora, y Laurel sintió que el terror empezaba a tocarle al corazón con dedos helados. No era la única. Bethany se apretaba junto a ella en un lado. y Don Gaffney se acercó por el otro-. Ahí... puedo sentir la luz. Dicen que eso es lo que indica que podré ver de nuevo. Siempre puedo sentir la luz. Es como un calor dentro de mi cabeza.

-¿Dinah, qué...? -empezó Brian.

Nick le dio un codazo. El rostro del inglés se veía largo y demacrado, la frente llena de arrugas.

-Guarde silencio, compañero.

-La luz está... aquí.

Caminó lentamente, apartándose de los demás, las manos todavía en abanico junto a las orejas, los codos extendidos hacia adelante para encontrar cualquier objeto que pudiese estorbarle el paso. Avanzó hasta que estuvo a menos de sesenta centímetros de la ventana. Luego extendió despacio las manos hasta que los dedos tocaron el cristal. Al destacarse contra el cielo blanco, parecían pequeñas estrellas negras de mar. Dejó escapar un murmullo triste.

-El cristal también está mal -dijo con esa voz soñadora.

-Dinah... -empezó Laurel.

-Sshh... -susurró sin darse vuelta. Permaneció junto a la ventana como una niña de pocos años que espera que regrese su padre a casa del trabajo-. Oigo algo.

Estas palabras susurradas provocaron un terror mudo, irreflexivo, en la mente de Albert Kaussner. Sintió presión en los hombros, y al mirar hacia abajo vio que había cruzado los brazos sobre el pecho y se apretaba con fuerza.

Brian escuchaba con toda su concentración. Oyó su propia respiración, y la respiración de los demás... pero eso era todo lo que oía. Es su imaginación, pensó. Eso es todo.

Pero tenía ciertas dudas.

-¿Qué? -preguntó Laurel, apremiante-. ¿Qué es lo que oyes, Dinah?

-No lo sé -dijo la niña, aún de frente a la ventana-. Es muy tenue. Creí haberlo escuchado cuando bajamos del avión y decidí que era mi imaginación. Ahora lo puedo oír mejor. Lo puedo oír a través del cristal, incluso. Suena... un poco como el arroz tostado cuando lo viertes en la leche.

Brian se volvió hacia Nick y habló en voz baja.

-¿Oye algo?

-Ni una maldita cosa -negó Nick, con el mismo tono que Brian-. Pero ella es ciega. Está acostumbrada a utilizar su oído más que nosotros.

-Creo que es histeria -dijo Brian. Ahora murmuraba, sus labios casi tocaban la oreja de Nick.

Dinah se dio vuelta.

-"¿Oye algo?" -los imitó-. "Ni una maldita cosa. Pero ella es ciega. Está acostumbrada a utilizar su oído más que nosotros" -hizo una pausa y después añadió-: "Creo que es histeria."

-Dinah, ¿de qué estás hablando? -preguntó Laurel, perpleja y aterrorizada. Ella no había escuchado la conversación en murmullos entre Brian y Nick, aunque había estado mucho más cerca de ellos que Dinah.

Librodot

-Pregúntales -dijo Dinah. La voz le temblaba-. ¡No estoy loca! ¡Soy ciega, pero no estoy loca!

-Está bien -convino Brian, desconcertado-. Está bien, Dinah -y le explicó a Laurel-. Estaba hablando con Nick. Ella nos oyó. Nos oyó, desde la ventana.

-Tienes un gran oído, cariño -comentó Bethany.

-Oigo lo que oigo -dijo Dinah-. Y oigo algo ahí afuera. En esa dirección -apuntó hacia el este. Sus ojos ciegos los recorrieron a todos-. Y es maligno. Es un sonido horrible, un sonido atemorizante.

Don Gaffney intervino, titubeante:

-Si supieras lo que es, pequeña, eso tal vez nos ayudaría.

-No lo sé -respondió Dinah-. Pero sé que está más cerca que antes -se colocó de nuevo las gafas oscuras con una mano temblorosa-. Tenemos que irnos de aquí. Y debemos irnos pronto. Algo viene hacia acá. La cosa maligna que hace el sonido del cereal.

-Dinah -dijo Brian-, el avión en que llegamos casi no tiene combustible.

-¡Entonces tienes que llenarlo! -gritó Dinah con voz estridente-. Viene hacia acá, ¿entiendes? ¡Viene hacia acá, y si no nos hemos ido cuando llegue vamos a morir! ¡Todos vamos a morir!

La voz se le quebró y empezó a sollozar. No era una sibila o una médium, sino una pequeña niña obligada a vivir su terror en una oscuridad casi completa. Se tambaleó hacia los demás, el autodominio desaparecido. Laurel la agarró antes de que se tropezara con una de las cuerdas guía que señalaban el camino al punto de control de seguridad y la abrazó estrechamente. Trató de calmar a la niña, pero esas últimas palabras hacían eco y resonaban en la mente confusa y angustiada de Laurel. Si no nos hemos ido cuando llegue, vamos a morir.

Todos vamos a morir.

12

Craig escuchó que la mocosa daba alaridos en alguna parte y la ignoró. Había encontrado lo que buscaba en el tercer casillero que abrió, el que estaba marcado con el nombre MARKEY con cinta Dimo en el frente. En el estante superior estaba el almuerzo del señor Markey -una hogaza de pan rellena con una variedad de cosas, asomándose desde una bolsa de papel de estraza. Los zapatos de calle del señor Markey estaban cuidadosamante colocados lado a lado en la repisa inferior. Entre ambos, colgando del mismo gancho, estaba una camisa blanca y el cinturón de una pistola. De la funda sobresalía la culata del revólver reglamentario del señor Markey.

Craig soltó la correa de seguridad y sacó la pistola. No sabía gran cosa acerca de armas -para él, ésta podía ser una .32, una .38 o incluso una .45- pero no era tonto, y después de unos momentos de manejarla con torpeza, pudo hacer que rodara el cilindro. Las seis recámaras estaban cargadas. Regresó el cilindro a su lugar, asintiendo con la cabeza cuando escuchó que se ajustaba, y después inspeccionó el área del percusor. y ambos lados de la empuñadura. Buscaba un seguro, pero parecía que no tenía. Puso el dedo en el gatillo y apretó hasta que vio que se movían ligeramente el percusor y el cilindro. Craig asintió, satisfecho.

Se dio vuelta y, sin advertencia, lo invadió la soledad

más intensa de su vida adulta. Parecía que aumentaba el peso de la pistola y se aflojó la mano que la sostenía. Ahora permaneció con los hombros hacia abajo, el portafolios colgando de la mano derecha, y de la izquierda, la pistola del guardia de seguridad. La expresión en su rostro era de miseria absoluta, abatida. Y de pronto volvió a su memoria algo en lo que no había pensado en años: Craig Toomy, de doce años, yacía en cama y se estremecía mientras le rodaban por el rostro lágrimas ardientes. En la otra habitación el estéreo estaba a todo

Librodot

volumen y su madre cantaba junto con Merrilee Rush con la voz desafinada y monótona de ebria: "Sólo llámame ángel de la mañana... nena... sólo tócame la mejilla... antes de irte, nena..."

Craig en la cama. Se estremecía. Lloraba. Sin hacer el menor ruido. Y pensaba: ¿Por qué no me puedes querer y me dejas en paz, mamá? ¿Por qué no puedes simplemente quererme y dejarme en paz?

-No quiero lastimar a nadie -murmuró Craig Toomy en medio de las lágrimas-. No quiero hacerlo, pero esto... esto es intolerable.

Al otro lado de la habitación había una serie de aparatos de Tv, todos apagados. Durante un momento, mientras los veía, trató de penetrar en él la verdad de lo que había sucedido, lo que aún estaba sucediendo. Durante un momento casi se introdujo a través de su complejo sistema de escudos neuróticos y en el refugio antiaéreo en el que había vivido su vida.

Todo el mundo ha desaparecido, Craiggy-wiggy. Todo el mundo ha desaparecido, excepto tú y las personas que viajaban en el avión.

-No -gimió, y se dejó caer en una de las sillas que estaban alrededor de la mesa de cocina con cubierta de formica en el centro de la habitación-. No, no es así. No es así. Rebato esa idea. La rebato totalmente.

Los langoliers estuvieron aquí y volverán, dijo su padre. Esto predominó sobre la voz de su madre, como había sido siempre. Más vale que te hayas ido cuando lleguen... o ya sabes lo que sucederá.

Por supuesto que lo sabía. Se lo comerían. Los langoliers se lo comerían.

-Pero no quiero lastimar a nadie -repitió con una voz cansada, angustiada. Sobre la mesa había una lista mimeografiada de los guardias. Craig soltó el portafolios ye dejó la pistola en la mesa junto a él. Después tomó la lista, la miró por unos instantes con ojos que no veían y empezó a rasgar una larga tira del lado izquierdo.

Riiip.

Al poco tiempo estaba hipnotizado, mientras una pila de tiras delgadas -¡tal vez las más delgadas que había rasgado! -empezaban a revolotear sobre la mesa. Pero ni siquiera entonces la voz fría de su padre desaparecía del todo:

O ya sabes lo que sucederá.

Cinco

Una carterita de cerillas. La aventura del sandwich de salami. Otro ejemplo del método deductivo. El Judío de Arizona toca el violín. El único sonido en la ciudad.

1

Robert Jenkins rompió finalmente el helado silencio que siguió a la advertencia de Dinah.

-Tenemos algunos problemas -dijo con voz seca de conferenciante-. Si Dinah escucha algo, y después de la extraordinaria demostración que nos acaba de dar, me inclino a creer en su aseveración, sería muy conveniente que supiéramos qué es. Lo ignoramos. Ése es un problema. Otro problema es la falta de combustible en el avión.

-Ahí afuera está un 727 -indicó Nick-, bien acomodado en la pista de rodaje. ¿Puede pilotear uno de esos, Brian?

-Sí -respondió Brian.

Nick extendió las manos en dirección a Bob y encogió los hombros, como si dijera Ahí tiene, ya salvamos un escollo.

-Bien, suponiendo que despegamos de nuevo, ¿adónde iríamos? -prosiguió Bob Jenkins-. Un tercer problema.

-Lejos -dijo Dinah de inmediato-. Lejos de ese sonido. Tenemos que alejarnos de ese sonido, y lo que lo produce.

-¿De cuánto tiempo crees que disponemos? -le

preguntó Bob con amabilidad-. ¿Cuánto tiempo antes de que nos alcance, Dinah? ¿Tienes una idea aproximada?

-No -respondió Dinah desde el círculo protector de los brazos de Laurel-. Creo que todavía está lejos. Creo que aún hay tiempo. Pero...

-Entonces sugiero que hagamos exactamente lo que proponía el señor Warwick -manifestó Bob-. Vayamos al restaurante, comamos un tentempié ye discutimos cuál será nuestro siguiente paso. El alimento tiene un efecto benéfico en lo que monsieur Poirot llama las pequeñas células grises.

-No deberíamos esperar -replicó Dinah impaciente.

-Quince minutos -dijo Bob-. No más de eso. E incluso a tu edad, Dinah, debes saber que a un acto fructuoso siempre lo precede un pensamiento fructuoso.

Albert comprendió de repente que debía existir alguna razón para que el escritor de novelas de misterio quisiese que fueran al restaurante. El funcionamiento de las pequeñas células grises del señor Jenkins era óptimo -al menos, él así lo creía- y después de su evaluación fantásticamente perspicaz de la situación a bordo del avión, Albert estaba dispuesto a darle cuando menos el beneficio de la duda. Nos quiere mostrar o probar algo, pensó.

-¿Crees que tengamos quince minutos? -inquirió zalamero.

-Bueno -dijo Dinah, con renuencia-. Me imagino que sí...

-Estupendo -exclamó Bob en el acto-. Está decidido -y emprendió la marcha hacia el restaurante, como si diese por descontado el hecho de que lo sesuirían los demás.

Brian y Nick se miraron entre sí.

-Vayamos con él -dijo Albert en voz baja-. Creo que conoce algún otro elemento.

-¿Qué clase de elemento? -preguntó Brian.

-No lo sé con seguridad, pero pienso que vale la pena averiguarlo.

Albert siguió a Bob; Bethany siguió a Albert; los demás se unieron detrás de ellos, Laurel conduciendo a Dinah de la mano. La niña estaba muy pálida.

2

El restaurante La Nube Nueve era en realidad una cafetería con un refrigerador lleno de bebidas y sándwiches en la parte de atrás, y un mostrador de acero inoxidable a todo lo largo, con una extensa mesa de vapor con compartimientos. Todos los compartimientos estaban vacíos, limpios y relucientes. En la parrilla no había una partícula de grasa. En las repisas posteriores, en esmeradas pirámides, estaban, apilados, los vasos -esos vasos toscos de cafetería con los lados ondeados, junto con una amplia colección de vajilla de cafetería aún más tosca.

Robert Jenkins estaba de pie junto a la caja registradora. Cuando Albert y Bethany se acercaron, dijo:

¿Podrías darme otro cigarrillo, Bethany?

-Vaya, en verdad que es usted pedigüeño -le contestó, pero su tono era afable. Sacó la cajetilla de Marlboro y la sacudió para que saliera uno. Jenkins lo tomó y le tocó la mano cuando se disponía a sacar la carterita de cerillas.

-Voy a usar una de éstas -a un lado de la registradora estaba un tazón lleno con cerillas de cartón que anunciaban la LaSalle Business School. Junto al tazón estaba un pequeño letrero que decía: PARA NUESTROS AMIGOS PREFERIDOS. Bob tomó una carterita la abrió y arrancó una cerilla.

Bueno -dijo Bethany-, pero, ¿por qué?

-Eso es lo que vamos a averiguar -dijo. Miró hacia los demás. Estaban de pie en un semicírculo, observándolo... todos menos Rudy Warwick, quien se había encaminado a la parte de atrás del área de servicio e inspeccionaba el contenido del refrigerador.

Bob frotó la cerilla. Dejó una pequeña embadurnadura de sustancia blanca en el área, pero no se encendió. Frotó de nuevo con el mismo resultado. Al tercer intento, se dobló la cerilla de cartón. De cualquier forma, había desaparecido la mayor parte de la cabeza inflamable.

-Caramba -dijo en un tono en que era patente la falta de sorpresa-. Supongo que están húmedos. Probemos con una carterita de las del fondo. Ésas deben estar secas.

Introdujo la mano hasta el fondo del tazón, derramando al hacerlo varias carteritas sobre el mostrador. Albert veía que todas estaban perfectamente secas. Detrás de él, Nick y Brian intercambiaron otra mirada.

Bob extrajo otra carterita de cerillas, arrancó una y trató de encenderla. Fue en Vano.

-Vaya, pues -apuntó-. Parece que hemos descubierto otro problema. ¿Me prestas tus cerillas, Bethany? Ella se las entregó sin añadir una sola palabra. -Espere un minuto -dijo Nick con lentitud-. ¿Qué es lo que sabe, compañero?

-Sólo que esta situación tiene implicaciones más extensas de lo que creímos al principio -le respondió Bob. Sus ojos estaban serenos, pero el rostro desde el cual miraban se veía demacrado-. Y tengo la impresión de que todos pudimos haber cometido un gran error. Comprensible, dadas las circunstancias, pero no creo que podamos lograr ningún avance hasta que hayamos rectificado nuestro juicio sobre esta cuestión. Lo llamaría un error de perspectiva.

Warwick regresaba hacia ellos. Había seleccionado un sandwich envuelto en papel transparente y una botella de cerveza. Sus adquisiciones parecían haberlo animado considerablemente.

-¿Qué está pasando, amigos?

-Que me condenen si lo sé -contesta Brian-, pero no me agrada.

Bob Jenkins arrancó una de las cerillas de la carterita de Bethany y la frotó. Encendió al primer intento.

-Ah -dijo y aplicó la llama a la punta del cerillo.

A Brian, el humo le olió increíblemente picante, increíblemente dulce, y un momento de reflexión le sugirió la razón; era lo único que podía oler aparte del suave aroma de la loción para después de afeitarse de Nick Hopewell y el perfume de Laurel. Ahora que lo pensaba, Brian se dio cuenta de que apenas podía oler la transpiración de sus compañeros de viaje.

Bob todavía sostenía la cerilla encendida en la mano. Dobló hacia atrás la punta de la carterita que había sacado del tazón, exponiendo todas las cerillas, y acercó la llama a las cabezas de las demás. Durante un largo momento no sucedió nada. El escritor deslizó la llama de un lado a otro sobre las cabezas de las cerillas, pero no se encendieron. Los otros observaban, fascinados.

Por fin se dio un apagado sonido phss, y unas cuantas de las cerillas cobraron una vida sombría, instantánea. En realidad, no se encendieron; sólo produjeron un pálido brillo y se extinguieron. Se elevaron unos cuantos hilos de humo... humo que parecía carecer de olor.

Bob miró a los demás y sonrió tristemente.

-Incluso eso -afirmó-, es más de lo que esperaba. -Está bien -dijo Brian-. Dénos una explicación. Yo sé...

En ese mismo momento, Rudy Warwick soltó una exclamación de disgusto. Dinah profirió un pequeño chillido y se estrechó aún más contra Laurel. Albert sintió que su corazón

daba un gran brinco en su pecho.

Rudy había desenvuelto el sandwich -a Brian le pareció de salami y queso- y le había dado una gran mordida. Ahora lo escupía en el piso con una mueca de desagrado.

-¡Está descompuesto! -gruño Rudy-. ¡Oh, maldita sea! ¡Detesto eso!

-¿Descompuesto? -preguntó en seguida Bob Jenkins. Sus ojos brillaban como chispas eléctricas azules-. Lo dudo mucho. En estos días, las carnes procesadas están tan cargadas con conservadores que se requiere que estén ocho horas o más bajo el sol ardiente para que se descompongan. Y por los relojes sabemos que hace menos de cinco horas que se interrumpió la electricidad en ese refrigerador.

-Tal vez no -intervino Albert-. Usted dijo que parecía más tarde de lo que indicaban los relojes.

-Sí, pero no creo... ¿Estaba todavía frío el refrigerador, señor Warwick? ¿Estaba frío cuando lo abrió?

-No precisamente frío, pero fresco -dijo Rudy-. Sin embargo, este sandwich está todo jodido. Perdón, damas. Vea -extendió la mano con el sandwich-. Si no cree que está descompuesto, pruébelo.

-Estaba descompuesto -reiteró el hombre calvo con obstinación.

-Pruebe la cerveza -lo invitó Bob-. Ésa no puede estar descompuesta. La tapa está puesta, y una botella de cerveza tapada no se descompone aunque no esté refrigerada.

Rudy miró pensativamente la botella de Budweiser en su mano, después sacudió la cabeza y se la tendió a Bob.

-Ya: no la quiero -dijo. Volvió la vista al refrigerador. Su mirada era ceñuda, como si sospechara que Jenkins le estaba gastando una broma sin ninguna gracia.

-Lo haré, si no hay otra opción -manifestó Bob-, pero ya una vez ofrecí mi cuerpo a la ciencia. ¿Quiere alguien probar esta cerveza? Creo que es muy importante.

-Démela dijo Nick.

-No -era Don Gaffney-. Démela a mí. Por Dios que me caería bien una cerveza. Las he bebido calientes en otras ocasiones y no me molesta en lo más mínimo.

Tomó la botella, le quitó la tapa y se la llevó a la boca. Un momento después, giró la cabeza y escupió la bocanada al piso.

-¡Jesús! -exclamó-. ¡Sosa! ¡Completamente plana!

-¿En verdad? -preguntó Bob con ojos radiantes-. ¡Bien! ¡Estupendo! ¡Algo que todos podemos ver! -caminó hasta la parte de atrás del mostrador como rayo y tomó uno de los vasos de la repisa. Gaffney había dejado la botella junto a la caja registradora, y Brian la observaba con atención cuando la tomó Bob Jenkins. No pudo ver espuma adherida al interior del cuello de la botella. Lo mismo podría ser agua, pensó.

Sin embargo, lo que Bob vertió en el vaso no parecía agua; se veía como cerveza. Cerveza extinta. No tenía espuma. Unas cuantas burbujas se pegaron al interior del vaso, pero ninguna emergió a la superficie a través del líquido.

-Bueno -dijo Nick lentamente-, está exánime. Eso sucede algunas veces. No aprietan bien la tapa en la fábrica ye se escapa el gas. A todos nos ha tocado una cerveza así de vez en cuando.

-Pero resulta sugerente si le añadimos el sandwich de salami sin sabor, ¿no le parece?

-¿Sugerente de qué? -explotó Brian.

-En un momento -contestó Bob-. Ocupémonos primero del comentario del señor Hopewell -se dio vuelta, tomó vasos con ambas manos (un par de ellos se cayeron de la repisa y se estrellaron en el piso), después empezó a enfilarlos a lo largo del mostrador con la ágil eficiencia de un cantinero-. Traigan más cerveza. Y un par de gaseosas, ya que están en eso.

Albert y Bethany se dirigieron al refrigerador y cada uno sacó cuatro o cinco botellas, eligiendo al azar.

-¿Está chiflado? -preguntó Bethany en voz baja.

-No lo creo -dijo Albert. Tenía una vaga idea de lo que trataba de demostrar el escritor...

Librodot

y no le gustaba la forma que cobraba en su mente-. ¿Recuerdas cuando te dijo que ahorraras las cerillas? Sabía que iba a suceder algo como esto. Por eso estaba tan ansioso de que viniésemos al restaurante. Nos lo quería mostrar.

3

La lista ya estaba rasgada en tres docenas de tiras angostas y los langoliers proseguían su acercamiento.

Craig podía sentir su cercanía en la parte de atrás de su mente -más peso.

Más peso insoportable.

Era hora de irse.

Recogió la pistola y el portafolios, se puso de pie y salió de la oficina de seguridad. Caminaba lentamente, repitiendo a cada paso: No quiero dispararle, pero lo haré si es preciso. Lléveme a Boston. No quiero dispararle, pero lo haré si es preciso. Lléveme a Boston.

-Lo haré si es preciso -murmuraba Craig al entrar de nuevo a la sala de espera-. Lo haré si es preciso -su dedo encontró el percusor de la pistola y lo amartilló.

A la mitad del salón, la luz pálida que se filtraba por las ventanas atrajo otra vez su atención y giró en esa dirección. Los podía sentir ahí fuera. Los langoliers. Ya se habían comido a todos los perezosos e inútiles y ahora regresaban por él. Tenía que irse a Boston. Era la única forma que conocía para salvar a los demás de sí mismo... porque la muerte de ellos sería horrible. La muerte de ellos sería horrible, sin duda.

Caminó despacio hasta las ventanas y miró hacia el exterior, ignorando -al menos por el momento- el murmullo de los otros pasajeros a su espalda.

4

Bob Jenkins vertió un poco de cada botella en el vaso correspondiente. El contenido de todas ellas estaba tan extinto como el de la primera.

-¿Está convencido? -le preguntó a Nick.

-Sí -respondió Nick-. Si usted sabe lo que está pasando aquí, suéltelo, compañero. Díganoslo, por favor.

-Tengo una idea -dijo Bob-. No es... me temo que no es muy confortante, pero soy de esas personas que creen que, a la larga, siempre es mejor el conocimiento, más seguro, que la ignorancia, sin importar lo desalentado que se sienta uno al principio, cuando se entienden ciertos hechos. ¿Tiene sentido lo que digo?

-No -replicó Gaffney de inmediato.

Bob se encogió de hombros y ofreció una pequeña sonrisa torcida.

-Sea como fuere, sostengo mi juicio. Y antes de agregar algo más, quiero pedirles a todos que miren alrededor del lugar y me digan lo que ven.

Todos observaron el entorno y se concentraron con tanta atención en el pequeño grupo de mesas y sillas, que nadie reparó en Craig Toomy, de pie en el extremo opuesto de la sala de espera, dándoles la espalda mientras veía hacia el pavimento.

-Nada -dijo Laurel al fin-. Lo siento, pero no veo nada. Es obvio que su visión es más aguda que la mía, señor Jenkins.

-En lo más mínimo. Yo veo lo que usted ve: nada. Pero los aeropuertos están abiertos las veinticuatro horas del día. Cuando sucedió esta cosa, este Evento, es probable que fuera el punto más bajo de este ciclo de movimiento de veinticuatro horas, pero me resulta difícil creer

que no hubiese aquí por lo menos unas cuantas personas, tomando una taza de café y, tal vez, un desayuno tempranero. Los encargados del mantenimiento de los aviones. El personal del aeropuerto. Incluso un puñado de pasajeros en tránsito que eligieron ahorrarse algún dinero pasando en la terminal las horas entre medianoche y las seis o siete de la mañana en vez de ir a un hotel cercano. Cuando bajé del transportador, me sentí absolutamente desubicado. ¿Por qué? Porque los aeropuertos nunca están desiertos por completo, como nunca lo están las estaciones de policía o de bomberos. Ahora miren a su alrededor de nuevo y pregúntense esto: ¿dónde están los platillos a medio comer, los vasos medio vacíos? ¿Recuerdan el carrito de servicio en el avión, con los vasos sucios en la repisa inferior? ¿Recuerdan el bollo y la taza de café a la mitad al lado del asiento del piloto en la cabina de control? Aquí no hay nada como eso. ¿Dónde está la más mínima señal de que hubiese gente cuando ocurrió el Evento?

Albert miró en torno suyo y luego dijo con lentitud: -No hay ninguna pipa en la cubierta, ¿verdad? Bob lo miró con atención.

¿Qué? ¿Qué es lo que dices, Albert?

-Cuando estábamos en el avión -dijo Albert parsimonioso-, me vino a la mente un velero acerca del cual leí en una ocasión. Se llamaba el Mary Celeste, y alguien

lo detectó, flotando sin rumbo. Bueno... no flotando, en realidad, me imagino, porque el libro decía que las velas estaban izadas, pero cuando lo abordaron las personas que lo encontraron, no había nadie en el Mary Celeste. Sin embargo, había objetos pertenecientes a los ocupantes, y en la estufa se estaba cocinando la comida. Incluso encontraron una pipa en la cubierta de proa. Todavía encendida.

¡Bravo! -gritó Bob, casi febril. Todos tenían la vista fija en él, y nadie vio a Craig Toomy que caminaba lentamente hacia ellos. La pistola de que se había apropiado ya no apuntaba al piso-. ¡Bravo, Albert! ¡Has puesto el dedo justo en el renglón! Y hubo otra desaparición famosa, un grupo completo de colonizadores en un lugar llamado isla Roanoke... cerca de la costa de Carolina del Norte, creo. Todos desaparecieron, pero dejaron atrás restos de fogatas, casas en desorden y montones de basura. Ahora, Albert, da un paso adelante. ¿En qué más difiere esta terminal de nuestro avión?

Por unos instantes, la mirada de Albert quedó en blanco, y en eso, apareció en sus ojos la comprensión.

¡Los anillos! -gritó-. ¡Los bolsos! ¡Las carteras! ¡El dinero! ¡Los clavos quirúrgicos! ¡Aquí no hay nada de eso!

-Correcto -dijo Bob con voz tenue-. Cien por ciento correcto. Como dices, aquí no hay nada de eso. Pero lo había en el avión cuando despertamos. Incluso había una taza de café y un bollo danés a medio comer en la cabina de control. El equivalente a una pipa humeante en la cubierta de proa.

-Piensa que nos hemos trasladado a otra dimensión, ¿verdad? -preguntó Albert. Su voz era de temor y respeto-. Igual que en un cuento de ciencia ficción.

Dinah inclinó la cabeza a un lado y por un momento se vio sorprendentemente parecida a Nipper, el perro de los antiguos anuncios de RCA Victor.

-No -negó Bob-. Creo...

-¡Cuidado! -gritó Dinah en tono agudo-. Oigo algo...

Fue demasiado tarde. Una vez que Craig Toomy rompió la parálisis que lo detenía y empezó a moverse, actuó con rapidez. Antes de que Nick o Brian reaccionaran y se dieran vuelta, Craig había colocado el antebrazo alrededor de la garganta de Bethany y la arrastraba hacia atrás. Apuntó la pistola a la sien de la chica. Bethany profirió un chillido desesperado, aterrorizado.

-No quiero dispararle, pero lo haré si es preciso -dijo Craig, jadeante-. Lléveme a Boston -sus ojos ya no estaban vacíos; se precipitaban en todas direcciones, llenos de inteligencia aterrada, paranoide-. ¿Me oye? ¡Lléveme a Boston!

Brian dio un paso hacia él, y Nick le puso una mano en el pecho sin separar los ojos de Craig.

Librodot

-Cuidado, compañero -dijo en voz baja-. Es peligroso. Nuestro amigo está chiflado.

Bethany se retorcía bajo el brazo constrictor de Craig.

-¡Me está ahogando! ¡Deje de ahogarme, por favor!

-¿Qué está pasando? -gritó Dinah-. ¿Qué es?

-¡Detente! -le ordenó Craig a Bethany-. ¡Deja de moverte! ¡Me vas a obligar a que haga algo que no quiero hacer! -oprimió la boca de la pistola contra el lado de su cabeza. La joven siguió luchando, y Albert de pronto se dio cuenta de que Bethany no sabía que Craig tenía una pistola, no lo supo ni cuando la oprimió contra su cráneo.

-¡Estate quieta, niña! -dijo Nick en tono severo-. ¡No te muevas!

Por primera vez en su vida, en las horas que pasaba despierto, Albert se descubrió no sólo pensando como el Judío de Arizona, sino que posiblemente tendría que actuar como ese personaje de fábula. Sin quitar los ojos del lunático con el suéter cerrado, empezó a levantar poco a poco el estuche del violín. Soltó el asa y colocó ambas manos alrededor del cuello del estuche. Toomy no lo estaba mirando a él; sus ojos saltaban sin cesar entre Brian y Nick, y tenía las manos ocupadas -literalmente- sosteniendo a Bethany.

-No quiero dispararle... -volvía a decir Craig y, en eso, el brazo se le deslizó hacia arriba cuando la chica se revolvió, arremetiendo con el trasero hacia la entrepierna del hombre. En el acto, Bethany hundió los dientes en la muñeca de Craig.

-¡Ouu! -gritó Craig-. ¡ouuu!

Disminuyó la sujeción y Bethany logró liberarse. Albert saltó hacia delante, con el estuche del violín en alto, mientras Toomy apuntaba la pistola hacia Bethany. El rostro de Toomy se contorsionaba en una mueca de dolor y rabia.

¡No, Albert! -rugió Nick.

Craig Toomy vio la embestida de Albert y apuntó la boca de la pistola hacia él. Durante un momento, Albert la tuvo directamente frente a sus ojos, y no se parecía a ninguno de sus sueños o fantasías. La visión de la boca de la pistola era semejante a la visión de una tumba abierta.

Creo que cometí un error, pensó, y Craig tiró del gatillo.

5

En vez de una explosión, sólo se escuchó una ligera detonación -el sonido de un antiguo rifle de aire, nada más. Albert sintió que algo le golpeaba el pecho de la camiseta de Hard Rock Café, tuvo tiempo para discernir que le habían disparado y luego descargó el estuche del violín sobre la cabeza de Craig. Una sólida repercusión le corrió por los brazos y, de súbito, la voz enojada de su padre habló en su mente. ¿Qué pasa contigo, Albert? ¡Esa no es forma de tratar un instrumento musical tan fino!

En el interior del estuche se produjo un ¡broinc! sobresaltado cuando se sacudió el violín. Uno de los pasadores de latón se hundió en la frente de Toomy y brotó la sangre en una lluvia sorprendente. Se doblaron las rodillas del hombre y cayó frente a Albert como un ascensor exprés. Albert vio que los ojos se le ponían en blanco, y en un instante Craig Toomy yacía inconsciente a sus pies.

Un pensamiento descabellado, pero en cierta forma maravilloso, llenó la mente de Albert por un momento. ¡Por Dios, nunca había tocado mejor en mi vida! Y entonces se dio cuenta de que no podía respirar. Se volvió hacia los demás, las comisuras de la boca ascendentes en una sonrisa leve, ligeramente confundida.

-Creo que me han dado un tiro -dijo Ace Kaussner, y luego el mundo se disipó en sombras grises y se doblaron sus propias rodillas. Se desplomó en el piso sobre el estuche del violín.

6

El desvanecimiento duró menos de treinta segundos. Cuando volvió en sí, Brian le daba ligeras palmadas en las mejillas y lo miraba ansioso. Bethany estaba de rodillas junto a él, contemplando a Albert con ojos brillantes que decían "mi héroe". Detrás de ella, Dinah Bellman seguía llorando dentro del círculo de los brazos de Laurel. Albert dirigió la mirada hacia Bethany y sintió que el corazón -por lo visto todavía completo- se expandía en su pecho.

-El Judío de Arizona cabalga de nuevo -murmuró.

-¿Qué, Albert? -preguntó Bethany y le acarició la mejilla. Su mano era maravillosamente suave, maravillosamente fresca. Albert decidió que estaba enamorado.

-Nada -dijo, y continuaron las palmadas del piloto.

-¿Estás bien, chico? -preguntaba Brian-. ¿Estás bien?

-Creo que sí -respondió Albert-. Deje de hacer eso, ¿sí? Y me llamo Albert, Ace, para mis amigos. ¿Qué tan grave es la herida? Todavía no siento nada. ¿Pudieron detener la hemorragia?

Nick Hopewell se puso en cuclillas junto a Bethany. Mostraba una sonrisa confusa, incrédula.

-Creo que vivirás, compañero. Nunca vi algo así en mi vida... y he visto mucho. Ustedes los norteamericanos son demasiado tontos para no quererlos. Extiende la mano y te daré un recuerdo.

Albert tendió una mano que temblaba incontrolable con la reacción, y Nick dejó caer algo en ella. Albert se lo llevó a los ojos y vio que era una bala.

-La recogí del piso -dijo Nick-. Ni siquiera está deformada. Te debe haber pegado en el centro del pecho... hay una pequeña mancha de pólvora en tu camisa... y después rebotó. No explotó. Dios te debe tener afecto, compañero.

-Pensaba en las cerillas -dijo Albert con voz débil-. Creí que no dispararía la pistola.

-Fue un acto muy valiente y muy tonto, muchacho -aseveró Bob Jenkins. Su rostro estaba intensamente pálido y parecía como si se fuese a desmayar en unos momentos-. Nunca le creas a un escritor. Escúchalos, por supuesto, pero nunca les creas. ¡Dios mío!, ¿qué habría pasado si me hubiese equivocado?

Estuvo cerca -dijo Brian. Ayudó a Albert a ponerse de pie-. Ocurrió lo mismo que cuando encendió las otras cerillas... las que sacó del tazón. Sólo tenía la suficiente fuerza para impulsar la bala por el cañón. Un poco más de ímpetu y Albert tendría una bala en el pulmón.

Otra ola de vértigo cubrió a Albert. Se tambaleó en los pies y Bethany de inmediato deslizó un brazo alrededor de su cintura.

-Pienso que en realidad fue un acto muy valiente -señaló, mirándolo con ojos que sugerían que estaba convencida de que Albert Kaussner cagaba diamantes por un culo de platino-. Increíble, quiero decir.

-Gracias -dijo Ace, con una sonrisa fría (aunque un poquitín aturdida)-. No fue mucho -el hebreo más rápido al oeste del Mississippi estaba consciente de que una gran cantidad de chica ejercía una estrecha presión contra él, y que esa chica olía insoportablemente bien. De repente, se sintió bien. De hecho, pensaba que nunca se había sentido mejor en su vida. En eso, recordó su violín, se inclinó y recogió el estuche. Tenía una melladura profunda en un lado y se había saltado uno de los seguros. Había sangre y cabello en él, y Albert sintió que el estómago le daba vueltas perezosas. Abrió el estuche y miró dentro. El instrumento se veía en buenas condiciones y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio.

En seguida pensó en Craig Toomy y la alarma remplazó al alivio.

-Oigan, no habré matado a ese tipo, ¿verdad? Le pegué muy fuerte -miró hacia Craig, quien yacía cerca de la puerta del restaurante con Don Gaffney arrodillado junto a él. De pronto, Albert sintió que se iba a desmayar de nuevo. El rostro y la frente de Craig estaban

cubiertos con sangre.

-Está vivo -dijo Don-, pero perdió el conocimiento.

Albert, quien en sus sueños había desaparecido a más individuos duros que el Hombre sin Nombre, sintió una oleada de náusea.

-¡Jesús, hay tanta sangre!

-Eso no significa nada -intervino Nick-. Las heridas en el cuero cabelludo tienden a sangrar en abundancia -se unió a Don, tomó la muñeca de Craig y buscó el pulso-. Debes recordar que tenía una pistola en la cabeza de esa chica, compañero. Si ha tirado del gatillo a quemarropa, la hubiese matado con toda seguridad. ¿Recuerdas al actor que hace unos años se mató jugando a la ruleta rusa? El señor Toomy se lo buscó; no hay duda de que se lo merecía. No te preocupes.

Nick soltó la muñeca de Craig y se puso de pie.

-Además -dijo, mientras tomaba un gran puñado de servilletas de papel de una de las mesas-, su pulso es fuerte y regular. Creo que despertará en unos cuantos minutos sin nada más que un molesto dolor de cabeza. También creo que seria prudente tomar ciertas precauciones para cuando ocurra ese feliz acontecimiento. Señor Gaffney, las mesas de ese abrevadero parecen estar equipadas con manteles... extraño, pero cierto. ¿Podría traerme un par de ellos? Sería conveniente atarle las manos por detrás al señor "Tengo que llegar a Boston".

-¿Está seguro de que es necesario -preguntó Laurel en tono bajo-. Después de todo, el hombre está inconsciente y sangrando.

Nick oprimió la compresa improvisada de servilletas contra la herida en la cabeza de Craig Toomy y levantó la vista hacia la joven.

-Usted es Laurel, ¿correcto?

-Correcto.

-Bien, Laurel, no nos andemos con rodeos. Este hombre es un lunático. Ignoro si fue nuestra actual aventura lo que le provocó la demencia o si creció en esas condiciones, como Topsy, pero sé con certeza que es peligroso. Pudo haber atrapado a Dinah en vez de Bethany si hubiese estado más cerca. Si lo dejamos sin atar, podría hacerlo la próxima vez.

Craig gimió y agitó las manos débilmente. En el momento en que empezó a moverse, Bob Jenkins dio unos pasos alejándose de él, aun cuando el revólver ahora estaba seguro en la pretina de los pantalones de Brian Engle, y Laurel hizo lo mismo, con Dinah de la mano.

¿Ha muerto alguien? -preguntó Dinah nerviosa-. No hay ningún muerto, ¿verdad?

-No, cariño.

-Debí haberlo oído antes, pero estaba escuchando al hombre que habla como profesor.

-No hay cuidado -dijo Laurel-. Todo está bien, Dinah -después miró hacia la terminal desierta, y sus propias palabras se burlaron de ella. Nada estaba bien aquí. Nada en absoluto.

Don regresó con un mantel a cuadros rojos y blancos en cada puño.

-Maravilloso -dijo Nick. Tomó uno de ellos y lo enredó con rapidez y pericia en forma de cuerda. Se colocó el centro en la boca, apretándolo con los dientes para evitar que se desenredara, y le dio vuelta a Craig con las manos como si fuese un omelette humana.

Craig soltó un grito y aletearon sus párpados. -¿Tiene que ser tan brusco? -preguntó Laurel en tono severo.

Nick la miró fijamente durante un momento y la joven bajó los ojos de inmediato. No pudo evitar la comparación entre los ojos de Nick Hopewell y los ojos de las fotografías que le había enviado Darren Crosby. Ojos claros, bien separados, en un rostro apuesto -aunque nada extraordinario. Pero también los ojos eran más bien comunes y corrientes, ¿no era así? ¿Y los ojos de Darren no tuvieron algo, tal vez mucho, que ver con lo que la impulsó a realizar el viaje en primer lugar? ¿Acaso no había decidido, después de un minucioso estudio, que eran los ojos de un hombre que sabía cómo comportarse? ¿Un hombre que retrocedería cuando se lo pidieras?

Había abordado el vuelo 29 diciéndose a sí misma que ésta era su gran aventura, un

encuentro extravagante con el romance, una precipitación transcontinental impulsiva a los brazos de un desconocido alto y moreno. Pero algunas veces uno se encuentra en una de esas situaciones fastidiosas en las cuales ya no se puede eludir la verdad, y Laurel reconocía que la verdad era ésta: había elegido a Darren Crosby porque sus fotografías y cartas le habían dicho que no era muy diferente a los plácidos jóvenes y hombres con quienes se había relacionado desde que tenía alrededor de quince años, jóvenes y hombres quienes aprenderían rápidamente a limpiarse los pies en la esterilla antes de entrar en las noches lluviosas, jóvenes y hombres que tomarían una toalla de cocina y te ayudarían con los platos sin que se les pidiera, jóvenes y hombres que retirarían las manos si se los decías en tono de voz con suficiente severidad.

¿Habría estado esta noche en el vuelo 29 si las fotos hubiesen mostrado los ojos azul oscuro de Nick Hopewell en vez de los suaves color castaño de Darren? Lo dudaba. Pensaba que habría escrito una nota amable, pero impersonal: Gracias por su respuesta y su fotografía, señor Hopewell, pero en cierta forma, creo que no somos adecuados el uno para el otro, y hubiese seguido buscando a un hombre como Darren. Y, por supuesto, dudaba mucho que los hombres como el señor Hopewell leyeran siquiera las revistas de corazones solitarios, y mucho menos colocaran anuncios en las columnas personales. Como fuera, aquí estaba con él, en esta extraña situación.

Bien... había deseado correr una aventura, sólo una aventura, antes de que llegara a instalarse para siempre la edad madura. ¿No era cierto eso? Sí. Y aquí estaba, demostrando lo acertado de la aseveración de Tolkien -anoche había salido por la puerta de su casa, igual que siempre, y mira dónde había acabado: en una insólita y atemorizante versión de Fantasilandia. Pero era una aventura, sin duda. Aterrizajes de emergencia... aeropuertos desiertos... y un lunático con una pistola. Por supuesto que era una aventura. Algo que había leído en una ocasión años antes surgió de repente en la mente de Laurel: Ten cuidado con lo que pides en tus oraciones porque podrías obtenerlo.

Una verdad indiscutible.

Y muy confusa.

En los ojos de Nick Hopewell no había confusión... pero tampoco expresaban misericordia. Hacían que Laurel se sintiera estremecida y esa sensación no tenía nada de romántica.

¿Estás segura?, susurró una voz, y Laurel la acalló de inmediato.

Nick tiró de las manos de Craig de debajo de él y le juntó las muñecas en la parte baja de la espalda. Craig gimió de nuevo, esta vez más alto, y empezó a resistirse débilmente.

-Tranquilo, mi buen compañero -dijo Nick en tono tranquilizador. Dio dos vueltas a la cuerda de mantel alrededor de los antebrazos de Craig y la anudó con fuerza. Craig sacudió los codos y emitió un tenue quejido extraño-. ¡Listo! -añadió, poniéndose de pie-. Liado con tanto esmero como el pavo de. Navidad del Padre Juan. Incluso tenemos una refacción si vemos que no se sostiene -se sentó en el borde de una de las mesas y miró a Bob Jenkins-. Bien, ¿qué estaba usted diciendo cuando se nos interrumpió de modo tan grosero?

Bob lo miró, confuso e incrédulo.

¿Qué?

-Prosiga -dijo Nick. Podría haber sido un interesado asistente a una conferencia, en vez de un hombre sentado en una mesa del restaurante de un aeropuerto desierto, con los pies plantados junto a un hombre atado en un charco de su propia sangre-. Había llegado a la parte en que el vuelo 29 se asemejaba al Mary Celeste. Un concepto interesante.

-¿Y quiere que... prosiga? -preguntó Bob aprensivo-. ¿Como si no hubiese pasado nada?

-¡Déjenme levantar! -gritó Craig. La burda alfombra industrial del piso del restaurante amortiguaba un tanto sus palabras, pero todavía se le oía extraordinariamente animado para un hombre que había sido noqueado con un estuche de violín escasos cinco minutos antes-. ¡Déjenme levantar de inmediato! ¡Exijo que...!

Entonces Nick hizo algo que los sorprendió a todos, incluso a aquellos que habían visto

Librodot

al inglés torcer la nariz de Craig como si fuese un grifo de agua en una bañadera. Lanzó una corta y fuerte patada contra las costillas de Craig. La refrenó un poco al último instante... pero no mucho. Craig soltó un quejido de dolor y guardó silencio.

-Empiece otra vez, compañero, y se las rompo -dijo Nick inexorable-. Ya me agotó la paciencia.

-¡Hey! -gritó Gaffney, desconcertado. ¿Por qué hizo...?

-¡Escúchenme! -respondió Nick, y miró a su alrededor.

Por primera vez había desaparecido su apariencia cortés; la voz le vibraba con enojo y apremio-. Es necesario que despierten todos ustedes, y no tengo tiempo para despertarlos con amabilidad. Esa pequeña niña... Dinah... afirma que tenemos un problema serio, y le creo. Dice que oye algo, algo que es posible que se esté aproximando, y me inclino a creerlo también. Yo no oigo una maldita cosa, pero mis nervios están saltando como grasa en una plancha caliente y acostumbro ponerles atención en esos casos. Creo que algo se acerca y no creo que venga a tratar de vendemos accesorios para la aspiradora o el más reciente plan de seguros. Ahora bien, todos podemos interponer las correctas objeciones civilizadas acerca de este maldito demente o podemos tratar de comprender lo que nos ha pasado. Es posible que la comprensión no nos salve la vida, pero cada vez me convenzo más de que la falta de entendimiento puede darle fin, y pronto -sus ojos se enfocaron en Dinah-. Dime si crees que estoy equivocado, Dinah. A ti te escucharé, y con gusto.

-No quiero que lastime al señor Toomy, pero no creo que esté equivocado -manifestó Dinah con una pequeña voz vacilante.

-Muy bien -dijo Nick-. Me parece justo. Haré un esfuerzo por no lastimarlo de nuevo... pero no prometo nada. Empecemos con un concepto muy sencillo. Este sujeto a quien he atado...

-Toomy -dijo Brian-. Su nombre es Craig Toomy.

-Bien. El señor Toomy está demente. Si encontramos la forma de regresar a nuestro lugar adecuado, o si localizamos el sitio al cual se ha ido toda la gente, tal vez podamos obtener ayuda para él. Pero por ahora, el único medio de ayudarlo consiste en inutilizarlo... lo que he hecho, con la asistencia generosa, si bien temeraria, de Albert... para ocuparnos de nuestra situación actual. ¿Tiene alguno de ustedes una opinión contraria a ésta?

No hubo respuesta. Los demás pasajeros que habían estado a bordo del vuelo 29 miraban intranquilos a Nick.

-Muy bien -concluyó Nick-. Prosiga, señor Jenkins.

-No... no estoy acostumbrado a... -Bob hizo un esfuerzo. por controlarse-. En los libros, supongo que he matado a suficientes personas como para llenar cada asiento del avión que nos trajo, pero lo que acaba de pasar es el primer acto de violencia que he presenciado personalmente. Lo siento si... me... comporté de modo incorrecto.

-Creo que lo está haciendo muy bien, señor Jenkins -dijo Dinah-. Y también me gusta escucharlo. Me hace sentir mejor.

Bob la miró con agradecimiento y sonrió.

-Gracias, Dinah -se metió las manos en los bolsillos, lanzó un vistazo inquieto a Craig Toomy, después miró más allá del grupo, hacia la sala de espera vacía-. Creo que mencioné una falacia central en nuestro planteamiento -dijo al fin-. Es la siguiente: cuando empezamos a comprender las dimensiones de este Evento, todos supusimos que algo le había sucedido al resto del mundo. Es fácil de entender esta suposición dado que todos estamos bien, y todos los demás, incluyendo a los otros pasajeros con quienes abordamos en el aeropuerto de Los Ángeles, han desaparecido aparentemente. Pero la evidencia no apoya la suposición. Lo que sucedió nos afectó a nosotros y sólo a nosotros. Estoy convencido de que el mundo que conocemos sigue funcionando como siempre lo ha hecho.

-Somos nosotros... los pasajeros faltantes y los once sobrevivientes del vuelo 29... quienes estamos perdidos.

7

-Tal vez soy muy torpe, pero no entiendo a dónde quiere llegar -expresó Rudy Warwick después de un momento. -Tampoco yo -añadió Laurel.

-Hemos mencionado dos desapariciones famosas -dijo Bob en tono pausado. Ahora, incluso Craig Toomy parecía estar escuchando... ya no se retorcía, al menos-. Una, el caso del Mary Celeste, tuvo lugar en el mar. La segunda, el suceso en la isla Roanoke, ocurrió cerca del mar. Sin embargo, no son los únicos incidentes similares. Recuerdo, por lo menos, dos más, ambos relacionados con aviones: la desaparición de la aviadora Amelia Earhart en el océano Pacífico y la desaparición de varios aviones de la Marina sobre esa parte del Atlántico que se conoce como el Triángulo de las Bermudas. Creo que eso sucedió en 1945 o 1946. Se captó algún tipo de transmisión confusa del piloto de la nave líder y, de inmediato, se enviaron aviones de rescate desde una base aérea en

Florida, pero nunca se encontró el menor rastro de los aviones o sus tripulaciones.

-He oído de ese caso -dijo Nick. Creo que es la base de la nefasta reputación del Triángulo.

-No, ahí se ha perdido un buen número de aviones y barcos -intervino Albert-. Leí un libro de Charles Berlitz sobre el tema. Muy interesante, realmente -miró a su alrededor-. Nunca pensé que pudiera ocurrirme a mí, si entienden lo que quiero decir.

Jenkins dijo:

-No sé si alguna vez ha desaparecido algún avión sobre el continente de Estados Unidos, pero...

-Con aviones pequeños, ha sucedido muchas veces -interrumpió Brian-, y en una ocasión, hace cerca de treinta y cinco años, sucedió con un avión comercial de pasajeros. Había más de cien personas a bordo. Fue en 1955 o 1956. La línea era TWA o Monarch, no estoy seguro. El avión se dirigía a Denver desde San Francisco. El piloto estableció contacto con la torre de Reno, rutina absoluta, y nunca se supo más del avión. Se organizó la búsqueda, desde luego, pero... nada.

Brian notó que todos lo miraban con una especie de fascinación aterrada y rió incómodo.

-Historias de fantasmas de los pilotos -apuntó con una nota de disculpa en la voz-. Suena como el pie para una caricatura de Gary Larson.

-Apostaría que todos atravesaron -murmuró el escritor. De nuevo había empezado a frotarse un lado de la cara con la mano. Se veía angustiado, casi horrorizado-. ¿A menos que encontraran cadáveres...?

-Por favor, díganos lo que sabe, o lo que cree que sabe -pidió Laurel-. El efecto de esta... esta cosa... parece acumularse sobre una persona. Si no obtengo respuestas pronto, creo que me tendrán que atar y colocarme junto al señor Toomy.

-No se haga ilusiones -dijo Craig con palabras claras, aunque un tanto enigmáticas.

Bob lo favoreció con otra mirada molesta y después dio la impresión de que organizaba sus pensamientos.

-Aquí no hay desorden, pero sí lo hay en el avión. Aquí no hay electricidad, pero el avión tiene electricidad. Eso no es concluyente, desde luego, el avión tiene su propia fuente de abastecimiento, mientras que la electricidad de aquí proviene de una planta en alguna parte. Pero consideremos las cerillas. Bethany estuvo en el avión, y funcionan sus cerillas. Las que saqué del tazón no encienden. La pistola que el señor Toomy tomó, me imagino que de la oficina de seguridad, apenas disparó. Creo que si probamos una linterna de baterías, descubriríamos que eso tampoco sirve. O si funciona, no será por mucho tiempo.

-Tiene razón -dijo Nick-. Y no es necesario que encontremos una linterna para probar su teoría -señaló hacia arriba. En el muro sobre la parrilla de la cocina estaba instalada una

Librodot

lámpara de emergencia. Estaba tan muerta como las luces superiores-. Eso funciona con baterías -prosiguió Nick-. Un solenoide sensible a la luz la enciende cuando falla la energía. Este lugar está lo bastante sombrío para que se hubiese activado esa cosa, pero no fue así. Lo que significa que falló el circuito del solenoide o está muerta la batería.

-Sospecho que ambas cosas -dijo Bob Jenkins. Caminó lentamente hacia la puerta del restaurante y miró hacia el exterior-. Nos encontramos en un mundo que parece que está completo, pero también es un mundo que da la impresión de estar casi exhausto. Las bebidas carbonatadas están muertas. La comida es insípida. El aire es inodoro. Nosotros todavía despedimos aromas; puedo oler el perfume de Laurel y la loción para después de afeitarse del capitán, por ejemplo, pero todo lo demás parece que perdió el olor.

Albert tomó uno de los vasos con cerveza e inhaló profundamente. Había un olor, decidió, pero era muy tenue. Un pétalo de flor comprimido durante muchos años entre las páginas de un libro despediría el mismo recuerdo distante de un aroma.

-Lo mismo es aplicable a los sonidos -continuó

Bob-. Son planos, unidimensionales, carentes de resonancia.

Laurel pensó en 'el lánguido sonido de Cloe-clop de sus tacones altos en el cemento, y la ausencia de eco cuando el capitán Engle ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó, llamando al señor Toomy.

-Albert, ¿podría pedirte que tocaras algo en el violín? -preguntó Bob.

Albert miró a Bethany. La chica sonrió y asintió.

-Está bien. Claro. De hecho, tengo curiosidad por saber cómo suena después... -lanzó una mirada a Craig Toomy-. Ya saben.

Abrió el estuche, hizo una mueca cuando sus dedos tocaron el pasador que había causado la herida en la frente de Craig Toomy y sacó el violín. Lo acarició brevemente; después tomó el arco con la mano derecha y se colocó el violín bajó la barbilla. Permaneció así por un momento, pensando. ¿Cuál era el tipo de música adecuada para este nuevo mundo extraño, donde los teléfonos no sonaban y los perros no ladraban? ¿Ralph Vaughan Williams? ¿Stravinsky? ¿Mozart? ¿Dvorak, tal vez? No. Ninguno de ellos era apropiado. En eso, le llegó la inspiración y empezó a tocar "Alguien está en la cocina con Dinah."

A mitad de la melodía el arco titubeó hasta detenerse.

-Supongo que después de todo se debe haber dañado el violín cuando le cascaste con él a ese sujeto -sugirió Don Gaffney-. Suena como si estuviese relleno con empaque de algodón.

-No -dijo Albert con lentitud-. Mi violín está perfectamente. bien. Lo sé por la forma en que se siente y por el movimiento de las cuerdas bajo mis dedos... pero también hay algo más. Venga acá, señor Gaffney -Gaffney se aproximó y quedó al lado de Albert-. Ahora, acérquese lo más que pueda al violín. No... no tan cerca; le sacaría un ojo con el arco. Ahí. Muy bien. Escuche de nuevo.

Albert empezó a tocar, cantando en la mente, como lo hacía siempre que tocaba esta gastada y sensiblera música campirana, llena de alegría perdurable.

Singing fee- i-f fiddly-I-oh,
Fee- fi-fiddly-I-Oh-oh-oh-oh,
Fee-fi- fiddly-I-oh,
Strummin' on the old banjo.

-¿Notó la diferencia? -preguntó al terminar.

-Suena mucho mejor de cerca, si a eso te refieres -dijo Gaffney. Miraba a Albert con verdadero respeto-. Tocas muy bien, muchacho.

Albert sonrió a Gaffney, pero en realidad, era a Bethany a quien hablaba.

-Algunas veces, cuando estoy seguro de que no me oye mi maestro de música, toco viejas canciones de Led Zeppelin -dijo-. Te sorprendería lo maravilloso que suena ese material en el violín -miró a Bob-. De cualquier forma, encaja perfectamente con lo que

estaba usted diciendo. Entre más cerca, mejor suena el violín. Es el aire lo que está mal, no el instrumento. No transporta los sonidos del modo que debiera, y por eso se oyen los sonidos como sabe la cerveza.

-Muertos -señaló Brian.

Albert asintió.

_Gracias, Albert -dijo Bob.

-De nada. ¿Ya lo puedo guardar?

-Desde luego -Bob continuó en tanto Albert guardaba el violín en el estuche, y después utilizaba una servilleta para limpiar el pasador manchado y sus propios dedos-. En la situación en que nos encontramos, el gusto y el sonido no son los únicos elementos desafinados. Vean las nubes, por ejemplo.

-¿Qué pasa con ellas? -preguntó Rudy Warwick.

-No se han movido desde que llegamos, y no creo que se vayan a mover. Considero que los patrones de clima con los que estamos acostumbrados a vivir se han detenido o se están debilitando como un viejo reloj de bolsillo.

Bob quedó en silencio por un momento. De repente, se vio viejo, desamparado y asustado.

-Como diría el señor Hopewell, no nos andemos con rodeos. Todo se siente mal aquí. Dinah, cuyos sentidos, incluyendo ese vago y singular que llamamos el sexto sentido, están más desarrollados que los nuestros, tal vez lo ha sentido con más fuerza, pero creo que todos lo hemos percibido en algún grado. Las cosas están mal aquí.

-Y ahora llegamos al meollo del asunto.

Se volvió a mirarlos.

-No hace ni quince minutos mencioné que se sentía como que era la hora del almuerzo. Ahora me parece mucho más tarde que eso. Las tres de la tarde, las cuatro, tal vez. Mi estómago no está refunfuñando por el desayuno; quiere un. platillo fuerte y una taza de té. Tengo la terrible sensación de que empezará a oscurecer en el exterior antes de que nuestros relojes indiquen que faltan quince minutos para las diez de la mañana.

-Al grano, compañero -urgió Nick.

-Creo que se trata del tiempo -dijo Bob con voz tranquila-. No de otra dimensión, como sugirió Albert, sino del tiempo. Supongamos que de vez en cuando aparece un agujero en la corriente del tiempo. No una deformación, sino una rasgadura en el tiempo. Una rasgadura en el tejido temporal.

-¡Es la mierda más descabellada que he oído! -exclamó Don Gaffney.

- ¡Amén! -secundó Craig Toomey desde el piso.

-No -respondió Bob con energía-. Si quiere mierda descabellada, piense en cómo sonó el violín de Albert cuando estaba a dos metros de distancia. O mire a su alrededor, señor Gaffney. Nada más mire a su alrededor. Lo que nos está sucediendo... en lo que estamos metidos... eso es una mierda descabellada.

Don frunció el ceño y hundió las manos en los bolsillos.

- Siga -dijo Brian.

-De acuerdo. No pretendo que mi juicio sea el correcto; sólo presento una hipótesis que se ajusta a la situación en que nos encontramos. Digamos que esas rasgaduras en el tejido del tiempo aparecen de vez en cuando, pero sobre todo en áreas no pobladas... con esto me refiero al océano, desde luego. Ignoro a qué se debe, pero es una suposición lógica, ya que es donde parece que han ocurrido la mayoría de esas desapariciones.

-Los patrones de clima sobre el agua casi siempre son diferentes a los patrones de clima sobre grandes masas de tierra -dijo Brian-. Esa pudiera ser la razón.

Bob asintió.

-Correcta o equivocada, es una forma razonable de plantearlo, ya que se coloca en un contexto que nos es familiar a todos. Eso podría ser similar a fenómenos meteorológicos extraños de los que se informa en ocasiones: tornados al revés, arco iris circulares, luz de

Librodot

estrellas en el día. Estas rasgaduras del tiempo pueden aparecer y desaparecer al azar, o pueden moverse, igual que se mueven los sistemas de frentes y de presión, pero muy rara vez se presentan sobre tierra.

-Pero cualquier experto en estadísticas nos diría que lo que es probable que suceda, sucederá tarde o temprano, así que digamos que anoche apareció una sobre tierra... y tuvimos la mala suerte de entrar en ella. Y sabemos algo más. Alguna regla o propiedad desconocida de este fabuloso fenómeno meteorológico imposibilita que cualquier ser viviente viaje a través de él, a menos que esté sumido en un profundo sueño.

-Auu, eso es un cuento de hadas -exclamó Gaffney. -Estoy completamente de acuerdo -dijo Craig desde el piso.

-Cállese el hocico -le gruño Gaffney. Craig pestañeó y después alzó el labio superior en una débil mueca de desprecio.

-Suena bien -dijo Bethany en voz queda-. Se siente como si estuviéramos desfasados con respecto... a todo lo demás.

-¿Qué sucedió con la tripulación y los pasajeros? -preguntó Albert. Se le oía indispuesto-. Si el avión atravesó, y nosotros atravesamos, ¿qué sucedió con el resto de la gente?

Su imaginación le proporcionaba una respuesta en la figura de una súbita imagen indeleble: cientos de personas que caían del cielo, corbatas y pantalones que ondeaban, vestidos que se alzaban para revelar ligueros y ropa interior, zapatos que se desprendían, plumas (es decir, las que no se quedaron en el avión) que se salían de los bolsillos; personas que agitaban manos y piernas, tratando de gritar en el aire; personas que habían dejado atrás billeteras, bolsos, monedas y, por lo menos en un caso, marcapasos. Las veía estrellándose en la tierra, .como bombas que no estallan, aplastando arbustos, levantando pequeñas nubes de polvo pétreo, las formas de sus cuerpos impresas en el suelo del desierto.

-Me inclino a pensar que se vaporizaron -dijo Bob-. Se desintegraron por completo.

Dinah, al principio, no entendía; luego pensó en el bolso de tía Vicky, con los cheques de viajero todavía en el interior, y empezó a llorar suavemente. Laurel cruzó los brazos por los hombros de la niña ciega y la estrechó con ternura. Albert, mientras tanto, agradecía a Dios con fervor que su madre hubiese cambiado de parecer al último momento, y no lo hubiera acompañado al este, después de todo.

-En muchos casos, sus pertenencias se fueron con ellos -prosiguió el escritor-. Es posible que los que dejaron billeteras y bolsos los hayan tenido en las manos en el momento de... El Evento. Sin embargo, es difícil saberlo. Qué se llevaron y qué dejaron atrás... supongo que estoy pensando en la peluca más que en otra cosa... no parece que haya prevalecido un patrón definido.

-En eso tiene razón -convino Albert-. Los clavos quirúrgicos, por ejemplo. Dudo mucho que el sujeto a quien pertenecían se los sacara del hombro o de la rodilla para jugar porque estaba aburrido.

-Estoy de acuerdo -dijo Rudy Warwick-. Había transcurrido muy poco tiempo de vuelo para estar tan aburrido.

Bethany lo miró, sorprendida, y después estalló en risas.

-Originalmente, soy de Kansas -intervino Bob-, y el elemento del azar me recuerda los huracanes que a veces se presentaban en el verano. Destruían totalmente la casa de una granja y dejaban el retrete en pie, o arrasaban un granero sin mover un solo guijarro en el sitio junto a él.

-Concrétese a lo esencial, compañero -dijo Nick-. Cualquiera que sea el tiempo en que estemos, no puedo evitar la sensación de que es muy tarde en el día.

Brian pensó en Craig Toomy, el señor "Tengo que llegar a Boston", de pie en la cabecera del tobogán de emergencia, gritando; ¡El tiempo es breve! ¡El jodido tiempo es muy corto!

-Está bien -dijo Bob-. Lo esencial. Supongamos que existen fenómenos como

Librodot

rasgaduras de tiempo y que hemos penetrado en una. Creo que hemos retrocedido al pasado y descubierto la desagradable verdad de los viajes en el tiempo: no puedes aparecer en la biblioteca escolar de la Universidad del Estado de Texas el 22 de noviembre de 1963 e impedir el asesinato de Kennedy; no puedes observar la construcción de las pirámides, o el saqueo de Roma; no puedes investigar personalmente la Edad de los Dinosaurios.

Levantó los brazos, las manos extendidas, como para abarcar todo el mundo silencioso que los rodeaba.

-Den un buen vistazo, compañeros viajeros en el tiempo. Éste es el pasado. Está vacío; silencioso. Es un mundo o, acaso, un universo, con todo el sentido y significado de una lata de pintura desechada. Creo que es posible que hayamos saltado una distancia absurdamente corta en el tiempo, tal vez tan reducida como quince minutos... al menos en un principio. Pero es evidente que el mundo se está desenvolviendo a nuestro alrededor. Está desapareciendo el estímulo sensorial. La electricidad ya desapareció. El clima es el que imperaba cuando saltamos al pasado. Pero me parece que, mientras el mundo se desenvuelve, el tiempo en sí se está enredando en una especie de espiral... apiñándose en sí mismo.

-¿No podría ser el futuro? -preguntó Albert con cautela.

Bob Jenkins encogió los hombros. De pronto se vio muy cansado.

-No lo sé con seguridad, desde luego... ¿cómo podría?... pero no lo creo. Este lugar en que estamos se siente viejo y estúpido y débil y sin sentido. Se siente... no lo sé...

Entonces habló Dinah. Todos la miraron.

-Se siente acabado -dijo con suavidad.

-Si -dijo Bob-. Gracias, cariño. Ésa es la palabra que buscaba.

-¿Señor Jenkins?

-¿Sí?

-El sonido del que le hablé antes. Lo puedo oír otra vez -hizo una pausa-. Se está acercando.

8

Todos quedaron en silencio, los rostros largos y a la escucha. Brian pensó que oía algo, luego decidió que era el sonido de su propio corazón. O imaginación, sencillamente.

-Quiero ir a las ventanas otra vez -dijo Nick de pronto. Pasó sobre el cuerpo caído de Craig sin mirarlo siquiera y se dirigió al restaurante sin añadir una sola palabra.

-¡Hey! -gritó Bethany-. ¡Hey, yo también quiero ir! Albert la siguió; la mayoría lo secundó.

-¿Y ustedes dos? -preguntó Brian a Laurel y Dinah. -No quiero ir -objetó Dinah-. Desde aquí lo puedo

oír con toda claridad -hizo una pausa y añadió-: ¡Pero

si no salimos pronto de aquí, creo que lo oiré mejor! Brian miró a Laurel Stevenson.

Me quedaré con Dinah -dijo en tono bajo.

-Está bien -aceptó Brian-. Manténganse lejos del señor Toomy.

-"Manténganse lejos del señor Toomy" -lo imitó Craig furioso, desde el piso. Volvió la cabeza con un gran esfuerzo y sus ojos rodaron en las órbitas para mirar a Brian-. No saldrá impune de esto, capitán Engle. Desconozco el juego en que creen que están participando usted y su amigo el inglés, pero no saldrá impune. Su siguiente trabajo como piloto probablemente consistirá en transportar cocaína desde Colombia en la oscuridad. Al menos no mentirá cuando les cuente a sus amigos lo bajo que ha caído como piloto.

Brian empezaba a responderle cuando cambió de idea. Nick había dicho que este hombre, en el mejor de los casos, sufría demencia temporal, y Brian pensó que Nick estaba en lo cierto. Tratar de razonar con un demente era inútil y una pérdida de tiempo.

-Mantendremos nuestra distancia, no se preocupe -manifestó Laurel. Guió a Dinah hasta una de las pequeñas mesas y se sentó con ella-. Estaremos bien.

-Bueno -dijo Brian-. Grite si hace algún intento por soltarse.

Laurel sonrió tristemente.

-Puede estar seguro de eso.

Brian se agachó, revisó el mantel con que Nick había atado las manos de Craig y después caminó a través de la sala de espera para unirse a los demás, quienes estaban de pie en una línea en las ventanas de piso a techo.

9

Empezó a oírlo antes de que hubiese recorrido la mitad de la sala de espera, y para el momento en que se unió á los otros era imposible creer que era una alucinación auditiva.

El oído de la niña es realmente extraordinario, pensó Brian.

El sonido era muy tenue -para él, al menos- pero ahí estaba, y parecía que provenía del este. Dinah había dicho que sonaba como el arroz tostado cuando viertes leche sobre él. Brian lo oía más bien como estática de radio -la estática excepcionalmente áspera durante periodos de alta actividad por manchas de sol. Coincidió con Dinah en un aspecto, no obstante: sonaba maligno.

Pudo sentir que se le erizaban los cabellos de la nuca en respuesta a ese sonido. Miró a los demás y vio idénticas expresiones de consternación atemorizada en cada rostro. Nick era quien se controlaba mejor y la chica que casi se había negado a usar el tobogán -Bethany-era la que mostraba el terror más profundo, pero todos percibían el mismo elemento en el sonido.

Maligno.

Algo maligno en camino. Apresurado.

Nick se volvió hacia él.

-¿Qué se le ocurre, Brian? ¿Alguna idea?

-No -negó Brian-. Ni siquiera una diminuta. Todo lo que sé es que es el único sonido en la ciudad.

-Aún no está en la ciudad -dijo Don-, pero creo que llegará muy pronto. Sólo desearía saber cuánto tiempo le tomará.

Guardaron silencio de nuevo, escuchando la constante crepitación silbante proveniente del este. Y Brian reflexionó: Tengo la sensación de que conozco ese sonido. No es cereal con leche ni es estática de radio, ¿pero... qué? Si tan sólo no fuese tan tenue.

Pero no quería saberlo. Súbitamente se dio cuenta de eso, y con gran fervor. No quería saberlo en absoluto. El sonido le causaba una terrible aversión.

-¡Tenemos que irnos de aquí! -exclamó Bethany. Su voz era estridente y vacilante. Albert le colocó un brazo alrededor de la cintura y ella le tomó la mano con las dos suyas. La apretó con rigidez aterrorizada-. ¡Tenemos que irnos de aquí ahora mismo!

-Sí -dijo Bob Jenkins-. Tiene razón. Ese sonido... no sé lo que es, pero es horrible. Tenemos que irnos de aquí.

Todos miraban a Brian y éste pensó: Parece que de nuevo soy el capitán. Pero no por mucho tiempo. Porque no entendían. Ni siquiera Jenkins, a pesar de lo agudas que pudieron ser sus deducciones, entendía que no irían a ninguna parte.

Lo que fuese que produjera ese sonido estaba en camino, y no importaba, porque aún estarían aquí cuando llegara. No había forma de evitarlo. El entendía la razón, aunque no la percibiesen los demás... y Brian Engle comprendió de pronto lo que debe sentir un animal atrapado cuando oye el embate continuo de las botas del cazador que se acercan.

Librodot

Seis

Varados. Las cerillas de Bethany. Tráfico en doble sentido adelante. El experimento de Albert. La caída de lo noche. La oscuridad ye el cuchillo.

1

Brian se volvió a mirar al escritor.

-Insiste en que tenemos que irnos de aquí, ¿correcto? -Sí. Pienso que debemos hacerlo tan pronto como sea posible...

-¿Y adónde sugiere que vayamos? ¿Atlantic City? ¿Miami Beach? ¿El Club Med?

-Usted está insinuando, capitán Engle, que no hay lugar al que podamos irnos. Creo, espero, que está equivocado. Tengo una idea.

-¿Cuál es?

-En un momento. Primero, respóndame a una pregunta. ¿Pode a reabastecer el avión? ¿Sería posible reabastecerlo aunque no haya energía?

-Creo que sí. Digamos que sería posible con la ayuda de unos cuantos hombres robustos. ¿Después qué?

-Despegamos de nuevo -dijo Bob. Pequeñas cuentas de sudor relucían en su rostro profundamente arrugado. Parecían gotas de aceite transparente-. Ese sonido... ese sonido crujiente... viene del este. La rasgadura en el tiempo estaba a varios miles de kilómetros al oeste de aquí. Si regresáramos por nuestro curso original... ¿podría hacer eso?

-Sí -respondió Brian. Había dejado funcionando las

unidades auxiliares de energía, y eso significaba que todavía estaba intacto el programa del sistema inercial de navegación por computadora. Ese programa era un registro exacto del viaje que habían hecho, desde el momento en que el vuelo 29 despegó en el sur de California, hasta el momento en que aterrizó en el centro de Maine. El toque de un botón daría instrucciones a la computadora para que invirtiera ese curso; una vez en el aire, el toque de otro botón pondría en operación el piloto automático. El sistema inercial de navegación Teledyne, recrearía el viaje de regreso hasta en las desviaciones más mínimas-. Podría hacerlo, ¿pero por qué?

-Porque es posible que todavía esté ahí la rasgadura. ¿No lo ve? Tal vez podríamos volver a atravesarla en el viaje de regreso.

Nick miró a Bob con una súbita concentración desconcertada y después se volvió hacia Brian.

-Es probable que su razonamiento sea acertado. Probable, únicamente.

La mente de Albert Kaussner se distrajo hacia una desviación irrelevante, pero fascinante: si la rasgadura seguía ahí, y si el vuelo 29 había utilizado una altitud y rumbos de uso frecuente -una especie de avenida este-oeste en el cielo- era posible que hubiesen atravesado otros aviones entre la 1:07 de la madrugada y esta hora (cualquiera que fuese esta hora). Tal vez había otros aviones que aterrizaban, o habían aterrizado, en otros aeropuertos norteamericanos desiertos, otras tripulaciones y pasajeros que erraban de un lado a otro, atónitos...

No, pensó. Dio la casualidad de que nosotros tuviéramos un piloto a bordo. ¿Cuáles son las probabilidades de que eso suceda dos veces?

Pensó en lo que el señor Jenkins había comentado sobre las dieciséis veces consecutivas que Ted Williams había tocado base y se estremeció.

-Podría ser acertado su razonamiento y podría no serlo -dijo Brian. En realidad, no importa, porque no vamos a ir a ninguna parte en ese avión.

-¿Por qué no? -preguntó Rudy-. Si lo puede reabastecer, no veo...

-¿Recuerdan las cerillas? ¿Las de tazón del restaurante? ¿Las que no encendían?

La mirada de Rudy era de incomprensión, pero en el rostro de Bob Jenkins se extendió una expresión de enorme desaliento. Se puso la mano en la frente y dio un paso hacia atrás. Pareció encogerse físicamente frente a ellos.

-¿Qué? -preguntó Don. Miraba a Brian bajo dos cejas fruncidas. Era una actitud que transmitía confusión y sospecha-. ¿Qué tiene eso que ver con...?

Pero Nick lo sabía.

-¿No lo entiende? -preguntó en voz baja- ¿No lo entiende, compañero? Si las baterías no funcionan, si las cerillas no encienden...

-... el combustible no servirá -terminó Brian-. Estará tan usado y desgastado como todo lo demás en este mundo-miró a cada uno de ellos por turno-. Igual podría llenar los tanques con melaza.

2

¿Alguna de ustedes, distinguidas damas, ha oído hablar de los langoliers? -preguntó Craig de pronto. Su tono era ligero, casi vivaz.

Laurel se sobresaltó y miró nerviosa hacia los demás, quienes todavía estaban hablando, de pie junto a las ventanas. Dinah sólo giró la cabeza hacia la voz de Craig, aparentemente sin ninguna sorpresa.

-No -dijo tranquila-. ¿Qué son?

-No hables con él, Dinah -susurró Laurel.

-Oí eso -indicó Craig en el mismo tono agradable de voz-. Es conveniente que sepa que Dinah no es la única con oído fino.

Laurel sintió una oleada de calor en el rostro.

-De cualquier modo, yo no lastimaría a la niña-prosiguió Craig-. Como tampoco pensaba lastimar a esa chica. Sólo estoy asustado. ¿Usted no lo está?

-Sí -respondió Laurel con brusquedad-, pero cuando estoy asustada no capturo rehenes y trato de matar adolescentes.

-Usted no tenía lo que parecía toda la línea delantera de los Rams de Los Ángeles a punto de arrojarse sobre usted a la vez -dijo Craig-. Y ese sujeto inglés... -rió. El sonido de su risa en este lugar silencioso era de una alegría inquietante, de una normalidad inquietante-. En fin, todo lo que le puedo decir es que si piensa que yo estoy loco, es que no lo ha observado a él. Ese hombre tiene un serrucho en la cabeza.

Laurel no supo qué responder. Sabía que no había sucedido en la forma en que Craig Toomy lo exponía, pero cuando hablaba parecía como si hubiese sido así... y lo que decía acerca del inglés estaba demasiado cerca de la verdad. Los ojos del hombre... y la patada que había lanzado contra las costillas del señor Toomy después de atarlo... Laurel se estremeció.

-¿Qué son los langoliers, señor Toomy? -preguntó Dinah.

-Bien, siempre pensé que eran una fantasía -dijo Craig con el mismo tono de buen humor-. Ahora empiezo a dudar... porque yo también lo oigo, señorita. Lo oigo, en efecto.

-¿El sonido? -preguntó Dinah en tono bajo-. ¿Ese sonido son los langoliers?

Laurel puso una mano en el hombro de Dinah.

-Desearía que no hablaras más con él, cariño. Me pone nerviosa.

-¿Por qué? ¿Está atado, no es así?

-Sí, pero...

-En cualquier momento podría llamar a los demás, ¿o no?

-Bueno, pienso...

Quiero saber acerca de los langoliers.

Con cierto esfuerzo, Craig volvió la cabeza para verlas... y Laurel sintió parte del encanto y fuerza de personalidad que había mantenido a Craig firmemente a la cabeza mientras representaba el argumento de alta presión que sus padres habían escrito para él. Lo sintió, aun cuando yacía en el piso con las manos atadas detrás de él y su propia sangre secándose en la frente y la mejilla izquierda.

Mi padre decía que los langoliers eran criaturas pequeñas que vivían en armarios y alcantarillas y otros lugares oscuros.

-¿Como duendes? -quiso saber Dinah.

Craig rió y sacudió la cabeza.

-Me temo que no son tan agradables. Decía que en realidad no eran más que cabello y dientes, y unas pequeñas piernas muy veloces, las pequeñas piernas eran veloces, decía, para que pudiesen alcanzar a los chicos y chicas malos sin importar qué tan rápidos fueran para escabullirse.

-Cállese ordenó Laurel con frialdad-. Está asustando a la niña.

-No, no me asusta -replicó Dinah-. Reconozco la fantasía cuando la escucho. Es interesante, eso es todo -su rostro, sin embargo, expresaba que era más que interesante. Estaba absorta, fascinada.

-¿Verdad que lo es? -dijo Craig, aparentemente complacido con su interés-. Creo que lo que quiere decir Laurel es que la estoy asustando a ella. ¿Me gané el puro, Laurel? De ser así, me gustaría que fuera un El Producto, por favor. Nada de esos White Owls para mí -se rió de nuevo.

Laurel no respondió, y Craig continuó después de un momento:

-Papá decía que había miles de langoliers. Decía que tenía que ser así, porque había millones de chicos y chicas malos que se escabullían en el mundo. Siempre lo exponía de ese modo. Mi padre nunca vio que corriera un niño en toda su vida. Se escabullían constantemente. Creo que le gustaba esa palabra porque implica acción sin sentido, sin dirección, improductiva. Pero los langoliers... ellos sí corren. Ellos sí tienen un propósito. De hecho, se podría decir que los langoliers son el propósito personificado.

-¿Qué hacían los niños que fuera tan malo? -preguntó Dinah-. ¿Qué hacían que fuese tan malo que tuviesen que perseguirlos los langoliers?

- Bueno, me alegra que me hayas preguntado eso -dijo Craig-. Cuando mi padre decía que alguien era malo, Dinah, quería decir que era perezoso. Una persona perezosa no podía ser parte de LA GRAN IMAGEN. De ningún modo. En mi casa, o eras parte de LA GRAN IMAGEN o estabas TUMBADO EN EL TRABAJO, y ésa era la peor clase de maldad. El cortarle a alguien la garganta era un pecado venial en comparación con ESTAR TUMBADO EN EL TRABAJO. Decía que si no eras parte de LA GRAN IMAGEN, vendrían los langoliers y te sacarían de la imagen completamente. Decía que una noche estarías en cama y los oirías acercarse... crujiendo y chasqueando en el camino hacia ti... y te atraparían, aunque trataras de escabullirte. Debido a sus rápidas y pequeñas...

- Ya basta dijo Laurel. Su voz era contundente y áspera.

-No obstante, ahí afuera está el sonido -señaló Craig. Sus ojos la miraron radiantes, casi pícaros-. No lo puede negar. El sonido realmente está ahí afue...

- Cállese o yo misma lo golpearé con algo.

-Está bien -dijo Craig. Rodó sobre la espalda, hizo una mueca y después rodó más, hasta el otro costado, alejándose de ella-. Uno se cansa de que le peguen cuando está abatido y atado de pies y manos.

Esta vez, Laurel no sólo sintió calor sino fuego en el rostro. Se mordió el labio y no dijo nada. Sentía deseos de llorar. ¿Cómo se suponía que se debía manejar a alguien como este individuo? ¿Cómo ? Primero el hombre parecía tan loco como una cabra y, en seguida, perfectamente cuerdo. Y mientras tanto, el mundo entero -LA GRAN IMAGEN del señor

Toomy- se había ido al diablo.

-Apuesto a que le tenía miedo a su papá, señor Toomy.

Craig miró sobre el hombro hacia Dinah, sobresaltado.

Sonrió de nuevo, pero esta sonrisa era diferente. Era una sonrisa triste, herida, sin rastro de relaciones públicas.

-Esta vez usted se gana el puro, señorita -dijo-. Le tenía terror.

-¿Ya murió?

-Sí.

-¿Estaba TUMBADO EN EL TRABAJO? ¿Se lo llevaron los langoliers?

Craig pensó por un largo rato. Recordaba que le habían dicho que su padre había sufrido un ataque al corazón en la oficina. Cuando su secretaria lo llamó por el intercomunicador para avisarle de la junta de personal a las diez y no obtuvo respuesta, entró al privado y lo encontró muerto sobre la alfombra, con los ojos desorbitados, y espuma secándosele en la boca.

¿Eso te lo dijo alguien?, se preguntó de pronto. ¿Que sus ojos estaban desorbitados, que tenía espuma en la boca? ¿Realmente te lo dijo alguien... mamá tal vez, cuando estaba ebria... o fue nada más un deseo inconsciente?

¿Señor Toomy? ¿Se lo llevaron?

-Sí -dijo Craig, pensativo-. Me imagino que no atendió su trabajo y se lo llevaron.

-¿Señor Toomy?

-¿Qué?

-Yo no soy como usted me ve. No soy fea. Ninguno de nosotros lo es.

Craig la miró, sorprendido.

-¿Cómo sabes de qué modo los veo, pequeña señorita ciega?

-Se asombraría -repuso Dinah.

Laurel se volvió hacia ella, de repente más inquieta que nunca... pero desde luego, no había nada que ver. Las gafas oscuras de Dinah derrotaban la curiosidad.

3

Los demás pasajeros permanecían de pie en el extremo opuesto de la sala de espera, escuchando el bajo sonido crepitante, sin pronunciar palabra. Parecía que ya no había nada más que decir.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Don, daba la impresión de haberse marchitado dentro de la camisa roja de leñador. Albert pensó que la camisa misma había perdido una parte de la vibrante vivacidad de macho.

-No lo sé -dijo Brian. Sentía una horrible impotencia que avanzaba penosamente en su vientre. Miró el avión, el que había sido su avión por un corto lapso, y lo impresionó la pureza de sus líneas y la delicada belleza. En comparación, el Delta 727 junto a él en la pista de rodaje se veía como una matrona muy poco atractiva. Te parece cautivante porque nunca volará otra vez, eso es todo. Es como un breve vistazo a una mujer hermosa en el asiento posterior de una limosina -se ve aún más hermosa de lo que es en realidad, porque sabes que no es tuya, que nunca será tuya.

-¿Cuánto combustible queda, Brian? -preguntó Nick de pronto-. Tal vez el consumo no sea igual aquí. Tal vez hay más del que cree.

-Todos los indicadores funcionan perfectamente -dijo Brian-. Cuando aterrizamos, tenía menos de 600 libras. Necesitaríamos por lo menos 50 000 para regresar al punto donde sucedió esto.

Bethany sacó sus cigarrillos y le ofreció la cajetilla a Bob. Este sacudió la cabeza. Bethany se llevó uno a la boca, sacó las cerillas, frotó una.

No encendió.

-Oh-oh -dijo.

Albert la miró. Bethany frotó otra vez la cerilla... y otra... y otra vez. Nada. La chica, atemorizada, dirigió los ojos hacia Albert.

-A ver -pidió Albert-. Déjame probar.

Tomó las cerillas de la mano de la chica y arrancó otra. La frotó sobre la franja en la parte de atrás. Nada.

-Lo que sea, parece que es contagioso -observó Rudy Warwick.

Bethany estalló en lágrimas y Bob le ofreció su pañuelo.

-Esperen un minuto -dijo Albert, y frotó de nuevo la cerilla. Esta vez encendió... pero la llama era baja, declinante, sin entusiasmo. La acercó a la temblorosa punta del cigarrillo de Bethany y, de pronto, una imagen clara invadió su mente: un letrero por el que había pasado todos los días durante los últimos tres años mientras conducía su bicicleta de diez velocidades hacia la preparatoria en Pasadena. PRECAUCIÓN, decía el letrero.

TRÁFICO EN DOBLE SENTIDO ADELANTE.

¿Qué diablos significa eso?

No lo sabía... no todavía, al menos. Con seguridad, sólo sabía que había una idea que quería surgir pero, por el momento, estaba atorada en los engranes.

Albert sacudió la cerilla para apagarla. No necesitó gran movimiento. Bethany inhaló el cigarrillo y luego hizo una mueca.

-¡Pufff! Sabe como un Carlton, o algo así.

-Sopla humo en mi cara -dijo Albert.

-¿Qué?

-Ya me oíste. Sopla humo en mi cara.

Bethany lo complació y Albert olfateó el humo. Su anterior fragancia dulce, ahora estaba apagada.

Lo que sea, parece que es contagioso.

PRECAUCIÓN: TRÁFICO EN DOBLE SENTIDO ADELANTE.

-Creo que volveré al restaurante -dijo Nick. Se veía deprimido-. Yon Cassius tiene una tendencia taimada y escurridiza. No me agrada que se quede con las damas demasiado tiempo.

Brian empezó a caminar tras él y lo siguieron los demás. Albert pensó que estas olas de movimiento eran un tanto cómicas -se estaban comportando como vacas que sienten el trueno en el aire.

-Anda -dijo Bethany-. Vamos -dejó caer el cigarrillo a medio fumar en un cenicero y usó el pañuelo de Bob para enjugarse los ojos. Luego tomó la mano de Albert.

Estaban a la mitad de la sala de espera y Albert iba mirando la espalda de la camisa roja del señor Gaffney cuando le llegó de nuevo, esta vez con más intensidad:

TRÁFICO EN DOBLE SENTIDO ADELANTE.

-¡Esperen un momento! -gritó. De pronto, deslizó un brazo por la cintura de Bethany, la atrajo hacia él, puso el rostro en el hueco de la garganta de la chica e inhaló profundamente.

¡Caramba! ¡Apenas nos conocemos! -exclamó Bethany. Luego profirió una risita sofocada e incierta, y colocó los brazos alrededor del cuello de Albert. Este último, un joven cuya timidez natural, por lo general; sólo desaparecía en sus fantasías, no le prestó la menor atención. Inhaló de nuevo por la nariz. El aroma de su cabello, sudor y perfume todavía estaban ahí, pero eran débiles; muy débiles.

Todos miraron a su alrededor, pero Albert ya había soltado a Bethany y corría de regreso a las ventanas.

¡Guau! -dijo Bethany. Todavía reía un poco y se ruborizaba, radiante-. ¡Chico tan extraño!

Albert miró el vuelo 29 y se percató de lo que Brian había observado unos cuantos minutos antes; el avión era delicado y definido, y de una blancura casi imposible. Parecía que vibraba en la sombría quietud exterior.

De repente, le llegó la idea. Estalló detrás de sus ojos semejantes a fuegos artificiales. El concepto central era una bola brillante, ardiente; las implicaciones radiaban como lentejuelas fulgurantes y por un momento casi se olvidó de respirar.

-¿Albert? -preguntó Bob-. ¿Albert, qué pa...?

-¡Capitán Engle! -gritó Albert. En el restaurante, Laurel se puso rígida y Dinah apretó su brazo con manos como garras. Craig Toomy estiró el cuello para ver qué era lo que pasaba-. ¡Capitán Engle, venga acá!

4

En el exterior, el sonido era más fuerte.

Para Brian era el sonido de estática en la radio. Nick Hopewell pensaba que se oía como un intenso viento que sacudía hojas tropicales secas. Albert, quien había trabajado en McDonald's el verano anterior, recordó el sonido de las papas a la francesa en una freidora honda, y para Bob Jenkins era el sonido de papel que se arrugaba en una habitación distante.

Los cuatro pasaron a gatas a través de las tiras de hule colgantes y después salieron al área de descarga del equipaje, escuchando el sonido de lo que Craig Toomy llamaba los langoliers.

-¿Cuánto más cerca está? -preguntó Brian a Nick.

-No lo sé. Se oye más próximo, pero hay que tomar en cuenta que antes estábamos dentro.

-Vamos -dijo Albert impaciente-. ¿Cómo tenemos que subir? ¿Escalamos el tobogán?

-No será necesario -contestó Brian, y señaló. En el extremo opuesto de la Entrada 2 estaba una escalinata rodante. Caminaron hacia ella, los zapatos produciendo un lánguido rumor en el concreto.

-¿Estás consciente de las pocas probabilidades de éxito de esta tentativa, Albert? -preguntó Brian mientras caminaban.

-Sí, pero...

-Cualquier tentativa es mejor que ninguna -terminó Nick por él.

-No quiero que se decepcione demasiado si no resulta.

-No se preocupe -dijo Bob con voz suave-. Yo me decepcionaré por todos nosotros. La idea del muchacho tiene un sentido lógico. Es muy probable que funcione... aunque, Albert, ¿te das cuenta de que aquí puede haber factores que aún no hemos descubierto?

-Sí.

Llegaron a la escalerilla rodante, y Brian soltó los frenos de pie de las ruedas con una ligera patada. Nick se colocó detrás del mango que sobresalía del barandal izquierdo y Brian agarró el de la derecha.

-Espero que todavía ruede -dijo Brian.

-Debe rodar -respondió Bob Jenkins-. Algunos... tal vez la mayoría, incluso... de los componentes físicos y químicos normales de la vida parece que siguen en operación; nuestros cuerpos conservan la capacidad para procesar el aire, las puertas se abren y cierran...

-No olvide la gravedad -intervino Albert-. La tierra todavía atrae.

-Dejemos las especulaciones e intentémoslo -dijo Nick.

La escalerilla rodó con facilidad. Los dos hombres la llevaron sobre el pavimento hacia el 767, con Albert y Bob detrás de ellos. Una de las ruedas rechinaba rítmicamente. Aparte de eso, el único sonido era el bajo y constante crujido-chasquido-crujido desde alguna parte sobre el' horizonte del este.

-Mírenlo -dijo Albert al acercarse al 767-. Miren, nada más. ¿No lo pueden ver? ¿No pueden ver cuánto más está ahí que cualquier otra cosa?

No había necesidad de responder, y nadie lo hizo. Todos podían verlo. Y con renuencia,

Librodot

casi contra su voluntad, Brian empezó a pensar que era posible que el chico estuviese en lo cierto.

Colocaron la escalerilla en ángulo entre el tobogán y el fuselaje del avión, con el escalón superior a sólo una larga zancada de distancia de la puerta abierta.

-Yo subiré primero -indicó Brian-. Una vez que meta el tobogán, Nick, usted y Albert coloquen la escalera en una mejor posición.

-A la orden, mi capitán -dijo Nick, y se cuadró en un pequeño y pulcro saludo, los nudillos de los dedos primero y segundo en contacto con la frente.

Brian gruñó.

-"Agrega subalterno" -dijo, y después subió de prisa las escaleras. Unos cuantos minutos más tarde había usado el acollador del tobogán de emergencia para meterlo al avión. Luego se inclinó hacia afuera para observar a Nick y Albert quienes maniobraban cuidadosamente la escalerilla rodante hasta que la pusieron en posición con el escalón superior justo debajo de la entrada de proa del 767.

5

Rudy Warwick y Don Gaffney estaban ahora cuidando a Craig. Bethany, Dinah y Laurel miraban hacia el exterior por las ventanas de la sala de espera.

-¿Qué están haciendo? -preguntó Dinah.

-Retiraron el tobogán y colocaron una escalerilla junto a la puerta -dijo Laurel-. Ahora están subiendo -miró a Bethany-. ¿Estás segura de que no sabes lo que están tramando?

Bethany negó con un movimiento de cabeza.

-Todo lo que sé es que Ace... Albert, quiero decir... casi se volvió loco. Me gustaría pensar que fue una atracción sexual incontrolable, pero no creo que lo fuera -hizo una pausa, sonrió y añadió-. No todavía, al menos. Mencionó algo acerca de que el avión estaba más ahí. Y que mi perfume estaba menos aquí, lo cual seguramente no le agradaría a Coco Chanel o comoquiera que se llame. Y tráfico de doble sentido. No le entendí. Sólo farfullaba, en realidad.

-Apuesto a que yo lo sé -afirmó Dinah.

-¿Qué es lo que piensas, cariño?

Dinah sólo sacudió la cabeza.

-Espero que se den prisa. El pobre señor Toomy tiene razón. Se acercan los langoliers.

-Dinah, eso no fue más que un invento de su padre.

-Tal vez fue fantasía en un tiempo -dijo Dinah, volviendo los ojos sin visión hacia las ventanas-, pero ya no lo es.

6

Bien, Ace -manifestó Nick-. Que empiece la función.

El corazón de Albert palpitaba con violencia y le temblaban las manos cuando colocó los cuatro elementos de su experimento en la repisa de primera clase, donde, hacía mil años y en el otro lado del continente, una mujer llamada Melanie Trevor había supervisado un envase de jugo de naranja y dos botellas de champaña.

Brian observaba con atención mientras Albert enfilaba una carterita de cerillas, una botella de Budweiser, una lata de Pepsi y un sandwich de mantequilla de cacahuate y jalea del refrigerador del restaurante. El sandwich estaba sellado con envoltura plástica.

- Está bien -dijo Albert, y respiró hondo-. Veamos qué tenemos aquí.

7

Don salió del restaurante y caminó hasta las ventanas. -¿Qué está pasando?

- No lo sabemos -respondió Bethany. Había logrado animar la llama de otra de las cerillas y estaba fumando de nuevo. Cuando sacó el cigarrillo de la boca, Laurel vio que había arrancado el filtro-. Entraron al avión; todavía están adentro; fin de la historia.

Don miró hacia afuera durante varios segundos.

-Se ve diferente el exterior. No puedo decir por qué, pero se ve.

-Se está yendo la luz -dijo Dinah-. Ésa es la diferencia -su voz se oía calmada, pero el pequeño rostro mostraba soledad y temor-. Puedo sentir que se va.

-Es verdad -coincidió Laurel-. Sólo hemos tenido luz de día durante dos o tres horas, y ya está oscureciendo de nuevo.

-Saben, yo sigo pensando que es un sueño -dijo Don-. Sigo pensando que es la peor pesadilla que he tenido, pero que despertaré muy pronto.

Laurel asintió.

-¿Cómo está el señor Toomy?

Don rió sin mucho humor.

-No lo creerán.

-¿No creeremos qué? -preguntó Bethany.

-Está dormido.

8

Desde luego, Craig Toomy no estaba dormido. Las personas que se quedan dormidas en momentos críticos, como ese sujeto que se suponía que debía vigilar mientras Jesús oraba en el Huerto de Getsemaní, no formaban parte de LA GRAN IMAGEN, definitivamente.

A través de ojos no cerrados del todo había observado con atención a los dos hombres y deseaba con fervor que se fuera uno de ellos, o ambos. Por fin, se alejó el de la camisa roja. Warwick, el hombre calvo con grandes dientes postizos, se acercó a Craig y se agachó. Craig dejó que sus ojos se cerraran completamente.

-Hey -dijo Warwick-. Hey, ¿está despierto?

Craig permaneció inmóvil, los ojos cerrados, respirando con regularidad. Consideró la conveniencia de agregar un pequeño ronquido, pero pensó que no era lo adecuado.

Warwick lo empujó con el dedo en el costado.

Craig conservó los ojos cerrados y la respiración pausada.

El calvo se incorporó, pasó sobre Craig y se dirigió a la puerta del restaurante para observar a los demás. Por una rendija en los párpados, Craig se aseguró de que Warwick le daba la espalda. Después, en silencio y con mucho cuidado, empezó a mover las muñecas hacia arriba y hacia abajo dentro de la estrecha figura en ocho que las ataba. Ya se sentía más suelta la cuerda de mantel.

Movió las muñecas en embates cortos, observando la espalda de Warwick, listo para detener el movimiento y cerrar los ojos en el instante en que Warwick mostrara la intención de darse vuelta. Deseó con fervor que Warwick no se diese vuelta. Quería estar libre antes de que regresaran del avión los otros cretinos. Especialmente el cretino inglés, el que le había lastimado la nariz y lo había pateado cuando estaba en el piso. El cretino inglés lo había atado bastante bien; gracias a Dios que sólo era un mantel y no un tramo de cuerda de nailon. En ese

caso, no tendría ninguna probabilidad de soltarse, pero como era...

Se aflojó uno de los nudos y ahora Craig empezó a girar las muñecas de lado a lado. Podía oír el acercamiento de los langoliers. Se proponía salir de aquí y estar en camino a Boston antes de que llegaran. En Boston estaría a salvo. No era posible escabullirse cuando se estaba en una sala de consejo llena de banqueros.

Y que Dios ayudara a cualquiera -hombre, mujer o niño- que tratara de interponerse en su camino.

9

Albert tomó la carterita de cerillas que había sacado del tazón del restaurante.

-Prueba A -dijo-. Ahí va.

Arrancó una cerilla de la carterita y trató de frotarla. Las manos inestables lo traicionaron y falló por casi cinco centímetros la áspera franja que corría a lo largo del borde de la carterita de cartón. La cerilla se dobló.

-¡Mierda! -exclamó Albert.

¿Quieres que yo...? -empezó Bob.

-Déjelo solo -ordenó Brian-. Es el espectáculo de Albert.

-Tranquilo, Albert -añadió Nick.

Albert arrancó otra cerilla de la carterita, les ofreció una sonrisa forzada y la frotó.

La cerilla no encendió.

Frotó de nuevo.

La cerilla no encendió.

-Creo que eso es todo -dijo Brian-. No hay nada...

-Lo olí -anunció Nick-. ¡Olí el azufre! ¡Prueba con otra, Ace!

En cambio, Albert rozó con la misma cerilla la áspera franja por tercera vez... y resplandeció en esta ocasión. No sólo flameó la cabeza inflamable y después se apagó; se sostuvo en la familiar forma de pequeña lágrima, azul en la base, amarilla en la punta, y empezó a quemar el tallo de cartón.

Albert levantó la vista, con una sonrisa ansiosa.

-¿Lo ven? -dijo-. ¿Lo ven?

Apagó la cerilla, la dejó caer y arrancó otra. Esta encendió al primer intento. Dobló hacia atrás la cubierta de la carterita y acercó la llama a las otras cerillas, como lo había hecho Bob Jenkins en el restaurante. Esta vez se encendieron todas con un seco sonido de ¡fsss! Albert les sopló como si fuesen velitas de cumpleaños. Se necesitaron dos bocanadas de aire para completar la tarea.

-¿Ven? -preguntó-. ¿Ven lo que significa? ¡Tráfico en doble sentido! ¡Trajimos con nosotros nuestro propio tiempo! Ahí fuera está el pasado... y en todas partes, me imagino, al este del agujero que atravesamos... ¡pero el presente todavía está aquí! ¡Todavía está atrapado dentro del avión!

-No sé -dijo Brian, pero de repente, todo parecía posible otra vez. Sentía un impulso insensato, casi irrefrenable de abrazar a Albert y palmearle la espalda.

-¡Bravo, Albert! -exclamó Bob-. ¡La cerveza! ¡Prueba la cerveza!

Albert le quitó la tapa a la botella mientras Nick rescataba un vaso entero de los escombros que rodeaban el carrito de servicio.

-¿Dónde está el humo? -preguntó Brian.

-¿Humo? -inquirió Bob, intrigado.

-Bueno, me imagino que no es humo exactamente, pero cuando abres una cerveza, alrededor de la boca de la botella por lo general hay algo que parece humo. Albert olfateó, después tendió la botella a Brian. -Huela.

Librodot

Brian lo hizo y empezó a sonreír. No pudo evitarlo.

-Por Dios, no hay duda de que huele a cerveza, con humo o sin humo.

Nick le acercó el vaso, y a Albert le complació notar que la mano del inglés tampoco estaba muy firme.

-Viértela -dijo-. De prisa, compañero... mi matasanos afirma que el suspenso es malo para el corazón.

Albert vertió la cerveza y desaparecieron las sonrisas.

La cerveza estaba inerte. Totalmente inerte. Se posaba en el vaso para whisky que había encontrado Nick, semejante a una muestra de orina.

10

-¡Dios todopoderoso! ¡Está oscureciendo!

Las personas que estaban de pie junto a las ventanas miraron a su alrededor cuando se les unió Rudy Warwick.

-Se supone que está vigilando al chiflado -dijo Don. Rudy hizo un gesto de impaciencia.

-Está fuera de combate. Creo que el golpazo en la cabeza le sacudió el mobiliario más de lo que pensamos al principio. ¿Qué está pasando? ¿Por qué oscurece tan pronto?

-No lo sabemos -contestó Bethany-. Así es, sin más. ¿Estará en coma o algo parecido el tío raro ese?

-Lo ignoro -dijo Rudy-. Pero en tal caso, ya no tendremos que preocuparnos por él. ¡Cristo el sonido es escalofriante! Suena como un manojo de termitas drogadas en un planeador de madera balsa -por primera vez, parecía que Rudy se había olvidado de su estómago.

Dinah levantó el rostro hacia Laurel.

-Creo que debemos revisar al señor Toomy -dijo-. Estoy preocupada por él. Apuesto a que está asustado.

-Si está inconsciente, Dinah, no hay nada que podamos...

-No creo que esté inconsciente -dijo Dinah en voz baja-. No creo que esté dormido siquiera.

Laurel miró a la niña pensativamente por un momento y después la tomó de la mano.

-Está bien -aceptó-. Demos un vistazo.

11

El nudo que Nick Hopewell había atado contra la muñeca derecha de Craig finalmente se aflojó lo suficiente para soltarle la mano. Con ella, empujó hacia abajo el lazo que sostenía la mano izquierda. De inmediato se puso de pie. Una descarga de dolor le atravesó la cabeza y se tambaleó por un momento. Por su campo de visión se precipitó un tropel de puntos negros y después so disiparon lentamente. Se dio cuenta de que la penumbra invadía la terminal. Estaba cayendo una noche prematura. Ahora podía oír el sonido crujiente de los langoliers con más claridad, tal vez porque sus oídos se habían sintonizado con ellos, tal vez porque estaban más cerca.

En el extremo opuesto de la terminal vio dos siluetas, una alta y la otra baja, que se separaban de los demás y regresaban al restaurante. La mujer con la voz rencorosa y la pequeña niña ciega con el rostro feo, quejumbroso. No podía permitir que diesen la alarma. Eso estaría muy mal.

Craig retrocedió de la mancha sangrienta en la alfombra donde había estado tendido, sin quitar los ojos de las figuras que se aproximaban. No entendía por qué desaparecía la luz con tanta rapidez.

En un mostrador a la izquierda de la caja registradora había recipientes con utensilios para comer, pero todo era basura de plástico; no le servía para nada. Craig se agachó a los lados de la caja registradora y vio algo mejor: un cuchillo de carnicero sobre el mostrador, junto a la parrilla. Lo tomó y se agazapó detrás de la registradora para vigilarlas. Observaba a la niña con un particular interés preocupado. La niña sabía mucho... demasiado, tal vez. La pregunta era, ¿dónde había obtenido ese conocimiento?

Una pregunta muy interesante, en efecto.

¿No lo era?

12

Nick miró de Albert a Bob.

-Bien -dijo-. Las cerillas funcionan, pero no la cerveza -se dio vuelta para colocar el vaso de cerveza en la repisa-. ¿Qué significa...?

De repente, una pequeña nube de burbujas en forma de hongo estalló de ninguna parte en el fondo del vaso. Se elevaron rápidamente, se extendieron e irrumpieron en una fina espuma en la parte superior. Los ojos de Nick se ensancharon.

-Por lo visto -expresó Bob en tono lacónico-, se necesita un momento o dos para que las cosas vuelvan a la normalidad -tomó el vaso, bebió de él, y se relamió-. Excelente -dijo. Todos miraban el complicado encaje de espuma blanca en el interior del vaso-. Puedo decir, sin ninguna duda, que es el mejor vaso de cerveza que he tomado en mi vida.

Albert vertió más cerveza en el vaso. Esta vez se derramó; la espuma sobrepasó el borde y se esparció al exterior del vaso. Brian lo tomó.

-¿Está seguro de lo que hace, compañero? -preguntó Nick, sonriendo-. ¿No dicen ustedes "veinticuatro horas de la botella al acelerador"?

-En casos de viajes en el tiempo, no se aplica la regla -dijo Brian-. Puede verificarlo si quiere -inclinó el vaso, bebió y después rió con ganas-: Tiene razón -le dijo a Bob-. Es la mejor cerveza del mundo. Prueba la Pepsi, Albert.

Albert abrió la lata y todos escucharon el familiar pophiss del ácido carbónico, la base de un ciento de gaseosas comerciales. La libación fue prolongada. Cuando bajó la lata, sonreía... pero había lágrimas en sus ojos.

-Caballeros, les recomiendo la Pepsi-Cola, está muy buena hoy -dijo con el tono obsequioso de un capitán de meseros y se generalizó la risa.

13

Don Gaffney alcanzó a Laurel y Dinah justo cuando entraban al restaurante.

-Pensé que sería mejor... -fueron sus primeras palabras, y después se calló. Miró a su alrededor-. Oh, mierda, ¿Dónde está?

-Yo no... -empezaba Laurel, cuando junto a ella, Dinah Bellman dijo:

-Silencio.

Ella giró la cabeza lentamente, como la bombilla de un reflector muerto. Durante un momento no hubo el menor sonido en todo el restaurante... al menos, ningún sonido que pudiera percibir Laurel.

-Ahí -habló Dinah por fin, y señaló hacia la caja registradora-. Está escondido ahí. Detrás de algo.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Don con una voz seca y nerviosa-. Yo no oigo...

-Yo sí -dijo Dinah con calma-. Oigo sus uñas contra el metal. Y oigo su corazón. Está latiendo muy rápido y muy fuerte. Está muerto de miedo. Siento lástima por él -de pronto, soltó su mano de la de Laurel y dio unos pasos hacia adelante.

-¡Dinah, no! -gritó Laurel.

Dinah no le prestó atención. Caminó hacia la caja registradora, los brazos extendidos, los dedos en busca de posibles obstáculos. Las sombras parecían alcanzarla y envolverla.

¿Señor Toomy? Salga, por favor. No queremos lastimarlo. Por favor, no tenga miedo...

Detrás, de la caja registradora empezó a surgir un sonido. Era un chillido agudo, penetrante. Era una palabra, o algo que trataba de ser una palabra, pero carecía de cordura.

¡Túúúúúúúú...!

Craig salió de su escondite, los ojos llameantes, el cuchillo de carnicero en alto, comprendiendo que era ella, ella era uno de ellos, detrás de esas gafas obscuras, ella era uno de ellos, no sólo era un langolier, sino el principal langolier, la que estaba llamando a los demás, llamándolos con los ojos ciegos y muertos.

¡Túúúúúúú...!

Se abalanzó sobre ella, chillando. Don Gaffney empujó a Laurel hacia un lado, casi tirándola al suelo, y saltó hacia adelante. Fue rápido, pero no lo bastante rápido. Craig Toomy había perdido la razón y se movía con la velocidad de un langolier. Se fue sobre Dinah en una carrera directa. Sin ningún intento por escabullirse.

Dinah no hizo ningún esfuerzo por retroceder. Desde su oscuridad vio la de él, y extendió los brazos, como para estrecharlo y consolarlo.

Túúúúúúúúúúúúúú...

-Todo está bien, señor Toomy -dijo Dinah-. No tenga mie... -y en eso, Craig hundió el cuchillo de carnicero en el pecho de la niña y pasó corriendo delante de Laurel hacia la terminal, todavía chillando.

Dinah se detuvo por un momento donde estaba. Sus manos encontraron el mango de madera que sobresalía del frente de su vestido y sus dedos revolotearon sobre él, explorándolo. Después se derrumbó lenta y graciosamente, hasta el piso, para convertirse en otra sombra en la creciente oscuridad.

Siete

Dinah en el valle de las sombras. El tostador más rápido al este del Mississippi Carrera contra el tiempo, Nick toma una decisión.

1

Albert, Brian, Bob y Nick compartieron el sandwich de mantequilla de cacahuate y jalea. Cada uno le dio dos mordidas y se acabó... pero entre tanto, Albert pensó que nunca había hundido los dientes en un manjar más exquisito en toda su vida. Su estómago se despertó e, inmediatamente, empezó a clamar por más.

-Creo que éste es la parte que más le gustará a nuestro amigo calvo, el señor Warwick -dijo Nick, mientras tragaba. Miró a Albert-. Eres un genio, Ace. Ya lo sabías, ¿verdad? Un genio absoluto.

Albert se ruborizó feliz.

-No fue gran cosa -objetó-. Sólo un poco de lo que el señor Jenkins llama el método deductivo. Cuando se unen dos corrientes que fluyen en direcciones diferentes, se mezclan y forman un remolino. Observé lo que sucedía con las cerillas de Bethany y pensé que aquí pudiera ocurrir algo semejante. Y además, la camisa rojo brillante del señor Gaffney. Empezaba a perder el color. Por tanto, pensé, si los materiales se consumen lentamente cuando no están en el avión, tal vez si llevamos el material consumido al avión, éste podría...

-Lamento interrumpirte -dijo Bob con voz tenue-, pero considero que si vamos a intentar el regreso, deberíamos iniciar el proceso lo antes posible. Me preocupan los sonidos que escuchamos, pero hay otro factor que me inquieta más aún. Este avión no es un sistema cerrado. Creo qué existe la posibilidad de que en poco tiempo empiece a perder su... su...

-¿Integridad temporal? -sugirió Albert.

-Sí. Bien expuesto. Tal vez ahora encienda el combustible que carguemos en los tanques... pero dentro de unas horas podría perder la efectividad.

A Brian se le ocurrió una idea muy desagradable: que el combustible pudiese perder la potencia a la mitad del país, con el 767 a 36 000 pies de altura. Abrió la boca para comentarles esto... y la cerró de nuevo. ¿Qué caso tenía meterles la idea en la cabeza cuando no podían hacer nada al respecto?

-¿Cómo empezamos, Brian? -preguntó Nick en tono conciso, práctico.

Brian repasó el proceso en su mente. Sería un poco difícil, sobre todo con la asistencia de hombres cuya única experiencia con aviones probablemente se limitaba a los modelos a escala, pero pensaba que era factible.

-Primero, encendemos los motores y rodamos lo más cerca que se pueda del Delta 727 -dijo-. Cuando lleguemos a ese lugar, apagaré el motor de estribor y dejaré funcionando el motor de babor. Tenemos suerte. Este 767 está equipado con tanques de combustible en las alas y un sistema de unidades auxiliares de energía que...

Hasta ellos llegó un grito agudo, lleno de pánico, que atravesó el sordo sonido crujiente en el fondo como un tenedor que roza una pizarra. Le siguieron pisadas que subían presurosas por la escalinata. Nick se volvió en esa dirección y sus manos adoptaron una postura que Albert reconoció de inmediato. Había visto practicar ese movimiento a algunos de los fanáticos de las artes marciales en la escuela. Era la postura defensiva clásica del tae kwan do. Un momento después, apareció en la puerta el rostro pálido y aterrado de Bethany, y Nick permitió que se relajaran sus manos.

-¡Vengan! -gritó Bethany-. ¡Tienen que venir! -jadeaba, falta de respiración, y se tambaleó hacia atrás en la plataforma de la escalerilla. Por unos segundos, Albert y Brian estuvieron seguros de que se iba a desplomar por los empinados escalones, con riesgo de romperse el cuello. En eso, Nick saltó hacia delante, colocó una mano en la nuca de la chica y tiró de ella hacia el interior del avión. Bethany ni siquiera pareció darse cuenta del peligro en que había estado. Sus ojos oscuros los miraban encendidos desde el círculo blanco de su rostro-. ¡Vengan, por favor! ¡La apuñaló! ¡Creo que se está muriendo!

Nick puso las manos en los hombros de la chica y bajó el rostro hacia el de ella como si tuviese la intención de besarla.

-¿Quién apuñaló a quién? -preguntó pausadamente-. ¿Quién se está muriendo?

-Yo... ella... el señor To-To-Toomy...

-Bethany, di taza de té.

La chica lo miró, los ojos conmocionados e incomprensivos. Brian miraba a Nick como si pensara que había perdido la razón.

Nick dio una pequeña sacudida a los hombros de la chica.

-Di taza de té. Ahora mismo.

-Ta-Ta-aza de té.

-Taza de té y plato. Dilo, Bethany.

-Taza de té y plato.

-Muy bien. ¿Mejor?

Librodot

La chica asintió.

-Sí.

-Bien. Si sientes que vas a perder el control de nuevo, di taza de té y te recuperarás de inmediato. Ahora... ¿A quién apuñalaron?

-A la niña ciega. Dinah.

-Maldita sea. Está bien, Bethany. Sólo... -Nick levantó la voz con aspereza cuando vio que Brian se movía detrás de Bethany y se dirigía a la escalinata, con Albert detrás de él-. ¡No! -gritó en un tono firme y claro que los detuvo a ambos-. ¡No den un jodido paso más!

Brian, quien había cumplido dos periodos de servicio ® Vietnam y conocía el sonido de una orden irrebatible cuando la oía, se detuvo tan de repente que el rostro de Albert se estrelló contra su espalda. Lo sabía, pensó. Sabía que él se haría cargo. Sólo era cuestión de tiempo y circunstancias.

-¿Sabes cómo sucedió o dónde está ahora el canalla de nuestro compañero de viaje? -preguntó Nick a Bethany.

-El sujeto... el sujeto con la camisa roja dijo...

Está bien. No importa -lanzó una breve mirada a Brian. La rabia le enrojecía los ojos-. Los malditos tontos lo dejaron solo. Apostaría mi pensión a que así fue. Bien, no ocurrirá otra vez. Es la última travesura del señor Toomy.

Miró a la chica. Bethany tenía la cabeza baja, el cabello le colgaba abatido por el rostro; respiraba con grandes arremetidas lacrimosas.

-¿Está viva, Bethany? -le preguntó amablemente.

-Yo... yo... yo...

-Taza de té, Bethany.

-¡Taza de té! -exclamó Bethany, y lo miró con ojos llorosos, enrojecidos-. No lo sé. Estaba viva cuando... ya sabe, vine por ustedes. Es posible que ya esté muerta ahora. En realidad, la atacó con toda deliberación. ¡Jesús! ¿Por qué tuvimos que quedarnos atorados con un jodido psicópata? ¿No era bastante mala la situación sin él?

-Y ninguno de ustedes, quienes se suponía que debían vigilar a ese tipo, tiene la más ligera idea de dónde se fue después del arranque, ¿no es así?

Bethany se llevó las manos al rostro y empezó a sollozar. Era toda la respuesta que necesitaban.

-No sea tan duro con ella -dijo Albert con tono suave y deslizó un brazo por la cintura de Bethany. La chica apoyó la cabeza en el hombro de Albert y sollozó con más vigor.

Nick hizo a un lado a los dos con 'suavidad.

-Si me inclinara a ser duro con alguien, sería conmigo mismo, Ace. Debí haberme quedado con él.

Se volvió hacia Brian.

-Voy a regresar a la terminal. Usted quédese aquí. Es casi seguro que el señor Jenkins tenga razón; disponemos de poco tiempo. No me agrada pensar en cuán poco. Encienda las turbinas, pero todavía no mueve el avión. Si la niña está viva, necesitaremos la escalinata para subirla. Bob, al pie de la escalera. Esté pendiente de ese mierda de Toomy. Albert, ven conmigo.

Después dijo algo que los congeló a todos.

-Casi espero que esté muerta, Dios me perdone. Nos ahorraríamos mucho tiempo si así fuera.

2

Dinah no estaba muerta, ni siquiera inconsciente. Laurel le había quitado las gafas para secarle el sudor que le brotaba en el rostro, y los ojos de Dinah, castaño oscuro y muy

grandes, miraban sin ver los azul-verde de Laurel. Detrás de ella, Don y Rudy permanecían hombro con hombro, contemplando angustiados a la niña.

-Lo siento -dijo Rudy por quinta vez-. De verdad creía que estaba noqueado. Fuera de combate.

Laurel lo ignoró.

-¿Cómo te sientes, Dinah? -le preguntó con dulzura. No quería mirar el mango de madera que salía del vestido de la niña, pero no podía quitar los ojos de él. Había muy poca sangre, por lo menos, hasta ahora; un círculo del tamaño de una demitasse alrededor del lugar donde había penetrado la hoja, y eso era todo.

Hasta ahora.

-Duele -contestó Dinah con voz débil-. Es difícil respirar. Y arde. Tienen que...

-Te pondrás bien -dijo Laurel, pero el mango del cuchillo atraía implacable sus ojos. La niña era muy pequeña y no podía entender cómo no la había atravesado la hoja. No podía entender cómo seguía viva aún.

-... irse de aquí -agregó Dinah. Hizo una mueca de dolor y por la comisura de la boca se escapó, áspero y lento, un coágulo de sangre y rodó por su mejilla.

-No trates de hablar, cariño -le pidió Laurel, y retiró los rizos húmedos de la frente de Dinah.

-Tienen que irse de aquí -insistió Dinah. Su voz era poco más que un murmullo-. Y no deben culpar al señor Toomy. Está... está asustado, eso es todo. De ellos.

Don miró ceñudo a su alrededor.

-Si encuentro a ese bastardo, yo sí que lo asustaré -dijo, y apretó los puños de ambas manos. Un anillo de logia relució sobre un nudillo en la creciente penumbra-. Haré que desee haber nacido muerto.

En eso, Nick entró al restaurante, seguido por Albert. Hizo a un lado a Rudy Warwick sin una palabra de disculpa y se arrodilló junto a Dinah. Su mirada brillante se fijó un momento en el mango del cuchillo y después se movió al rostro de la niña.

-Hola, cielo -hablaba en tono alegre, pero se habían oscurecido sus ojos-. Veo que te estás refrescando. No te preocupes; en unos minutos quedarás tan bien como un trébede.

Dinah sonrió un poco.

-¿Qué es un trébede? -susurró. Cuando habló, le salió más sangre por la boca y Laurel pudo verla también en sus dientes. El estómago de Laurel dio un retumbo lento y perezoso.

-No lo sé, pero estoy seguro de que es algo bonito -respondió Nick-. Te voy a colocar la cabeza de lado. Quédate tan quieta como puedas.

-Está bien.

Nick le movió la cabeza, con mucha suavidad, hasta que la mejilla de la niña casi quedó recargada en la alfombra.

-¿Duele?

-Sí -susurró Dinah-. Arde. Duele... respirar -su voz susurrante había adquirido una calidad ronca, cascada. Un delgado hilillo de sangre le escurría de la boca y

se encharcaba en la alfombra, a menos de tres metros del lugar donde se estaba secando la sangre de Craig Toomy.

Desde el exterior, les llegó el súbito quejido de alta presión al encenderse las turbinas del avión. Don, Rudy y Albert miraron en esa dirección. Nick nunca despegó los ojos de la niña. Su tono de voz era amable.

-¿Sientes que vas a toser, Dinah?

-Sí... no... no sé.

-Será mejor que no lo hagas -dijo Nick-. Si te viene esa sensación cosquilleante, trata de ignorarla. Y ya no hables más, ¿de acuerdo?

-No... lastime... al señor Toomy -sus palabras, si bien eran un susurro, transmitían un gran énfasis, una gran urgencia.

-No, mi cielo, ni lo pienso. Puedes creerme. -... no... confió... en usted...

Librodot

Nick se inclinó, le besó la mejilla y murmuró en su oído:

-Pero puedes hacerlo, sabes... confiar en mí, quiero decir. Por ahora, sólo debes quedarte quieta y dejar que nosotros nos ocupemos de lo demás.

Nick miró a Laurel.

-¿Trató de extraer el cuchillo?

-Yo... no -Laurel tragó con dificultad. Tenía un bulto caliente y áspero en la garganta. Ahí permaneció cuando tragó-. ¿Debí hacerlo?

-Si lo hubiese hecho, no habría mucha esperanza. ¿Tiene experiencia como enfermera?

-No.

-Bien, le diré lo que tiene que hacer... pero primero necesito saber si la sangre, aunque sea una poca, ocasiona que se desmaye. Y quiero la verdad.

Laurel dijo:

-En realidad, no he visto mucha sangre desde que mi hermana se pegó contra una puerta y se tiró dos dientes cuando jugábamos a las escondidillas. Pero no me desmayé entonces.

-Bien. Y no se desmayará ahora. Señor Warwick, tráigame media docena de manteles de ese horrible bar ala vuelta de la esquina -sonrió a la niña-. Dame un minuto o dos, Dinah, y creo que te sentirás mucho mejor. El joven doctor Hopewell siempre es muy gentil con las damas, en especial con las damas que son jóvenes y bonitas.

Laurel sintió un súbito y absolutamente absurdo deseo de tocar el cabello de Nick.

¿Qué pasa contigo? ¡Es probable que se esté muriendo la niña y tú te preguntas cómo se sentirá en los dedos el cabello de ese hombre! ¡Detente! ¿Qué tan estúpida puedas ser?

Bueno, veamos... lo bastante estúpida como para volar hasta el otro lado del país para encontrarme con un hombre con quien establecí contacto a través de la columna de anuncios personales de una revista llamada de la amistad. Lo bastante estúpida como para abrigar el propósito de dormir con él si resultaba razonablemente presentable... y si no tenía mal aliento, desde luego.

¡Oh, basta! ¡Basta, Laurel!

Sí, estuvo de acuerdo la otra voz en su mente. Tienes toda la razón, es una locura pensar en esas cosas en un momento como éste, y ya basta... pero me pregunto cómo será en la cama el joven doctor Hopewell. Me pregunto si será amable o...

Laurel se estremeció y sintió la duda de si así empezaría el colapso nervioso promedio.

-Están más cerca -dijo Dinah-. Realmente... -tosió, y una gran burbuja de sangre apareció entre sus labios. Se reventó, salpicando sus mejillas. Don Gaffney murmuró algo entre dientes y se alejó-. ... deben apresurarse -terminó.

La jovial sonrisa de Nick no se alteró en lo más mínimo.

-Lo sé -dijo.

3

Craig se precipitó a través de la terminal, saltó con agilidad el pasamanos de la escalera eléctrica y bajó corriendo los escalones de metal congelados, mientras el pánico rugía y palpitaba en su cabeza como el sonido del océano en una tormenta; incluso ahogaba el otro sonido, el inexorable sonido de crujido y mascado de los langoliers. Nadie lo vio cuando se fue. Siguió a toda velocidad por el vestíbulo inferior hacia las puertas de salida... y se estrelló contra ellas. Había olvidado todo, incluso el hecho de que, sin corriente, no funcionaría el ojo eléctrico que abría las puertas.

Rebotó, sin aliento por el golpe, y cayó al piso, jadeando como un pez en la red. Ahí permaneció por un momento, en busca de lo que pudiese restar de su mente, y se encontró mirándose la mano derecha. Sólo era un borrón blanco en la creciente oscuridad, pero pudo ver unas negras salpicaduras en ella y supo lo que eran: sangre de la niña.

Excepto que no era una niña, no en realidad. Nada más se veía como una niña. Era el langolier principal, y con ella eliminada, los otros no podrían... no podrían...

¿Qué?

¿Encontrarlo?

Pero aún podía oír el hambriento sonido de su acercamiento: ese enloquecedor sonido crujiente, como si estuviese en camino una tribu de insectos enormes y hambrientos desde algún lugar del este.

La cabeza le daba vueltas. Oh, estaba tan confundido.

Craig vio una puerta más pequeña que daba .al exterior, se levantó y se dirigió en esa dirección. Luego se detuvo. Afuera había una carretera y, sin duda, la carretera conducía a la ciudad de Bangor, ¿y eso qué? Bangor no le interesaba; Bangor no era parte de esa fabulosa GRAN IMAGEN, definitivamente. Era a Boston adonde tenía que ir. Si pudiese llegar ahí, todo saldría bien. ¿Y qué significaba eso? Su padre lo habría sabido. Significaba que debía DEJAR DE ESCABULLIRSE y SEGUIR CON EL PROGRAMA.

Su mente se aferró a la idea en la misma forma que la víctima de un naufragio se aferra a un resto del navío -cualquier cosa que flote, incluso si no es más que la puerta del retrete, debe apreciarse el premio. Si pudiese llegar a Boston, toda esta experiencia se... se...

-Haría a un lado -murmuró.

Con las palabras, un brillante haz de luz racional pareció atravesar por la oscuridad dentro de su cabeza, y una voz (podría ser la de su padre) gritó ¡¡sí!! en confirmación.

¿Pero cómo podría hacerlo? Boston estaba demasiado lejos para irse caminando y los demás no lo dejarían regresar al único avión que todavía funcionaba. No después de lo que le había hecho a su pequeña mascota ciega.

-Pero ellos no lo saben -murmuró Craig-. No se dan cuenta de que les hice un favor, porque no saben lo que es ella -asintió sabiamente con la cabeza. Sus ojos brillaron, enormes y húmedos, en la oscuridad.

Viaja de polizón, le susurró la voz de su padre. Viaja de polizón en el avión.

¡Sí!, agregó la voz de su madre. ¡De polizón! ¡Ése es el boleto, Craiggy-wiggy! Sólo que en ese caso, no necesitas boleto, ¿verdad?

Craig miró dudoso hacia el transportador de equipaje. Le serviría para salir al pavimento, pero, ¿si habían apostado a un guardia junto al avión? Al piloto no se le ocurriría' -fuera de su cabina de control, el hombre era un imbécil, obviamente- pero era casi seguro que el inglés sí tomara esa precaución.

¿Qué se suponía que debía hacer entonces?

Si la salida de la terminal a Bangor no le servía, y la salida a la pista tampoco le servía, ¿qué se suponía que debía hacer y adónde se suponía que iría?

Craig miró nervioso a la escalera eléctrica muerta. Pronto tratarían de cazarlo -sin duda con el inglés a la cabeza de la jauría- y aquí estaba él, en medio del piso, tan expuesto como una bailarina desnudista que acaba de lanzar al público las últimas prendas de ropa.

Tengo que ocultarme, al menos por un rato.

Había oído que se encendían las turbinas del jet en el exterior, pero eso no le preocupaba; entendía un poco acerca de aviones y sabía que Engle no podría ir a ninguna parte hasta que reabasteciera el avión. El reabastecimiento requería tiempo. No tenía que preocuparse por la posibilidad de que se fueran sin él.

Todavía no, de cualquier modo.

Escóndete, Craiggy-wiggy. Esto es lo que tienes que hacer ahora mismo. Tienes que esconderte antes de que vengan por ti.

Dio vuelta lentamente, en busca del mejor lugar, entrecerrando los ojos en la creciente oscuridad. Y esta vez vio un letrero en una puerta resguardada entre el mostrador de Avis y la Agencia de Viajes Bangor.

SERVICIOS DEL AEROPUERTO decía. Un letrero que podía significar casi cualquier cosa.

Librodot

Craig se dirigió presuroso a la puerta, lanzando miradas nerviosas por encima del hombro en el camino, y trató de abrirla. La perilla no giraba, igual que en la puerta de Seguridad del Aeropuerto, pero se abrió cuando la empujó. Craig volvió a mirar por encima del hombro, no vio a nadie y cerró la puerta detrás de él.

Lo envolvió una oscuridad total, absoluta; aquí era tan ciego como la niña a la que había apuñalado. A Craig le era indiferente. No le tenía miedo a la oscuridad; de hecho, la prefería. A menos que estuvieses con una mujer, nadie esperaba que hicieras nada destacado en la oscuridad. En la oscuridad, el desempeño dejaba de ser un factor de importancia.

Y mejor aún, se amortiguaba el sonido crujiente de los langoliers.

Craig avanzó lentamente, las manos extendidas, arrastrando los pies. Después de tres de estos pasos deslizantes, su muslo hizo contacto con un objeto duro que se sintió como el borde de un escritorio. Extendió las manos hacia adelante y hacia abajo. Sí. Un escritorio.

Dejó que sus manos revolotearan sobre el mueble por un momento y encontró cierto alivio en los avíos familiares del oficinista norteamericano: una pila de papeles, una canastilla de PENDIENTES/ATENDIDOS, el borde de un secante, una cajita con sujetapapeles, un juego de lapicero y pluma. Rodeó el escritorio hasta el extremo opuesto, donde su cadera chocó con el brazo de una silla. Craig se colocó entre la silla y el escritorio y se sentó. Estar detrás de un escritorio le proporcionaba una sensación más segura. Lo hacía sentirse como él mismo -sereno, en control-. Buscó a tientas el cajón superior y lo abrió. Palpó el interior en busca de un arma -algo afilado. Su mano casi inmediatamente tocó un abrecartas.

Lo sacó, cerró el cajón y lo colocó sobre el escritorio junto a su mano derecha.

Permaneció sentado por unos minutos, escuchando el ruido amortiguado del latir de su corazón y el sonido difuso de las turbinas del jet, después, con toda delicadeza, recorrió con las manos la superficie del escritorio hasta que reencontró la pila de papeles. Tomó la hoja superior y la acercó a él, pero no despidió ni un destello blanco... ni siquiera cuando la sostuvo delante de los ojos.

Así está bien, Craiggy-wiggy. Quédate sentado en la oscuridad. Siéntate y espera a que sea el momento de moverte. Cuando llegue la hora...

Yo te lo diré, terminó su padre inexorable.

-Perfecto -dijo Craig. Sus dedos se deslizaron por la hoja invisible de papel hasta la esquina derecha. La rasgó suavemente hacia abajo.

Riiiip

La calma llenó su mente como fresca agua azul. Dejó caer la tira invisible sobre el escritorio invisible y los dedos regresaron a la parte superior de la hoja. Todo iba a salir bien. Muy bien. Empezó a cantar en voz baja, con un suave murmullo discordante.

-Sólo llámame ángel... de la mañana... nena...

Riiip

-Sólo tócame la mejilla antes de irte... nena...

Ya tranquilo, sereno, Craig esperó sentado a que su padre le dijese lo que debía hacer a continuación, como lo había hecho tantas veces cuando era niño.

4

-Escucha cuidadosamente, Albert -dijo Nick-. Tenemos que trasladarla al avión, pero necesitamos una camilla. Es difícil que lleven camillas a bordo, pero aquí debe haber una en algún sitio. ¿Dónde?

-Vaya, señor Hopewell, el capitán Engle debe saberlo mejor que...

-Pero el capitán Engle no está aquí -objetó Nick con tono paciente-. Tendremos que arreglárnoslas solos. Albert frunció el ceño... y luego recordó un letrero que había visto en el nivel inferior.

-¿Servicios del Aeropuerto? -preguntó-. ¿Le suena factible?

-Ya lo creo -asintió Nick-. ¿Dónde viste eso? -En el nivel inferior. Junto a los mostradores de renta de autos.

-Muy bien -dijo Nick-. Veamos cómo vamos a manejar la situación. A ti y al señor Gaffney se les designa para localizar la camilla y transportarla. Señor Gaffney, le sugiero que revise junto a la parrilla detrás del mostrador. Es posible que encuentre más cuchillos filosos. Estoy seguro que ahí fue donde consiguió el suyo nuestro desagradable amigo. Tome uno para usted y otro para Albert.

Don se dirigió hacia atrás del mostrador sin pronunciar una palabra. Rudy Warwick regresó del bar El Barón Rojo con los brazos llenos con manteles a cuadros rojos y blancos.

-En verdad lo siento mucho... -empezó de nuevo, pero Nick lo interrumpió con un gesto. Seguía mirando a Albert. Su rostro ahora sólo un círculo blanco sobre la sombra más marcada del pequeño cuerpo de Dinah. Casi reinaba la oscuridad.

-Es probable que no vean al señor Toomy; supongo que huyó de aquí sin armas, presa del pánico. Me imagino que ya encontró un refugio o abandonó la terminal. Si lo ven, les aconsejo firmemente que no lo ataquen a menos que él lo provoque -movió la cabeza para mirar a Don cuando éste regresaba con un par de cuchillos de carnicero-. No alteren las prioridades, ninguno de los dos. Su misión no es recapturar al señor Toomy y presentarlo a la justicia. Su tarea es conseguir una camilla y traerla aquí tan pronto como puedan. Tenemos que irnos cuanto antes.

Don le ofreció uno de los cuchillos a Albert, pero el chico negó con la cabeza y miró a Rudy Warwick. -¿Podría darme un mantel?

Don lo miró como si Albert hubiese perdido la razón.

-¿Un mantel? ¿Para qué, en nombre de Dios? -Se lo mostraré.

Albert había estado arrodillado junto a Dinah. Ahora se puso de pie y caminó hasta la parte de atrás del mostrador. Observó lo que lo rodeaba, inseguro de qué era lo que buscaba exactamente, pero con la certeza de que lo sabría en cuanto lo viera. Y así fue. En el fondo del mostrador estaba un antiguo tostador de pan para dos rebanadas. Albert lo tomó, tirando del enchufe en la pared, y enrolló el cordón alrededor mientras regresaba al sitio donde estaban los demás. Tomó uno de los manteles, lo extendió y colocó el tostador en una esquina. Después le dio dos vueltas, envolviendo el tostador en el extremo del mantel como un regalo de Navidad. Ajustó unos apretados nudos de oreja de conejo en las esquinas para darle forma de bolsa. Después agarró el extremo suelto del mantel y se levantó. El tostador envuelto se había convertido en una roca en una honda improvisada.

-Cuando era niño, acostumbrábamos jugar a Indiana Jones -dijo Albert en tono de disculpa-. Hice algo parecido a esto y fingía que era mi látigo. Una vez casi le rompo el brazo a mi hermano David. Cargué un viejo coberto con una cuerda de ventana que encontré en el garaje. Bastante estúpido, supongo. Ignoraba lo fuerte que podía pegar. Me lleve una buena zurra en consecuencia.

Es tonto, me imagino, pero funciona muy bien, en realidad. Por lo menos, siempre me funcionó. Nick miró escéptico el arma improvisada de Albert pero no dijo nada. Si un tostador envuelto en un mantel era el factor que contribuía a que Albert se sintiera más cómodo ante la perspectiva de bajar en la oscuridad, que así fuera.

-Más que suficiente. Ahora busquen una camilla y tráiganla. Si no la encuentran en la oficina de Servicios del Aeropuerto, revisen otro sitio. Si no han tenido éxito en quince minutos; no, dejémoslo en diez, regresen y la cargaremos.

-¡No puede hacer eso! -exclamó Laurel en tono bajo-. Si hay hemorragia interna...

Nick la miró.

-Ya hay hemorragia interna. Y diez minutos es el tiempo máximo que podemos dedicarle a este problema.

Laurel abrió la boca para responderle, para rebatirlo, pero la detuvo el ronco susurro de Dinah.

Librodot

-Tiene razón.

Don deslizó la hoja del cuchillo en su cinturón.

-Vamos, hijo -cruzaron juntos la terminal y empezaron a bajar la escalera hasta el primer piso. En el camino, Albert se envolvió alrededor de la mano el extremo del mantel.

5

Nick regresó su atención a la niña en el piso.

-¿Cómo te sientes, Dinah?

-Me duele mucho -respondió Dinah débilmente.

-Sí, desde luego que duele -dijo Nick-. Y me temo que lo que voy a hacer te dolerá bastante más, por unos cuantos segundos, al menos. Pero el cuchillo está en tu pulmón y debemos extraerlo. Lo entiendes, ¿verdad?

-Sí -los ojos oscuros, invidentes, se dirigieron a él-. Estoy asustada.

-Yo también lo estoy, Dinah. Yo también lo estoy. Pero tenemos que hacerlo. ¿Te animas? -Sí.

-Bravo Nick se inclinó y plantó un suave beso en su mejilla-. Eres una niña muy valiente. No_ tomará mucho tiempo, te lo prometo. Quiero que te quedes tan quieta como puedas, Dinah, y trates de no toser. ¿Me entiendes? Es muy importante. Trata de no toser.

-Trataré.

-Durante un momento o dos, es posible que sientas que no puedes respirar. Tal vez sientas que te estás vaciando, como un neumático con un pinchazo. Es una sensación horrible, mi cielo, y te impulsará a moverte o a gritar. No debes hacerlo. Y no tosas por ningún motivo.

Dinah respondió algo que nadie pudo escuchar.

Nick tragó, se limpió el sudor de la frente con el brazo en un rápido ademán y se volvió hacia Laurel.

-Doble dos de esos manteles en almohadillas cuadradas. Tan gruesas como pueda. Arrodilles junto a mí. Lo más cerca posible. Warwick, quítese el cinturón.

Rudy obedeció de inmediato.

Nick miró a Laurel de nuevo. La joven quedó impresionada otra vez, y no de modo desagradable en esta ocasión, con la fuerza de la expresión de Nick.

-Voy a tomar el mango del cuchillo y lo voy a extraer. Si no está atorado en una costilla... y no creo que lo esté, por la posición... la hoja saldrá con un tirón lento y suave. En el momento en que esté fuera, me haré para atrás, lo que le dará acceso al área del pecho de la niña. Usted le colocará una de las almohadillas sobre la herida y presionará. Presione con fuerza. No le preocupe la posibilidad de lastimarla o que la presión le impida respirar. Tiene por lo menos una perforación en el pulmón, y apostaría a que son dos. Eso es lo que nos debe preocupar. ¿Me entiende?

-Sí.

-Cuando usted haya colocado la almohadilla, la voy a cargar contra la presión que usted ejerza. Si vemos sangre en la espalda de su vestido, el señor Warwick deslizará la otra almohadilla debajo de ella. Después, vamos a fijar las compresas en su lugar con el cinturón del señor Warwick -miró a Rudy-. Cuando se lo pida, amigo, démelo. No espere a que se lo pida dos veces.

-No lo haré.

-¿Tiene suficiente visibilidad para realizar esto, Nick? -preguntó Laurel.

-Creo que sí -respondió Nick-. Así lo espero -miró a Dinah de nuevo-. ¿Lista?

Dinah murmuró algo.

-Muy bien -dijo Nick. Aspiró profundamente y después soltó la inhalación-. Jesús me ayude.

Envolvió las esbeltas manos de dedos delgados alrededor del mango del cuchillo como un hombre 'que empuña un bat de béisbol. Tiró. Dinah dio un agudo chillido. Una gran bocanada de sangre surgió de su boca. Laurel había estado inclinada hacia delante, tensa, y de pronto, la sangre de Dinah le bañó el rostro. Retrocedió instintivamente.

-¡No! -rugió Nick sin despegar los ojos de la niña-. ¡No se atreva a hacerse la melindrosa conmigo! ¡No se atreva!

Laurel se inclinó hacia adelante de nuevo, estremecida y con náusea. La hoja, un triángulo de plata que relucía sombrío en la profunda oscuridad, emergió del pecho de Dinah y brilló en el aire. El pecho de la niña ciega se agitó y cuando la herida sorbió hacia el interior, se oyó un sonido silbante, alto, sobrenatural.

-¡Ahora! -ordenó Nick-. ¡Oprima! ¡Lo más que pueda!

Laurel se inclinó. Por un momento vio la sangre que manaba del agujero en el pecho de Dinah y en seguida cubrió la herida. Casi inmediatamente, sintió húmeda y cálida la almohadilla de mantel en las manos.

-¡Más fuerte! -la increpó Nick-. ¡Oprima con más fuerza! ¡Séllela! ¡Selle la herida!

Ahora Laurel comprendió lo que la gente quería decir cuando hablaba de desmoronarse completamente porque pensaba que eso era lo que estaba a punto de sucederle.-¡No puedo! ¡Le rompería las costillas si...!

-¡Al carajo las costillas! ¡Tiene que sellar!

Laurel se balanceó en las rodillas y llevó todo su peso a las manos. Podía sentir el líquido que se filtraba lentamente entre sus dedos, a pesar del espesor de los dobleces del mantel.

El inglés tiró el cuchillo a un lado y se inclinó hasta que su rostro casi tocó el de Dinah. Los ojos de la niña estaban cerrados. Nick levantó uno de los párpados.

-Creo que por fin está inconsciente -dijo-. No puedo saberlo con seguridad porque sus ojos son muy extraños, pero espero en Dios que lo esté -el cabello le caía sobre la frente. Con una sacudida impaciente de la cabeza lo echó para atrás y miró a Laurel-. Lo está haciendo muy bien. No afloje, ¿de acuerdo? Ahora la voy a rodar. Mantenga la presión mientras lo hago.

-Hay tanta sangre -gimió Laurel-. ¿Podría ahogarse?

-No lo sé. Mantenga la presión. ¿Está listo, señor Warwick?

-Oh, Cristo, creo que sí -gruñó Rudy Warwick.

-Muy bien. Vamos -Nick deslizó las manos por debajo del omóplato derecho de Dinah e hizo una mueca. Está peor de lo que pensaba -murmuró-. Mucho peor. Está empapada - empezó a alzar lentamente a Dinah contra la presión que ejercía Laurel. Dinah emitió un ronco quejido áspero. De su boca fluyó un torrente de sangre medio coagulada y se esparció en el piso. Y ahora Laurel podía escuchar una lluvia de sangre que caía sobre la alfombra debajo de la niña.

Súbitamente, el mundo empezó a dar vueltas ante sus ojos.

-¡Mantenga la presión! -gritó Nick-. ¡No afloje! Pero se estaba desmayando.

La comprensión de lo que Nick Hopewell pensaría de ella si se desmayaba fue lo que provocó su acción. Laurel metió la lengua entre los dientes, como un chiquillo que hace un gesto, y la mordió con toda su fuerza. El dolor fue intenso y exquisito, el sabor salado de su propia sangre le llenó de inmediato la boca... pero, desapareció la sensación de que el mundo giraba a su alrededor como un gran pez perezoso. De nuevo, su atención era total.

Desde el piso inferior, les llegó un aullido repentino de dolor y sorpresa. Lo siguió un grito ronco. En seguida del grito, se oyó un chillido alto, penetrante.

Rudy y Laurel se volvieron en esa dirección.

-¡El chico! -dijo Rudy-. ¡Él y Gaffney! Ellos...

-Después de todo, encontraron al señor Toomy -señaló Nick. Su rostro era una complicada máscara de esfuerzo. Los tendones del cuello sobresalían como cables de acero-. Sólo podemos esperar...

Librodot

Del nivel inferior llegó un ruido sordo, seguido por un • terrible aullido de agonía. Después, una serie completa de pesados golpes amortiguados.

-... que estén en control de la situación. No podemos hacer nada ahora. Si nos detenemos en estos momentos, la niña moriría sin duda.

-¡Pero se oyó como si fuera el chico!

-No lo podemos evitar, ¿verdad? Deslice la almohadilla debajo de la niña, Warwick. Hágalo de inmediato o le pongo cuadrado el culo a patadas.

6

Don encabezó el camino descendente por la escalera, y después se detuvo por unos instantes al pie de la misma para buscar algo en los bolsillos. Sacó un objeto cuadrado que brillaba débilmente en la oscuridad.

-Es mi Zippo -dijo-. ¿Crees que funcione todavía?

-No lo sé -contestó Albert-. Es posible... por un rato. Mejor no lo intente hasta que sea necesario. Espero que encienda. No podremos ver nada sin él.

-¿Dónde están los Servicios de Aeropuerto?

Albert señaló la puerta por la que había entrado Toomy escasos cinco minutos antes.

-Ahí está.

¿Estará abierta?

-Bueno -dijo Albert-, sólo hay una forma de averiguarlo.

Atravesaron la terminal, Don por delante con el encendedor en la mano derecha.

7

Craig los oyó aproximarse -más sirvientes de los langoliers, sin duda. Pero no le preocupaba. Ya se había ocupado de la cosa que se hacía pasar por niña y también se ocuparía de estas otras cosas. Apretó la mano alrededor del abrecartas, se levantó y se alejó sigilosamente del escritorio.

-¿Estará abierta?

-Bueno, sólo hay una forma de averiguarlo. . Averiguarán algo, de todos modos, pensó Craig. Se colocó en la pared junto a la puerta. Estaba cubierta con repisas llenas de papeles. Levantó la mano y palpó los goznes de la puerta. Bien, cuando se abriese la puerta, quedaría oculto... aunque no era probable que lo viesen, de cualquier forma. Aquí dentro estaba tan negro como el culo de un elefante. Alzó el abrecartas a la altura del hombro.

-No se mueve la perilla -Craig se relajó... pero sólo por un momento.

-Pruebe a empujarla -ése era el chico sabelotodo. La puerta empezó a abrirse.

8

Don dio un paso hacia adentro, pestañeando en la penumbra. Con el pulgar, levantó la cubierta de su encendedor, lo mantuvo en alto y giró el pequeño disco. Saltó una chispa y en seguida se encendió la mecha, con una llama baja. Vieron lo que aparentemente era una oficina combinada con bodega. Había un montón desordenado de equipaje en una esquina y

una máquina Xerox en otra. El muro posterior estaba cubierto con repisas, y en éstas había pilas de lo que parecían formas de diversos tipos.

Don se adentró en la oficina, con el encendedor en alto, como un espeleólogo con una vela goteante en una cueva oscura. Señaló a la pared derecha.

-¡Hey, muchacho! ¡Ace! ¡Mira!

Un cartel que colgaba de la pared mostraba a un sujeto achispado, en traje formal, que salía tambaleante de una cantina y miraba su reloj. EL TRABAJO ES LA MALDICIÓN DE LA CLASE BEBEDORA, decía el cartel. Fija en la pared, junto al cartel, estaba una caja de plástico blanco con una gran cruz roja en ella. Y debajo estaba recargada una camilla doblada... del tipo con ruedas.

Sin embargo, Albert no miraba ni el cartel ni el botiquín de primeros auxilios o la camilla. Sus ojos estaban fijos en el escritorio en el centro de la habitación. Sobre él vio un montón de tiras de papel.

-¡Cuidado! -gritó-. ¡Cuidado, él está en...! Craig Toomey salió de detrás de la puerta y atacó.

9

-Cinturón -dijo Nick.

Rudy no se movió o respondió. Tenía la cabeza vuelta hacia la puerta del restaurante. En el piso bajo habían cesado los ruidos. Sólo se oía el sonido traqueteante y el rumor uniforme y vibrante de la turbina del jet en el oscuro exterior.

Nick lanzó una patada hacia atrás, como una mula, conectando con la espinilla de Rudy.

-¡Ouu!

-¡Cinturón! ¡Ya!

Rudy se dejó caer torpemente de rodillas y se acercó a Nick, quien ahora sostenía en alto a Dinah con una mano y, con la otra, oprimía una segunda almohadilla de mantel contra la espalda de la niña.

-Deslícelo bajo la compresa -ordenó Nick. Estaba jadeante, el sudor le escurría en chorros por el rostro-. ¡Rápido! ¡No la puedo sostener para siempre!

Rudy deslizó el cinturón bajo la compresa. Nick colocó a Dinah sobre el piso, llevó la mano al otro lado del pequeño cuerpo de la niña y le levantó el hombro izquierdo lo suficiente para sacar la otra punta del cinturón. Hizo un lazo sobre el pecho de la niña y lo apretó con fuerza. Puso la punta suelta del cinturón el la mano de Laurel.

-Mantenga la presión -dijo, poniéndose de pie-. No es posible usar la hebilla... es demasiado pequeña.

-¿Va a bajar? -preguntó Laurel.

-Sí. Parece lo más conveniente.

-Tenga cuidado. Por favor, tenga cuidado.

Nick le sonrió, y todos esos dientes blancos reluciendo de pronto en la penumbra fueron desconcertantes... pero no atemorizantes, descubrió Laurel. Todo lo contrario.

-Por supuesto. Así es como me las arreglo -bajó la mano y le apretó el hombro a Laurel. Su mano estaba cálida y el contacto provocó que la recorriera un pequeño estremecimiento-. Lo hizo muy bien, Laurel. Gracias.

Empezó a darse vuelta y, en eso, una pequeña mano buscó a tientas y le agarró el borde de los pantalones de mezclilla. Nick miró hacia abajo y vio que los ojos ciegos de Dinah estaban abiertos de nuevo.

-No... -empezó, y la sacudió un ahogado acceso de estornudos. La sangre fluyó de su nariz en un rocío de gotas finas…

-Dinah, no debes...

-¡No... lo... mate! -dijo, e incluso en la oscuridad,

Laurel pudo sentir el fantástico esfuerzo que hacía para hablar.

Nick la miró pensativo.

-El canalla te dio una puñalada, ya lo sabes. ¿Por qué insistes tanto en protegerlo?

El angosto pecho de la niña se puso tirante contra el cinturón. La almohadilla de mantel, manchada de sangre, se movía de arriba abajo. Hizo otro gran esfuerzo y logró decir una frase más. Todos la oyeron; casi le era imposible hablar con claridad.

-Todo... lo que sé... es que lo necesitamos -murmuró, y cerró de nuevo los ojos.

10

Craig hundió hasta el puño el abrecartas en la nuca de Don Gaffney. Don gritó y dejó el encendedor. Golpeó en el piso y ahí quedó titilando melancólico. Albert gritó aterrorizado cuando vio que Craig se abalanzaba sobre Don, quien se tambaleaba en dirección del escritorio y arañaba detrás de él débilmente, en busca del objeto prominente.

Craig aferró el abrecartas con una mano y plantó la otra contra la espalda de Don. Mientras empujaba y tiraba al mismo tiempo, Albert creyó oír el sonido de un hombre hambriento que arranca la pierna de un pavo bien asado. Don gritó de nuevo, más fuerte esta vez, y se desplomó sobre el escritorio. Sus brazos cayeron primero, lanzando al piso la canasta de PENDIENTES/ATENDIDOS y la pila de formas de equipaje extraviado que Craig había estado rasgando.

Craig se volvió hacia Albert y, al hacerlo, de la hoja del abrecartas se desprendió un rocío de gotas de sangre.

-Tú también eres uno de ellos -dijo en voz baja-. Pues bien, jódete. Voy a ir a Boston y no me podrás detener. Ninguno de ustedes me podrá detener -se apagó el encendedor en el piso y quedaron en completa oscuridad.

Albert dio un paso hacia atrás y sintió un cálido soplo de aire en el rostro cuando Craig lanzó la hoja hacia el punto donde había estado sólo un segundo antes. Palpó detrás de él con la mano libre, aterrorizado ante la idea de retroceder hasta un rincón donde Craig podría utilizar el cuchillo (a la luz pálida y desvaneciente del Zippo pensó que eso era) a voluntad y su propia arma sería tanto inútil como estúpida. Sus dedos encontraron espacio vacío nada más y retrocedió al vestíbulo a través de la puerta. No se sentía impávido; no se sentía como el hebreo más rápido de ninguna parte del Mississippi; no se sentía más veloz que las llamas azules. Se sentía como un chico aterrado que había elegido de la manera más tonta un juguete de la infancia en vez de un arma de verdad, porque había sido incapaz de creer -creer realmente, realmente- que se llegaría a esto a pesar de lo que ese granuja lunático le había hecho a la niña. Podía olerse a sí mismo. Incluso en el aire inerte, se podía oler a sí mismo. Era el rancio olor de orines de mono que despedía el miedo.

Craig se escurrió silenciosamente por la puerta con el abrecartas en alto. Se movía como una sombra danzante en la oscuridad.

-Te veo, hijito -dijo en voz baja-. Te veo igual que un gato.

Se deslizó hacia adelante. Albert retrocedió. Al mismo tiempo, empezó a oscilar el tostador de adelante hacia atrás, recordándose que sólo tendría una buena oportunidad antes de que Toomy se acercara y le plantara la hoja en la garganta o en el pecho.

Y si el tostador se sale volando de la maldita bolsa antes de pegarle, estoy perdido.

11

Craig se acercó más, ondeando la mitad superior del cuerpo de un lado a otro, como una serpiente que sale de un canasto. Una pequeñísima sonrisa distraída tocaba las comisuras de sus labios y formaba hoyuelos minúsculos. Muy bien, dijo sombrío el padre de Craig desde su eterno baluarte dentro de la cabeza de su hijo. Si tienes que acabar con ellos uno por uno, lo puedes hacer. EPU, Craig. ¿Recuerdas? EPU. El esfuerzo proporciona utilidades.

Muy cierto, Craiggy-wiggy, se entrometió su madre. Puedes y debes hacerlo.

-Lo siento -murmuró Craig al chico con el rostro blanco a través de su sonrisa-. Lo siento realmente, pero tengo que hacerlo. Lo entenderías, si pudieras ver las cosas desde mi perspectiva.

12

Albert lanzó un rápido vistazo detrás de él y vio que estaba retrocediendo hacia el mostrador de boletos de United Airlines. Si se retiraba más aún, quedaría restringido el arco posterior del giro. Tenía que ser pronto. Empezó a balancear el tostador con más rapidez, la mano sudorosa aferrada a la torsión del mantel.

Craig captó el movimiento en la oscuridad, pero no supo qué era lo que balanceaba el chico. No importaba. No podía permitir que le importara. Hizo acopio de fuerza y saltó hacia delante.

¡VOY A IR A BOSTON! -chilló-. VOY A IR...

Los ojos de Albert se estaban adaptando a la oscuridad y vio la maniobra de Craig. El tostador estaba en la mitad posterior de su arco. En vez de girar la muñeca hacia adelante para revertir la dirección, Albert dejó que su brazo se fuera con el peso del tostador, oscilándolo hacia arriba y sobre la cabeza en un exagerado ademán de lanzamiento. Al mismo tiempo, dio un paso a la izquierda. El bulto en el extremo del mantel dibujó un círculo corto y definido en el aire, sostenido firmemente en la bolsa por la fuerza centrípeta. Craig cooperó avanzando hacia el arco descendente del tostador. Se estrelló contra su frente y el caballete de la nariz con un duro crujido apagado.

Craig aulló de dolor soltó el abrecartas. Se llevó las manos al rostro y se tambaleó hacia atrás. De la nariz rota fluía la sangre entre sus dedos como agua de una boca de incendios descompuesta. Albert estaba aterrorizado por lo que había hecho, pero lo aterrorizaba más la idea de detenerse ahora que estaba herido Toomy. Albert dio otro paso a la izquierda y balanceó el mantel con un movimiento lateral. Cruzó el aire como un latigazo y se precipitó en el centro del pecho de Craig con un fuerte golpe. Craig cayó hacia atrás, aullando todavía.

Albert "Ace" Kaussner sólo tenía un pensamiento fijo; iodo lo demás era un remolino agitado y fragmentado de color, imagen y emoción.

Tengo que obligarlo a que se detenga o se levantará y me matará. Tengo que obligarlo a que se detenga o se levantará y me matará.

Por lo menos, Toomy había dejado caer el arma, la cual fulguraba sobre la alfombra del vestíbulo. Albert plantó ano de sus mocasines sobre: ella y descargó el tostador de nuevo. En el descenso, Albert hizo una reverencia desde la cintura como un mayordomo a la antigua que saluda a un miembro de la familia real. El bulto en el extremo del mantel chocó con la boca jadeante de Craig Toomy. Hubo un sonido como de vidrio pulverizado dentro de un pañuelo.

Oh, Dios, pensó Albert. Eso fueron sus dientes.

Craig se desplomó pesadamente y se retorció en el suelo. Era terrible observarlo, tal vez más terrible por la falta de luz. Había algo monstruoso e indestructible y replante en su horrible vitalidad.

La mano de Craig se cerró sobre el mocasín de Albert. Albert retiró el pie del abrecartas con un pequeño grito de asco y Craig intentó agarrarlo cuando lo hizo. Entre sus ojos, la nariz

Librodot

era como un bulbo de carne que había estallado. Apenas podía distinguir a Albert; una enorme corona blanca de luz le cubría la visión. Una constante nota aguda y penetrante retumbaba en su cabeza, el sonido de un patrón de ajuste de TV en el volumen más alto.

Ya estaba más allá de la posibilidad de causar más daño, pero Albert no lo sabía. Presa del pánico, dejó caer de nuevo el tostador sobre la cabeza de Craig. Se oyó un chasquido metálico cuando se soltaron en el interior los elementos térmicos.

Craig quedó inmóvil.

Albert permaneció junto a él, la respiración sollozante, el mantel con el peso colgando de una mano. Después, dio dos pasos largos hacia la escalera, arrastrando los pies, se inclinó otra vez desde la cintura y vomitó en el piso.

13

Brian se santiguó cuando quitó la tapa de plástico negro que cubría la pantalla de la terminal del sistema inercial de navegación del 767, casi esperando que estuviese tersa y en blanco. La miró con atención... y dio un profundo suspiro de alivio.

ÚLTIMO PROGRAMA COMPLETO

le informó en frías letras azul-verde, y bajo eso:

¿CREACIÓN NUEVO PROGRAMA? S/N

Brian tecleó s, después:

REVERSIÓN AP 29: LAX/LOGAN

La pantalla se oscureció por un momento. Luego:

¿SE INCLUYEN DESVIACIONES EN REVERSIÓN PROGRAMA AP 29?

S/N

Brian tecleó s.

PROGRAMA EN PROCESO

le informó, y menos de cinco segundos más tarde:

PROGRAMA COMPLETO

-¿Capitán Engle?

Brian se dio vuelta. Bethany estaba de pie en la puerta de la cabina. Se veía pálida y demacrada bajo las luces interiores.

- Ahora estoy un poco ocupado, Bethany.

- ¿Por qué no han regresado?

- No lo sé.

-Le pregunté a Bob... el señor Jenkins... si podía ver moverse a alguien en la terminal, y dijo que no veía a nadie. ¿Se habrán muerto todos?

-Estoy seguro que no. Si con eso te sientes mejor, ¿por qué no te unes a él al pie de la escalera? Tengo trabajo que hacer aquí. Al menos, eso espero.

-¿Está asustado? -preguntó Bethany.-Sí. Claro que lo estoy.

La chica sonrió un poco.

-Casi me alegra oír eso. Es terrible estar asustada sola... un timo total. Ahora lo dejaré en paz.

-Gracias. Verás que vuelven pronto.

Bethany se fue. Brian volvió al monitor del sistema inercial de navegación y tecleó:

¿HAY PROBLEMAS CON ESTE PROGRAMA?

Tocó EJECUTE.

NO HAY PROBLEMAS. GRACIAS POR VOLAR CON AMERICAN PRIDE

-Fue un placer, sin duda -murmuró Brian, y se secó la frente con la manga.

Ahora, pensó, ojalá que encienda el combustible.

14

Bob escuchó pisadas en la escalera y se dio vuelta rápidamente. No era más que Bethany que descendía despacio y con cuidado, pero todavía estaba nervioso. El sonido proveniente del este mostraba un aumento gradual.

Se acercaba más.

-Hola, Bethany. ¿Podrías darme otro de tus cigarrillos?

Le ofreció la mermada cajetilla y ella mismo tomó uno. Había insertado la carterita de cerillas experimentales de Albert en el celofán que cubría la cajetilla, y cuando frotó una, se encendió sin dificultad.

-¿Alguna señal de los demás?

-Bueno, me imagino que depende de lo que quieras decir con "alguna señal" -dijo Bob con cautela-. Creo que oí unos gritos justo antes de que bajaras en realidad, lo que oyó había sonado como chillidos de dolor... aullidos para hablar sin rodeos... pero no vio razón para decirle eso a la chica. Se veía tan asustada como se sentía Bob, y él tenía la impresión de que le había cobrado afecto a Albert.

-Espero que Dinah se recupere -manifestó ella-, pero no sé. La hirió de gravedad.

-¿Viste al capitán?

Bethany asintió.

-Casi me sacó de la cabina. Creo que está programando sus instrumentos o algo parecido.

Bob Jenkins asintió sombrío.

-Así lo espero.

La conversación terminó. Ambos miraban al este. Un nuevo sonido, aún más siniestro, subrayaba ahora el ruido crujiente, rumiante; un aullido alto, inanimado. Era un sonido extrañamente mecánico, uno que provocaba que Bob pensara en una transmisión automática falta de líquido.

-Está mucho más cerca, ¿verdad?

Bob asintió con renuencia. Inhaló de su cigarrillo y el rescoldo reluciente iluminó momentáneamente un par de ojos cansados, aterrados.

-¿Qué supone que sea, señor Jenkins?

Bob sacudió la cabeza con lentitud.

-Querida niña, espero que nunca tengamos que averiguarlo.

15

A la mitad del descenso por la escalera, Nick vio una figura inclinada frente a la hilera de teléfonos públicos inservibles. Era imposible distinguir si se trataba de Albert o de Craig Toomy. El inglés metió la mano en el bolsillo derecho, sosteniéndolo con la mano izquierda para impedir cualquier ruido y, al tacto, seleccionó entre las monedas sueltas dos de veinticinco centavos. Cerró la mano derecha en un puño y deslizó las monedas entre los dedos, con lo que formó un juego improvisado de nudillos de bronce. Después prosiguió hacia el vestíbulo.

La figura junto a los teléfonos levantó la vista cuando se dio cuenta de que Nick se acercaba. Era Albert.

-No pise el batidillo -dijo torpemente.

Nick devolvió las monedas al bolsillo y se apresuró al lugar donde estaba el chico, con

las manos apoyadas en las rodillas, como un anciano que ha sobrestimado su capacidad para el ejercicio. Pudo percibir el hedor agrio y penetrante del vómito. Ese y el tufo sudoroso de temor que despedía el chico, eran olores con los que estaba demasiado familiarizado. Los conocía de las Malvinas e incluso, de modo más cercano, de Irlanda del Norte. Colocó el brazo izquierdo sobre los hombros del chico y Albert se irguió lentamente.

-¿Dónde están, Ace? -preguntó Nick en voz baja-. Gaffney y Toomy... ¿dónde están?

-El señor Toomy está ahí -señaló hacia una figura desplomada en el piso-. El señor Gaffney está en la oficina de Servicios del Aeropuerto. Creo que ambos están muertos. El señor Toomy estaba dentro de esa oficina, detrás de la puerta, me imagino. Mató al señor Gaffney porque él entró primero. Si yo he entrado primero, me hubiese matado a mí.

Albert tragó con dificultad.

-Después yo maté al señor Toomy. Tuve que hacerlo. Me persiguió. En alguna parte encontró otro cuchillo y me persiguió -hablaba con un tono que podría confundirse con indiferencia, pero Nick sabía que no era el caso. Y no era indiferencia lo que veía en el borrón blanco del rostro de Albert.

-¿Puedes controlarte, Ace? -preguntó Nick.

-No lo sé. Nunca había ma-ma-matado a nadie y... -Albert emitió un sollozo ahogado, miserable.

-Lo sé -dijo Nick-. Es algo terrible, pero se puede superar. Lo sé. Y tienes que superarlo, Ace. Aún debemos recorrer miles de kilómetros antes de dormimos y no hay tiempo para terapia. El sonido ya es más alto.

Se separó de Albert y se dirigió hacia la forma derribada en el piso. Craig Toomy yacía sobre un costado con un brazo levantado que le oscurecía en parte el rostro. Nick lo rodó sobre la espalda, lo miró y silbó suavemente. Toomy estaba vivo -pero Nick hubiese apostado su cuenta de banco a que esta vez no estaba fingiendo el hombre-. La nariz no sólo estaba rota; parecía haberse vaporizado. La boca era una fosa sangrienta rodeada con los restos destrozados de los dientes. Y la profunda hendidura irregular en el centro de la frente de Toomy sugería que Albert había llevado a cabo cierta remodelación creativa en el cráneo del hombre.

-¿Todo esto lo hizo con un .tostador? -murmuró Nick-. Jesús y María, Tom, Dick y Harry -se puso de pie y dijo en voz más alta-. No está muerto, Ace.

Cuando se alejó Nick, Albert se había inclinado de nuevo… Ahora se enderezó lentamente y dio un paso hacia él.

-¿No lo está?

-Verifícalo por ti mismo. Fuera de combate, pero todavía está en el juego -sin embargo, no por mucho tiempo; por lo que oigo-. Veamos al señor Gaffney... tal vez tuvo suerte, también. ¿Qué pasó con la camilla?

-¿Eh? -Albert miró a Nick como si hablase en un idioma extranjero.

-La camilla -repitió Nick pacientemente mientras caminaban hacia la puerta abierta de Servicios del Aeropuerto.

-La encontramos -dijo Albert.

¿En verdad? ¡Estupendo!

Albert se detuvo justo en el umbral de la puerta.

-Espere un minuto -murmuró, después se puso en cuclillas y buscó a tientas el encendedor de Don. Lo encontró en unos momentos. Todavía estaba caliente. Se puso de pie-. Creo que el señor Gaffney está en el otro lado del escritorio.

Dieron la vuelta, pisando las pilas de papel en el piso y la canastilla de PENDIENTES/ATENDIDOS. Albert sostuvo en alto el encendedor y chasqueó el pequeño disco. En el quinto intentó se encendió la mecha e iluminó apenas por tres o cuatro segundos. Fue suficiente. Los chispazos del disco del encendedor le permitieron a Nick darse cuenta de la situación, pero había preferido no decírselo a Albert. Don Gaffney yacía derrumbado sobre la espalda, los ojos abiertos, una expresión de sorpresa terrible todavía fija en el rostro.

Después de todo, no había tenido suerte.

-¿Cómo fue que Toomy no te alcanzó a ti también? -preguntó Nick después de un momento.

-Supe que estaba aquí -dijo Albert-. Lo supe incluso antes de que atacara al señor Gaffney -su voz seguía ronca y temblorosa, pero se sentía un poco mejor. Ahora que había enfrentado al pobre señor Gaffney, que k había visto a los ojos, por así decirlo, se sentía un poco mejor.

¿Lo oíste?

-No... vi .esas cosas. Sobre el escritorio -Albert señaló el pequeño montón de tiras de papel.

-Fue una fortuna que las vieras -Nick puso la mano sobre el hombro de Albert en la oscuridad-. Mereces estar vivo, compañero. Te ganaste el privilegio. ¿De acuerdo?

-Lo intentaré -dijo Albert.

-No cejes, hijo. Te ahorrará una serie de pesadillas. Estás frente a un hombre que lo sabe.

Albert asintió.

-Recurre a tu entereza, Ace. Es lo único que sirve... la entereza, y estarás bien.

-¿Señor Hopewell?

-¿Sí?

-¿Le importaría no llamarme así? Yo... -se le obstruyó la voz y Albert se aclaró la garganta con energía-. Creo que ya no me agrada.

16

Treinta segundos después salieron de la oscura cueva que era Servicios del Aeropuerto, Nick con el asa de la camilla doblada en la mano. Cuando llegaron a la hilera de teléfonos, Nick le dio la camilla a Albert, quien la aceptó en silencio. El mantel estaba en el piso a menos de dos metros de distancia de Toomy, quien ahora roncaba con grandes bocanadas de aire irregulares.

El tiempo era breve. El jodido tiempo era muy breve, pero Nick tenía que ver esto. Tenía que hacerlo.

Recogió el mantel y sacó el tostador. Uno de los elementos térmicos estaba atrapado en la ranura para le pan; el otro cayó al piso. Se desprendieron el disco regulador del tiempo y la manija que se usa para introducir el pan. Una esquina del tostador estaba mellada hacia adentro. El lado izquierdo, abollado en una deformación circular profunda.

Ésa es la parte que chocó con la nariz del amigo Toomy, pensó Nick. Sorprendente. Sacudió el tostador y escuchó el traqueteo de las partes rotas en el interior.

-Un tostador -dijo admirado-. Tengo amigos, Albert... amigos profesionales... que no lo creerían. Apenas lo creo yo mismo. Quiero decir... un tostador.

Albert se había dado vuelta.

-Tírelo -ordenó con tono ronco. No quiero verlo. Nick hizo lo que le pidió el chico, después le palmeó el hombro.

-Lleva la camilla arriba. Me uniré a ustedes en un momento.

-¿Qué va a hacer?

-Quiero ver si en la oficina hay algo más que nos pueda ser útil.

Albert lo miró por unos instantes, pero no pudo distinguir las facciones de Nick en la oscuridad. Al fin, dijo: -No le creo.

-Ni tienes que hacerlo -dijo Nick, en una voz extrañamente amable-. Adelante, Ace... Albert, quiero decir. Subiré en un momento. Y no mires hacia atrás.

Albert lo miró con atención un momento más, después empezó a subir penosamente la

escalera paralizada, con la cabeza baja, la camilla oscilando como una maleta en la mano derecha. No miró hacia atrás.

17

Nick esperó a que el chico desapareciera en la penumbra. Luego se acercó de nuevo sitio donde yacía Craig Toomy y se puso en cuclillas junto e él. Toomy seguía inconsciente, pero su respiración parecía más estable. Nick suponía que no era imposible que Toomy se recuperara con una semana o dos de tratamiento de cuidado intensivo en un hospital. Por lo menos, había demostrado un hecho; tenía una cabeza pasmosamente dura.

Lástima que los sesos que están debajo sean tan suaves, compañero, pensó Nick. Se acercó más, con la intención de colocar una mano sobre la boca de Toomy y la otra sobre su nariz -lo que quedaba de ésta. Se llevaría menos de un minuto, y ya no tendrían que preocuparse por el señor Craig Toomy. Los otros se hubiesen encogido horrorizados ante la sola idea -lo hubiesen calificado de asesinato a sangre fría pero Nick lo veía como una póliza de seguro, ni más ni menos. Ya una vez Toomy se había restablecido de lo que parecía una inconsciencia total, y ahora un miembro del grupo estaba muerto y otro herido de gravedad, tal vez mortalmente. No tenía sentido volver a correr el mismo riesgo.

Y había algo más. Si dejaba vivo a Toomy, ¿para qué exactamente lo dejaba vivo? ¿Para una breve existencia atormentada en un mundo inerte? ¿Una oportunidad para respirar el aire moribundo en un cielo inmóvil, en el cual parecía que habían cesado todos los patrones de clima? ¿Una oportunidad para encontrarse con lo que se acercaba desde el este... que se acercaba con un sonido semejante a una colonia de hormigas gigantescas e indeseables?

No. Saña mejor liberarlo de todo eso. No le causaría ningún dolor y eso era un atenuante válido.

-Más de lo que se merece el bastardo -dijo Nick, pero aun así titubeó.

Recordó a la niña mirándolo con los ojos oscuros sin vista.

-¡No lo mate! No fue un ruego; había sido una orden. De alguna de sus últimas reservas, había sacado la fuerza para darle esa orden. Todo lo que sé es que lo necesitamos.

-¿Por qué lo protege tanto?

Se quedó en cuclillas un momento más, mirando el rostro destrozado de Craig Toomy. Y cuando Rudy Warwick habló desde la parte superior de la escalera, saltó como si hubiese sido el demonio mismo.

-¿Señor Hopewell? ¿Nick? ¿Ya viene?

-En un segundo -respondió sobre su hombro. Acercó de nuevo la mano al rostro de Toomy, y de nuevo se detuvo, recordando los ojos oscuros.

Lo necesitamos.

Se puso de pie abruptamente, dejando a Craig Toomy en su lucha torturada por respirar.

-Ya voy -gritó, y corrió con agilidad por la escalera.

Ocho

El reabastecimiento. Las primeras luces del amanecer. Los langoliers se acercan. Ángel de la mañana. Los custodios de la eternidad. Despegue.

1

Bethany había tirado el cigarrillo casi insaboro y otra vez estaba a la mitad de la escalinata cuando oyó la exclamación de Bob Jenkins:

-¡Parece que ahí vienen!

Bethany se dio vuelta y bajó presurosa los escalones. De la saliente del equipaje emergía una serie de borrones oscuros y avanzaba a gatas a lo largo de la banda transportadora. Bob y Bethany corrieron a su encuentro.

Dinah estaba sujeta con correas a la camilla. Rudy en un extremo, Nick en el otro. Caminaban sobre las rodillas, y Bethany pudo oír que el hombre calvo respiraba con ásperas boqueadas sofocadas.

-Déjeme ayudarlo -le dijo, y Rudy cedió con gusto su extremo de la camilla.

-Trata de no zarandearla -indicó Nick, en tanto bajaba las piernas del transportador-. Albert, únete a Bethany y ayúdanos a subirla por la escalinata. Esta cosa debe estar tan nivelada como sea posible.

-¿Qué tan mal está? -le preguntó Bethany a Albert. -Bastante mal -contestó sombrío-. Está inconsciente, pero aún vive. Es todo lo que sé.

-¿Dónde están Gaffney y Toomy? -preguntó Bob mientras se acercaban al avión. Tuvo que levantar ligeramente la voz; el sonido crujiente era más alto ahora, y el agudo trasfondo de transmisión herida se estaba convirtiendo en un tono dominante y enloquecedor.

-Gaffney está muerto y es posible que Toomy también lo esté -dijo Nick-. Hablaremos sobre eso más tarde, si quiere. Ahora no tenemos tiempo -se detuvo al pie de la escalinata-. Ustedes dos, cuiden de mantener en alto su extremo.

Ascendieron la camilla lenta y cuidadosamente por la escalinata; Nick caminaba hacia atrás, doblado sobre el extremo delantero, Albert y Bethany sostenían la camilla a nivel de la frente, empujándose las caderas en la estrecha escalera en el extremo posterior. Los seguían Bob, Rudy y Laurel. Desde el regreso de Albert y Nick, Laurel sólo había hablado una vez para preguntar si Toomy estaba muerto. Cuando Nick le dijo que no, lo miró con atención y después asintió aliviada con un movimiento de cabeza.

Brian estaba de pie en la puerta de la cabina cuando Nick llegó al tope de la escalera e introdujo su extremo de la camilla.

-Quiero colocarla en primera clase-dijo Nick-, con este extremo de la camilla levantado para que quede en alto su cabeza. ¿Será factible?

-No hay problema. Asegure la camilla con un par de cinturones insertados en el bastidor de la cabecera. ¿Ve dónde?

-Sí -y a Albert y Bethany-: Suban. Lo están haciendo muy bien.

Iluminada con las luces de la cabina, la sangre embadurnada en las mejillas y barbilla de Dinah resaltaba espantosa sobre la piel blanca amarillenta. Sus ojos estaban cerrados; los párpados se veían de un delicado color lavanda. Bajo el cinturón (en el cual Nick había perforado un nuevo agujero, a bastante distancia de los demás), la compresa improvisada estaba rojo oscuro. Brian pudo oír su respiración. Sonaba como un popote que extrae aire del fondo de un vaso casi vacío.

-Está mal, ¿verdad? -preguntó Brian en voz baja.

-Bueno, es el pulmón y no el corazón, y no se está desangrando tan rápido como lo temía... pero es grave, sí. -¿Vivirá hasta que regresemos?

-¿Cómo diablos voy a saber? -le gritó Nick de repente-. ¡Soy un soldado, no un maldito matasanos!

El otro se quedó frío, mirando con ojos cautelosos. Laurel sintió que la piel le hormigueaba de nuevo.

-Lo siento -murmuró Nick-. Parece que los viajes en el tiempo son tremendos para los

nervios. Lo siento mucho.

-No es necesario que se disculpe -dijo Laurel, y le tocó el 'brazo-. Todos estamos en tensión.

Nick le sonrió con cansancio y le acarició el cabello.

-Es usted un encanto, Laurel, y no cabe la menor duda. Venga... vamos a sujetarla y veremos qué podemos hacer para irnos cuanto antes.

2

Cinco minutos después habían colocado la camilla de Dinah en una posición inclinada en un par de asientos de primera clase, la cabeza en alto, los pies abajo. El resto de los pasajeros estaba reunido en un pequeño nudo alrededor de Brian en el área de servicio de primera clase.

-Necesitamos reabastecer el avión -dijo Brian-. Voy a encender la otra turbina y llevaré el avión lo más cerca que pueda de ese 727400 junto al gusano -señaló el avión Delta, el cual no era más que una protuberancia gris en la oscuridad-. Debido a que nuestro avión es más alto, podré colocar el ala derecha encima del ala izquierda del Delta. Mientras yo hago esa maniobra, cuatro de ustedes traerán un carro de mangueras... ahí hay uno junto al otro gusano. Lo vi antes de que oscureciera.

-Tal vez deberíamos despertar a la Bella Durmiente que está en el fondo del avión para que nos dé una mano -dijo Bob.

Brian lo pensó por unos instantes y negó con un movimiento de cabeza.

-Lo último que necesitamos ahora es otro pasajero atemorizado y desorientado... y uno con una resaca asesina, por añadidura. Y no nos hará falta... dos hombres fuertes pueden empujar el carrito de las mangueras, si se requiere. He visto hacerlo antes. Sólo verifiquen la palanca de la transmisión para que se aseguren de que está en neutral. Tiene que quedar directamente debajo de las alas sobrepuestas. ¿De acuerdo?

Todos asintieron con la cabeza. Brian los miró con atención y decidió que Rudy y Bethany no serían de mucha ayuda, ya que todavía estaban demasiado exhaustos por el traslado de la camilla.

-Nick, Bob y Albert. Ustedes empujan. Laurel, usted lo dirige. ¿Está bien?

Asintieron.

-Vayan y háganlo, pues. ¿Bethany? ¿Señor Warwick? Bajen con ellos. Alejen la escalera del avión y cuando lo haya reposicionado, colóquenla cerca de las alas sobrepuestas. De las alas, no de la puerta. ¿Entienden?

Todos accedieron. Al mirarlos, Brian observó que por primera vez desde que habían aterrizado, los ojos de todos ellos se veían claros y brillantes. Por supuesto, pensó, ahora tienen algo que hacen Y también yo, gracias a Dios.

3

Mientras se acercaban al carrito de mangueras a la izquierda del gusano desocupado, Laurel se dio cuenta de que lo podía ver.

-Dios mío -dijo-. Está volviendo la luz del día. ¿Cuánto tiempo hace que oscureció?

-Según mi reloj, menos de cuarenta minutos -respondió Bob-, pero tengo la sensación de que mi reloj no es muy exacto cuando estamos fuera del avión. También tengo la impresión de que aquí la hora no importa mucho, de cualquier modo.

-¿Qué pasará con el señor Toomy? -preguntó Laurel.

Ya habían llegado al carrito de las mangueras. Era un pequeño vehículo con un tanque en la parte posterior, una cabina abierta y gruesas mangueras negras enredadas en cada lado. Nick puso un brazo alrededor de la cintura de Laurel y la volvió hacia él. Por un momento, Laurel tuvo la idea descabellada de que se proponía besarla y sintió que se le aceleraba el corazón.

-Ignoro qué pasará con él -manifestó-. Todo lo que sé es que cuando llegó la hora de la verdad opté por complacer a Dinah. Lo dejé inconsciente en el piso. ¿Está bien?

- No -respondió Laurel, con voz ligeramente trémula-, pero me imagino que así tiene que ser.

Nick sonrió un poco, asintió, y le dio un breve apretón en la cintura.

-¿Le gustaría cenar conmigo cuando... sí regresamos a Los Ángeles?

-Sí -dijo en seguida-. Me será agradable tenerlo en mente.

Nick asintió de nuevo.

-A mí también. Pero a menos que se reabastezca el avión, no iremos a ninguna parte - miró la cabina abierta del vehículo-. ¿Cree que podrá encontrar la posición neutral?

Laurel miró atentamente la palanca de cambios que sobresalía del piso de la cabina.

-Me temo que siempre he conducido automáticos.

-Yo lo haré -Albert saltó la cabina, oprimió el embrague y después estudió el diagrama en la perilla de la palanca de cambios. Detrás de él, la segunda turbina del 767 gimió al cobrar vida y, cuando Brian los aceleró, ambos motores empezaron a vibrar más alto. El ruido era bastante fuerte, pero Laurel se dio cuenta de que no le molestaba en absoluto. Borraba el otro sonido, al menos temporalmente. Y quería continuar mirando a Nick. ¿Realmente la había invitado a cenar? Ya parecía difícil de creer.

Albert cambió las velocidades y meneó la palanca.

-Ya está -dijo, y bajó de un salto-. Suba Laurel. Una vez que lo echemos a rodar, tendrá que virar a la derecha y dirigirlo en un círculo.

-Está bien.

Miró hacia atrás nerviosa, mientras los tres hombres se colocaban a lo largo de la parte posterior del carrito con Nick en el centro.

-¿Están listos? -preguntó Nick.

Albert y Bob asintieron.

-Bien, entonces... todos juntos.

Bob se había preparado para desarrollar un gran esfuerzo al empujar, y al demonio el dolor en la parte baja de la espalda que lo había acosado durante los últimos diez años, pero el vehículo rodó con una facilidad absurda. Laurel giró el rígido y obstinado volante con toda su fuerza. El carrito amarillo describió un pequeño círculo en el pavimento gris y empezó a rodar hacia el 767, el cual se iba colocando lentamente en posición, al lado derecho del jet Delta estacionado.

-La diferencia entre las dos naves es increíble -señaló Bob.

-Sí -coincidió Nick-. Tenías razón, Albert. Es posible que nos hayamos apartado del presente, pero en alguna forma extraña, el avión aún es parte de él.

-También nosotros -dijo Albert-. Por lo menos, hasta ahora.

Las turbinas del 767 se apagaron, con lo que sólo quedó el constante rumor sordo de las unidades auxiliares de energía -Brian ahora tenía las cuatro funcionando. Su ronquido no era lo bastante alto para cubrir el sonido del este. Antes, ese sonido había tenido una especie de uniformidad masiva, pero al acercarse se fragmentaba; parecía contener sonidos dentro de sonidos, y la suma total empezaba a sentirse horriblemente familiar.

Animales cuando se les alimenta, pensó Laurel, y se estremeció. Así se oye... como el sonido de animales que comen, transmitido por un amplificador y expandido en proporciones grotescas.

Se estremeció violentamente y sintió que el pánico empezaba a roerle los pensamientos,

Librodot

una fuerza elemental que no podía controlar, como no podía controlar lo que causaba ese sonido.

-Tal vez podríamos enfrentarlo si tuviésemos la posibilidad de verlo -dijo Bob, mientras iniciaban de muevo el traslado del carrito de combustible.

Albert le dio un rápido vistazo y dijo:

-No lo creo.

4

Brian apareció en la puerta de proa del 767 y, con señas, pidió a Bethany y Rudy que le acercaran la escalerilla. Cuando lo hicieron, se situó en la parte superior de la plataforma y señaló las alas sobrepuestas. Mientras lo rodaban en esa dirección, percibía el ruido que se aproximaba y, de repente, recordó una película que había visto tiempo atrás en la última función de la noche. En ella,

Charlton Heston era dueño de una gran hacienda en América del Sur. La hacienda había sido atacada por una enorme alfombra de hormigas soldado, hormigas gigantescas que devoraban todo lo que encontraban en su camino -árboles, pasto, construcciones, vacas, hombres. ¿Cuál era el título de la película? No le venía a la memoria. Sólo recordaba que Charlton se la había pasado intentando estratagemas cada vez más desesperadas para detenerlas o retrasarlas al menos. ¿Las había derrotado al final? Brian no se acordaba, pero en su mente se repitió un fragmento de su sueño, inquietante ante la falta de asociación con todo lo demás: un siniestro letrero rojo que decía: ESTRELLAS FUGACES ÚNICAMENTE.

-¡Deténganla! -les gritó a Rudy y Bethany.

Dejaron de empujar y Brian descendió cuidadosamente por la escalerilla hasta que su cabeza quedó al nivel de la superficie inferior del ala del jet Delta. Tanto el 767 como el 727 estaban equipados con entradas de combustible de punto único en el ala izquierda. Brian veía ahora una pequeña escotilla cuadrada con las palabras ACCESO AL TANQUE DE COMBUSTIBLE Y VERIFIQUE LA VÁLVULA DE CERRADO ANTES DE CARGAR escritas con letras de molde sobre ella. Y algún ingenioso había pegado una calcomanía redonda y amarilla de un rostro feliz en la escotilla del combustible. Era el toque surrealista final.

Albert, Bob y Nick ya 'habían empujado el carrito de las mangueras hasta colocarlo directamente bajo Brian, y ahora miraban hacia arriba, los rostros sucios, círculos grises en la penumbra que se despejaba. Brian se agachó y le gritó a Nick:

¡Hay dos mangueras, una a cada lado del carrito! ¡Quiero la más corta!

Nick la soltó y la tendió hacia arriba. Mientras sostenía tanto la escalerilla como la boquilla de la manguera con una mano, Brian se inclinó bajo el ala y abrió la escotilla del combustible. En el interior había un conector macho con una punta de acero que sobresalía como un dedo. Brian se inclinó aún más... y resbaló. Se sostuvo del barandal de la escalinata.

-Aguanta, compañero -dijo Nick, subiendo la escalinata-. La ayuda está en camino -se detuvo tres escalones abajo de Brian y lo sujetó del cinturón-. ¿Hazme un favor, sí?

-¿Cuál?

-Evita las ventosidades.

-Trataré, pero no lo prometo.

Se agachó de nuevo y miró a los que estaban en tierra. Rudy y Bethany se 'habían unido a Bob y Albert bajo el ala.

-¡Aléjense, a menos que quieran una ducha de combustible! -gritó-. ¡No puedo controlar la válvula de cerrado del Delta, y es posible que se derrame! -mientras esperaba a que se retiraran, pensó: Por supuesto, también es factible que no sea así. Que yo sepa, los tanques de esta cosa están tan secos como un maldito hueso.

Se agachó de nuevo, usando ambas manos ahora que Nick los sujetaba firmemente, e introdujo la boquilla en el punto de admisión. Brotó una breve llovizna de combustible -una llovizna muy bienvenida dadas las circunstancias- y después se oyó un fuerte chasquido metálico. Brian dio a la boquilla un cuarto de vuelta a la derecha, trabándola en su lugar, y escuchó con satisfacción que el combustible fluía por la manguera al carrito, donde una válvula cerrada controlaría el flujo.

-Bien -suspiró, regresando a la escalinata-. Hasta ahora, todo va bien.

-¿Ahora qué, compañero? ¿Cómo encendemos ese carrito? Le pasamos corriente del avión, ¿o qué?

-Dudo que pudiésemos hacerlo aunque alguien se hubiese acordado de traer los cables para pasar la corriente -dijo Brian-. Por suerte, no tenemos que encenderlo. Esencialmente, el carrito no es más que un dispositivo para filtrar y transferir el combustible. Voy a usar las unidades auxiliares de energía de nuestro avión para aspirar el combustible hasta el 727 igual que utilizas un popote para absorber limonada de un vaso.

-¿Cuánto tiempo nos llevará?

-Bajo condiciones óptimas... lo que significaría el bombeo con energía de tierra... podríamos cargar 2 000 libras de combustible por minuto. En esta forma, es más difícil calcularlo. Nunca antes había tenido que recurrir a las unidades auxiliares para bombear combustible. Por lo menos una hora. Tal vez dos.

Nick miró angustiado hacia el este por un momento y, cuando habló, la voz era baja de nuevo.

-Hágame un favor, compañero... no se los diga a los demás.

-¿Por qué no?

-Porque no creo que contemos con dos horas. Es posible que ni siquiera una.

5

Sola en la sección de primera clase, Dinah Catherine Bellman abrió los ojos.

Y vio.

-Craig -murmuró.

6

Craig.

Pero él no quería volver a oír su nombre. Cuando la gente decía su nombre, siempre pasaba algo malo. Siempre.

¡Craig! ¡Levántate, Craig!

No. No se levantaría. La cabeza se le había convertido en una enorme colmena con compartimientos; el dolor rugía y desvariaba en cada cámara irregular y en cada corredor tortuoso. Las abejas habían llegado. Las abejas habían creído que estaba muerto. Habían invadido su cabeza y convertido su cráneo en un panal. Y ahora... ahora... Perciben mis pensamientos y están tratando de aniquilarlos con aguijonazos, pensó, y emitió un terrible lamento agónico. Las manos llenas de sangre se abrían y cerraban lentamente sobre la alfombra industrial que cubría el piso del vestíbulo inferior. Déjenme morir, ay, por favor, sólo déjenme morir.

¡Craig, tienes que levantarte! ¡Ahora!

Era la voz de su padre, la única voz que nunca había tenido el valor para rechazarla o

Librodot

acallarla. Pero ahora la rechazaría. Ahora la acallaría.

-Vete -refunfuñó-. Te odio. Vete.

El dolor resonaba con estrépito en su cabeza en un dorado chillido de trompetas. Cuando repicaban las campanas, volaban nubes de abejas, furiosas y punzantes.

Ay, déjenme morir, pensó. Oh, déjenme morir. Esto es el infierno. Estoy en un infierno de abejas y trompetas de una gran banda.

Levántate, Craiggy-wiggy. Es tu cumpleaños y, ¿adivina qué? Tan pronto como te levantes, una persona te va a ofrecer una cerveza y te dará un golpe en la cabeza... ¡porque este PORRAZO es para ti!

-No -dijo-. No más golpes -sus manos se arrastraron por la alfombra. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos, pero estaban pegados por la sangre que se iba secando-. Están muertos. Ambos están muertos. No me pueden pagar y no pueden obligarme a hacer cosas. Ambos están muertos y yo también quiero morirme.

Pero no estaba muerto. En alguna parte, más allá de las voces fantasmales podía oír el rumor de las turbinas del jet.. y ese otro sonido. El sonido de los langoliers que avanzaban. Que corrían.

Craig, levántate. Tienes que levantarte.

Se dio cuenta de que no era la voz de su padre ni la de su madre. Sólo era su pobre mente herida que trataba de engañarse a sí misma. Ésta era una voz de... de...

(¿arriba?)

de otro lugar, de un lugar alto y brillante donde el dolor era un mito y la presión un sueño.

Craig, han venido a ti -todas las personas que querías ver. Viajaron desde Boston para venir aquí. Así de importante eres para ellas. Todavía lo puedes hacer, Craig. Todavía puedes zafarte. Aún hay tiempo para que estregues los papeles y te des de baja en el ejército de tu padre... si eres lo bastante hombre para hacerlo, claro.

Si eres lo bastante hombre para hacerlo.

-¿Bastante hombre? -gruñó-. ¿Bastante hombre? Me estás insultando, quienquiera que seas.

Trató de nuevo de abrir los ojos. La sangre pegajosa que los mantenía cerrados cedió un poco, pero no se liberó. Con un gran esfuerzo, se llevó una mano al rostro. La mano rozó los restos de la nariz y soltó un grito bajo y cansado de dolor. Dentro de su cabeza, las trompetas sonaron estrepitosas y las abejas acudieron en tropel. Esperó a que aminorara lo más intenso del dolor, después extendió dos dedos y los usó para abrirse los párpados.

Esa corona de luz todavía estaba ahí. En la penumbra formaba una figura vagamente evocativa.

A pausas, un poco a la vez, Craig levantó la cabeza. Y la vio.

Estaba dentro de la corona de luz.

Era la pequeña niña, pero ya no llevaba las gafas oscuras y lo estaba mirando, y sus ojos eran amables.

Vamos, Craig, levántate. Sé que es difícil, pero tienes que levantarte... tienes que hacerlo. Ya están todos aquí, te están esperando... pero no esperarán para siempre. Los langoliers se ocuparán de eso.

Notó que los pies de la niña no estaban sobre el suelo. Sus zapatos parecían flotar a cinco o diez centímetros sobre él, y la rodeaba la luz brillante. Destacaba en un resplandor espectral.

Vamos, Craig, levántate.

Hizo un gran esfuerzo por ponerse de pie. Era muy penoso. Casi había perdido el sentido del equilibrio y el sólo sostener la cabeza erecta era agotador -debido a que estaba llena de abejas furiosas, desde luego. En dos ocasiones se volvió a caer, pero cada vez empezaba de nuevo, hipnotizado y embrujado por la niña reluciente con ojos amables y su

promesa de la liberación final.

Todos te están esperando, Craig. A ti.

Te están esperando.

7

Dinah yacía en la camilla y observaba con los ojos ciegos cómo se levantaba Craig Toomy en una rodilla, se caía de lado y trataba de levantarse de nuevo. Su corazón estaba invadido por una terrible y severa lástima por este hombre herido y deshecho, este pez asesino que sólo quería explotar. En el rostro arruinado y sangriento veía una pavorosa mezcla de emociones: temor, esperanza y una especie de determinación implacable.

Lo siento, señor Toomy, pensó. A pesar de lo que hizo, lo siento. Pero lo necesitamos.

Luego lo llamó de nuevo, lo llamó con su propia conciencia en agonía.

¡Levántate, Craig! ¡Aprisa! ¡Pronto será demasiado tarde!

Y sintió que ya lo era.

8

Una vez que la más larga de las dos mangueras estuvo enlazada bajo el vientre del 767 y conectada al punto de admisión de combustible, Brian regresó a la cabina, puso en funcionamiento las unidades auxiliares de energía y empezó a extraer el combustible de los tanques del 727400. Mientras observaba que la lectura LED[5] del tanque derecho se elevaba lentamente hacia las 24 000 libras, esperó tenso a que las unidades auxiliares emitieran ruidos explosivos y se arrastraran, tratando de ingerir un combustible que no encendería.

El tanque derecho había alcanzado la marca de 8 000 libras cuando escuchó que cambiaba la señal de los pequeños motores en la cola del avión -el sonido era áspero y laborioso.

-¿Qué está pasando, compañero? -preguntó Nick. De nuevo estaba sentado en el asiento del copiloto. Tenía el cabello en desorden y en su antes elegante camisa abotonada había grandes manchas de grasa y sangre.

-Los motores de las unidades auxiliares están probando el combustible del 727, y no les gusta -dijo Brian-. Espero que funcione la magia de Albert, pero no lo sé.

Justo antes de que el LED llegara a 9 000 libras en el tanque derecho, se apagó la primera unidad auxiliar. Una luz roja MOTOR CERRADO apareció en el tablero de Brian. Apagó la unidad auxiliar.

-¿Qué se puede hacer al respecto? -preguntó Nick, en tanto se ponía de pie y se acercaba a mirar sobre el hombro de Brian.

-Podemos usar las otras tres unidades auxiliares para que las bombas sigan funcionando, y esperar -dijo Brian.

Treinta segundos más tarde se apagó la segunda unidad y, mientras Brian acercaba la mano para cerrarla, se extinguió la tercera. Las luces de la cabina de control se extinguieron con ella; ahora sólo quedaban el resoplido irregular de las bombas hidráulicas y las luces en el tablero de Brian, las cuales estaban parpadeando. La última unidad auxiliar rugía agitada,

[5] *LED: Light Emitting Diode. Diodo semiconductor que emite luz cuando se le somete a un voltaje aplicado y que se usa en un control electrónico.

sacudiendo el avión con los cambios de velocidad.

-Voy a apagar completamente -dijo Brian. Se oyó a sí mismo severo y en tensión, un hombre que se alejó de su profundidad y se .está cansando rápidamente en la resaca-. Tendremos que esperar a que el combustible del Delta se una a la corriente de tiempo, o marco de tiempo, o lo que carajos sea. No podemos seguir así. Una fuerte sobretensión antes de que se apague la última unidad podría anular el sistema inercial de navegación. Tal vez lo freiría, incluso.

Pero cuando Brian acercaba la mano al interruptor, empezó a suavizarse la agitada señal del motor. So volvió y miró a Nick con expresión incrédula. Nick le devolvió la mirada y una gran sonrisa lenta iluminó su rostro.

-Tal vez tuvimos suerte, compañero.

Brian levantó las manos, cruzó los dedos y los sacudió en el aire.

-Así lo espero -dijo, y se acercó a los tableros. Encendió los interruptores marcados UAE 1, 3 y 4. Reaccionaron con ritmo uniforme. Las luces de la cabina relucieron de nuevo. Se dispararon los timbres de la cabina. Nick dio un alarido de gusto y palmeó a Brian en la espalda.

Bethany apareció en la puerta detrás de ellos. ¿Qué está pasando? ¿Está todo bien?

-Creo -contestó Brian sin darse vuelta- que podremos probar suerte con esta cosa.

9

Por fin, Craig pudo ponerse de pie. Ahora la niña resplandeciente estaba con los pies justo por encima de la banda de equipaje. Lo miraba con una dulzura sobrenatural y algo más... Algo que había anhelado toda su vida. ¿Qué era?

Lo buscó en la mente, y al fin le llegó.

Era compasión.

Compasión y comprensión.

Miró a su alrededor y vio que se estaba desvaneciendo la oscuridad. ¿Significaba eso que había estado inconsciente toda la noche? No lo sabía. Y no importaba. Lo único importante era que la niña resplandeciente los había traído hasta él -a los banqueros de inversiones, los especialistas en bonos, los operadores a comisión y los especuladores en valores. Aquí estaban, querrían una explicación sobre lo que se había propuesto Craiggy-Wiggy Toomy-Woomy, y aquí estaba la verdad extática: ¡Tejemanejes! Eso era lo que se. había propuesto -metros y metros de tejemanejes-, kilómetros de tejemanejes. Y cuando les dijera eso...

-Tendrán que dejarme ir... ¿Verdad?

Sí, dijo la niña. Pero tienes que darte prisa, Craig. . Tienes que darte prisa o pensarán que no vas a llegar y se marcharán.

Craig inició su lento avance. Los pies de la niña no se movieron, pero cuando Craig se acercó a ella retrocedió como un espejismo, flotando hacia las tiras de hule que colgaban entre el área del retiro de equipaje y el andén de carta exterior.

Y... oh, glorioso: estaba sonriendo.

10

Todos estaban otra vez a bordo del avión, todos menos Bob y Albert, quienes estaban sentados en la escalinata, escuchando el sonido que avanzaba hacia ellos en una ola lenta

desplegada.

Laurel Stevenson estaba de pie en la puerta abierta de proa y miraba hacia la terminal, preguntándose todavía qué se propondrían hacer con el señor Toomy, cuando Bethany tiró de la espalda de su blusa.

-Dinah está hablando dormida, o algo así. Creo que podría estar delirando. ¿Puedes venir?

Laurel entró. Rudy Warwick estaba sentado a un lado de Dinah, le sostenía una de las manos y la miraba con ansiedad.

-No sé -dijo preocupado-. No sé, pero creo que se nos va.

Laurel tocó la frente de la niña. Se sentía seca y muy caliente. La hemorragia había disminuido o se había detenido por completo, pero la respiración de la niña llegaba en una serie de lastimosos sonidos silbantes. La sangre había formado una costra alrededor de su boca como mermelada de fresa.

Laurel empezó:

-Yo creo... -y en eso, Dinah expresó, con toda claridad:

-Tienes que darte prisa o pensarán que no vas a llegar y se, marcharán.

Laurel y Bethany intercambiaron miradas aterradas e intrigadas.

-Creo que está soñando con ese tipo Toomy -le dijo Rudy a Laurel-. Mencionó su nombre una vez.

-Sí -dijo Dinah. Sus ojos estaban cerrados, pero su cabeza se movió ligeramente y parecía que escuchaba-. Sí, lo seré -asintió-. Si tú lo quieres, lo seré. Pero date prisa. Sé que duele, pero debes darte prisa.

-Está delirando, ¿verdad? -murmuró Bethany. -No -negó Laurel-. No lo creo. Pienso que está... soñando.

Pero, en realidad, no era eso lo que pensaba. Lo que pensaba era que Dinah podría estar

(viendo)

haciendo otra cosa. No creía que le gustaría saber qué podría ser esa otra cosa, aunque una idea giraba y danzaba en el fondo de su mente. Laurel sabía que, si quería, podría convocar esa idea, pero rehusaba hacerlo. Aquí estaba sucediendo algo escalofriante, extremadamente escalofriante, y no podía eludir la idea de que se relacionaba con

(no lo mate... lo necesitamos)

el señor Toomy.

-No la molesten -dijo con un tono de voz seco y abrupto-. No la molesten y déjenla...

(que haga lo que tiene que hacer con él)

dormir.

Dios mío, espero que despeguemos pronto -dijo Bethany con tono miserable, y Rudy le colocó un brazo confortante alrededor de los hombros.

11

Craig llegó a la banda transportadora y cayó en ella. Una blanca mortaja de dolor le desgarraba la cabeza, el cuello, el pecho. Trató de recordar lo que le había sucedido y no pudo. Recordaba que había bajado corriendo la escalera parada, se había ocultado en una habitación pequeña, se había sentado a rasgar tiras de papel en la oscuridad... y ahí se nublaba la memoria.

Levantó la cabeza, el cabello colgando sobre los ojos, y miró a la niña resplandeciente, quien ahora estaba sentada con las piernas cruzadas frente a las tiras de hule, a tres centímetros sobre la banda transportadora. Era lo más hermoso que había visto en su vida; ¿cómo pudo pensar que era uno de ellos?

-¿Eres un ángel? -gruñó.

-Sí, -respondió la niña resplandeciente, y Craig sintió que el júbilo inundaba su dolor. La visión se le nubló y, luego, las lágrimas (las primeras que había vertido como adulto) empezaron a rodar por sus mejillas. De pronto descubrió que recordaba la voz dulce, monótona y ebria de su madre cuando cantaba aquella vieja canción.

-¿Eres un ángel de la mañana? ¿Quieres ser mi ángel de la mañana?

Sí... lo seré. Si tú lo quieres, lo seré. Pero date prisa. Ya sé que duele, señor Toomy, pero debes darte prisa.

-Sí -Craig sollozó y empezó a gatear con vehemencia a lo largo de la banda de equipaje hacia la niña. Cada movimiento enviaba un nuevo dolor desgarrante a través de él en cursos irregulares; la sangre goteaba de la nariz destruida y la boca destrozada. Aun así, se apresuró lo más que pudo. Delante de él, la niña retrocedió a través de las tiras de hule colgantes y éstas, en alguna forma, permanecieron inmóviles a su paso.

-Sólo tócame la mejilla antes de irte, nena -dijo Craig. Un acceso de tos le llevó a la boca una maraña esponjosa de sangre, la escupió a la pared, donde quedó adherida como una araña muerta, e intentó gatear más aprisa.

12

Al este del aeropuerto, un gran sonido crujiente, penetrante, llenó la inesperada mañana. Bob y Albert se pusieron de pie de un salto, los rostros pálidos y repletos de preguntas espantosas.

-¿Qué fue eso? -preguntó Albert.

-Creo que fue un árbol -respondió Bob, y se humedeció los labios.

-¡Pero no hay aire!

-No -aceptó Bob-. No hay aire.

El ruido se había convertido ahora en una barricada móvil de sonidos astillantes. Partes de él parecían enfocarse... y después se desdibujaban antes de que fuese posible identificarlos. En un momento, Albert podía jurar que había escuchado ladridos, y después los ladridos... o gañidos... o lo que fueren... los absorbía un breve y áspero sonido zumbante como electricidad maligna. Las únicas constantes eran el crujido y el gimoteo perforante continuo.

-¿Qué está sucediendo? -exclamó Bethany en tono estridente detrás de ellos..

-Na... -empezó Albert, y en eso Bob le tomó el hombro y señaló.

-¡Miren! -gritó-. ¡Miren hacia allá!

A lo lejos, al este del horizonte, se alineaba una serie de torres de conducción eléctrica de norte a sur a través de una elevada sierra boscosa. Cuando Albert miró, una de las torres se tambaleó como un juguete y se derrumbó, llevándose con ella una maraña de cables eléctricos. Un momento más tarde, cayó otra torre y otra y otra.

-Y eso no es todo -dijo Albert, paralizado por el temor-. Miren los árboles. Los árboles se sacuden como si fuesen ramas.

Pero no sólo se sacudían. Ante la mirada de Albert y los demás, los árboles empezaron a caer, a desaparecer. ¡Crunch, esmac, crunch, tud, BARK!

¡Crunch, esmac, BARK! Trump, crunch.

-Tenemos que salir de aquí -dijo Bob. Se aferró a Albert con ambas manos. Sus ojos eran enormes, ávidos con una especie de terror aturdido. La expresión contrastaba en forma malsana y grotesca con su rostro estrecho e inteligente-. Creo que debemos irnos de aquí inmediatamente.

En el horizonte, tal vez a quince kilómetros de distancia, el alto caballete de una torre de radio vibró intensamente, se balanceó y se derrumbó para desparecer entre los árboles estremecidos. Ahora podían sentir que empezaba a trepidar la misma tierra; el movimiento subía por la escalinata y sacudía sus pies en los zapatos.

-¡Párenlo! -gritó Bethany de pronto, desde la entrada arriba de ellos. Se llevó las manos

a los oídos-.

¡Oh, por favor, DETÉNGANLO!

Pero la ola de sonido siguió su curso hacia ellos -el sonido crujiente, rumiante, devorador de los langoliers.

13

-No me agrada molestar, Brian, pero ¿cuánto tiempo más? -la voz de Nick estaba tensa-. Cerca de seis kilómetros al este de aquí hay un río... lo vi cuando descendíamos... y creo que lo que sea que se aproxima está justo al otro lado del río.

Brian miró las lecturas de combustible. 24 000 libras en el ala derecha; 16 000 en la izquierda. Estaba cargando más rápido ahora que no tenía que bombear el combustible del Delta sobre el ala hasta el otro lado.

-Quince minutos -dijo. Podía sentir grandes gotas de sudor en la frente-. Necesitamos más combustible, Nick, o nos vendríamos abajo en el desierto de Mojave. Otros diez minutos para desenganchar, cerrar entradas y el rodamiento.

-¿No se puede reducir? ¿Está seguro de que no se puede acortar? Brian sacudió la cabeza y regresó a sus medidores.

14

Craig se arrastró poco a poco bajo las tiras de hule, sintiéndolas resbalar por la espalda como dedos inertes. Salió a la luz blanca y muerta de un nuevo -e inmensamente reducido- día. El sonido era terrible, sobrecogedor, el sonido de un ejército invasor de caníbales. Incluso el cielo parecía sacudirse y, por un momento, lo paralizó el temor.

Mira, dijo su ángel de la mañana, y señaló.

Craig miró... y olvidó el temor. Más allá del 767 de American Pride, en un triángulo de pasto muerto limitado por dos pistas de rodamiento y una pista de despegue, estaba una larga mesa de caoba de sala de consejo.

Relucía resplandeciente bajo la lánguida luz. En cada lugar había un bloc amarillo tamaño oficio, una jarra de agua helada y un vaso Waterford. Alrededor de la mesa estaban sentados dos docenas de hombres en sobrios trajes de banquero, y ahora todos se volvían a mirarlo.

De súbito, empezaron a dar palmadas. Se pusieron de pie y, con los ojos en él, aplaudieron su llegada. Craig sintió que una enorme sonrisa agradecida le estiraba el rostro.

15

Dinah se había quedado sola en primera clase. Su respiración era muy laboriosa y su voz era un ahogo estrangulado.

-¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Aprisa! ¡Aprisa!

16

Craig cayó de la banda en un tumbo, pegó en el concreto con un golpe que hizo que le crujieran los huesos y se puso de pie vacilante. Ya no le importaba el dolor. ¡El ángel los había traído! ¡Por supuesto que los había traído! Los ángeles eran como los fantasmas en esa historia acerca del señor Scrooge -¡podían hacer cualquier cosa que quisieran! La corona alrededor de la niña había empezado a difuminarse y ella se estaba desvaneciendo, pero no importaba. Le había traído la salvación; una red en la cual, finalmente, como una bendición, había quedado atrapado.

¡Corre hacia ellos, Craig! ¡Corre alrededor del avión! ;Aléjate del avión! ¡Corre hacia ellos ahora!

Craig empezó a correr -una zancada arrastrada que se convirtió rápidamente en una carrera lisiada. Mientras corría, su cabeza se balanceaba hacia arriba y hacia abajo como un girasol con el tallo roto. Corría hacia hombres sin sentido del humor, implacables, que eran su salvación, hombres que podían haber sido un grupo de pescadores de pie en un bote más allá de un cielo gris insospechado, retirando la red para ver la fabulosa presa que habían atrapado.

17

La lectura LED para el tanque izquierdo empezó a disminuir cuando llegó a 21 000 libras, y casi se había detenido cuando alcanzó 22 000 libras. Brian entendió lo que estaba pasando y apagó rápidamente dos interruptores que cerraron las bombas hidráulicas. El 727400 les había dado todo lo que tenía; un poco más de 46 000 libras de combustible. Tendría que ser suficiente.

-Está bien -dijo, al ponerse de pie.

-¿Qué es lo que está bien? -preguntó Nick, levantándose también.

-Vamos a desacoplamos y a salir de aquí como rayo.

El ruido que se acercaba había alcanzado niveles ensordecedores. Mezclados en el sonido crujiente y rumiante y el rechinido de transmisión, se oían árboles que caían y el derrumbe sordo de construcciones que se venían abajo. Justo antes de apagar las bombas, había oído un número de desplomes pesados seguido por una serie de chapoteos profundos. Se imaginó que era un puente que caía en el río que Nick había visto.

-¡El señor Toomy! -gritó de repente Bethany-. ¡Es el señor Toomy!

Nick se adelantó a Brian hasta la puerta y entró a primera clase, pero ambos llegaron a tiempo para ver a Craig que avanzaba dando tumbos y tambaleante a través de la pista de rodamiento. Ignoró por completo el avión. Parecía que su destino era un triángulo de pasto vacío bordeado por un par de pistas entrelazadas.

-¿Qué está haciendo? -inquirió Rudy, pasmado.

-No se ocupen de él -dijo Brian-. No tenemos tiempo. ¿Nick? Baje la escalera delante de mí. Sosténgame mientras desconecto la manguera -Brian se sentía como un hombre desnudó en una playa que ve que en el horizonte se forma un maremoto y avanza arrasador hacia la costa.

Nick lo siguió y otra vez sostuvo a Brian del cinturón mientras este último se inclinaba y giraba la boquilla de la manguera para soltarla. Un momento más tarde dio un tirón a la manguera y la dejó caer en el cemento, donde sonó apagado el arillo de la boquilla. Brian cerró la escotilla del tanque.

-Vamos -dijo después de que Nick había tirado de él para que se situara de nuevo en la escalinata. Su rostro tenía un tono grisáceo-. Vámonos de aquí.

Pero Nick no se movió. Estaba congelado en el lugar, con la vista en el este. Su piel

había tomado el color del papel. Su rostro tenía una expresión de horror como si estuviese soñando. Le temblaba el labio superior, y en ese momento se veía como un perro que está demasiado asustado para gruñir.

Brian volvió la cabeza en esa dirección, escuchando que los tendones del cuello crujían como un resorte mohoso en una vieja puerta de red metálica. Volvió la cabeza y observó que finalmente los langoliers entraban al escenario por la izquierda.

18

-Como ven -dijo Craig al acercarse a la silla vacía en la cabecera de la mesa para quedar de pie frente a los hombres sentados alrededor-, los corredores con quienes traté, no sólo carecían de escrúpulos; muchos de ellos eran en realidad agentes de la CIA, cuya misión era la de establecer contacto y engañar a banqueros como yo... hombres que buscaban llenar a toda prisa portafolios magros. Para ellos, el fin... mantener al comunismo fuera de América del Sur... justifica todos los medios disponibles.

-¿Qué procedimientos siguió para verificar a esos sujetos? -preguntó un hombre obeso con un costoso traje azul-. ¿Utilizó una compañía aseguradora de bonos o tiene su banco una firma específica de investigación en esos casos? -el rostro redondo, con papada, estaba perfectamente afeitado; las mejillas relucían, ya fuese por buena salud o por cuarenta años de escocés con soda; los ojos eran lascas despiadadas de hielo azul. Eran ojos maravillosos; eran ojos de padre.

En alguna parte, lejos de esta sala de consejo dos pisos abajo de la cima del Prudential Center, Craig podía oír un estrépito del demonio. Construcción de carreteras, suponía. En Boston siempre estaban construyendo carreteras, y sospechaba que la mayor parte eran innecesarias, que en muchos casos no era más que la vieja, vieja historia de los faltos de escrúpulos que se aprovechaban de los incautos. No tenía nada que ver con él. Absolutamente nada. Su tarea era la de debatir con el hombre del traje azul, e iniciarla era lo único importante.

-Estamos esperando, Craig -dijo el presidente de su propia institución bancaria. Craig sintió una sorpresa momentánea... no estaba programado que el señor Parker asistiera a esta junta... y después la felicidad anuló ese sentimiento.

-¡Ningún procedimiento! -gritó jubiloso frente a los rostros conmocionados-. ¡Sólo compré y compré y compré! ¡No seguí NINGÚN PROCEDIMIENTO... NINGUNO!

Estaba a punto de proseguir, de ampliar el tema, exponerlo realmente, cuando lo detuvo un sonido. Este sonido no estaba a kilómetros de distancia; este sonido estaba cerca, muy cerca, tal vez en la misma sala de consejo.

Era un sonido quejumbroso, desmenuzante, como secos dientes hambrientos.

Súbitamente, Craig sintió una desesperada necesidad de rasgar algún papel -cualquier papel serviría. Extendió la mano en busca del bloc oficio frente a su lugar en la mesa, pero el bloc había desaparecido. Lo mismo que la mesa. Y los banqueros. Y Boston.

-¿Dónde estoy? -preguntó con una voz débil, perpleja, y miró a su alrededor. De pronto se dio cuenta... y de pronto, los vio.

Habían llegado los langoliers. Habían venido por él.

Craig Toomy empezó a gritar.

19

Brian los podía ver, pero no podía comprender qué era lo que estaba viendo. En alguna forma extraña, parecían desafiar la visión y sintió que su mente frenética, sobresaturada por la tensión, trataba de cambiar la información que recibía, de convertir en algo comprensible las figuras que habían empezado a aparecer en el extremo este de la pista 21.

Primero sólo eran dos formas, una negra, otra roja tomate oscuro.

¿Son pelotas?, preguntó dudosa su mente. ¿Podrían ser pelotas?

Literalmente, algo pareció chasquear en el centro de su cabeza y eran pelotas, semejantes a pelotas de playa, pero pelotas que ondeaban y se contraían, y expandían de nuevo, como si las estuviese viendo a través de una neblina de calor. Llegaron rodando desde el alto pasto seco al final de la pista 21, y detrás de ellas dejaban guadañadas oscuras. En alguna forma, estaban cortando el pasto...

No, negó su mente con renuencia. No sólo están cortando el pasto, y lo sabes. Están cortando bastante más que el pasto.

Lo que dejaban atrás eran líneas estrechas de oscuridad perfecta. Y ahora, mientras corrían juguetonas por el blanco concreto al borde de la pista, seguían formando brechas. Relucían como alquitrán.

No, desmintió su mente a regañadientes. No es alquitrán. Bien sabes lo que es esa oscuridad. Es la nada. La nada absoluta. Se están comiendo mucho más que la superficie de la pista.

En su comportamiento había un elemento de júbilo maligno. Se cruzaron mutuamente en el camino, dibujando una X negra irregular en la pista exterior. Rebotaron en el aire, desplegaron una exuberante maniobra entrecruzada y se apresuraron directamente hacia el avión.

Cuando lo hicieron, Brian gritó y Nick gritó junto a él. Bajo la superficie de las pelotas veloces acechaban unos rostros -rostros monstruosos, aberrantes. Relucían y se retorcían y oscilaban como rostros formados por emanaciones pantanosas incandescentes. Los ojos no eran más que muescas rudimentarias, pero las bocas eran enormes; cuevas semicirculares surcadas con dientes rechinantes, borrosos.

Mientras avanzaban, devoraban, arrollando a su paso estrechas franjas del mundo.

En la pista de rodamiento exterior estaba estacionada ya pipa de combustible Texaco. Los langoliers se precipitaron sobre ella, los dientes zumbando, crujiendo, a toda velocidad, sobresalientes de los cuerpos difusos. Pasaron a través de la pipa sin detenerse. Uno de ellos cavó un camino que atravesó directamente los neumáticos traseros y, durante un momento, antes de que se derrumbaran los neumáticos, Brian pudo ver la silueta que había recortado -una forma parecida al agujero de un ratón en una caricatura, en un zócalo de caricatura.

El otro saltó, desapareció durante unos instantes detrás del tanque de la pipa Texaco y después lo perforó, dejando un agujero bordeado con metal del cual se esparció la gasolina para avión en un apagado líquido ámbar. Cayeron en la tierra, rebotaron como resortes, se entrecruzaron de nuevo y avanzaron presurosos hacia el avión. La realidad se borraba en franjas estrechas bajo ellos, se borraba donde y cuando tocaban, y al acercarse, Brian comprendió que era más que el mundo lo que estaban abriendo -estaban abriendo las profundidades de la eternidad.

Llegaron al extremo del pavimento e hicieron una pausa. Se revolvieron inciertas en el mismo lugar por un momento, semejantes a las bolas rebotantes que saltaban sobre las palabras en los antiguos festivales de cine.

En eso, se dieron vuelta y hendieron en una nueva dirección.

Hendieron en dirección de Craig Toomy, quien permanecía observándolos y gritando en el blanco día.

Con un esfuerzo enorme, Brian se liberó de la parálisis que lo atenazaba. Le dio un codazo a Nick, quien seguía congelado un escalón más abajo.

-¡Vamos! -Nick no se movió y Brian lanzó el codo con más fuerza esta vez, conectando con la frente de Nick-. ¡Vámonos, dije! ¡Mueva el trasero! ¡Nos vamos de aquí!

En el extremo del aeropuerto ahora aparecían más bolas negras y rojas. Rebotaban, bailaban, giraban... y después se abalanzaban hacia ellos.

20

No te puedes escapar de ellos, había dicho su padre, debido a sus piernas. Sus pequeñas piernas veloces. No obstante, Craig lo intentó.

Giró corrió hacia la terminal, lanzando miradas horrorizadas, distorsionadas hacia atrás. Sus zapatos tamborileaban en el pavimento. Ignoró el 767 de American Pride, el cual ahora empezaba a rodar de nuevo, y se dirigió hacia el área de equipaje.

No, Craig, dijo su padre. Tal vez PIENSAS que estás corriendo, pero no es así. Tu sabes lo que estás haciendo en realidad... ¡te estás ESCABULLENDO!

Las dos figuras de pleota aumentaron la velocidad a la zaga, cerrando la brecha con una viveza tranquila y feliz. Se entrecruzaron dos veces, sólo un par de comediantes chiflados en un mundo muerto, que dejaban rayas erizadas de oscuridad a su paso. Rodaron en pos de Craig separadas cerca de veinte centímetros una de la otra, creando lo que parecían huellas de esquí negativas detrás de sus extraños cuerpos relucientes. Lo atraparon a seis metros de la banda de equipaje y le comieron los pies en un milisegundo. En un momento, ahí estaban sus pies que se escabullían veloces. Al siguiente, Craig había disminuido siete centímetros de estatura; sencillamente, habían dejado de existir los pies, junto con los finos mocasines Bally. No había sangre; las heridas se cauterizaban al instante con el roce abrasante de los langoliers.

Craig no supo que ya no tenía pies. Siguió huyendo con los muñones de los tobillos, y cuando el primer dolor empezó a crepitar por sus piernas, los langoliers se ladearon en un giro cerrado y regresaron, rodando lado a lado por el pavimento. En esta ocasión, sus huellas se cruzaron dos veces, creando una media luna de cemento con bordes negros, como la representación de la luna en un libro infantil para colorear. Sólo que esta luna empezó a hundirse, pero no en la tierra -ya que parecía no haber tierra bajo la superficie- sino en ninguna parte en absoluto.

Los langoliers saltaron en perfecta armonía y devoraron a Craig hasta las rodillas. Disminuyó su altura, pero todavía trató de correr y luego cayó desmadejado, ondeando los muñones. Habían terminado sus días de escabullidas.

-¡No! -gritó-. ¡No, papá! ¡Seré bueno! ¡Haz que se vayan, por favor! ¡Seré bueno, JURO QUE DESDE HOY SERÉ

BUENO SI HACES QUE SÉ VA...!

En seguida, arremetieron contra él de nuevo, farfullando, gimiendo, zumbando, silbando, y Craig vio la borrosa máquina congelada de sus dientes rechinantes y sintió los ardientes bramidos de una frenética vitalidad ciega en el medio instante antes de que empezaran a despedazarlo en trozos, sin orden ni concierto.

Su último pensamiento fue: ¿Como pueden ser rápidas sus pequeñas piernas? No tienen pier…

21

Para ahora, habían aparecido decenas de las cosas negras y Laurel comprendió que pronto serían cientos, miles, millones, billones. Podía oír su grito lastimoso, inhumano, a pesar de que las turbinas del jet vociferaban a través de la puerta de proa abierta, mientras Brian separaba el 767 de la escalinata y el ala del Delta.

Grandes espirales serpenteantes de oscuridad entrecruzaban el extremo de la pista 21 -y después las huellas se estrechaban hacia la terminal; convergiendo al desplazarse, las pelotas que las formaban, hacia Craig Toomy.

Me imagino que no consiguen carne viva con frecuencia, pensó, y de pronto se sintió a un paso del vómito.

Nick Hopewell cerró de golpe la puerta de proa después de una última mirada incrédula y la aseguró sólidamente. Caminó tambaleante por el pasillo, oscilando de un lado a otro como un ebrio. Los ojos parecían llenar todo su rostro. Un hilo de sangre le escurría por la barbilla; se había mordido con ferocidad el labio inferior. Puso los brazos alrededor de Laurel y enterró el rostro ardiente en el hueco donde se unían el cuello y el hombro de la joven. Laurel lo abrazó estrechamente.

22

En la cabina, Brian impulso la nave lo más rápido que se atrevió y el 767 se precipitó por la pista de rodamiento a una velocidad suicida. El extremo este del aeropuerto ahora se veía negro por las pelotas invasoras; el final de la pista 21 había desaparecido por completo y, más allá, se desvanecía el mundo. En esa dirección, el cielo blanco e inmóvil se arqueaba sobre un_ planeta de líneas negras garabateadas y árboles caídos.

Cuando el avión se acercó al final de la pista, Brian tomó el micrófono y gritó:

-¡Abróchense! ¡Abróchense! ¡Si no tienen puesto el cinturón, sosténganse!

Redujo imperceptiblemente la velocidad y giró el 767 a la pista 33. Al hacerlo, vio algo que provocó que se encogiera y protestara su mente: enormes secciones del mundo que se extendía al este de la pista, enormes pedazos irregulares de la realidad misma, caían dentro de la tierra como ascensores de carga, dejando detrás grandes trozos vacíos sin sentido.

Se están comiendo el mundo, pensó. Dios mío, Dios santo, se están comiendo el mundo.

Después, todo el campo aéreo giraba frente a él, y el vuelo 29 apuntaba hacia el oeste de nuevo, con la pista 33 abierta, larga y desierta ante la nave.

23

'Cuando el 767 torció bruscamente hacia la pista, los compartimientos superiores se abrieron de golpe, derramando el equipaje de mano por la cabina principal en un granizo devastador. Bethany, quien no había tenido tiempo para abrocharse el cinturón, salió despedida sobre el regazo de Albert Kaussner. Albert no se dio cuenta de que tenía los brazos llenos con una chica cálida ni del portafolios que pegó en carambola desde la pared curva a noventa centímetros frente a su nariz. Sólo veía las oscuras formas veloces que corrían por la pista 21 a su izquierda y las relucientes brechas negras que iban dejando. Estas brechas convergían en un gigantesco pozo de oscuridad donde había estado el área de descarga del equipaje.

Están siendo atraídos hacia el señor Toomy, pensó, o hacia donde estaba el señor Toomy. Si no hubiese salido de la terminal, habrían elegido el avión. Se lo habrían comido... y a nosotros dentro... desde las ruedas hasta arriba.

A su espalda, Bob Jenkins habló con voz trémula, atemorizada.

-Ahora lo sabemos, ¿verdad?

-¿Qué? -exclamó Laurel con una extraña voz ahogada que no reconoció como la propia. Una bolsa de lona k cayó en las piernas. Nick levantó la cabeza, se soltó de Laurel empujó

distraído la bolsa al pasillo-. ¿Qué es lo que sabemos?

-Bueno, lo que sucede con el hoy cuando se convierte en ayer, lo que sucede con el presente cuando se convierte en el pasado. Espera -inerte, vacío y desierto. Los espera a ellos. Espera a los custodios de la eternidad, los cuales siempre corren detrás y limpian los estropicios en la forma más eficiente posible... comiéndoselos.

-El señor Toomy sabía de ellos -dijo Dinah con una voz clara, soñadora-. El señor Toomy dice que son los langoliers -en eso, las turbinas del jet alcanzaron toda su potencia y el avión embistió por la pista 33.

24

Brian vio que dos de las pelotas pasaban como rayo por la pista delante de él, abriendo la superficie de la realidad en un par de brechas paralelas que relucían como ébano pulido. Era demasiado tarde para pararse. El 767 se estremecía como un perro con resfriado cuando se desplazaba sobre los espacios vacíos, pero Brian pudo sostenerlo en la pista. Empujó hacia adelante los aceleradores, enterrándolos, y observó que el indicador de velocidad en tierra subía al punto de peligro.

Incluso ahora podía .oír esos sonidos maniacos que rumiaban, engullían... aunque no sabía si era en sus oídos o sólo en su mente desquiciada. Y no le importaba.

25

Nick se inclinó por delante de Laurel para mirar por la ventanilla y vio la terminal internacional de Bangor rebanada, cortada en cuadros, desmenuzada y acanalada.

Se tambaleaba en sus diversas piezas de rompecabezas y después empezaba a hundirse en abismos absurdos de oscuridad.

Bethany Simms profirió un grito desesperado. Una brecha negra corría junto al 767, destrozando el borde de la pista. De repente, giró a la derecha y desapereció bajo el avión.

La nave dio otro rebote terrible.

-¿Nos pegó? -gritó Nick-. ¿Nos pegó?

Nadie le respondió. Los rostros pálidos, aterrados, miraban por las ventanillas y nadie le respondía. Los árboles se precipitaban en un borrón gris verde. En la cabina, Brian se inclinaba tenso hacia adelante en su asiento, temiendo que una de esas pelotas rebotara frente a la ventanilla de la cabina y la destrozara. Ninguna lo hizo.

En el tablero, las últimas luces rojas cambiaron a verde. Brian tiró de la palanca que opera los elevadores y los alerones, y el 767 estaba en el aire de nuevo.

26

En la cabina principal, un hombre con barba oscura y los ojos inyectados caminó tambaleante por el pasillo, pestañeando solemne a sus compañeros de viaje.

-¿Ya nos falta poco para llegar a Boston? -preguntó sin dirigirse a nadie en particular-. Espero que sí, porque quiero irme a la cama. Tengo un dolor de cabeza del carajo.

Nueve

Adiós a Bangor, Viaje al oeste a través de días y noches. Viendo con los ojos de otro. El golfo interminable. La rasgadura. La advertencia. a decisión de Brian. El aterrizaje. Estrellas fugaces únicamente.

1

II avión se inclinó marcadamente hacia el este, lanzando al hombre de la barba oscura hasta una fila de asientos vacíos a tres cuartas partes de la cabina principal. Miró a su alrededor, a todos los asientos desocupados, con ojos desorbitados y aterrorizados, y los cerró alarmado.

-Jesús -murmuró- Delirium tremens. Un jodido delirium tremens. El peor que ha sucedido jamás -su mirada aterrada recorrió la cabina-. En seguida aparecen los gusanos... ¿dónde están los jodidos gusanos?

No hay gusanos -pensó Albert-, pero espera a que veas las pelotas. Te van a encantan

-Abróchese el cinturón, compañero -dijo Nick-, y cállese la...

Se interrumpió cuando miró incrédulo hacia el aeropuerto... o donde había estado el aeropuerto. Habían desaparecido los principales edificios y se estaba desvaneciendo la base de la Guardia Nacional en el extremo oeste. El vuelo 29 sobrevolaba un creciente abismo de oscuridad, una cisterna eterna que parecía no tener fin.

-Oh, Jesús mío, Nick -dijo Laurel, angustiada, y de pronto se cubrió los ojos con las manos.

Mientras sobrevolaban la pista 33 a 1 500 pies, Nick vio sesenta o cien líneas paralelas que corrían por el concreto y cortaban la pista en largas franjas que se hundían en el vacío. Las tiras le recordaron a Craig Toomy.

Riiip.

En el otro lado del pasillo, Bethany bajó de golpe la cortina de la ventanilla junto al asiento de Albert.

-¡No te atrevas a abrirla! -le dijo enojada, histérica.

-No te preocupes -contestó Albert, y de repente recordó que había dejado su violín ahí abajo. Bien... para ahora había desaparecido sin duda. Abruptamente, se puso las manos sobre el rostro.

2

Antes de que Brian empezara a virar de nuevo hacia el oeste, vio lo que se extendía al este de Bangor. No había nada. Nada en absoluto. Un río titánico de oscuridad se dispersaba en un área muerta de horizonte a horizonte bajo la bóveda blanca del cielo. Los árboles habían desaparecido, la ciudad había desaparecido, el mundo mismo había desaparecido.

Así debe ser un vuelo en el espacio, pensó y sintió que su racionalidad se saltaba una muesca, como le había ocurrido en el viaje al este. Hizo un esfuerzo desesperado por recuperar el control y se obligó a concentrarse en pilotear el avión.

Elevó la nave rápidamente, con el deseo de estar en las nubes, con el deseo de que se borrara esa visión infernal. Ya el vuelo 29 se dirigía de regreso al oeste. En los momentos

previos a penetrar en las nubes, vio las colinas y bosques y lagos que se desplegaban al oeste de la ciudad, y observó que miles de líneas negras como telarañas los destrozaban sin piedad. Vio que enormes tramos de realidad se resbalaban sin ruido por la creciente boca del abismo y Brian hizo algo que nunca antes había hecho en la cabina de un avión.

Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, ya estaban en las nubes.

3

Esta vez no encontraron turbulencia; como lo había sugerido Bob Jenkins, parecía que los patrones del clima se retrasaban como un reloj viejo. Diez minutos después de que alcanzaron las nubes, el vuelo 29 emergió en el mundo azul brillante que empezaba a 18 000 pies. Los restantes pasajeros se miraron nerviosos unos a otros, y después a los altavoces cuando escucharon la voz de Brian por el intercomunicador.

-Estamos arriba -dijo conciso-. Todos saben lo que sucederá ahora; regresaremos exactamente por la ruta que nos trajo aquí, con la esperanza de que todavía esté en el mismo lugar el umbral que atravesamos. Si lo está, trataremos de pasar por él.

Se detuvo un momento y después prosiguió.

-Nuestro vuelo de regreso nos llevará de cuatro y media a seis horas. Me gustaría ser más preciso, pero no puedo. En circunstancias normales, el vuelo al oeste, por lo general, lleva un poco más que el vuelo al este, debido a las condiciones prevalecientes del viento, pero hasta donde lo indican los instrumentos de la cabina, no hay viento -Brian quedó en silencio por un momento, y luego añadió-. No hay nada que se mueva aquí arriba, excepto nosotros -por unos instantes, el intercomunicador permaneció encendido, como si Brian quisiera agregar algo más, y después lo apagó.

4

-¿En nombre de Dios, que está pasando? -preguntó tembloroso el hombre de la barba oscura.

Albert lo miró por un momento y luego respondió: -No creo que quiera averiguarlo.

-¿Estoy en el hospital otra vez? -el hombre de la barba oscura parpadeó atemorizado ante Albert y éste sintió una repentina simpatía hacia él.

-Bueno, ¿por qué no piensa que lo está, si eso lo ayuda?

El hombre de la barba oscura continuó mirándolo con fascinación aterrada durante unos instantes y después anunció:

-Me voy a dormir otra vez. Ahora mismo -reclinó el asiento y cerró los ojos. En menos de un minuto, su pecho se movía hacia arriba y hacia abajo con profunda regularidad y roncaba en tono bajo.

Albert lo envidió.

5

Nick le dio a Laurel un breve abrazo, luego se desabrochó el cinturón y se puso de pie.

-Voy a proa -dijo-. ¿Quieres venir?

Laurel negó con un movimiento de cabeza y señaló al otro lado del pasillo.

-Me quedaré con ella.

-No hay nada que puedas hacer, ya lo sabes -manifestó Nick-. Me temo que ahora está en manos de Dios.

-Lo sé -asintió Laurel-, pero quiero quedarme.

-Está bien, Laurel -le acarició suavemente el cabello con la palma de la mano-. Es un nombre tan bonito. Lo mereces.

Ella lo miró y sonrió.

-Gracias.

-Tenemos una cita para cenar... ¿no se te ha olvidado, verdad?

-No -respondió Laurel todavía sonriendo-. No se me ha olvidado ni se me olvidará.

Nick se inclinó y le rozó la boca con un beso.

-Bien -dijo-. Yo tampoco la olvidaré.

Nick caminó hacia adelante y Laurel se oprimió los dedos contra la boca, como para retener ahí el beso, donde pertenecía. Cena con Nick Hopewell -un extraño moreno misterioso-. Tal vez con velas y una buena botella de vino. Después más besos -besos de verdad-. Todo parecía como algo que podría suceder en uno de los romances de la revista Arlequín que leía algunas veces. ¿Y qué? Eran historias agradables, llenas de sueños dulces e inofensivos. ¿Acaso el soñar lastimaba a alguien?

Por supuesto que no. ¿Pero por qué sentía que era tan improbable que el sueño se convirtiera en realidad?

Se desabrochó el cinturón, cruzó el pasillo y colocó la mano en la frente de la niña. Había desaparecido el calor febril que la invadía antes, la piel de Dinah estaba ahora un fría como la cera.

Creo que se nos va, había dicho Rudy poco antes de que iniciaran el precipitado despegue. Ahora Laurel recordaba las palabras y resonaron en su cabeza con una validez nauseabunda. Dinah tomaba aire en sorbos pequeños, su pecho apenas se movía bajo la correa que ceñía la almohadilla de mantel apretada sobre la herida.

Laurel apartó el cabello de la frente de la niña con infinita ternura y pensó en ese extraño momento en el restaurante, cuando Dinah extendió la mano y agarró el borde de los pantalones de Nick. No... lo mate... lo necesitamos.

¿Tú nos salvaste, Dinah? ¿Nos salvó algo que le hiciste al señor Toomy? ¿En alguna forma lo instigaste a que sacrificara su vida por la nuestra?

Pensaba que era posible que hubiese pasado algo así... y reflexionó que, si era verdad, esa pequeña niña, ciega y gravemente herida, había tomado una terrible decisión dentro de su oscuridad.

Se inclinó y besó cada *uno de los párpados fríos y cerrados de Dinah.

-Resiste -murmuró-. Resiste, por favor, Dinah.

6

Bethany se volvió hacia Albert, le tomó ambas manos en las suyas y preguntó:

-¿Qué sucede si el combustible no sirve?

Albert la miró con seriedad y amabilidad.

-Ya sabes la respuesta, Bethany.

-Me puedes decir Beth, si quieres.

-Bueno.

Bethany revolvió en sus bolsillos en busca de los cigarrillos, miró el letrero de NO FUMAR y los guardó de nuevo.

-Sí -dijo-. Lo sé. Nos estrellamos. Fin de la historia. ¿Y sabes qué?

Albert sacudió la cabeza, sonriendo un poco.

-Si no encontramos ese agujero, espero que el capitán Engle no intente siquiera aterrizar el avión. Será mejor que elija una bonita montaña alta y nos estrelle en la cima. ¿Viste lo que

le pasó a ese tipo demente? No quiero que me suceda lo mismo.

Se estremeció y Albert puso un brazo alrededor de la chica. Bethany lo miró con expresión franca.

-¿Te gustaría besarme?

-Sí -afirmó Albert.

-Bien, adelante entonces. Cuanto antes, mejor.

Albert procedió. Era la tercera vez en su vida que el hebreo más rápido al oeste del Mississippi había besado a una chica, y era estupendo. Podría pararse todo el viaje de regreso con los labios pegados a los de esta chica, sin preocuparse por nada.

-Gracias -dijo Bethany, y apoyó la cabeza en el hombro de Albert-. Lo necesitaba.

-Si lo necesitas de nuevo, sólo pídelo -dijo Albert. Bethany lo miró, divertida.

-¿Es necesario que te lo pida, Albert?

-Estimo que no -dijo el Judío de Arizona, con acento lento y pesado, y reemprendió la tarea.

7

Nick se detuvo en el camino a la cabina de control para hablar con Bob Jenkins -se le había ocurrido una idea extremadamente desagradable y quería pedirle su opinión al escritor.

-¿Cree que podríamos encontrar esas cosas aquí en las alturas?

Bob lo pensó por un momento.

-A juzgar por lo que vimos en Bangor, pensaría que no. Pero es difícil saberlo, ¿no lo cree? En una cuestión como ésta, todas las apuestas se quedan cortas.

-Sí. Supongo que sí. Todas las apuestas se quedan cortas -Nick reflexionó por un momento-. ¿Qué hay acerca de esa rasgadura del tiempos de que habló? ¿Le gustaría ofrecer las probabilidades de que la encontremos de nuevo?

Bob Jenkins sacudió lentamente la cabeza.

Rudy Warwick intervino desde atrás, sobresaltando a ambos.

-No me la pidieron, pero les daré mi opinión de todos modos. Las pongo una contra mil.

Nick lo pensó con detenimiento. Después de un momento, una rara sonrisa radiante resaltó en su rostro.

-No son malas las probabilidades -dijo-. No si consideramos la alternativa.

8

Menos de cuarenta minutos más tarde, se empezó a oscurecer el color del cielo azul a través del cual se movía el vuelo 29. Pasó lentamente a índigo y luego a púrpura profundo. Sentado en la cabina de control, vigilando los instrumentos, con un gran deseo de una taza de café, Brian recordó una vieja canción: Cuando cae el púrpura profundo... sobre muros de jardín dormidos...

Aquí no había muros de jardín, pero podía ver las primeras estrellas que brillaban como chispas de hielo en el firmamento. La aparición una a una de las antiguas constelaciones en sus antiguos lugares resultaba reafirmante y tranquilizadora. Ignoraba cómo podían seguir inalterables cuando tantas otras cosas estaban tan terriblemente dislocadas, pero le alegraba que estuviesen ahí.

-Está moviéndose más aprisa, ¿verdad? -dijo Nick a sus espalda.

Brian se dio vuelta en el asiento para verlo de frente.

-Sí, en efecto. En breve, los "días" y las "noches" transcurrirán con la misma rapidez

que opera el obturador de una cámara fotográfica.

Nick suspiró.

-Y ahora, nuestra tarea es la más difícil de todas. Esperamos para ver qué sucede, y rezamos un poco, supongo.

-No nos haría daño -Brian evaluó a Nick con una larga mirada-. Yo tuve que viajar a Boston porque mi ex esposa murió en un incendio estúpido. Dinah viajaba porque un grupo de doctores le había prometido un par de ojos nuevos. Bob tenía el propósito de asistir a una convención. Albert ingresaría a la escuela de música, Laurel tomaba unas vacaciones. ¿Cuál era el motivo de su viaje a Boston, Nick? Confiese, las horas avanzan.

Nick lo miró pensativamente por un largo lapso y después rió.

-Bien, ¿por qué no? -dijo, pero Brian no era tan tonto como para pensar que la pregunta se dirigí a él-. ¿Qué significa la clasificación Estricto Secreto cuando se acaba de ver a un puñado de bolas de pelusa asesinas enrollando el mundo como un tapete nuevo?

Niel rió de nuevo.

-Los Estados Unidos no han monopolizado el mercado en lo que se refiere a trucos sucios y operaciones en-cubiertas -le dijo a Brian-. Nosotros, los ingleses, ya nos hemos olvidado de más travesuras desagradables de las que han conocido ustedes. Hemos realizado malabarismos en India, África del Sur, China y la parte de Palestina que se convirtió en Israel. Es indudable que entablamos una jodida contienda con los sujetos equivocados en esa ocasión. ¿No lo cree así? No obstante, los británicos somos partidarios fervientes de la capa y la daga, y la importancia del legendario MI5 no radica en dónde termina, sino en dónde empieza. Pasé dieciocho años en los servicios armados, Brian; los últimos cinco en Operaciones Especiales. Desde entonces, he efectuado varios trabajos peculiares, algunos inofensivos; otros, fabulosamente sucios.

La oscuridad era completa en el exterior, las estrellas relucían como lentejuelas en un traje de noche femenino.

-Estaba en Los Ángeles... de vacaciones, en realidad... cuando se estableció contacto conmigo y se me ordenó que volara a Boston. Un aviso muy precipitado, y después de cuatro días dedicados al excursionismo en San Gabriel, me estaba cayendo de cansancio. Es por eso que dormía profundamente cuando ocurrió El Evento del señor Jenkins.

Verá, hay un hombre en Boston... o había... o habrá (los viajes en el tiempo revuelven un poco los antiguos tiempos de los verbos, ¿verdad?)... quien es un político de cierto relieve. La clase de sujeto que manipula con gran vigor detrás de bambalinas. Este hombre... lo llamaré el señor O'Banion, en beneficio de la conversación... es muy rico, Brian, y un estusiasta patrocinador del Ejército de la República Irlandesa. Ha canalizado millones de dólares a lo que algunos califican como la caridad favorita de Boston, tiene las manos bastante manchadas con sangre. No sólo de soldados británicos, sino de niños en los patios de las escuelas, mujeres en lavanderías y bebés destrozados en sus cochecitos. Es un idealista del tipo más peligroso: uno que nunca ha tenido que presenciar la carnicería de primera mano, uno que nunca ha tenido que ver una pierna arrancada caída en el arroyo y se ha visto obligado a reconsiderar sus acciones a la luz de esa experiencia.

-¿Se suponía que debía matar a este hombre O'Banion?

-No, a menos que no hubiese otra alternativa -dijo Nick con calma-. Es un hombre muy rico, pero eso no es el único problema. Es un político completo, y tiene más dedos de los que acostumbra utilizar para revolver el puchero en Irlanda. Cuenta con un buen número de amigos norteamericanos poderosos, y algunos de ellos son amigos nuestros... así es la naturaleza de la política; una telaraña tejida por hombres quienes, en su mayor parte, pertenecen a habitaciones con muros acojinados. La eliminación del señor O'Banion sería un gran riesgo político. Pero de forma extraoficial, sostiene relaciones con una joven. Es a ella a quien se suponía que debía matar.

-Como advertencia -indicó Brian en voz baja, fascinado.

-Sí. Como advertencia.

Casi transcurrió un, minuto mientras los dos hombres sentados en la cabina se miraban el uno al otro. El único sonido era el adormecido zumbido de las turbinas del jet. La expresión en los ojos de Brian era de sorpresa y, en alguna forma, de extrema juventud. Nick sólo se veía cansado.

-Si salimos de ésta -dijo Brian al fin-, si regresamos, ¿llevará a cabo la tarea?

Nick negó con un movimiento de cabeza. Lo hizo lentamente, pero con gran determinación.

-Creo que he experimentado lo que los grupos Adventistas llaman una conversión del alma, viejo compañero. No más deslizamientos furtivos a medianoche ni más tareas de parcialidad extrema para Nicholas, el hijo de la señora Hopewell. Si salimos de esto... un proyecto que encuentro bastante inestable por ahora... creo que me retiraré.

-¿Y qué hará?

Nick lo miró pensativo por un momento o dos, y luego dijo:

-Bueno, supongo que podría tomar lecciones de vuelo.

Brian soltó una carcajada. Después de un momento, Nicholas, el hijo de la señora Hopewell, se le unió.

9

Treinta y cinco minutos más tarde, la luz del día empezó a filtrarse de nuevo en la cabina principal del vuelo 29. Tres minutos después, podría haber sido media mañana; a los quince minutos siguientes, podría haber sido mediodía.

Laurel miró a su alrededor y vio que estaban abiertos los ojos invidentes de Dinah.

Sin embargo, ¿eran completamente invidentes? Había algo en ellos, algo ..que escapaba a la definición, que provocó ciertas dudas en Laurel. Sentía que la invadía una sensación desconocida de asombro reverencial, una sensación que casi se aproximaba al temor.

Extendió la mano y tomó una de las de Dinah.

-No trates de hablar -le dijo en voz queda-. Si estás despierta, Dinah, no trates de hablar... sólo escucha. Estamos en el aire. Vamos de regreso y te pondrás bien... te lo prometo.

La mano de Dinah apretó la de Laurel; después de un momento, se dio cuenta de que la niña tiraba de ella hacia adelante. Se inclinó sobre la camilla. Dinah habló con una voz diminuta que le pareció a Laurel un perfecto modelo a escala de su voz anterior.

-No te preocupes por mí, Laurel. Conseguí... lo que quería.

-Dinah, no debes...

Los ojos castaños invidentes se movieron hacia el sonido de la voz de Laurel. Una pequeña sonrisa se asomaba por la boca ensangrentada de Dinah.

-Vi -le dijo esa voz diminuta, frágil como una flauta de cristal-. Vi a través de los ojos del señor Toomy. Al principio, y de nuevo al final. Fue mejor al final. Al principio él lo veía todo mezquino y malévolo. Al final fue mejor.

Laurel la miraba con asombro impotente.

La mano de la niña soltó la de Laurel y se levantó vacilante para tocarle la mejilla.

-No era tan mal sujeto, créeme -Dinah tosió. De su boca volaron pequeñas partículas de sangre.

-Por favor, Dinah -le rogó Laurel. Tenía la súbita sensación de que casi podría ver a través de la pequeña niña ciega, y eso le provocaba una sofocante emoción de desconcierto-. Por favor, ya no trates de hablar.

Dinah sonrió.

-Te vi -dijo-. Eres hermosa, Laurel. Todo era hermoso... incluso las cosas que estaban muertas. Fue tan maravilloso... tú sabes... el solo hecho de ver.

Inhaló uno de los diminutos sorbos de aire, lo dejó salir y, sencillamente, no tomó el siguiente. Ahora los ojos invidentes parecían ver más allá de Laurel Stevenson.

-Respira, por favor, Dinah -dijo Laurel. Tomó en las suyas las manos de la niña y empezó a besarlas repetida-mente, como si con los besos pudiese devolver a la vida lo que ya estaba más allá. No era justo que muriese Dinah después de que ella los había salvado a todos; ningún Dios podía exigir ese sacrificio, ni siquiera por personas que en alguna forma se habían salido del tiempo mismo.

-Por favor, respira, por favor, por favor, por favor respira.

Pero Dinah no respiró. Después de un largo rato, Laurel regresó las manos de la niña a su regazo y miró fijamente el rostro pálido, tranquilo. Laurel esperaba que sus propios ojos se llenaran de lágrimas, pero no brotaron las lágrimas. Sin embargo, el corazón se le rompía con un dolor intenso y en su mente resonaba una protesta, pro-funda e indignada; ¡Oh, no! ¡Oh, no es justo! ¡No es justo! ¡Devuélvela, Dios! ¡Devuélvela, maldita sea, devuélvela, tan sólo DEVUÉLVELA!

Pero Dios no la devolvió. Las turbinas vibraban uniformes, el sol resplandecía en la manga ensangrentada del vestido bueno para viajar de Dinah en un oblongo brillante, y Dios no la devolvió. Laurel miró al otro lado del pasillo y vio que Albert y Bethany se besaban entusiasmados. Albert tocaba uno de los pechos de la chica a través de la camiseta, suave, delicada, casi religiosa-mente. Parecían plasmar una forma ritual, una representación simbólica de la vida, y esa chispa obstinada e intangible que continúa la vida frente a los reveses más terribles y los giros más absurdos del destino. Laurel miró de ellos a Dinah con esperanza... y Dios no la había devuelto.

Dios no la había devuelto.

Laurel besó el apacible declive de la mejilla de Dinah y levantó la mano hacia el rostro de la niña. Sus dedos se detuvieron a dos centímetros de sus párpados.

Vi a través de los ojos del señor Toomy. Todo -era hermoso.., incluso las cosas que estaban muertas. Fue tan maravilloso el solo hecho de ver.

Sí -dijo Laurel-. Viviré con ese recuerdo.

Dejó abiertos los ojos de Dinah.

10

El vuelo 29 de American Pride volaba hacia el oeste a través de días y noches, pasando de la luz a la oscuridad y de la luz a la oscuridad, como si volara a través de un gran desfile de nubes obesas perezosamente cambiantes. Cada ciclo aparecía en un lapso más breve que el anterior.

Después de un poco más de tres horas de vuelo, se despejaron las nubes bajo ellos, exactamente en el mismo punto donde habían empezado en el vuelo hacia el este. Brian estaba dispuesto a apostar que el frente no se había movido ni unos cuantos centímetros. La Gran Pradera se extendía bajo ellos en una inmensidad silenciosa de tierra de color ruano.

-No hay señal de ellos aquí -dijo Rudy Warwick. No tuvo que especificar a qué se refería.

-No -coincidió Bob Jenkins-. Parece que los rebasamos, ya sea en el espacio o en el tiempo.

-O en ambos -intervino Albert.

-Sí... o en ambos.

Pero se equivocaban. Cuando el vuelo 29 cruzaba sobre las Rocosas, vieron de nuevo las líneas negras, delgadas como hilos desde la altura. Ascendían y descendían las pendientes escabrosas y desiguales, y trazaban patrones, no del todo carentes de significado, en la alfombra gris azul de los árboles. Nick estaba de pie en la puerta de proa, mirando por la

portilla. Esta portilla producía un extraño efecto amplificador y muy pronto se dio cuenta de que la visión era más clara de lo que hubiese querido. Mientras observaba, se separaron dos de las líneas negras, corrieron alrededor de una cúspide dentada, coronada con nieve en la cima, se encontraron en el lado más lejano, se cruzaron y bajaron por la otra pendiente en direcciones divergentes. Detrás de ellas, toda la cumbre de la montaña se hundió en sí misma, dejando lo que parecía un volcán con una inmensa caldera inerte en la cima truncada. .

-Santo Cristo -murmuró Nick, y se pasó una mano temblorosa por la frente.

Cuando sobrevolaban la Vertiente Occidental hacia Utah, se inició otra vez la invasión de la oscuridad. La puesta del sol irradiaba un brillo naranja rojizo sobre un infernal paisaje fragmentado que ninguno de ellos sopor-. taba ver durante largo rato; uno a uno, siguieron el ejemplo de Bethany y cerraron las cortinas de las ventanillas. Nick regresó a su asiento con las piernas inestables y apoyó la frente en una mano fría, estrujada. Después de un momento o dos, se volvió hacia Laurel y ella lo tomó en sus brazos en silencio.

Brian no podía eludir el terrible panorama. En la cabina de control no había cortinas.

Delante de él, y bajo el avión, el occidente de Colorado y el oriente de Utah se derrumbaban trozo a trozo en el foso de la eternidad. Montañas, montes aislados, sierras, terminaban su existencia uno a uno, mientras los langoliers surcantes los destrozaban a la deriva, desde el material podrido de ese pasado muerto, los cercenaban y los lanzaban rebotando a golfos interminables, sin sol y sin fin, para siempre. En lo alto, el silencio era absoluto y, en cierta forma, eso era lo más, horrible de todo. Ante sus ojos, la tierra desaparecía tan sigilosamente como motas de polvo.

En eso, lo rodeó la oscuridad como un acto de misericordia y, durante un pequeño rato, Brian se pudo concentrar en la contemplación de las estrellas. Se aferraba a ellas con la fiereza del pánico, lo único real qué quedaba en este espantoso mundo: Orión, el cazador; Pegaso, el gran caballo reluciente de medianoche; Casiopea en su silla cuajada de estrellas.

11

Media hora más tarde, el sol salió de nuevo y Brian sintió que su cordura se estremecía y resbalaba cerca del borde de su propio abismo. Abajo, el mundo había desaparecido; desaparecido absoluta y definitivamente. El cielo de un azul cada vez más intenso era una bóveda sobre un océano gigantesco del ébano más profundo y más puro.

Se había destruido el mundo bajo el vuelo 29.

El pensamiento de Bethany también había cruzado por la mente de Brian; si se llegaba al extremo, si lo grave se convertía en lo peor, pondría el 767 en picada y lo estrellaría en una montaña, terminando de una vez por todas. Pero ahora no había montañas para estrellarse.

Ahora no había tierra para estrellarse.

¿Qué nos ocurrirá si no podemos encontrar la rasga-dura?, se preguntaba. ¿Qué pasará si se acaba el combustible? No trates de decirme que nos estrellaremos, porque no lo creo... no te puedes estrellar en la nada. Supongo que sencillamente caeremos... y caeremos... y caeremos... ¿Por cuánto tiempo? ¿ Y a qué distancia? ¿A qué distancia se puede caer en la nada?

No pienses en eso.

¿Pero cómo, exactamente, se podía hacer eso? ¿Cómo rehusaba uno pensar en nada?

En busca de un refugio, fijó la atención en la hoja de cálculos. Trabajó en ellos, consultando con frecuencia la lectura del sistema inercial de navegación, hasta que la luz empezó a desvanecerse del cielo de nuevo. Ahora estableció el tiempo transcurrido entre la salida y la puesta del sol en cerca de veintiocho minutos.

Alargó la mano al interruptor que controlaba el intercomunicador de la cabina y abrió el circuito.

Librodot

-¿Nick? ¿Puede venir al frente?

Nick apareció en la puerta de la cabina menos de treinta segundos después.

-¿Tienen las cortinas cerradas? -le preguntó Brian antes de que entrara por completo.

-Puede estar seguro -dijo Nick.

-Muy inteligente de su parte. Le voy a pedir que, si puede evitarlo, no mire hacia abajo todavía. En unos cuantos minutos, necesitaré que mire hacia afuera, y una vez que se asome, no creo que podrá resistirse a seguir mirando, pero le aconsejo que lo retrase lo más posible. No es... muy agradable.

-¿Todo se ha ido, verdad?

-Sí. Todo.

-La niña también se ha ido. Dinah. Laurel estuvo con ella hasta el final. Lo está tomando muy bien. Le agradaba esa niña. A mí también.

Brian asintió. No le sorprendía lo sucedido -la herida de la niña requería un tratamiento inmediato en una sala de emergencia e, incluso en esas condiciones, el pronóstico hubiese sido dudoso -pero aun así, sintió un peso en el corazón. También él había sentido simpatía por la niña y pensaba lo mismo que Laurel -que de algún modo Dinah había contribuido a la sobrevivencia de todos ellos más que cualquier otra persona. Le había hecho algo al señor Toomy, lo había usado en una forma extraña... y Brian tenía la impresión de que, en su interior, a Toomy no le había importado que se le usara de esa manera. Por tanto, si su muerte fue un presagio, era de la peor clase.

-Nunca se le hizo la operación --dijo.

-No.

-¿Pero Laurel está bien?

-Más o menos.

-Le gusta, ¿verdad?

-Sí -dijo Nick-. Tengo compañeros que se reirían de mí, pero me agrada. Es un poco ingenua, aunque es muy valiente.

Brian asintió.

-Bueno, si regresamos, le deseo la mejor de las suertes.

-Gracias -Nick se sentó de nuevo en el asiento del copiloto-. He estado reflexionando sobre la pregunta que me hizo antes. Acerca de lo que haré si salimos de este la... es decir, aparte de llevar a cenar a la hermosa Laurel. Supongo que, después de todo, terminaría cazando al señor O'Banion. Según lo veo, no es muy diferente de nuestro amigo Toomy.

-Dinah le pidió que dispensara al señor Toomy -observó Brian-. Tal vez sea un factor que deba añadir a la ecuación.

Nick asintió. Lo hizo como si la cabeza se hubiese vuelto demasiado pesada para su cuello.

-Tal vez sí.

-Escuche, Nick. Lo llamé porque si realmente existe la rasgadura del tiempo que dice Bob, debemos estarnos acercando al lugar donde la atravesamos. Vamos a actuar como vigías usted y yo. Usted tome el lado de estribor y el centro derecho. Yo tomaré babor y el centro izquierdo. Si ve algo que parezca una rasgadura en el tiempo, avise.

Nick miró a Brian con ojos grandes e inocentes.

-¿Estamos buscando una rasgadura del tiempo del tipo como-se-llame o cree que será más o menos de la variedad sicojódelica, compañero?

-Muy gracioso -Brian sintió que le llegaba una sonrisa a los labios en contra de su voluntad-. No tengo la menor idea de su aspecto o de si podremos verla siquiera. En caso contrario, nos veremos en un embrollo del demonio si es que se ha desviado a un lado o ha cambiado la altitud. En comparación, encontrar una aguja en un pajar sería juego de niños.

-¿Y el radar?

Brian señaló la pantalla de color RCA/TL del radar. -Nada, como puede ver. Pero eso no me sorprende. Si la tripulación original hubiese captado la maldita cosa en el radar, nunca

Librodot

la habrían atravesado en primer lugar.

-Si la hubiesen visto, tampoco habrían pasado por ella -señaló Nick sombrío.

-Eso no necesariamente es cierto. Podrían haberla visto demasiado tarde para eludirla. Los jets se mueven muy rápido, y las tripulaciones no se pasan todo el vuelo buscando duendes en el cielo. No es preciso; para eso está el control de tierra. La tripulación termina las principales tareas en el aire a los treinta o treinta y cinco minutos de vuelo. El pájaro ya se elevó, salió del espacio aéreo de Los Ángeles, está encendido el dispositivo anticolisión y envía señales intermitentes para mostrar que está funcionando. El sistema inercial de navegación está programado, eso sucede aun antes de que el pájaro despegue de la tierra, y le está dictando lo que debe hacer al piloto automático. Por la apariencia de la cabina, el piloto y el copiloto estaban en la hora del café. Lo más seguro es que estuvieran aquí sentados, uno frente al otro, hablando acerca de la última película que vieron o de cuánto perdieron en Hollywood Park. Si hubiese estado en la cabina una sobrecargo justo antes de que ocurriera El Evento, por lo menos habrían contado con otro par de ojos, pero sabemos que no fue así. Cuando sucedió, la tripulación masculina tomaba café y bollos; las sobre-cargos se preparaban para servir bebidas a los pasajeros.

-Es un escenario con detalles muy precisos -dijo Nick-. ¿Trata de convencerme a mí o a usted mismo?

-En este punto, me conformo con convencer a quien sea.

Nick sonrió y se acercó a la ventanilla de estribor de la cabina. Sus ojos bajaron involuntariamente hacia el lugar donde pertenecía la tierra; primero se congeló la sonrisa y luego se desvaneció de su rostro. Se le aflojaron las rodillas y se sostuvo de la mampara para estabilizarse.

-¡Mierda! -exclamó con una diminuta voz consternada.

-No es muy agradable, ¿verdad?

Nick se volvió a mirar a Brian. Sus ojos parecían flotar en el pálido rostro.

-Toda mi vida-dijo- había pensado en Australia cuando oía que la gente hablaba de la gran mierda, pero no lo es. La gran mierda está allá abajo, precisamente.

Brian revisó de nuevo el sistema inercial de navegación y las cartas de navegación con rapidez. Había marcado un pequeño círculo rojo en una de las gráficas; ahora estaban a punto de penetrar el espacio aéreo que representaba ese círculo.

-¿Podrá hacer lo que le pedí? Si cree quo no le es posible, dígalo. El orgullo es un lujo que no...

- Por supuesto que puedo -murmuró Nick. Había apartado los ojos del enorme foso negro bajo el avión y escudriñaba el cielo-. Sólo quisiera saber lo que estoy buscando.

- Supongo que lo sabrá cuando lo vea -dijo Brian. Hizo una pausa y después añadió-: Si lo ve.

12

Bob Jenkins estaba sentado con los brazos estrechamente cruzados, como si tuviese frío. Una parte de él tenía frío, pero no era una frialdad física. El frío provenía de su cabeza.

Algo estaba mal.

No sabía qué era, pero algo estaba mal. Había algo fuera de lugar... o perdido... u olvidado. Se había cometido un error o se iba a cometer. La sensación lo importunaba como un dolor que no se localiza lo suficiente para identificarlo. Esa sensación de error casi se cristalizaba en una idea... y se escapaba de nuevo, como un animal pequeño, no domesticado del todo.

Algo estaba mal.

O fuera de lugar. O perdido.

U olvidado.

Delante de él, Albert y Bethany se besuqueaban con gran entusiasmo. A su espalda, Rudy Warwick estaba sentado con los ojos cerrados, moviendo los labios. Las cuentas de un rosario aferradas en un puño. Al otro lado del pasillo, Laurel Stevenson se sentaba junto a Dinah y sostenía una mano de la niña, acariciándola suavemente.

Mal.

Bob levantó un poco la cortina junto a su asiento, se asomó y la cerró de golpe. El mirar eso no ayudaría al pensamiento racional, sino que lo borraría. Lo que se extendía bajo el avión era la demencia total.

Les tengo que advertir. Tengo que hacerlo. Están procediendo de acuerdo con mi hipótesis, pero si esa hipótesis está equivocada... y es peligrosa... debo advertirles, entonces.

¿Advertirles de qué?

De nuevo, casi salió a la luz de sus pensamientos concentrados, después se ocultó, convirtiéndose en una sombra entre las sombras... pero una con ojos salvajes.

Abruptamente, se desabrochó el cinturón y se puso de pie.

Albert percibió su movimiento.

-¿Adónde va?

-Cleveland -respondió Bob malhumorado y empezó a caminar por el pasillo hacia la cola del avión, tratando de localizar la fuente de esa campana de alarma interior.

13

Brian despegó los ojos-del cielo -el cual ya mostraba señales de luz de nuevo suficiente para dar un rápido vistazo a la lectura del sistema inercial de navegación primero y después al círculo o en la gráfica. Se estaban acercando al extremo del círculo. Si aún estaba ahí la rasgadura en el tiempo, la verían muy pronto. De no ser así, suponía que tendría que hacerse cargo de los con-troles y dar una vuelta hacia atrás para pasar a una altitud ligeramente diferente, y en otro curso ligeramente diferente. Eso sería fatal para la situación del combustible, la cual ya era precaria, pero puesto que las circunstancias eran desesperadas de todas formas, no importaba mu...

-¿Brian? -la voz de Nick era insegura-. ¿Brian? Creo que veo algo.

14

Bob Jenkins llegó a la parte posterior del avión, dio media vuelta y regresó por el pasillo, pasando fila tras fila de asientos vacíos. A su paso, miraba los objetos sobre ellos y en el piso: bolsos... pares de lentes... relojes de pulsera... un reloj de bolsillo... dos piezas de metal gastadas, en forma de media luna que probablemente eran tapas de tacones... obturaciones dentales... anillos de matrimonio...

Algo está mal.

¿Sí? ¿Lo estaba en realidad, o sólo era su mente exhausta que no cesaba de fastidiar sin motivo? ¿El equivalente mental a un músculo cansado que no deja de crisparse?

Olvídalo, se aconsejó a sí mismo, pero no pudo.

Si en realidad algo está mal, ¿por qué no puedes vedo? ¿No le dijiste al chico que la deducción era tu pan de cada día? ¿No has escrito cuarenta novelas de misterio, y acaso una docena de ellas no fueron bastante hienas? ¿No es verdad que el Newgate Callendar calificó a

La Madona Durmiente como "una obra maestra de lógica" cuando él...

Bob Jenkins se detuvo de golpe, los ojos desorbitados. Se fijaron en un asiento de babor en el frente de la cabina. Ea éste, el hombre de la barba oscura estaba profunda-mente dormido, roncando con vehemencia. Al fin, dentro de la cabeza de Bob, el tímido animal empezó a deslizarse temeroso hacia la luz. Sólo que no era pequeño como había supuesto… Ése había sido su error. En ocasiones no se pueden ver las cosas porque son demasiado pequeñas, pero en otras, las ignoras porque son demasiado grandes, demasiado obvias. la Madona Durmiente.

El hombre durmiente.

Abrió la boca y trató de gritar, pero no emitió ningún sonido. Tenía la garganta cerrada. El terror se asentaba en su pecho como un mono. Intentó gritar de nuevo y sólo consiguió un chillido ahogado.

Madona durmiente, hombre durmiente.

Ellos, los sobrevivientes, habían estado dormidos todos.

Ahora, con excepción del hombre de la barba, ninguno estaba dormido.

Bob abrió la boca una vez más, trató de gritar nueva-mente y, una vez más, nada salió de ella.

15

-Santo Cristo en la mañana -murmuró Brian.

La rasgadura se encontraba ciento cuarenta kilómetros adelante,, desalineada por el lado de estribor de la nariz del 767 no más de siete u ocho grados. Si se había desviado, la desviación no había sido significativa; Brian pensaba que la ligera diferencia se debía a un error navegacional menor.

En realidad era un agujero en forma de rombo, pero no era un vacío negro. Giraba con una difusa luz rosa púrpura, como la aurora boreal. Brian podía ver las estrellas más allá de ellas, pero éstas ondeaban también. Una ancha cinta blanca de vapor fluía lentamente entrando o saliendo de la forma que colgaba en el cielo. Parecía una extraña carretera etérea.

Podemos entrar en ella, pensó Brian nervioso. ¡Es mejor que un aerofaro ILS![6]

-¡Lo logramos! -exclamó, rió tontamente y sacudió los puños apretados en el aire.

-Debe tener más de tres kilómetros de ancho –susurró Nick-. Dios mío, Brian, ¿cuántos aviones supone que la atravesaron?

-No lo sé -dijo Brian-, pero le apuesto mi pistola y mi perro a que somos los únicos que hemos tenido la oportunidad de volver.

Abrió el intercomunicador.

-Damas y caballeros, hemos encontrado lo que buscábamos -su voz se quebró con triunfo y alivio-. No sé con exactitud lo que pasará a continuación, o cómo, o por qué, pero tenemos a la vista lo que parece ser una gran trampa en el cielo. Voy a dirigir el avión directamente por el centro de ella. Vamos a descubrir juntos lo que hay en el otro lado. Por ahora, quisiera que todos se abrocharan los cinturones y...

Fue entonces cuando Bob Jenkins apareció corriendo enloquecido por el pasillo, gritando a todo pulmón.

¡No! ¡No! ¡Todos moriremos si entra en ella! ¡Regrese! ¡Tiene que regresar!

Brian giró en el asiento e intercambió con Nick una mirada interrogante.

Nick se desabrochó el cinturón y se levantó.

-Es Bob Jenkins -anunció-. Se le oye totalmente descontrolado. Siga, Brian. Yo me

[6] ILS: Instrumental Landing System (Sistema de Aterrizaje por Instrumentos).

ocuparé de él.

-Está bien -dijo Brian-. Manténgalo lejos de mí. Sería fatal que tratara de intervenir en el segundo equivocado y nos lanzara por el borde de esa cosa.

Apagó el piloto automático y tomó el control del 767. El piso se inclinó suavemente a la derecha cuando Brian ladeó el avión hacia la larga ranura reluciente delante de ellos. Pareció deslizarse a través del cielo hasta que estuvo centrada frente a la nariz del 767. Ahora podía oír un sonido que se mezclaba con el zumbido de las turbinas del jet -un profundo ruido vibrante, como un motor diesel en marcha. Al acercarse al río de vapor -ahora se percataba de que fluía hacia el agujero, no salía de él-empezó a captar destellos de color que viajaban inmersos: verde, azul, violeta, rojo, rosa. Es el primer color real que he visto en este mundo, pensó.-

Detrás de él, Bob Jenkins corrió por la sección de primera clase, hasta el estrecho pasillo que conducía al área de servicio... donde lo esperaban los brazos de Nick.

-Tranquilo, compañero -trató de calmarlo Nick-. Todo saldrá bien.

-¡No! -Bob luchaba frenético, pero Nick lo detuvo con la misma facilidad que un hombre detendría a un gatito combativo-. ¡No, usted no entiende! ¡Tiene que regresar! ¡Tiene que regresar antes de que sea demasiado tarde!

Nick retiró al escritor de la puerta de la cabina y lo llevó a la sección de primera clase.

-¿Qué le parece si nos sentamos aquí y nos abrochamos el cinturón? -dijo con la misma voz tranquilizadora, de camaradería-. Podría ponerse un tanto accidentado.

Para Brian, la voz de Nick no era más que un débil sonido confuso. Cuando se introdujo en el ancho flujo de vapor que penetraba en la rasgadura del tiempo, sintió que una mano grande e inmensamente poderosa tomaba el avión y lo arrastraba impaciente hacia adelante. Brian recordó la fuga en el vuelo de Tokio a Los Ángeles y la velocidad con que se escapa el aire de un ambiente presurizado.

Es como si todo el mundo... o lo que queda de él... se estuviese fugando por ese agujero, pensó, y de repente volvió a su mente esa extraña y misteriosa frase de su sueño: ESTRELLAS FUGACES ÚNICAMENTE.

La rasgadura estaba ahora justo frente a la nariz del 767, creciendo rápidamente.

Estamos entrando, pensó. Dios nos ayude, estamos entrando realmente.

16

Bob continuó resistiéndose mientras Nick lo sujetaba con una mano en uno de los asientos de primera clase y, con la otra, se afanaba en abrocharle el cinturón. Bob era un hombre pequeño, delgado, quien, con seguridad, no pesaba más de sesenta y tantos kilos empapado en agua, pero el pánico lo vigorizaba y le estaba resultando bastante difícil a Nick dominarlo.

- Créame que vamos a estar bien, compañero -dijo Nick. Por fin había logrado trabar la hebilla del cinturón de Bob-. Así estábamos cuando entramos, ¿no es así?

- ¡Todos estábamos dormidos cuando entramos, maldito tonto! -chilló Bob en el rostro de Nick-. ¿No lo entiende? ¡ESTÁBAMOS DORMIDOS! ¡Tiene que detenerlo!

Nick quedó congelado en el instante en que buscaba su propio cinturón. Lo que Bob estaba diciendo -lo que había tratado de decir todo el tiempo- lo golpeó de súbito como una carga de tabiques.

- Oh, Dios mío -murmuró-. Dios mío, ¿en qué estábamos pensando?

Saltó del asiento y se precipitó hacia la cabina. -¡Brian, deténgase! ¡Regrese! ¡Regrese!

17

Cuando se acercaron, Brian miraba fijamente la rasgadura, casi hipnotizado. No había turbulencia, sino que había aumentado esa sensación de potencia tremenda, de aire que penetraba en el agujero como un río caudaloso. Miró sus instrumentos y vio que aumentaba rápida-mente la velocidad del aire en el 767. En eso, Nick empezó a gritar y, un momento después, el inglés estaba detrás de él y lo agarraba de los hombros, contemplando la rasgadura mientras ésta crecía frente a la nariz del jet, el juego de colores cada vez más intensos irradiaba en sus mejillas y frente, y lo hacía ver como un hombre que contempla una ventana con cristales de colores en un día soleado. El constante sonido rasgueante se había convertido en un trueno oscuro.

-¡Regrese, Brian, tiene que regresar!

¿Tenía Nick alguna razón para decir eso o era contagioso el pánico de Bob? No había tiempo para tomar una decisión sobre una base racional; solamente un fragmento de segundo para consultar las silenciosas señales del instinto.

Brian Engle aferró el timón y tiró de él hacia babor con toda la fuerza de que era capaz...

18

Nick salió despedido de la cabina y se estrelló contra una mampara; su brazo se rompió con un crujido terrible. En la cabina principal, el equipaje que había caído de los compartimientos superiores cuando Brian giró con violencia hacia la pista en el aeropuerto internacional de Bangor, salió volando una vez más, golpeando las paredes curvas y chocando contra las ventanas como un granizo maligno. El hombre de la barba oscura se desplomó del asiento como una muñeca de trapo y tuvo tiempo para emitir un chillido semidormido antes de que su cabeza chocara con el brazo de un asiento y cayera en el pasillo en un confuso enredo de miembros. Bethany gritó horrorizada y Albert la estrechó contra él. Dos filas adelante, Rudy Warwick apretó los ojos cerrados, aferró el rosario con más fuerza y oró con más rapidez mientras el asiento se ladeaba bajo él.

Ahora había turbulencia; el vuelo 29 se convirtió en una tabla hawaiana c n alas; se balanceaba y giraba y vibraba con violen ' a través de las alteraciones en el aire. Las manos d Brian se desprendieron del timón por un momento y después lo tomó de nuevo. Al mismo tiempo, abrió el acelerador hasta el tope, y las turbinas del avión respondieron con un profundo gañido de potencia que rara vez se escucha fuera de los hangares de diagnóstico de la aerolínea. La turbulencia aumentó; el avión daba crueles bandazos ascendentes y descendentes, y de alguna parte llegó el chillido devastador de metal que se somete a un exceso de tensión.

En primera clase, Bob Jenkins apretaba los brazos del asiento, agradeciendo entumecido que el inglés hubiese podido sujetarlo con el cinturón. Se sentía como si se le hubiese atado al canguro de juguete con propulsión a chorro de algún demente. El avión dio otro gran salto, osciló casi hasta la vertical sobre el ala de babor, y los dientes postizos de Bob salieron disparados de su boca.

¿Estamos entrando? Jesús santo, ¿estamos entrando?

No lo sabía. Sólo sabía que el mundo era una pesadilla descomunal, desproporcionada... pero él todavía estaba en ese mundo.

Al menos, por ahora, seguía en ese mundo.

19

La turbulencia continuó en aumento mientras Brian conducía el 767 hacia el otro lado de la extensa corriente de vapor que se introducía en la rasgadura. Delante de él, el agujero se expandía frente a la nariz del avión, incluso cuando éste seguía desviándose hacia babor. En eso, después de una sacudida particularmente aparatosa, salieron de los rabiones y entraron en aire más tranquilo. La rasgadura del tiempo desapareció en estribor. La habían eludido... por tan poco margen que Brian prefería no pensar en ello.

Brian prosiguió ladeando el avión, pero en un ángulo menos drástico.

-¡Nick! -gritó sin dar vuelta a la cabeza-. Nick, ¿está bien?

Nick se puso de pie lentamente, mientras se sostenía el brazo contra el estómago con la mano izquierda. Su rostro estaba muy pálido y apretaba los dientes en una mueca de dolor. Desde las ventanillas de la nariz le escurrían pequeños hilos de sangre.

-He estado mejor, compañero. Creo que me rompí el brazo. Y no es la primera vez que le sucede a este pobre viejo. La eludimos, ¿verdad?

-La eludimos -confirmó Brian. Prosiguió la maniobra del avión en un gran círculo lento-. Y dentro de un minuto me dirá por qué la eludimos, cuando hicimos este recorrido para encontrarla. Y más vale que la explicación sea buena, con brazo roto o no.

Extendió la mano en busca del interruptor del intercomunicador.

20

Laurel abrió los ojos cuando empezó a hablar Brian y descubrió la cabeza de Dinah en su regazo. Le acarició el cabello suavemente y después reajustó su posición en la camilla.

-Soy el capitán Engle, amigos. Siento lo que pasó. Fue bastante peliagudo, pero estamos bien; tengo tablero verde. Déjenme repetirles que encontramos lo que buscábamos, pero...

Apagó la comunicación de repente.

Los otros esperaron. Bethany Simms sollozaba contra el pecho de Albert. En el asiento de atrás, Rudy todavía rezaba el rosario.

21

Brian interrumpió la transmisión cuando se dio cuenta de que Bob Jenkins estaba de pie junto a él. El escritor estaba temblando, había una mancha húmeda en sus pan-talones y su boa tenía una extraña apariencia hundida que Brian no había advertido antes... pero parecía controlarse bien. A su espalda, Nick se sentó pesada-mente en el asiento del copiloto, con una mueca de dolor, sujetándose el brazo. Este ya se había empezado a hinchar.

-¿De qué demonios se trata todo esto? -le preguntó Brian a Bob con severidad-. Un poco más de turbulencia y este aparato se hubiese roto en diez mil pedazos.

-¿Puedo hablar por esa cosa? -preguntó Bob, señalando el interruptor marcado INTERCOMUNICADOR.

-Sí, pero...-Permítame hablar por él.

Brian empezaba a protestar, pero lo pensó mejor. Movió el interruptor.

-Adelante, ya está encendido -y repitió-. Más vale que sea una buena explicación.

-¡Escúchenme, todos ustedes! -gritó Bob.

De la parte de atrás llegó un quejido de protesta en dirección inversa.

-Nosotros...

-Hable con un tono normal de voz -dijo Brian-. Les va a reventar los tímpanos.

Bob hizo un esfuerzo visible por tranquilizarse y luego prosiguió con un tono de voz más bajo.

-Tuvimos que darnos vuelta, y lo hicimos. El capitán me ha dicho con toda claridad que apenas lo logramos. Hemos sido extremadamente afortunados... y también, extremadamente estúpidos. Olvidamos la cuestión más elemental, aunque estuvo frente a nosotros todo el tiempo. Cuando atravesamos la rasgadura en el tiempo, desaparecieron del avión todos los que estaban despiertos.

Brian saltó en el asiento. Sintió como si lo hubiese aporreado alguien. Delante de la nariz del 767, a cerca de cincuenta kilómetros de distancia, apareció de nuevo en el cielo la forma romboide, reluciendo débilmente... semejante a una gigantesca piedra semipreciosa. Parecía burlarse de él.

- Todos estamos despiertos -dijo Bob. (En la cabina principal, Albert miró al hombre de la barba oscura caído inconsciente en el pasillo, y pensó: Con una excepción.)-. La lógica sugiere que también nosotros desapareceremos si tratamos de atravesar en esa forma -pensó en eso, y luego dijo-: Es todo.

Brian desconectó el interruptor casi sin darse cuenta. Detrás de él, Nick expresó una risa dolorosa, incrédula.

- ¿Eso es todo? ¿Eso es todo, carajo? ¿Qué hacemos al respecto?

Brian lo miró y no respondió. Tampoco Bob Jenkins.

22

Bethany levantó la cabeza y miró el rostro en tensión y desconcertado de Albert.

-¿Tenemos que dormirnos? ¿Cómo hacemos eso? ¡Nunca sentí menos deseos de dormir en toda mi vida!

-No los sé -lanzó una mirada esperanzada a Laurel al otro lado del pasillo. La joven sacudía la cabeza. Deseaba dormirse, sólo dormirse, y lograr que se fuera toda esta pesadilla demente... pero, como Bethany, nunca había sentido menos deseos de dormir en toda su vida.

23

Bob dio un paso hacia adelante y se asomó por la ventanilla de la cabina con una fascinación silenciosa. Después de un largo momento dijo, con voz suave, atemorizada:

-De modo que así es como se ve.

Una línea de una canción de rock and roll saltó en la mente de Brian: Puedes mirar, pero más vale que no toques. Miró los indicadores LED del combustible. Lo que vio no le tranquilizó la mente, y levantó los ojos indecisos hacia los de Nick. Como los demás, nunca se había sentido tan despierto en toda u vida.

-No sé qué debemos hacer ahora -dijo-, pero si vamos a tratar de entrar en ese agujero, tendrá que ser pronto. El combustible que tenemos nos llevará durante una hora, tal vez un poco más. Después de eso, olvídenlo. ¿Tiene alguna idea?

Nick bajó la cabeza, sujetando todavía el brazo hinchado. Después de un minuto o dos, levantó de nuevo la vista.

-Sí -asintió-. La verdad es que sí la tengo. Las personas que vuelan rara vez guardan las medicinas controladas en el equipaje que registran; les gusta tenerlas a la mano en caso de que

su equipaje termine en el otro lado del mundo y se lleven varios días en recuperarlo. Si revisamos las maletas de mano, estoy seguro de que encontraremos montones de calmantes. Ni siquiera tendremos que sacar las maletas de los compartimientos. A juzgar por los ruidos, la mayoría ya está en el piso... ¿qué? ¿Qué tiene de malo?

Esto último estuvo dirigido a Bob Jenkins, quien había empezado a mover la cabeza tan pronto como surgieron de los labios de Nick las palabras "medicinas controladas".

¿Conoce algo acerca de los calmantes controlados? -le preguntó a Nick.

-Un poco -admitió Nick, pero se le oyó a la defensiva-. Un poco, sí.

-Bien, yo conozco bastante -dijo Bob en tono seco-. Los he investigado exhaustivamente... desde All-Nite hasta Xanax. Como comprenderá, el asesinato con pociones somníferas siempre ha sido un gran favorito en mi campo. Incluso si por casualidad encontrara uno de los medicamentos más potentes en la primera maleta que revisara, improbable de por sí, no podría administrar una dosis segura que actuara con la suficiente rapidez.

¿Por qué diablos no?

-Porque se necesitarían cuando menos cuarenta minutos para que surtiera efecto el medicamento... y dudo mucho que les hiciera efecto a todos. Cuando la mente está bajo tensión, la reacción natural a esos medicamentos es la de resistirse... tratar de rechazarlos. No hay forma de combatir esa reacción, Nick... es igual que si tratara de normar su propio ritmo cardiaco. Lo que haría, en el supuesto caso de que encontrara una provisión de medicamentos lo suficientemente abundante, sería administrar una serie de sobredosis mortales, lo que convertiría el avión en Jonestown. Podríamos atravesar todos, pero estaríamos muertos.

-Cuarenta minutos -dijo Nick-. Cristo. ¿Está seguro? ¿Absolutamente seguro?

-Sí -respondió Bob, sin la menor vacilación.

Brian miró la reluciente forma romboide en el cielo. Había colocado el vuelo 29 en un patrón circular, y la rasgadura estaba a punto de desaparecer de nuevo. Pronto regresaría... pero ellos no estarían más cerca de ella.

-No puedo creerlo -dijo Nick apesadumbrado-. ¿Hemos pasado por todo lo que hemos pasado... despegamos con éxito y llegamos hasta aquí... encontramos realmente la maldita cosa... y entonces descubrimos que no podemos atravesarla y regresar a nuestro tiempo sólo porque no podemos dormirnos?

-De todos modos, no tenemos cuarenta minutos -dijo Brian en voz queda-. Si esperásemos ese tiempo, el avión se estrellaría cien kilómetros al este del aeropuerto.

-Seguramente hay otros campos...

-Los hay, pero ninguno es lo bastante grande para manejar un avión de este tamaño.

-¿Si atravesamos y luego regresamos al este otra vez?

-Las Vegas. Pero Las Vegas estará fuera del alcance en... -Brian miró sus instrumentos- ... menos de ocho minutos. Creo que tendrá que ser Los Ángeles. Necesitaré por lo menos treinta y cinco minutos para llegar. Y es un margen muy escaso, incluso ni nos despejan el espacio aéreo y nos dirigen directamente con rayos del localizador. Eso nos da... -miró el cronómetro de nuevo-... veinte minutos cuando mucho para resolver este problema y enfilamos hacia el agujero.

Bob miraba pensativo a Nick.

¿Qué hay acerca de usted? -preguntó

-¿Qué quiere decir con eso?

-Creo que usted es soldado... pero no creo que sea uno común y corriente. ¿Pertenece al SAS[7], tal vez? El rostro de Nick se puso tenso.

-¿Y si fuese eso o algo parecido, compañero?

-Tal vez podría dormimos de un golpe -dijo Bob-. ¿No les enseñan trucos como ésos a los hombres de las Fuerzas Especiales?

[7] SAS: Special Army Services (Servicios Especiales del Ejército).

Librodot

La mente de Brian regresó a la primera confrontación de Nick con Craig Toomy. ¿Alguna vez vio Viaje a las

Estrellas?, le había preguntado a Craig. Maravilloso programa norteamericano... Y si no cierra la boca de inmediato, maldito idiota, tendré mucho gusto en demostrarle la famosa inducción adormecedora Vulcano del señor Spock.

-¿Qué hay acerca de eso, Nick? -dijo en voz baja-. Si alguna vez necesitamos la famosa inducción adormece-dora Vulcano, es ahora.

Nick miró con incredulidad de Bob a Brian y a Bob de nuevo.

-Por favor, no me hagan reír, caballeros... me duele más el brazo.

-¿Qué significa eso? -preguntó Bob.

-Me equivoqué totalmente con los calmantes, ¿ver-dad? Bien, déjenme decirles a ambos que están equivocados respecto a mí. No soy James Bond. Nunca hubo un James Bond en el vida real. Supongo que podría matarlo de un golpe en el cuello, Bob, pero es más probable que lo dejara paralizado para siempre. Incluso es posible que no pierda el sentido. Y además, está esto -Nick levantó con una mueca el brazo derecho, el cual seguía hinchándose rápidamente-. Sucede que mi mano inteligente está adherida al brazo que me he vuelto a fracturar hace un rato. Tal vez podría defenderme con la mano izquierda contra un oponente sin capacitación, ¿pero la clase de acción de que están hablando? No, de ningún modo.

-Se olvidan de lo más importante de todo -dijo una nueva voz.

Se dieron vuelta. Laurel Stevenson, pálida y demacrada, estaba de pie en la puerta de la cabina de control. Había cruzado los brazos sobre el pecho como si tuviese frío y se tomaba los codos con las manos.

-Si todos quedamos inconscientes, ¿quién va a pilotear el avión? -preguntó-. ¿Quién va a llevar el avión a Los Ángeles?

Los tres hombres la miraron boquiabiertos, sin pronunciar palabra. Detrás de ellos, inadvertida, la gran- piedra semipreciosa que era la rasgadura del tiempo, resplandeció a la vista de nuevo.

- Estamos jodidos -murmuró Nick-. ¿Sabían eso? Estamos absolutamente jodidos -rió un poco, después hizo una mueca de dolor al moverle el estómago el brazo roto.

-Es posible que no -dijo Albert. Bethany y él habían aparecido detrás de Laurel; Albert tenía el brazo alrededor de la cintura de la chica. El cabello se le había pegosteado a la frente en rizos sudorosos, pero sus ojos oscuros estaban claros y alertas. Se enfocaban en Brian.

-Considero que usted nos puede dormir -dijo-, y además, usted nos puede aterrizar.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Brian brusca-mente.

Albert respondió:

-Presión. Hablo de la presión.

24

El sueño de Brian volvió a su mente de nuevo, volvió con una fuerza tan terrible que podría estarlo viviendo otra vez; Anne con la mano colocada en la grieta en el cuerpo del avión, la grieta con las palabras ESTRELLAS FUGACES ÚNICAMENTE impresas sobre ella en rojo.

Presión.

¿Ves, cariño? Todo está arreglado.

-¿A qué se refiere, Brian? -preguntó Nick-. Pece que está sugiriendo algo acertado... su expresión lo dice. ¿Qué es?

Brian lo ignoró. Miró con atención al estudiante de música de diecisiete años, quien era probable que hubiese encontrado la salida para el atolladero en que estaban.

-¿Y qué pasa después? -inquirió-. ¿Qué pasará después de que atravesemos? ¿Cómo

Librodot

despierto a tiempo para aterrizar el avión?

-¿Quiere alguien explicarnos esto? -rogó Laurel. Se había acercado a Nick, quien colocó el brazo sano alrededor de su cintura.

- Albert sugiere que use esto... -Brian dio un golpe-cito con el dedo a un reóstato en el tablero de control, un reóstato marcado PRESIÓN DE LA CABINA-, para noqueamos a todos.

-¿Sería efectivo, compañero? ¿Realmente sería efectivo?

-Sí -dijo Brian-. He conocido a pilotos... pilotos de aviones fletados... que han utilizado ese recurso cuando los pasajeros que han bebido demasiado empiezan a sacar navajas y se ponen en peligro a sí mismos o a la tripulación. No es difícil noquear a un ebrio reduciendo la presión del aire. Para que todos quedáramos noqueados, sólo tendría que disminuirla un poco más, digamos a la mitad de la presión al nivel del mar. Es como si se ascendiera a una altura de tres kilómetros sin máscara de oxígeno. ¡Buum! Se queda frío.

- Si en realidad se puede hacer eso, ¿por qué no se ha asado con terroristas? -preguntó Bob.

- Porque están las máscaras de oxígeno, ¿verdad? -dijo Albert.

-En efecto -confirmó Brian-. Al inicio de todos los vuelos comerciales, la tripulación instruye sobre su uso. -coloque la copa dorada sobre la boca y nariz y respire normalmente, ¿correcto? Cuando la presión de la cabina se reduce por abajo de doce libras por pulgada cuadrada, las mascarillas caen automáticamente. Si un piloto rehén tratara de noquear a un terrorista reduciendo la presión del aire, el terrorista sólo tendría que tomar una mascarilla, se la coloca y empieza a disparar. En los jets más pequeños, como el Lear, el procedimiento es distinto. Si la cabina pierde presión, el pasajero mismo tiene que abrir el compartimiento superior.

Nick miró el cronómetro. Su ventanilla sólo tenía ahora catorce minutos de ancho.

-Creo que será mejor que dejemos de hablar y lo hagamos -sugirió-. Se nos está agotando el tiempo.

-No todavía -dijo Brian, y miró a Albert de nuevo-. Puedo darle vuelta al avión y ponerlo en línea con la rasgadura, Albert, y empezaría a disminuir la presión mientras nos dirigimos a ella. Me es posible controlar la presión de la cabina con bastante exactitud, y estoy seguro de que conseguiría que todos quedáramos inconscientes antes de atravesarla. Pero sigue en pie la pregunta de Laurel: ¿Quién controla el avión si todos estamos noqueados?

Albert abrió la boca; la cerró de nuevo y negó con la cabeza.

Bob Jenkins habló entonces. Su voz era seca y sin expresión, la voz de un juez que pronuncia una condena.

-Creo que usted nos puede llevar a casa, Brian. Pero alguien tendrá que morir para que eso sea factible.

-Explíquese -dijo Nick contundente.

Bob lo hizo. No se requirió mucho tiempo. Para el momento en que terminó, Rudy Warwick se había unido al pequeño grupo reunido en la puerta de la cabina de control.

-¿Funcionaría, Brian? -preguntó Nick.

-Sí -contestó Brian distraído-. No hay razón en contra -miró el cronómetro otra vez. Once minutos ahora. Once minutos para pasar al otro lado de la rasga-dura. Casi se llevaría ese tiempo alinear el avión, programar el piloto automático y el acercamiento de sesenta kilómetros-. ¿Pero quién lo hará? ¿Lo hacemos por sorteo?

-No hay necesidad de eso -dijo Nick. Habló con ligereza, casi despreocupado-. Yo lo haré.

-¡No! -exclamó Laurel. Sus ojos se veían muy abiertos y muy oscuros-. ¿Por qué tú? ¿Por qué tienes que ser tú?

¡Cállate! -le siseó Bethany-. ¡Si él así lo quiere, déjalo!

Albert miró con aire miserable a Bethany, a Laurel y después a Nick. Una voz -una voz no muy fuerte -le susurraba que él debería haberse ofrecido como voluntario, que ésta era una

Librodot

tarea para un duro sobreviviente del Álamo como el Judío de Arizona. Pero la mayor parte de su ser sólo estaba consciente de que amaba la vida demasiado... y no quería que terminara todavía. Así que abrió la boca y la cerró otra vez sin hablar.

-¿Por qué tú? -repitió Laurel, con urgencia-. ¿Por qué no lo dejamos a la suerte? ¿Por qué no Bob? ¿O Rudy? ¿Por qué no yo?

Nick la tomó del brazo.

-Ven conmigo un momento -dijo.

-Nick, no tenemos mucho tiempo -anunció Brian. Trataba de mantener tranquilo el tono de voz, pero podía oír la desesperación, tal vez incluso el pánico, que se filtraba en ella.

-Lo sé. Empiece los procedimientos necesarios. Nick condujo a Laurel lacia la puerta.

25

Laurel se resistió por un momento y luego lo siguió. Nick se detuvo en la pequeña cocina y se enfrentó a ella. En ese instante, con el rostro de Nick a menos de diez centímetros del suyo, Laurel comprendió una verdad consternante: él era el hombre que había esperado encontrar en Boston. Había estado en el avión todo el tiempo. Ese descubrimiento no tenía nada de romántico; era horrible.

-Pienso que podríamos haber iniciado algo tú y yo -dijo Nick-. ¿Crees que estoy en lo cierto? Si lo crees, dilo... no hay tiempo que perder. Ni un segundo.

-Sí -admitió Laurel Su voz era seca, temblorosa-. Creo que estás en lo cierto.

-Pero no lo sabemos. No podemos saberlo. Todo se reduce al tiempo otra vez, ¿no es así? Tiempo... y dormir... y no saber. Pero tengo que ser yo, Laurel. He tratado de llevar una razonable contabilidad sobre mi vida, y todos mis libros arrojan números rojos. Ésta es mi oportunidad para saldar las cuentas y me propongo aprovecharla.

-No entiendo qué es lo que quieres de...

-No... pero yo sí -hablaba rápidamente, ensartando casi las palabras. Extendió la mano y tomó el antebrazo de Laurel y la llevó más cerca de él-. Te aguardaba una aventura de alguna clase, ¿no es verdad, Laurel?

-No sé qué...

Nick le dio una enérgica sacudida.

-Te lo dije... ¡se está agotando el tiempo! ¿Te aguar-daba una aventura?

-Yo... sí.

-¡Nick! -lo llamó Brian desde la cabina.

Nick miró con celeridad en esa dirección.

-¡Voy! -gritó y después miró a Laurel-. Te voy a enviar a otra. Si sales con bien de esto, es decir, y si la aceptas.

Laurel sólo lo miraba, los labios temblando. No sabía qué decir. Su mente giraba impotente. La tenaza que Nick ejercía en su brazo era muy firme, pero no se daría cuenta de eso hasta más tarde, cuando viera los moretones que dejaron sus dedos; en ese momento, la tenaza de sus ojos era más fuerte.

-Escucha. Escucha cuidadosamente -hizo una pausa y luego habló con un peculiar énfasis calculado-. Iba a retirarme. Ya había tomado la decisión.

-¿Retirarte de qué? -preguntó Laurel con voz pequeña, estremecida.

Nick sacudió la cabeza impaciente.

-No importa. Lo que importa es si me crees o no. ¿Me crees?

-Sí. No sé de qué estás hablando, pero creo que eres sincero.

-¡Nick! -advirtió Brian desde la cabina de control-. ¡Nos estamos aproximando!

Nick lanzó una mirada a la cabina de control, los ojos estrechos y brillantes.

-¡Voy en seguida! -gritó. Cuando la miró de nuevo, Laurel pensó que nunca en su vida

había sido el centro de una intensidad tan feroz, tan concentrada-. Mi padre vive en la aldea de Fluting, al sur de Londres -dijo-. Pregunta por él en cualquier tienda a lo largo de High Street. El señor Hopewell. Los viejos todavía lo llaman el capataz. Encuéntralo y dile que había tomado la decisión de retirarme. Tendrás que ser persistente; tiende a darse la vuelta y maldecir en voz alta cuando oye mi nombre. La vieja frase yo-no-tengo-hijo. ¿Puedes ser persistente?

-Sí.

Nick asintió con la cabeza y sonrió sombrío. -¡Bien! Repite lo que te he dicho, y dile que me creíste. Dile que hice un gran esfuerzo por expiar lo que ocurrió aquel día detrás de la iglesia en Belfast.

-En Belfast.

-Correcto. Y si no puedes conseguir que te atienda en otra forma, dile que debe escucharte. Debido a las margaritas. La ocasión en que lleve margaritas. ¿Puedes recordar eso también?

-Debido a que una vez le llevaste margaritas.

Nick pareció casi a punto de reír... pero Laurel nunca había- visto un rostro tan lleno de tristeza y amargura.

-No... no a él, pero servirá. Ésa es tu aventura. ¿Lo harás?

-Sí... pero...

-Bien, Laurel, gracias -puso la mano izquierda en la nuca de ella, tiró de su rostro hacia el de él y la besó. Su boca estaba fría y Laurel percibió el temor en su aliento.

Un momento más tarde se había ido.

26

-¿Sentiremos como si nos estuviésemos... ya sabe, ahogando? -preguntó Bethany-. ¿Asfixiándonos?

-No -dijo Brian. Se había puesto de pie para ver si venía Nick; ahora, cuando Nick reapareció con una Laurel conmocionada que lo seguía, Brian se dejó caer en su miento-. Se sentirán un poco mareados... a la deriva... y después, nada -miró a Nick-. Hasta que despertemos todos.

-¡Correcto! -dijo Nick en tono alegre-. ¿Y quién sabe? A lo mejor todavía estoy aquí. Ya saben que mala hierba nunca muere. ¿No es verdad, Brian?

-Todo es posible, me imagino -respondió Brian. Dio un ligero toque al acelerador. El cielo se estaba poniendo brillante de nuevo. La rasgadura se encontraba directa-mente al frente-. Siéntense, amigos, Nick, aquí, junto a mí. Le voy a mostrar lo que debe hacer... y cuándo hacerlo.

- Un segundo, por favor -pidió Laurel. Había recuperado parte de su color y compostura. Se puso de puntillas y plantó un beso en la boca de Nick.

-Gracias -dijo Nick con toda seriedad.

- Ibas a retirarte. Habías tomado la decisión. Y si no quiere escucharme, le recordaré el día que llevaste las margaritas. ¿Lo capté bien?

Nick sonrió.

-A la letra, mi amor. A la letra -la abrazó con el brazo izquierdo y la besó de nuevo, sin prisa y con intensidad. Cuando la soltó, en su boca se dibujaba una sonrisa gentil, considerada-. Con eso se puede seguir adelante -dijo-. Más que suficiente.

27

Tres minutos más tarde, Brian abrió el intercomunicador. -Estoy empezando a disminuir la presión. Revisen sus cinturones, todos.

Así lo hicieron. Albert esperó tenso algún sonido -tal vez el silbido del aire que escapa - pero sólo se oía el zumbido ronco y constante de las turbinas del jet. Se sintió más despierto que nunca.

- ¿Albert? -dijo Bethany en voz baja, asustada-. ¿Quieres abrazarme, por favor?

-Sí -respondió Albert-. Si tú me abrazas a mí.

Detrás de ellos, Rudy Warwick rezaba nuevamente el rosario. Al otro lado del pasillo, Laurel apretaba los brazos del asiento. Todavía podía sentir en la boca la cálida huella de los labios de Nick Hopewell. Levantó la cabeza; miró el compartimiento superior y empezó a respirar profunda y lentamente. Esperaba que cayeran las mascarillas... y después de noventa segundos más o menos, estaban a la vista.

Recuerda lo del día en Belfast, también pensó-. Detrás de la iglesia. Un acto de expiación, dijo. Un acto...

En la mitad de ese pensamiento, su mente perdió el rumbo.

28

-¿Sabe... qué hacer? -preguntó Brian otra vez. Hablaba con voz somnolienta, felpuda. Frente a ellos, la rasgadura del tiempo se inflamaba de nuevo en las ventanillas de la cabina y se extendía por el cielo. Ahora estaba iluminada por el amanecer, y una nueva y fantástica colección de colores subía en espiral, giraba y después se volcaba en sus misteriosas profundidades.

-Lo sé -dijo Nick. Estaba de pie junto a Brian y la mascarilla de oxígeno que tenía puesta amortiguaba sus palabras. Por encima del sello de goma, sus ojos se veían serenos y claros-. No tema, Brian: Todo está bajo control. Duérmase. Felices sueños y demás.

Brian se estaba desvaneciendo. Podía sentir que sé iba... y no obstante, se aferraba, mirando fijamente la inmensa falla en el material de la realidad. Daba la impresión de que se extendía hacia las ventanillas de la cabina, como si tratara de capturar el avión. Es tan hermosa, pensó. ¡Dios, es tan hermosa!

Sintió que esa mano invisible tomaba el avión y tiraba de él de nuevo. Esta vez no había regreso.

-Nick -murmuró. Ahora, el hablar requería de un gran esfuerzo; sentía que la boca estaba a cientos de kilómetros de distancia del cerebro. Levantó la mano. Parecía alejarse de él en el extremo de un largo brazo de caramelo.

-Duérmase -le dijo Nick, tomando su mano-. No se resista, a menos que quiera irse conmigo. Ya falta poco.

-Sólo quería decirle... gracias.

Nick sonrió y le dio un apretón a la mano de Brian. -De nada, compañero. Ha sido un vuelo memorable. Incluso sin la película y las mimosas gratis.

Brian volvió a mirar la rasgadura. En ella fluía un río de colores maravillosos. Giraban en espiral... se mezclaban... y parecía que formaban palabras ante sus ojos deslumbrados, asombrados.

ESTRELLAS FUGACES ÚNICAMENTE.

-¿Es eso... lo que somos? -preguntó con curiosidad, y ahora su voz le llegó desde algún universo distante. La oscuridad lo absorbió.

29

Nick estaba solo ahora; la única persona despierta en el vuelo 29 era un hombre que una vez había disparado contra tres chicos detrás de una iglesia en Belfast, tres chicos que habían estado lanzando papas pintadas de gris oscuro para que parecieran granadas. ¿Por qué habían hecho semejante cosa? ¿Había sido una especie de desafío? Nunca lo supo.

No tenía miedo, pero lo invadía una inmensa soledad. El sentimiento no era nuevo. No era la primera vez que había permanecido en guardia solo, con las vidas de otros en sus manos.

Delante de él, la rasgadura se acercaba. Bajó la mano al reóstato que controlaba la presión en la cabina.

Es maravilloso, pensó. Le parecía que los colores que resplandecían de la rasgadura eran la antítesis de todo lo que habían experimentado en las últimas horas; lo que tenía a la vista era un crisol de nueva vida y nuevo movimiento.

¿Por qué no habría de ser hermoso? Éste es el lugar donde empieza la vida... toda la vida, tal vez. El lugar donde se acuña una nueva vida cada segundo de cada día; la cuna de la creación y el manantial del tiempo. No se permiten langoliers más allá de este punto.

Los colores corrían por sus mejillas y frente en un alarde de tonos: al verde selva lo derrocaba el naranja lava; al naranja lava lo sustituía el amarillo blanco del sol tropical; el resplandor del sol era remplazado por el azul helado de los océanos del norte. El zumbido de los motores del jet se oía enmudecido y distante; miró hacia abajo y no le sorprendió que el color consumiera la figura desplomada y dormida de Brian Engle, su forma y rasgos cubiertos por un caleidoscopio siempre cambiante de luminosidad. Se había convertido en un fantasma fabuloso.

Tampoco se sorprendió Nick al ver que sus propias manos y brazos eran tan incoloros como la arcilla. Brian no es el fantasma; soy yo.

La rasgadura se acercaba.

Ahora el sonido de las turbinas se perdía por completo en un nuevo sonido; el 767 parecía atravesar presuroso un túnel de viento lleno con plumas. De pronto, directamente frente a la nariz del avión, un enorme cometa de luz explotó como un fuego artificial celeste; en él, Nick Hopewell vio colores que no había imaginado ningún hombre. No sólo llenaba la rasgadura del tiempo; llenaba su mente, sus nervios, sus músculos, los mismos huesos con un gigantesco resplandor de fuego.

-¡Oh, Dios mío, QUÉ HERMOSO! -exclamó y, cuando el vuelo 29 se hundió en la rasgadura, giró hasta el tope el reóstato de la presión de la cabina.

Una fracción de segundo después, las obturaciones de las muelas de Nick cayeron al piso de la cabina. Hubo un pequeño ruido sordo cuando se les unió el disco de teflón que había estado en su rodilla -recuerdo de un conflicto un poco más honorable que el de Irlanda del Norte. Eso fue todo.

Nick Hopewell había dejado de existir.

30

Lo primero que percibió Brian fue que su camisa estaba húmeda y le había vuelto el dolor de cabeza.

Se incorporó lentamente en el asiento, con una mueca ante el estallido de dolor en la cabeza y trató de recordar quién era, dónde estaba y por qué sentía esa enorme y urgente necesidad de despertarse >de inmediato. ¿Qué había estado haciendo que era tan importante?

La fuga, le susurró la mente. Hay una fuga en la cabina principal, y si no se estabiliza, vamos a vernos en un gran pro...

No, no era eso. La fuga se había estabilizado -en alguna forma misteriosa, se había estabilizado por sí misma -y él había aterrizado el vuelo 7 sin incidentes en el aeropuerto de Los Ángeles. Luego había llegado el hombre con el blazer verde, y...

¡Es el funeral de Anne! ¡Dios mío, me quedé dormido!

Sus ojos se abrieron del todo, pero no estaba en la habitación de un motel ni en el dormitorio para huéspedes en la casa del hermano de Anne, en Revere. Estaba mirando a través de la ventanilla de una cabina un cielo lleno de estrellas.

De pronto, recordó todo... todo.

Terminó de incorporarse, casi de golpe. Su cabeza gimió la protesta de una resaca-horrible. De la nariz le fluía sangre y salpicaba la consola central de control. Miró hacia abajo y vio que el frente de su camisa estaba empapado en sangre. En efecto, había habido una fuga. En él.

Desde luego, pensó. La despresurización ocasiona hemorragias con frecuencia. Debí haber advertido a los pasajeros... A propósito, ¿cuántos pasajeros me quedan?

No podía recordarlo. Una niebla le llenaba la cabeza.

Miró los indicadores de combustible, vio que su situación se aproximaba con celeridad al punto crítico y después revisó el sistema inercial de navegación. Estaban exactamente donde debían, descendiendo a toda velocidad hacia Los Ángeles, y en cualquier momento podrían invadir el espacio aéreo de alguien más, mientras estaba ahí ese alguien.

Pero alguien más había compartido su espacio aéreo antes de que quedara inconsciente... ¿quién?

Revolvió en su mente y lo encontró. Nick, por supuesto. Nick Hopewell. Nick había desaparecido. Después de todo, no había sido una hierba tan mala al parecer. Pero cumplió con su cometido o Brian no estaría despierto ahora.

Se apresuró a utilizar la radio.

-Control de tierra LAX[8] éste es American Pride, vuelo... -se detuvo. ¿En cuál vuelo estaban? No podía recordarlo. La niebla se interponía.

-Veintinueve, ¿no? -dijo una voz confusa e inestable detrás de él.

-Gracias, Laurel -Brian no se dio vuelta-. Ahora, vuelva a su asiento y abróchese el cinturón. Es posible que el avión tenga que ejecutar algunos trucos.

Habló en el micrófono de nuevo. .

-Vuelo 29 de American Pride, repito, dos nueve. Mayday[9], control de tierra, estoy declarando una emergencia. Despejen por favor todo lo que esté frente a mí, voy a entrar en dirección 85 y no tengo combustible. Manden una pipa de espuma y...

-Oh, olvídelo -dijo Laurel a su espalda, en tono apagado-. Olvídelo de una vez.

Brian se dio vuelta, ignorando el nuevo estallido de dolor en la cabeza y el nuevo hilo de sangre que fluyó de su nariz.

-¡Siéntese, maldita sea! -gruñó-. Estamos entrando sin anunciamos en un tráfico intenso. Si no quiere romperse el cuello...

-No hay ningún tráfico intenso ahí abajo -dijo Laurel con la misma voz apagada-. Ni tráfico intenso ni pipas de espuma. Nick murió por nada y nunca tendré la oportunidad de transmitir su mensaje. Cerciórese por usted mismo.

Brian lo hizo. Y, aun cuando ahora estaban sobre los suburbios periféricos de Los Ángeles, no vio nada excepto oscuridad.

Parecía que no había nadie ahí abajo.

Nadie en absoluto.

A su espalda, Laurel Stevenson estalló en sollozos lastimeros y violentos de terror y frustración.

[8] LAX: SiglaS con que se conoce internacionalmente al aeropuerto de Los Ángeles

[9] Mayday: Señal internacional de radiotelefonía que se usa para indicar emergencia.

31

Un largo jet blanco de pasajeros circuló lentamente sobre la tierra a veinticinco kilómetros al este del aeropuerto internacional de Los Ángeles. 'En la cola llevaba pintado 767 con grandes números orgullosos. A lo largo de fuselaje estaban escritas las palabras AMERICAN PRIDE en letras que se esfumaban hacia atrás para dar la impresión de velocidad. En ambos lados de la nariz estaba una gran águila roja, las alas salpicadas con estrellas azules. Igual que el avión que decoraba, parecía que el águila descendía en un aterrizaje.

El avión no imprimía ninguna sombra en la red de calles desiertas cuando pasaba sobre ellas; faltaba todavía una hora para el amanecer. Bajo el avión, ningún auto se movía, ningún farol brillaba. Bajo el avión, todo era silencio e inmovilidad. Delante del avión, no relucían las luces de la pista.

Se abrió el vientre del avión. Salió el tren de aterrizaje y se extendió. Los engranes de aterrizaje quedaron sujetos en su lugar.

El vuelo 29 de American Pride se deslizó por la ruta de llegada a Los Ángeles. Se ladeó ligeramente a la derecha en el descenso. Ahora Brian podía corregir el curso con control manual y así lo hizo. Sobrevolaron un grupo de moteles cercanos al aeropuerto y por un momento Brian pudo distinguir el monumento que se levantaba cerca del centro del complejo de la terminal, un airoso trípode con patas curvas' y un restaurante en el medio. Pasaron sobre una corta franja de maleza muerta; después, la pista de concreto se extendía diez metros abajo del avión.

En esta ocasión, no había tiempo para enfilar con cuidado el 767; los indicadores de combustible marcaban ceros y el pájaro estaba a punto de convertirse en una fiera. Lo aterrizó con rudeza, como un trineo lleno de tabiques. Hubo un golpe sordo que le castañeteó los dientes y reinició la hemorragia de la nariz. El arnés de su pecho se trabó. Laurel, quien estaba en el asiento del copiloto, dejó escapar un grito.

En seguida, Brian subió los alerones y aplicó la reversa a las turbinas a toda potencia. El avión empezó a disminuir la velocidad. Cuando el velocímetro se aproximaba a ciento sesenta kilómetros por hora, se apagaron dos de las turbinas y se encendieron las luces rojas de MOTOR APAGADO. Extendió la mano en busca del interruptor del intercomunicador.

-¡Sosténganse! ¡El impacto será fuerte! ¡Sosténganse!

Las turbinas dos y cuatro funcionaron unos cuantos minutos más y después se apagaron también. El vuelo 29 se precipitó por la pista en un silencio fantasmal, con sólo los alerones para disminuir la velocidad. Brian observaba impotente cómo desaparecía la pista de concreto debajo del avión y se acercaba el laberinto de pistas de roda-miento. Y ahí, a proa, estaba el armazón de un jet de servicio nacional de Pacific Airways.

El 767 seguía por lo menos a cien kilómetros. Brian lo dirigió hacia la derecha, recargándose en el timón muerto con cada gramo de su fuerza. El avión respondió con pesadez y patinó junto al jet estacionado a sólo escasos dos metros de distancia. Sus ventanillas iban quedando atrás como una hilera de ojos ciegos.

Después siguieron rodando hacia la terminal de United, donde estaban estacionados por lo menos una docena de aviones junto a gusanos extendidos como infantes lactantes. La velocidad del 767 se había reducido a un poco más de cuarenta y ocho kilómetros por hora.

-¡Prepárense! -gritó Brian por el intercomunicador, olvidando momentáneamente que su propio avión estaba tan muerto como el resto y no servía el intercomunicador-. ¡Prepárense para un choque! ¡Pre...!

El American Pride 29 chocó en la puerta 29 de la terminal de United Airlines a cerca de treinta kilómetros por hora. Se oyó un fuerte estrépito hueco seguido por el sonido de metal

que se derrumba y vidrios rotos. El arnés sujetó a Brian de nuevo y luego cayó de golpe en el asiento. Ahí se quedó sentado por un momento, rígido, en espera de la explosión... y después recordó que en los tanques no había combustible que pudiera estallar.

Apagó todos los interruptores en el tablero de control -el tablero estaba muerto, pero el hábito estaba muy arraigado -y se volvió para ver a Laurel. Ella lo miró con ojos apagados, apáticos.

-Estuvimos muy cerca de una colisión fatal -dijo Brian vacilante.

-Debió haber permitido que nos estrelláramos. Todo lo que intentamos... Dinah... Nick... todo fue inútil. Lo mismo sucede aquí. Exactamente lo mismo.

Brian se desabrochó el arnés y se puso de pie tembloroso. Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo tendió a Laurel.

-Límpiese la nariz. Está sangrando.

Laurel tomó el pañuelo y sólo lo miró, como si nunca hubiese visto uno en su vida.

Brian pasó junto a ella y avanzó despacio hacia la cabina principal. Se detuvo en la puerta, contando cabezas. Sus pasajeros -es decir, los pocos que quedaban-parecían estar bien. La cabeza de Bethany se oprimía contra el pecho de Albert y sollozaba intensamente. Rudy Warwick se desabrochó el cinturón, se puso de pie, se golpeó la cabeza en el compartimiento superior y se sentó otra vez. Miraba a Brian con ojos confusos e incomprensivos. Brian se encontró preguntándose si Rudy todavía tendría apetito. Se imaginaba que no.

-Salgamos del avión -ordenó Brian.

Bethany levantó la cabeza.

-¿Cuándo llegarán? -preguntó histérica-. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que lleguen esta vez? ¿Los oye alguien?

Un nuevo acceso de dolor golpeó la cabeza de Brian y osciló en los pies, súbitamente seguro de que se desmayaría.

Un brazo estabilizador se deslizó por su cintura y Brian miró a su alrededor, sorprendido. Era Laurel.

-El capitán Engle tiene razón -dijo en voz baja-. Salgamos del avión. Tal vez no esté tan mal como parece.

Bethany emitió una risa histérica.

-¿Qué tan mal quieres que parezca? -reclamó-. Exactamente, ¿qué tan mal...?

-Hay algo diferente -dijo Albert de pronto. Estaba mirando por la ventanilla-. Algo ha cambiado. No puedo decir qué es... pero no es lo mismo -primero miró a Bethany, después a Brian y a Laurel-. No es lo mismo, eso es todo.

Brian se inclinó a un lado de Bob Jenkins y se asomó por la ventanilla. No veía nada que fuese muy distinto al aeropuerto internacional de Bangor -había más, aviones, desde luego, pero igual de desiertos, igual de muertos-sin embargo, sentía que Albert podía tener razón, de todos modos. Más que una visión, era una sensación. Alguna diferencia esencial cuya identificación le resultaba muy difícil. Giraba más allá de su alcance, como había sucedido con el perfume de su exesposa.

Es L'Envoi, cariño. Es el que siempre he usado, ¿no te acuerdas?

-¿No te acuerdas?

-Vamos -dijo-. Esta vez usaremos la salida de la cabina de control.

32

Brian abrió la trampa que estaba debajo de la saliente del tablero de instrumentos y trató de recordar por qué no la había utilizado para que desembarcaran los pasajeros en el aeropuerto de Bangor; era mucho más práctica que el recurso del tobogán. Por lo visto, no había una razón. Sencillamente no había pensado en esa salida, y era probable que se debiera

Librodot

a que se le había entrenado para que en una emergencia, pensara en el tobogán de escape antes que nada.

Se dejó caer en el área del compartimiento de equipaje de proa, se agachó bajo un racimo de cables eléctricos y abrió la escotilla en el piso de la nariz del 767. Albert se unió a él y ayudó a bajar a Bethany. Brian ayudó a Laurel, y después él y Albert ayudaron a Rudy, quien se movía como si sus huesos se hubiesen convertido en cristal. Rudy aún aferraba el rosario en una mano. El espacio bajo la cabina de control era muy restringido y Bob Jenkins los esperó arriba, apoyado en las manos, mirándolos desde la puerta de la trampa.

Brian soltó la escalera de los ganchos que la sujetaban, la aseguró en su lugar y luego, uno a uno, descendieron al pavimento. Brian el primero, Bob, el último.

Cuando Brian tocó el suelo con los pies, sintió un apremio descabellado de colocar la mano sobre su corazón y declarar a viva voz: ¡Reclamo esta tierra de leche rancia y miel ácida para los sobrevivientes del vuelo 29... al menos hasta que lleguen los langoliers!

No dijo nada. Sólo permaneció ahí con los otros bajo la sombra difusa de la nariz del jet, sintiendo una ligera brisa contra la mejilla mientras miraba a su alrededor. En la distancia, oyó un sonido. No era el sonido rumiante, crujiente que habían percibido gradualmente en Bangor -nada semejante -pero no podía determinar con precisión a qué se parecía ese sonido.

-¿Qué es eso? -preguntó Bethany-. ¿Qué está zumbando? Suena como electricidad.

-No, no es electricidad -dijo Bob pensativo-. Suena como... -sacudió la cabeza.

-Nunca había oído un sonido igual -dijo Brian, pero no estaba seguro de que fuera verdad. De nuevo lo atormentó la sensación de que se escapaba a su percepción mental algo que sabía o debía saber.

-Son ellos, ¿verdad? -preguntó Bethany medio histérica-. Son ellos que se acercan. Son los langoliers de que nos habló Dinah.

-No lo creo. No suenan igual para nada -pero de todos modos sintió que el temor se generaba en su vientre.

-¿Ahora qué? -inquirió Rudy. Su voz era áspera, como de cuervo-. ¿Empezamos todo de nuevo?

- Bien, no necesitaremos la banda transportadora y eso ya es un buen inicio -dijo Brian-. Está abierta la puerta de servicio del gusano -salió de debajo de la nariz del 767 y señaló. El impacto de su llegada en la puerta 29 había derribado la escalinata rodante, pero sería bastante fácil colocarla en posición de nuevo-. Vamos.

Caminaron hacia la escalinata.

-¿Albert? -dijo Brian-. Ayúdame con la esca...

-Esperen -interrumpió Bob.

Brian volvió la cabeza y vio que Bob miraba el entorno con asombro cauteloso. Y la expresión previamente confundida en sus ojos... ¿era de esperanza?

-¿Qué? ¿Qué es, Bob? ¿Qué ve?

- Sólo veo otro aeropuerto desierto. Lo importante, es lo que siento -se llevó una mano a la mejilla... después la extendió en el aire, como un hombre que trata de que lo recoja un auto en la carretera.

Brian empezaba a preguntarle qué quería decir, cuando se dio cuenta de que lo sabía. ¿Acaso no lo había notado cuando estaban bajo la nariz de la nave? ¿Notado y descartado?

Contra su rostro soplaba una brisa. No tanto como una brisa, apenas un poco más que una racha, pero era una brisa. El aire estaba en movimiento.

-¡Santo cielo! -dijo Albert. Se metió un dedo en la boca, lo humedeció y lo extendió en el aire. Una sonrisa de incredulidad apareció en su rostro.

-Y eso no es todo -intervino Laurel-. ¡Escuchen!

Corrió desde el lugar donde estaban hacia el ala del 767. Volvió corriendo hacia ellos, el cabello ondeando detrás de ella. Los tacones altos que usaba resonaban con vigor en el concreto.

¿Lo oyeron? -les preguntó-. ¿Lo oyeron?

Lo habían oído. Había desaparecido la calidad plana, sorda. Ahora, con sólo oír las palabras de Laurel, Brian se dio cuenta de que en Bangor todos sonaban como si hablaran con la cabeza dentro de campanas forjadas en algún metal apagado -bronce, o plomo, tal vez.

Bethany levantó las manos y palmeó con energía el ritmo del viejo instrumental Routers: "Vamos". Cada palmada era tan limpia y clara como el chasquido de una pistola que da la señal de salida en una carrera. Una sonrisa de deleite le iluminaba el rostro.

-¿Qué signifi...? -empezó Rudy.

-¡El avión! -gritó Albert con voz aguda, regocijada, y por un momento, de modo absurdo, Brian recordó al pequeño sujeto del viejo programa de Tv, La Isla de la Fantasía. Casi suelta una carcajada-. ¡Ya sé lo que es diferente! ¡Miren el avión! ¡Ahora está igual que todos los demás!

Se dieron vuelta y miraron. Nadie dijo nada durante un largo rato; tal vez nadie era capaz de hablar. El Delta 727 junto al jet de American Pride en Bangor, se había visto sombrío y deslucido, en cierta forma menos real que el 767. Ahora todas las naves -el vuelo 29 y los aviones de United formados a lo largo de los gusanos extendidos-se veían igualmente brillantes, igualmente nuevos. Incluso en la oscuridad, parecía que relucía la pintura y logotipos de marca.

-¿Qué significa eso? -preguntó Rudy, dirigiéndose a Bob-. ¿Qué significa? Si realmente se han normalizado las cosas, ¿dónde está la electricidad? ¿Dónde está la gente?

-¿Y qué ese ruido? -intervino Albert.

El sonido ya era más cercano, más claro. Era un sonido zumbante, como había mencionado Bethany, pero no había nada eléctrico en él. Sonaba como viento que soplaba a través de una tubería abierta o como un coro inhumano que pronunciaba al unísono la misma sílaba de garganta abierta: aaaaaa...

Bob movió la cabeza.

-No lo sé -dijo, y se dio vuelta-. Pongamos la escalinata en posición y entre...

Laurel lo tomó del hombro.

-¡Usted sabe algo! -exclamó. Su voz se oía deformada y en tensión-. Lo veo en su expresión. ¿Por qué no nos lo dice a todos?

Bob titubeó un momento antes de sacudir la cabeza.

-Todavía no estoy preparado para decirlo, Laurel. Primero quiero entrar y dar un vistazo.

Con eso tuvieron que conformarse. Brian y Albert empujaron la escalinata hasta colocarla en posición. Uno de los peldaños de apoyo se había torcido ligeramente y Brian lo sostuvo mientras ascendían uno a uno. Él subió al último, utilizando el lado de la escalinata más alejado del peldaño torcido. Los demás lo esperaban y juntos caminaron por el gusano hasta la terminal.

Se encontraron en una gran sala redonda, con salidas para abordaje localizadas a intervalos a lo largo de una única pared curva. Las filas de asientos resaltaban fantasmales y desiertas, las luces fluorescentes en el techo eran cuadrados oscuros, pero aquí Albert creyó que casi podía percibir el olor de otras personas... como si hubiesen salido en tropel segundos antes de que llegaran por el gusano los sobrevivientes del vuelo 29.

En el exterior, ese zumbido coral se ensanchaba, se aproximaba, como una lenta ola invisible: -aaaaaaaaaa.

-Vengan conmigo -dijo Bob Jenkins, quien sin esfuerzo tomó la dirección del grupo-. Rápido, por favor.

La emprendió hacia el vestíbulo y los otros lo siguieron en fila, Albert y Bethany, lado a lado, cada uno con el brazo enlazado en la cintura del otro. Una vez que salieron de la superficie alfombrada de la sala de abordaje de United y entraron al vestíbulo, sus tacones tintineaban y resonaban como si fuesen dos docenas de personas, en vez de' sólo media: Pasaron por delante de carteles de publicidad, -difusos, oscuros, en los muros: Vea CNN, Fume Marlboro, Conduzca Hertz, Lea Newsweek, Visite Disneylandia.

Librodot

Y ese sonido, ese sonido coral zumbante de garganta abierta, continuaba creciendo. Afuera, Laurel estaba convencida de que el sonido se aproximaba a ellos por el oeste. Ahora parecía que estaba ahí con ellos, como si los cantantes -si es que había cantantes- hubieran llegado ya. El sonido no la aterrorizaba, exactamente, pero hizo que la carne de sus brazos y su espalda le hormigueara con temor.

Llegaron a un restaurante estilo cafetería y Bob los dirigió al interior. Sin detenerse, siguió hasta la parte posterior del mostrador y tomó un pastelillo envuelto de una pila sobre el mostrador. Trató de romper la envoltura con los dientes... y se dio cuenta de que sus dientes se habían quedado en el avión. Emitió un pequeño sonido de disgusto y le lanzó el pastelillo a Albert por encima del mostrador.

-Hazlo tú -dijo. Ahora relucían sus ojos-. ¡Rápido, Albert! ¡Rápida!

-¡Rápido, Watson, la presa está a la vista! -expresó Albert, y rió descontrolado. Rompió el celofán y miró a Bob, quien asintió con un movimiento de cabeza. Albert sacó el pastelillo y lo mordió. Crema y mermelada de frambuesa escurrieron por los lados. Albert sonrió-. ¡Está deliciosos -dijo con voz apagada, esparciendo migajas al hablar-. ¡Delicioso! -se lo ofreció a Bethany, quien le dio una mordida aún mayor.

Laurel pudo oler el relleno de frambuesa, y su estómago emitió un sonido que anunciaba presencia y apremio. Se rió. De pronto, se sentía atolondrada, feliz, casi ebria. Habían desaparecido las telarañas de la experiencia de la despresurización; sentía la cabeza como una habitación en lo alto después de que ha soplado una fresca brisa del mar en una tarde tórrida y horriblemente bochornosa. Pensó en Nick, quien no estaba ahí, quien había muerto para que el resto de ellos pudiesen estar ahí, y pensó que a él no le hubiese molestado que se sintiera así.

El sonido coral aumentaba, un sonido sin dirección, un suspiro musical, sin origen que existía a su alrededor.

Bob Jenkins salió presuroso de detrás del mostrador y dio la vuelta a la caja registradora de modo tan cerrado que casi volaron sus pies, y tuvo que sostenerse del carrito de condimentos para evitar caerse. Él se sostuvo, pero el carrito de acero inoxidable se volteó con magnífica estridencia resonante, esparciendo cubiertos de plástico y pequeños sobres con mostaza, salsa de tomate y pepinillos picados por todas partes.

-¡Rápido! -gritó-. ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Va a ocurrir muy pronto... creo que en cualquier momento... y no debemos estar aquí cuando suceda! ¡Pienso que no estaríamos a salvo!

-¿A salvo de qué...? -empezó Bethany, pero en eso, Albert puso un brazo sobre los hombros de la chica y la empujó detrás de Bob, un guía de turistas lunático, quien ya había salido disparado hacia la puerta de la cafetería.

Todos corrieron, siguiéndolo mientras se apresuraba de nuevo hacia la sala de abordaje de United. Ahora, el chasquido resonante de sus pisadas casi se perdía en el potente zumbido que inundaba la terminal desierta, sonando y repercutiendo en las muchas gargantas de los corredores radiales.

Brian pudo oír que la inmensa y única nota empezaba a desarticularse. No se fragmentaba, ni siquiera cambiaba realmente, pensó, sino que se enfocaba, igual que se había concentrado el sonido de los langoliers cuando se aproximaban a Bangor.

- Una vez que estuvieron de regreso en la sala de abordaje, Brian vio una luz etérea que empezaba a deslizarse sobre las sillas vacías, las oscuras pantallas de LLEGADAS Y SALIDAS, y los mostradores de abordaje. El rojo siguió al azul; el amarillo siguió al rojo; el verde siguió al amarillo. Parecía que el aire estaba impregnado con una expectativa vibrante y exótica. Lo recorrió un estremecimiento; sintió que todos los vellos de su cuerpo se agitaban y trataban de erizarse. Una seguridad distintiva lo llenó como un rayo de sol en la mañana. Estamos a un paso de un suceso... un suceso grandioso y sorprendente.

-¡Vayamos allá! -gritó Bob. Los condujo hasta la pared junto al gusano por el que

habían entrado. Era un área exclusiva para pasajeros, protegida con una cuerda de terciopelo rojo. Bob la saltó con tanta facilidad como el corredor de obstáculos que había sido en su época de estudiante de preparatoria-. ¡Contra la pared!

-¡Contra la pared, desgraciados! -vociferó Albert en medio de un espasmo de risa súbita, incontrolable.

Albert y el resto se unieron a Bob, oprimiéndose contra la pared como sospechosos en una línea de presos. En la desierta sala circular que ahora se extendía ante ellos, los colores fulguraron por un momento... y luego empezaron a desvanecerse. Sin embargo, el sonido se profundizaba y se volvía más real. Brian creyó que ahora oía voces en ese sonido, y pisadas, incluso unos cuantos bebés bulliciosos.

-¡No sé lo que es, pero es hermoso! -exclamó Laurel. Lloraba y reía al mismo tiempo-. ¡Me fascina!

-Espero que aquí estemos a salvo -señaló Bob. Tuvo que levantar la voz para que lo escucharan-. Creo que así será. Estamos fuera de las principales áreas de tráfico.

-¿Qué va a suceder? -preguntó Brian-. ¿Qué es lo que sabe?

-¡Cuando atravesamos la rasgadura del tiempo en dirección al este, retrocedimos en el tiempo! -dijo Bob en voz muy alta-. ¡Entramos al pasado! Tal vez una fracción tan mínima como quince minutos... ¿recuerda que lo mencioné?

Brian asintió y de pronto se iluminó el rostro de Albert.

-¡Esta vez nos llevó al futuro! -gritó Albert-. Eso es, ¿verdad? ¡Esta vez la rasgadura del tiempo nos llevó al futuro!

-¡Eso es lo que creo, sí! -gritó Bob en respuesta. Sonreía indefenso-. Y en vez de arribar a un mundo muerto... un mundo que había avanzado sin nosotros... ¡hemos llegado a un mundo a punto de nacer! Un mundo tan tierno y nuevo como una rosa que empieza a abrirse! Eso es lo que creo que está pasando. Eso es lo que oímos, y lo que sentimos... lo que nos ha llenado con ese júbilo tan maravilloso e impotente. Creo que en unos instantes tendremos a la vista y experimentaremos algo de lo que nunca ha sido testigo ningún hombre o mujer viviente. Hemos visto la muerte del mundo; creo que ahora veremos su nacimiento. Pienso que muy pronto nos alcanzará el presente.

Así como los colores fulguraron y se desvanecieron, ahora disminuyó de pronto la calidad profunda, reverberante del sonido. Al mismo tiempo, se oyeron más altas, más claras, las voces que habían estado inmersas. Laurel se dio cuenta de que podía percibir palabras, incluso frases completas.

-... tengo que llamarla antes de que decida...

-... realmente no creo que la opción sea viable...

... estaremos tranquilos si podemos entregar este asunto a la casa matriz...

Esa frase pasó directamente delante de ellos a través del vacío en el otro lado de la cuerda de terciopelo.

Brian Engle sintió que en su interior se elevaba una especie de éxtasis y lo inundaba en un resplandor de asombro y felicidad. Buscó la mano de Laurel y le sonrió, mientras ella tomaba su mano y la apretaba con intensidad. Junto a ellos, Albert de repente abrazó a Bethany, y la chica empezó a derramar besos por todo el rostro del

- joven, riéndose al mismo tiempo. Bob y Rudy se sonreían el uno al otro deleitados, como amigos que se dejaron de ver desde mucho tiempo atrás y se encuentran por casualidad en el lugar más absurdo y aislado del mundo.

Sobre sus cabezas, empezaron a resplandecer los cuadrados fluorescentes en el techo. Siguieron una secuencia, precipitándose desde el centro del salón en un círculo expandente de luz que inundaba el vestíbulo, persiguiendo las sombras de la noche como una manada de borregos negros.

De súbito, ciertos aromas golpearon a Brian en un estallido: sudor, perfume, loción para después de afeitarse, colonia, humo de cigarrillo, piel, jabón, limpiadores industriales.

Durante un momento más prolongado, permaneció desierto el extenso círculo de la sala

Librodot

de abordaje, un lugar en el que rondaban las voces y las pisadas de seres que aún no vivían del todo. Y Brian pensó: Voy a presenciar cómo sucede; voy a presenciar cómo se enlaza el presente en movimiento con este futuro estacionario y sigue adelante, en la forma en que los ganchos de los trenes exprés en movimiento acostumbraban recoger los sacos del correo de los postes del Servicio Postal colocados junto a las vías en pequeños pueblos somnolientos en el sur y el oeste. Voy a presenciar cómo se abre el tiempo como una rosa en una mañana de verano.

-Sosténganse -murmuró Bob-. Es probable que haya una sacudida.

Apenas un segundo más tarde, Brian sintió una percusión -no sólo en los pies, sino en todo el cuerpo. En el mismo instante, sintió como si una mano invisible le diese un fuerte empujón, justo en el centro de la espalda. Se balanceó hacia adelante y percibió que también Laurel se balanceaba. Albert tuvo que sostener a Rudy para evitar que se cayera. A Rudy no pareció afectarle; una enorme sonrisa boba adornaba su rostro.

¡Mire! -exclamó en tono ahogado Laurel-. ¡Oh, Brian... mire!

Brian obedeció... y sintió que la respiración se detenía en su garganta.

La sala de abordaje estaba llena de fantasmas.

Por la gran área central cruzaban y se entrecruzaban figuras etéreas, transparentes; hombres con traje formal que llevaban portafolios, mujeres con elegantes conjuntos para viaje, adolescentes con pantalones de mezclilla y camisetas con imágenes de grupos de rock estampadas en ellas. Vio ,a un fantasma padre que llevaba con él a dos pequeños niños fantasmas y, a través de ellos, pudo ver más fantasmas sentados en las sillas, leyendo ejemplares transparentes de Cosmopolitan, Esquire y U.S. News & World Repon. En eso, el color se introdujo en las figuras en una serie de parpadeos fugaces, solidificándolas, y las voces resonantes se fusionaron en un prosaico enjambre de sonido estéreo de expresiones humanas reales.

Estrellas fugaces, pensó Brian perplejo. Estrellas fugaces únicamente.

Los dos niños fueron los únicos que por casualidad miraban directamente hacia los sobrevivientes del vuelo 29 cuando tuvo lugar el cambio; los niños fueron los únicos que vieron que aparecían cuatro hombres y dos mujeres en un sitio donde un segundo antes sólo había una pared.

-¡Papá! -exclamó el niño, al tiempo que tiraba de la mano derecha de su padre.

-¡Papi! -exclamó la niña, tirando de la izquierda. -¿Qué? -preguntó el padre, quien les dio un vistazo impaciente-. ¡Estoy buscando a su madre!

-¡Gente nueva! -dijo la niña, en tanto señalaba a Brian y su desaliñado quinteto de pasajeros-. ¡Mira a-la gente nueva!

El hombre miró hacia Brian y los otros por un momento y apretó la boca inquieto. Es la sangre, supuso Brian. Tanto él como Laurel y Bethany habían sufrido hemorragias por la nariz. El hombre sujetó con más firmeza las manos de los niños y procuró alejarse lo antes posible.

-Sí, estupendo. Ahora ayúdenme a buscar a su madre. Qué lío resultó ser esto.

-¡Pero no estaban aquí antes! -protestó el pequeño-. Ellos...

Y desaparecieron entre las multitudes presurosas. Brian miró las pantallas y observó que eran las 4:17 a.m.

Hay demasiada gente aquí, pensó, y apuesto a que conozco el motivo.

Como en confirmación, los altavoces anunciaron: "Todos los vuelos del aeropuerto internacional de Los Ángeles con destino al este continúan retrasados debido a patrones climatológicos desacostumbrados sobre el desierto de Mojave. Lamentamos este inconveniente, pero suplicamos su paciencia y comprensión mientras esté - vigente esta precaución de seguridad. Repetimos: todos los vuelos con destino al este..."

Patrones climatológicos desacostumbrados, pensó

Brian. Vaya que sí. Los malditos patrones climatológicos más extraños que se hayan presentado.

Laurel se volvió hacia Brian y los miró a los ojos. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y no hizo ningún intento de enjugarlas.

-¿La oyó? ¿Oyó lo que dijo la niña?

-Sí.

- ¿Eso es lo que somos, Brian? ¿La gente nueva? ¿Cree que eso es lo que somos?

-No lo sé -admitió-, pero así se siente.

-Fue maravilloso -dijo Albert-. Dios mío, fue lo más maravilloso.

- ¡De película! -gritó Bethany feliz y, de nuevo, empezó a palmotear "Vamos".

-¿Qué hacemos ahora, Brian? -preguntó Bob-. ¿Alguna idea?

Brian miró a su alrededor por la asfixiante área de abordaje y dijo:

-Creo que quiero salir. Respirar aire fresco. Y contemplar el cielo.

-¿No deberíamos informar a las autoridades de...?

-Lo haremos -asintió Brian-. Pero primero el cielo.

-¿Y tal vez podríamos comer algo en el camino?

-preguntó Rudy, esperanzado.

Brian rió.

- ¿Por qué no?

-Se paró mi reloj -dijo Bethany.

Brian se miró la muñeca y vio que su reloj también se había detenido. Todos sus relojes se habían parado. Brian se quitó el suyo, lo dejó caer indiferente al piso y colocó el brazo alrededor de la cintura de Laurel.

-Salgamos de este tugurio -sugirió-. A menos que alguno de ustedes quiera esperar el siguiente vuelo al este.

- Hoy no -contestó Laurel-, pero pronto. Hasta Inglaterra. Ahí hay un hombre al que tengo que ver en...

-por un terrible momento se le escapó el nombre... y, en eso, le llegó-: Fluting -dijo-. Pregunta a cualquiera en High Street. Los viejos todavía lo llaman el capataz.

-¿De qué está hablando? -preguntó Albert.

-Margaritas -le -respondió Laurel, y rió-. Estoy hablando de margaritas. Vengan... vámonos.

Bob exhibió una amplia sonrisa, mostrando encías tan rosas como las de un bebé.

-En cuanto a mí, creo que tomaré el tren la próxima vez que tenga que ir a Boston.

Laurel dio un golpecito con la punta del pie al reloj de Brian y preguntó:

-¿Está seguro de que no lo quiere? Se ve que es caro.

Brian sonrió, negó con la cabeza y besó a Laurel en la frente. El olor de su cabello era sorprendentemente dulce. Se sentía más que bien; sentía que había vuelto a nacer, cada centímetro de su ser nuevo y limpio, sin marcas del mundo. De hecho, sentía que si extendía los brazos, podría volar sin ayuda de motores.

-Para nada -dijo-. Sé la hora que es.

-¿Oh? ¿Y qué hora es esa?

-Media hora después de ahora.

Albert palmeó la espalda de Brian.

Salieron en grupo de la sala de abordaje, abriéndose paso entre los contrariados conjuntos de pasajeros retrasados. Un buen número de ellos los miraba con curiosidad, y no sólo porque unos cuantos parecían haber sufrido hemorragias nasales recientemente o porque reían mientras pasaban junto a tantas personas enojadas, molestas.

Los miraban porque esos seis seres parecían, el alguna forma, más brillantes que todos los demás en la atestada sala.

Más reales.

Más ahí.

Estrellas fugaces únicamente, pensó Brian, y de repente recordó que todavía había un pasajero en el avión -el hombre de la barba oscura-. Ese sujeto jamás olvidará esta resaca,

Librodot

reflexionó Brian, sonriendo. Apremió a Laurel a que se diera prisa. Laurel rió y lo abrazó.

Los seis corrieron juntos por el vestíbulo hacia las escaleras y al mundo exterior más allá.

FIN